

TIERRA
DESACOSTUMBRADA
JHUMPA LAHIRI



narrativa
salamandra

Jhumpa Lahiri

TIERRA DESACOSTUMBRADA

Traducción del inglés de
Eduardo Iriarte

Título original: *Unaccustomed Earth*

Ilustración de la cubierta: Getty Images

Copyright © *Jhumpa Lahiri, 2008*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2010*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª 08018 Barcelona Tel. 93 215 11 99

«Cielo e infierno», «No es asunto de nadie», «Una vez en la vida» y «Fin de año», publicados por primera vez en *The New Yorker*.

Agradecimientos al National Endowment for the Arts y en especial a Robin Desser.

@ Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra siempre y cuando sea para uso personal de los lectores y sin fines comerciales ni ánimo lucrativo, sin que en estos casos se pueda alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

ISBN: 978-84-9838-271-6

Depósito legal: B-8.602-2010

1ª edición, marzo de 2010

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Para Octavio, para Noor

La naturaleza humana no dará fruto, al igual que la patata, si se planta una y otra vez, durante demasiadas generaciones, en la misma tierra agotada. Mis hijos han tenido otros lugares de nacimiento y, hasta donde alcance mi control sobre su fortuna, echarán raíces en tierra desacostumbrada.

NATHANIEL HAWTHORNE

La aduana

Contenido

PRIMERA PARTE

Tierra desacostumbrada

Cielo e infierno

Una elección de alojamiento

Sólo bondad

No es asunto de nadie

SEGUNDA PARTE

Hema y Kaushik

Una vez en la vida

Fin de año

Hacia la orilla

PRIMERA PARTE

Tierra desacostumbrada

Tras la muerte de la madre de Ruma, el padre se jubiló de la empresa farmacéutica donde había trabajado tantas décadas y empezó a viajar por Europa, un continente que no conocía. A lo largo del año anterior había visitado Francia, Holanda y, recientemente, Italia. Eran vacaciones organizadas, viajes en compañía de desconocidos, trayectos en autobús por el campo, con todas las comidas, reservas hoteleras y visitas a museos organizadas de antemano. Se ausentaba durante dos, tres, a veces cuatro semanas seguidas. Cuando estaba fuera, Ruma casi no recibía noticias suyas. En cada ocasión, tenía una copia impresa de la información sobre sus vuelos sujeta con un imán a la puerta de la nevera, y los días que debía tomar un avión veía las noticias para asegurarse de que no se hubiera producido ningún accidente aéreo en algún lugar del mundo.

De vez en cuando llegaba una postal a Seattle, donde vivían Ruma, Adam y su hijo Akash. En las postales se veían fachadas de iglesias, fuentes de piedra, *piazze* abarrotadas, azoteas de terracota matizadas por la puesta de sol. Habían transcurrido casi quince años desde la única aventura europea de Ruma, unas vacaciones de un mes en el EuroRail que se había tomado junto con dos amigas tras la universidad, con dinero ahorrado de su sueldo como pasante. Había dormido en pensiones desaliñadas, practicando una frugalidad que le resultaba ajena a estas alturas de su vida, y no había comprado más que variaciones de las mismas postales que ahora le enviaba su padre. Éste escribía informaciones sucintas e impersonales de lo que había visto y hecho: «Ayer la galería de los Uffizi. Hoy un paseo hasta la ribera opuesta del Arno. Un viaje a Siena previsto para mañana.» Ocasionalmente, alguna frase sobre el tiempo. Pero nunca se transmitía la sensación de la presencia de su padre en aquellos lugares. A Ruma le recordaba los telegramas que sus padres solían enviar a sus parientes tiempo atrás, después de visitar Calcuta y regresar sin incidentes a Pensilvania.

Las postales eran las primeras misivas de su padre que Ruma recibía por correo. En sus treinta y ocho años de vida él no había tenido razón alguna para escribirle. Se trataba de una correspondencia unilateral; sus viajes eran lo bastante breves como para que Ruma no tuviese tiempo de responder y, además, él nunca estaba en situación de recibir correo allí donde se encontrase. La caligrafía de su padre era menuda, precisa, levemente femenina; la de su madre había sido un batiburrillo de mayúsculas y minúsculas, como si sólo hubiera aprendido a hacer una versión de cada letra. Las postales iban dirigidas a Ruma; su padre nunca incluía el nombre de Adam, ni mencionaba a Akash. Y sólo en la despedida reconocía algún vínculo personal entre ellos. «Sé feliz, con cariño, Baba», las firmaba, como si alcanzar la felicidad fuera algo tan sencillo.

En agosto su padre se iría de nuevo, esta vez a Praga. Pero antes pasaría una semana en la casa que Ruma y Adam habían comprado en la zona este de Seattle, y que él aún no conocía. Se habían mudado de Brooklyn en primavera, por el trabajo de Adam. Fue su padre quien sugirió la visita, en una llamada a Ruma, a quien sorprendió preparando la cena en su nueva cocina. Tras la muerte de su madre Ruma había asumido la tarea de hablar con su padre todas las noches para preguntarle qué tal había pasado el día. Pero las llamadas eran ahora menos frecuentes; normalmente lo telefoneaba una vez a la semana, los domingos por la tarde. «Aquí siempre eres bien recibido, Baba —le había dicho a su padre por teléfono—. Ya sabes que no tienes que preguntarlo siquiera.» Su madre no se lo habría preguntado. «Vamos a veros en julio», le habría informado, con los billetes de avión ya en la mano. Hubo una época de su vida en que semejante presuntuosidad habría enfurecido a Ruma. Ahora la echaba de menos.

Adam estaría fuera esa semana, otra vez en viaje de negocios. Trabajaba para un fondo de cobertura y desde la mudanza aún no había pasado dos semanas seguidas en casa. Ir tras sus pasos no era una opción. Nunca iba a ningún sitio interesante; por lo general se trataba de ciudades en el noroeste o Canadá donde no había nada especial que ella y Akash pudieran hacer. Al cabo de unos meses, le aseguraba Adam, los viajes se harían menos frecuentes. Aborrecía dejar desamparada a Ruma con Akash tan a menudo, decía, sobre todo ahora que estaba otra vez embarazada. La animaba a contratar a una canguro, alguien que viviese con ellos incluso, si le resultara de ayuda. Pero Ruma no conocía a nadie en Seattle, y la perspectiva de encontrar a alguien que se ocupara de su hijo en un lugar extraño se le antojaba más abrumadora que cuidarlo ella misma. Sólo era cuestión de aguantar el verano; en septiembre, Akash empezaría el preescolar. Además, Ruma no trabajaba, y no tenía sentido pagar por algo que nada le impedía hacer personalmente.

En Nueva York, después de que naciera Akash, había convenido un horario de media jornada en el bufete en que trabajaba, lo que le permitía pasar los jueves y viernes en su casa de Park Slope, y eso le parecía un equilibrio perfecto. En el bufete se habían mostrado tolerantes al principio, pero no había sido tan fácil superar la muerte de su madre justo cuando un caso importante estaba a punto de ir a juicio. Había muerto en la mesa de operaciones, de un paro cardíaco; la anestesia para la extracción quirúrgica rutinaria de un cálculo biliar le había provocado un choque anafiláctico.

Tras las dos semanas de baja por fallecimiento que le dieron, Ruma no pudo arrostrar el regreso. Supervisar el futuro de los clientes, preparar sus testamentos y refinanciar sus hipotecas le parecía ridículo, y lo único que deseaba era quedarse en casa con Akash, no sólo los jueves y los viernes sino todos los días. Y entonces, milagrosamente, se concretó el nuevo trabajo de Adam, con un sueldo lo bastante generoso para que ella se despidiera. Era la casa lo que ahora constituía su trabajo: hojear los montones de catálogos que llegaban por correo, señalarlos con notitas adhesivas, pedir sábanas estampadas con dragones para la habitación de Akash...

«Perfecto —dijo Adam cuando Ruma le contó lo de la visita de su padre—. Podrá ayudarte mientras estoy fuera.» Pero Ruma no era del mismo parecer. Su madre sí habría sido de ayuda, ocupándose de la cocina, cantándole a Akash y enseñándole cancioncillas infantiles bengalíes, metiendo montones de ropa sucia en la lavadora. Ruma nunca había pasado una semana a solas con él. Cuando sus padres fueron a verla a Brooklyn después del nacimiento de Akash, su padre se atribuyó una butaca en el salón y se dedicó a revisar en silencio el *Times*. De vez en cuando le pasaba el dedo por debajo de la barbilla al niño, pero se comportaba como si estuviera esperando a que transcurriese el tiempo.

Ahora su padre vivía solo, se preparaba la comida él mismo. Ella no alcanzaba a imaginar su entorno cuando hablaban por teléfono. Se había mudado a un piso de una habitación en una parte de Pensilvania que Ruma no conocía bien. Redujo sus posesiones y vendió la casa donde Ruma y su hermano menor, Romi, habían pasado la infancia, y sólo les informó cuando ya había firmado el contrato con el comprador. Aquello no afectaba en absoluto a Romi, que llevaba los dos últimos años viviendo en Nueva Zelanda como miembro del equipo de un realizador de documentales alemán. Ruma sabía que la casa, con las habitaciones decoradas por su madre y la cama en que le gustaba recostarse para hacer crucigramas y la cocina en que cocinaba, era ahora demasiado grande para su padre. Aun así, la noticia le supuso una conmoción, aniquilando la presencia de su madre tal como había hecho el cirujano.

Sabía que su padre no necesitaba que nadie lo cuidara, y eso precisamente la hacía sentir culpable; en la India habría sido inaceptable que no se mudara con ella. Su padre nunca había mencionado esa posibilidad, y tras la muerte de su madre no había sido viable: su antiguo apartamen-

to era muy pequeño. Pero en Seattle tenían habitaciones libres, habitaciones que permanecían vacías y sin utilidad.

Ruma temía que su padre se convirtiera en una responsabilidad, en una exigencia añadida, constantemente presente de una manera a la que ya no estaba acostumbrada. Eso supondría el fin de la familia que había creado por su cuenta: Adam y Akash y ella misma, y el segundo hijo, que llegaría en enero, concebido justo antes de que se mudaran. No podía imaginarse cuidando de su padre tal como había hecho su madre, sirviéndole las comidas que su madre le preparaba. Aun así, no ofrecerle un lugar en su casa hacía que se sintiese peor. Era un dilema que Adam no entendía. Cada vez que Ruma sacaba a colación el asunto, él señalaba lo evidente: que ella ya tenía un niño del que cuidar y otro en camino. Le recordaba que su padre gozaba de buena salud para su edad y estaba a gusto donde se encontraba. Pero no se oponía a la idea de que viviera con ellos. Su buena disposición tenía un trasfondo amable, generoso, era un ejemplo de la razón por la que ella amaba a Adam, y sin embargo la inquietaba. ¿Acaso no le daba lo mismo? Era consciente de que intentaba ayudarla, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que la paciencia de Adam estaba agotándose. Al permitirle dejar su trabajo, derrochar dinero en una casa preciosa, acceder a tener un segundo hijo, Adam hacía cuanto estaba en su mano para hacer feliz a Ruma. Pero nada la hacía feliz; recientemente, en el transcurso de una conversación, él también se lo había señalado.

Qué descanso era, en estos tiempos, viajar solo, con una sola maleta que facturar. Nunca había visitado el noroeste del Pacífico, nunca había apreciado la pasmosa amplitud de su tierra de adopción. Únicamente había cruzado Norteamérica en avión una vez, cuando su esposa reservó billetes a Calcuta con Royal Thai Airlines, vía Los Ángeles, en vez de viajar hacia el este como hacían normalmente. Aquel viaje fue interminable, cuatro asientos, recordaba aún, entre los fumadores, al final del avión. Nadie tuvo ánimos para visitar algún lugar turístico de Bangkok durante la escala, y en vez de eso durmieron en un hotel puesto a su disposición por la línea aérea. Su mujer, que estaba entusiasmada con la perspectiva de ver el Mercado Flotante, durmió incluso durante la cena, pues él recordaba una comida en el hotel sólo con Romi y Ruma, en un solárium con vistas a un jardín, degustando los platos más especiados que había probado en su vida mientras los mosquitos se enjambraban furiosamente tras los rostros de sus hijos. Al margen de cómo salieran, aquellos viajes a la India siempre resultaban épicos, y aún recordaba la ansiedad que le provocaban: tener que hacer un equipaje tan voluminoso y transportarlo al aeropuerto, mantener los documentos en regla y trasladar a su familia sin percances tantos miles de kilómetros. Pero su esposa vivía para aquellos viajes y, hasta que murieron sus padres, una parte de él también vivía para ellos. Así que habían ido a pesar de los gastos, a pesar de la tristeza y la vergüenza que sentía cada vez que regresaba a Calcuta, a pesar de que a medida que sus hijos crecían menos les apetecía ir.

Miró por la ventanilla una planicie de nubes como kilómetros y kilómetros de nieve densamente apilada que pudieran cruzarse a pie. La vista lo colmó de paz; ésa era su vida ahora: la capacidad de hacer lo que le apeteciera, la responsabilidad de su familia, ausente, igual que todo lo demás estaba ausente, de la apacible visión de las nubes... Esos trayectos de regreso a la India habían sido una realidad natural para él, y para todos sus amigos indios en América. La señora Bagchi era una excepción. Se casó con el muchacho al que amaba desde la infancia, pero tras dos años de matrimonio él murió en un accidente de motocicleta. A los veintiséis se fue a vivir a América, consciente de que, de otra manera, sus padres intentarían concertarle un nuevo matrimonio. Vivía en Long Island, una anomalía para una mujer india sola. Se había doctorado en Estadística y desde los años setenta daba clase en la Universidad de Stony Brook, y en más de treinta años sólo había regresado a Calcuta para asistir a los funerales de sus padres. Se llamaba Meenakshi, y

aunque ahora él la llamaba por su nombre de pila, seguía pensando en ella como la señora Bagchi.

Al ser los dos únicos bengalíes en el grupo turístico, habían trabado conversación, naturalmente. Empezaron a comer juntos y a sentarse el uno al lado del otro en el autobús. Debido a su aspecto e idioma comunes, la gente los tomaba erróneamente por marido y mujer. En un principio no había nada romántico; ninguno de los dos tenía interés en algo semejante. Él disfrutaba de la compañía de la señora Bagchi, sabedor de que al cabo de unas semanas ella subiría a bordo de un avión distinto y desaparecería. Pero después de Italia había empezado a pensar en ella, a esperar con ilusión sus correos electrónicos, a consultar el ordenador cinco o seis veces al día. Buscó en MapQuest la ciudad donde vivía para ver cuánto tardaría ir en coche hasta su casa, aunque habían acordado, por el momento, verse únicamente cuando estuvieran en el extranjero. Parte del trayecto le resultó familiar; era el mismo camino que su esposa y él hacían para visitar a Ruma en Brooklyn.

Pronto volvería a ver a la señora Bagchi, esta vez en Praga. Según habían acordado, compartirían habitación, y estaban pensando en hacer un crucero por el golfo de México en invierno. Ella se oponía rotundamente al matrimonio, a volver a compartir su casa con un hombre, condiciones que hacían la perspectiva de su compañía tanto más atrayente. Cerró los ojos y recordó su cara, aún llena, aunque suponía que debía de frisar los sesenta, apenas cinco o seis años más joven que su mujer. Llevaba ropa occidental, rebecas y pantalones negros con goma elástica en la cintura, y se recogía el cabello moreno y tupido en un moño. Lo que más le atraía, sin embargo, era su voz, bien modulada, midiendo siempre las palabras, como si sólo hubiera un suministro limitado de cosas que estuviera dispuesta a decir un día determinado. Tal vez debido a que ella esperaba tan poco, él se mostraba generoso, atento como nunca lo había sido en su matrimonio. Qué cohibido se había sentido al pedirle a la señora Bagchi por primera vez, después de visitar la casa de Ana Frank, en Ámsterdam, que posara para una fotografía delante del canal.

Ruma se había ofrecido a ir en coche al aeropuerto para recoger a su padre, pero él insistió en alquilar un vehículo y seguir las indicaciones obtenidas en internet. Cuando ella oyó el ruido de los neumáticos en el sendero de gravilla, se puso a recoger los juguetes desperdigados por el suelo del salón, a guardar los animales de plástico y cerrar los libros que Akash se empeñaba en dejar abiertos por sus páginas preferidas.

—Apaga la televisión, cariño —le dijo entonces—. No te sientes tan cerca de la pantalla. Ven, ha llegado Dadu.

Akash estaba tendido en el suelo, inmóvil, boca abajo, con la barbilla apoyada en el cuenco de las manos. Era una síntesis perfecta de Ruma y Adam: el cabello rizado que no le habían cortado nunca y la piel de un dorado cálido, el leve vello en las piernas, también dorado, lo que a ella le hacía pensar en un cachorro de león. Incluso su cara, con los ojos rasgados, verdes y estrechos, tenía un aspecto ligeramente leonino. Sólo tenía tres años, pero a veces ella ya notaba la resistencia, la profunda barrera que, imaginaba, se establecería con la llegada de la adolescencia. Tras la mudanza se había vuelto rebelde. Era una combinación, ya lo sabía ella, del nuevo entorno y su propia falta de energía, y del hecho de que Adam estuviera ausente tan a menudo. A veces Akash se arrojaba al suelo sin previo aviso, y aquel cuerpo que ella había alimentado en su interior de pronto se mostraba ajeno por completo, hostil. O eso, o se ponía en plan pegajoso y exigía que lo abrazara mientras ella intentaba preparar la comida.

Aunque no le había dicho nada sobre el bebé, estaba convencida de que ya lo había averiguado, que ya se sentía reemplazado. Ella también había cambiado: era menos paciente, más presta a decir no en vez de razonar con él. No había estado preparada para todo el trabajo que suponía, el aislamiento que podía conllevar. Había mañanas en que le hubiera gustado, sencillamente,

vestirse y salir por la puerta, igual que Adam. No entendía cómo lo había hecho su madre. Mientras crecía, el ejemplo de ella —mudarse a un país extranjero en aras del matrimonio, preocuparse en exclusiva de los niños y el hogar— le había servido de advertencia, de camino que evitar. Sin embargo, así era la vida de Ruma ahora.

Cruzó la sala de estar y apagó el televisor.

—Contéstame cuando te hablo, Akash. Levanta, vamos.

Ver el coche alquilado de su padre, un sedán granate, la disgustó, confirmando una vez más el hecho de que vivía en una costa distinta, a miles de kilómetros de donde había crecido, un lugar en el que sus padres no conocían a nadie, en el que ninguno de los dos, hasta ese día, había puesto pie. Los vínculos que había establecido su familia con América, el círculo de amigos bengalíes de sus padres en Pensilvania y Nueva Jersey, la empresa de su padre, los centros educativos por los que pasaron Ruma y Romi no existían aquí. Hacía siete meses desde la última vez que había visto a su padre. Entre vender y recoger su antiguo apartamento, mudarse y acomodarse en la casa nueva, y los diversos viajes de su padre había transcurrido más de medio año.

Akash se levantó y siguió sus pasos, y juntos vieron cómo el padre y abuelo abría el maletero del coche y sacaba una maletita negra con ruedas. Llevaba una gorra de béisbol con la leyenda POMPEII, pantalones de algodón marrones y un polo azul celeste, así como zapatillas de cuero blancas. A Ruma le sorprendió hasta qué punto se parecía su padre a un norteamericano en su vejez. Con el pelo canoso y la piel clara, podría haber sido prácticamente de cualquier parte. Era su madre la que habría llamado la atención en ese húmedo paisaje norteño, con sus saris de colores llamativos, su *bindi* granate del tamaño de una moneda de diez centavos, sus joyas.

El empezó a arrastrar la maleta por el sendero de entrada, pero, debido a la inconveniencia que suponía la gravilla bajo las ruedas, la cogió por el asa y cruzó el césped hasta la casa. Ruma vio que le costaba cierto esfuerzo, y pensó que ojalá estuviera Adam para ayudarlo.

—¡Akash!, ¿eres tú? —exclamó el abuelo con fingida perplejidad, en inglés—. ¡Cuánto has crecido!

A esas alturas, Akash había olvidado el poco bengalí que Ruma le enseñó de pequeño. Una vez empezó a hablar con frases completas, el inglés se había impuesto, y ella carecía de la disciplina necesaria para ceñirse al bengalí. Además, una cosa era arrullarlo en bengalí, señalar tal o cual cosa y decirle las palabras correspondientes, y otra muy distinta mostrarse autoritaria; el bengalí nunca había sido un idioma en el que se sintiera adulta. Se le estaba olvidando su propio bengalí. Su madre había sido estricta, tanto así que Ruma nunca le había hablado en inglés. Pero a su padre no le importaba. En las pocas ocasiones en que Ruma recurría ahora al bengalí, cuando una tía o un tío llamaban de Calcuta para desearle feliz *bijoya* a Akash el día de su cumpleaños, se le trababan las palabras, confundía los tiempos verbales. Y sin embargo, era el idioma que había hablado exclusivamente durante los primeros años de su vida.

—¿Cuántos años tienes? ¿Tres? ¿O trescientos?

Akash no respondió, sino que se comportó como si su abuelo no existiera.

—Mami, tengo sed —dijo.

—Un momento, Akash.

Su padre tenía el mismo aspecto de siempre. Para un hombre de setenta años, la piel de las manos y el rostro era firme y tersa. No había adelgazado y su cabello seguía abundante, más aún, se temió, que el suyo propio tras el nacimiento de Akash, cuando se le había empezado a caer a mechones en la almohada todas las noches, las hebras aplastadas lo primero que veía cada mañana. Su médico le aseguró que volvería a crecer, pero la bañera seguía llena de champús que prometían estimular el crecimiento capilar, engrosar los filamentos. A su padre se lo veía

descansado, otra cualidad que Ruma no poseía de un tiempo a esta parte. Había adoptado la costumbre de ponerse maquillaje para disimular las ojeras, aun cuando no tuviera intención de salir de casa. Además, había engordado. Con Akash adelgazó durante el primer trimestre, pero esta vez, con apenas doce semanas, ya pesaba cinco kilos más. Llegó a la conclusión de que debía de ser la comida que siempre se veía acabando del plato de Akash y el hecho de que ahora tenía que ir a todas partes en coche en lugar de caminando. Ya había encargado por catálogo pantalones y faldas con gomas elásticas, y su rostro denotaba una rotundidad que la disgustaba cada vez que se miraba en el espejo.

—Akash, haz el favor de decirle hola a Dadu —dijo, al tiempo que le daba un empujoncito en el hombro por detrás. Ella besó a su padre en la mejilla—. ¿Cuánto te ha costado llegar? ¿Había mucho tráfico?

—No mucho. Tu casa está a treinta y tres kilómetros del aeropuerto. —Su padre siempre tenía buen cuidado de averiguar las distancias que recorría, grandes o pequeñas. Antes incluso de que existiera MapQuest, sabía la distancia exacta desde su casa hasta la oficina, y al supermercado donde hacían la compra, y a las casas de sus amigos—. Aquí la gasolina es cara —añadió en tono práctico, pero Ruma notó igualmente el aguijón de la crítica de su padre, tal como le había ocurrido toda la vida, sintiéndose culpable de que la gasolina fuera más cara en Seattle que en Pensilvania.

—El vuelo es largo. Debes de estar cansado.

—Sólo estoy cansado a la hora de acostarme. Ven aquí —le dijo él a Akash. Dejó la maleta, se inclinó un poco y abrió los brazos.

Pero Akash apretó la cabeza contra las piernas de Ruma, reacio a moverse.

Entraron, y su padre se encorvó para desatarse los lazos de las zapatillas; levantó un pie primero y luego el otro, tambaleándose un poco.

—Baba, ven al salón, estarás más cómodo haciendo eso sentado en el sofá —dijo Ruma, pero él siguió quitándose las zapatillas para dejarlas en el vestíbulo junto a la mesa del correo, antes de erguirse y mirar alrededor.

—¿Por qué se quita Dadu los zapatos? —le preguntó Akash a Ruma.

—Así está más cómodo.

—Yo también quiero quitar zapatos. —Akash empezó a propinar taconazos en el suelo con las sandalias.

Era una de las muchas costumbres de su educación que había descartado una vez adulta, sin saber cuándo o por qué. Hizo caso omiso de la petición de Akash y le enseñó a su padre la casa, las habitaciones, más grandes y elegantes que las que le habían dado cobijo cuando era niña. Akash seguía sus pasos, saliendo como una flecha de vez en cuando. La casa se había construido en 1959, en principio propiedad del arquitecto que la diseñó, y Ruma y Adam estaban llenándola poco a poco de mobiliario de ese período: sofás sencillos y caros tapizados con lana de tonos apagados, estanterías bajas con las patas vueltas hacia fuera. El lago Washington estaba a escasas manzanas al cabo de una calle en pendiente. En el salón había un ventanal que enmarcaba el agua, y al otro lado del comedor, un porche con mosquitera que ofrecía una vista más espectacular incluso: el horizonte urbano de Seattle a la izquierda y, justo delante, las montañas Olympic, cuyos picos nevados parecían labrados en el mismo blanco ondoso que las nubes amontonadas encima. Ruma y Adam no tenían previsto vivir en una zona residencial pero, tras cinco años en un apartamento con vistas a las traseras de otros edificios, una casa tan cercana a un lago, desde la que podían contemplar la puesta de sol sentados, les resultó irresistible.

Ella señaló uno de los dos puentes que se extendían sobre el lago y le explicó que flotaban sobre pontones en el centro porque el agua tenía demasiada profundidad. Su padre miró por la ventana pero no dijo nada. Su madre se habría mostrado más comunicativa, haciendo algún comentario sobre la vista, preguntándose si unas cortinas marfileñas hubieran quedado mejor que las verdes. Cuando su padre caminaba de un extremo del salón al otro, dio la impresión de que estaba midiendo las dimensiones para sus adentros. Recordaba haberle visto hacerlo cuando la había ayudado a mudarse en anteriores ocasiones, a cuartos en residencias para estudiantes y a sus primeros apartamentos después de la universidad. Se lo imaginó en sus viajes, en plazas públicas, caminando de una punta a otra, recorriendo la nave de un edificio de arriba abajo, contando el número de peldaños que había que subir para entrar en una biblioteca o un museo.

Se lo llevó abajo, donde le había preparado la habitación de invitados. El espacio estaba dividido en dos secciones por una puerta de acordeón. En un lado estaban la cama y una cómoda; en el otro, una mesa y el sofá, una librería y una mesita de centro. Ruma abrió la puerta del cuarto de baño y señaló el cesto de mimbre donde debía dejar la ropa sucia.

—Puedes cerrarla si quieres —le dijo, al tiempo que tiraba de la puerta de acordeón para mostrárselo.

—No hace falta —aseguró su padre.

—Del todo, mami —dijo Akash, que tiró del asa, provocando que el panel plegado de color crema oscilara adelante y atrás—. Ciérrala del todo.

—No, Akash.

—Esta es mi habitación para cuando sea mayor—anunció Akash.

—Esa tele pequeña del rincón funciona, pero no está conectada a la programación por cable —le explicó Ruma a su padre—. El nueve es la cadena PBS —añadió, consciente de los programas que le gustaban.

—Eh, no te pasees por mi cama con los zapatos puestos —le dijo de pronto su padre a Akash, que se había subido a la cama y caminaba a zancadas largas y premeditadas por la colcha.

—Cariño, baja.

Por un momento, Akash siguió exactamente con lo que estaba haciendo, sin prestarles la menor atención. Luego se detuvo y miró con recelo a su abuelo.

—¿Por qué?

Antes de que Ruma se lo pudiera explicar, su padre dijo:

—Porque si no tendré pesadillas.

Akash agachó la cabeza. Rápidamente, para sorpresa de Ruma, se deslizó hasta el suelo, gateando brevemente como si fuera otra vez una criatura.

Volvieron arriba, a la cocina. Era la estancia de la que más orgullosa estaba Ruma, con sus encimeras de esteatita y sus armarios de cerezo. Al enseñársela a su padre, se sintió violenta por causa de su próspera vida con Adam, y al mismo tiempo notó una queda bofetada de rechazo, deduciendo, a partir de su prolongado silencio, que nada de aquello lo impresionaba.

—¿Todo eso lo plantó Adam? —indagó él, contemplando el jardín que se veía por la ventana de la cocina; era la primera vez que mencionaba a Adam.

—No. Estaba todo aquí.

—Las espuelas de caballero están faltas de riego.

—¿Cuáles son? —preguntó ella, avergonzada de no conocer los nombres de las plantas de su propio jardín trasero.

Él las señaló.

—Las altas de color morado.

A Ruma se le ocurrió que su padre echaba de menos la jardinería. Desde que ella alcanzaba a recordar había sido su pasión: trabajaba al aire libre en verano en cuanto regresaba de la oficina, y se quedaba fuera hasta que oscurecía, expuesto a picaduras de insectos y erupciones cutáneas. Era una actividad que acometía solo; ni Romi ni Ruma habían tenido nunca interés en ayudar, y su padre tampoco se ofreció a incluirlos. Su madre se quejaba de tener que demorar la cena esperando hasta las nueve. «Come ya», le decía Ruma, pero a su madre, adiestrada toda su vida para servir primero a su padre, tal cosa no le entraba en la cabeza. Además de tomates, berenjenas y calabacines, con el paso de los años su padre se había hecho un experto en el cultivo de las cosas con que le gustaba cocinar a su madre: melón amargo, guindillas y delicados brotes de espinaca. Ajeno a las necesidades de su madre en otros aspectos, había trabajado la tierra hostil para sonsacarle productos semejantes.

Él miró de soslayo la reluciente cocina de seis fuegos con sus gruesos mandos rojos y luego, sin preguntar, empezó a abrir uno de los armarios.

—¿Qué buscas?

—¿Tienes tetera?

Ella abrió la despensa.

—Ya preparo yo el té, Baba.

—Déjame que riegue las espuelas. Me parece que no aguantarán otro día.

Le cogió la tetera de las manos y la llenó en el fregadero. Luego la sacó, lentamente y con cautela, por la puerta de la cocina hasta el jardín, a pasos curiosamente pequeños, y por primera vez desde su llegada ella vio que, a pesar de los ojos despejados y la piel, su padre se había convertido en un anciano. Se quedó junto a la ventana y lo observó regar las flores, la cabeza gacha, las cejas arqueadas. Oyó el sonido del agua al caer a tierra en un chorro uniforme y contundente. Fue un sonido que la avergonzó vagamente, como si estuviera orinando en presencia de ella. Incluso después de cesar el sonido, su padre permaneció allí un momento, ladeando el pitón para verter las últimas gotas que contenía el recipiente. Akash había seguido afuera a su abuelo y ahora estaba a pocos pasos de él, mirándolo con curiosidad.

Akash no guardaba recuerdo alguno de su abuela. Había muerto cuando él tenía dos años, y ahora, cuando la señalaba en una fotografía, Akash siempre decía: «Se murió», como si fuera algo extraordinario e impresionante que había hecho. No sabría nada de las semanas que su abuela había ido a pasar con Ruma tras su nacimiento, acunándolo por las mañanas en su caftán mientras Ruma se recuperaba durmiendo de su fatiga posparto. La abuela se negaba a dejarlo en el canastillo y siempre lo mecía, durante horas seguidas, en brazos. El recién nacido no conocería nada en absoluto de la madre de Ruma, aparte de los jerséis que había tejido para él, que ya le quedaban pequeños y que el recién nacido vestiría. Había una chaqueta de punto a medio tejer estampada con estrellas blancas aún en sus agujas, uno de los pocos objetos de su madre que Ruma había guardado. De los doscientos dieciocho saris, sólo se quedó con tres, que guardó en una bolsa de tela acolchada con cremallera al fondo del armario, apartando el resto para que las amigas de su madre se los repartieran. Y había recordado las muchas veces que su madre había predicho ese mismo momento, lamentándose de que su hija prefiriera los pantalones y las faldas a la ropa que vestía ella, de que no tendría nadie a quien legar sus pertenencias.

Él bajó a deshacer el equipaje. Metió sus dos pantalones en un cajón de la cómoda, colgó sus cuatro camisas de verano a cuadros en el armario y por último se calzó un par de chancletas de andar por casa. Cerró la maleta vacía y la dejó también en el armario, y colocó el neceser en el

cuarto de baño, al lado del lavabo. El alojamiento habría sido del gusto de su mujer; siempre la había molestado que Ruma y Adam vivieran en un apartamento, sin una habitación aparte para ellos cuando los visitaban. Miró por la ventana el jardín. Había casas a ambos lados, pero la parte de atrás parecía resguardada. No se alcanzaba a ver el agua ni las montañas desde allí, sólo la tierra cubierta por los árboles perennes que había divisado a los lados de la autopista; en Seattle los había por todas partes.

En el piso de arriba, Ruma servía el té en el porche. Lo había sacado todo en una bandeja: una tetera de Darjeeling, el colador, leche y azúcar, y un plato de galletas Nice. Él las asociaba con su esposa —los cristallitos de azúcar visibles, el leve gusto a coco—, siempre había una caja en el armario de su cocina. Nunca se las había arreglado para meter una en la taza de té sin que se le disolviera, dejando un grumo beige en el fondo de la taza.

Tomó asiento y repartió los regalos. Para Akash había un avioncito de madera con hélices rojas y una marioneta de Pinocho. El niño se puso a jugar con ellos de inmediato, enredó los hilos de Pinocho y exigió que Ruma se los desenredase. Para Ruma, una aceitera pintada a mano con la palabra *olio* en un costado; y un bote marmolado para Adam, de esos que se usan para guardar clips sujetapapeles. La señora Bagchi lo había elegido todo, pasándose casi una hora en una tienda de juguetes, aunque no tenía nietos. Él no había comentado nada a Ruma ni Romi sobre la señora Bagchi, no tenía previsto decirles nada. Carecía de sentido inquietarlos, sobre todo a Ruma, ahora que estaba otra vez encinta. Se preguntó si sería así como se habían sentido sus hijos en otros tiempos, llevando relaciones en secreto cuando era algo que su esposa y él les habían prohibido, algo que los habría destrozado.

Eran Ruma y su esposa quienes deberían haber ido en su lugar a Europa la primera vez que viajaron al Viejo Continente. El año anterior a su muerte, su mujer había empezado a comentar que, si bien había sobrevolado Europa docenas de veces en sus viajes entre Pensilvania y Calcuta, nunca había visto los canales de Venecia ni la torre Eiffel, ni los molinos y los tulipanes de Holanda. El interés de su mujer le había resultado sorprendente; durante la mayor parte de su matrimonio había sido un hecho indiscutido que visitar a la familia en Calcuta era lo único por lo que merecía la pena subir a un avión. «Se ven cantidad de sitios bonitos en el canal Travel —comentaba a veces por la noche—. Ahora nos lo podemos permitir, tienes días de vacaciones que se están desperdiciando.» Pero por entonces él no había tenido interés en hacer un viaje semejante; se mostró insensible a la repentina ansia viajera de su esposa, y además, en todos sus años en común, nunca se habían ido de vacaciones juntos, solos.

Ruma había organizado como regalo para su sesenta y cuatro cumpleaños un viaje a París para su madre y ella. Lo programó durante el verano, una época en que Adam podía llevar a Akash a casa de sus suegros en Martha's Vineyard. Ruma dejó un depósito en la agencia de viajes y envió a su madre cintas para aprender unas nociones de francés elemental, así como una guía llena de fotos pintorescas. Durante una temporada, al volver a casa del trabajo, él oía a su esposa, que escuchaba las cintas en un walkman, en su cuarto de coser contando en francés y recitando los días de la semana. La operación para extraer el cálculo biliar se programó en consecuencia, con la garantía por parte del médico de que seis semanas sería tiempo más que suficiente para que se recuperara antes del viaje. Ruma se tomó el día libre en el trabajo y, acompañada de Akash, se trasladó para la operación, insistiendo en estar presente aunque su padre había dicho que no hacía falta. Él recordaba lo irritado que se había sentido en la sala de espera por lo mucho que estaba tardando todo, aquella sensación dotada de una intensidad que todavía no habían adquirido las noticias del cirujano. Esa información, la cronología de los acontecimientos que siguieron, continuaba resultándole brumosa: oír al cirujano decir que su esposa estaba muerta, que había tenido una reacción adversa al rocuronio utilizado para relajarle los músculos durante la opera-

ción, Ruma y él turnándose en el cuidado de Akash para entrar a ver el cadáver. Era el mismo hospital donde Ruma había trabajado como voluntaria, donde una vez acudió a toda prisa a urgencias después de que Romi se rompiera el brazo en el campo de fútbol. Unas semanas después del funeral, uno de sus colegas del trabajo sugirió que se tomara unas vacaciones, y fue entonces cuando él recordó el viaje que Ruma y su esposa habían planeado. Le había preguntado a Ruma si aún tenía intención de ir, y cuando le dijo que no, le preguntó si le parecía bien que reservara el viaje organizado a su propio nombre.

—¿Te gustó Italia? —le preguntó ahora Ruma. Estaba sentada con el Pinocho en el regazo, desenredando los hilos con movimientos torpes.

El sentía deseos de decirle que estaba haciéndolo mal, que primero debía deshacer un nudo que había en el centro. En vez de eso, respondió a sus preguntas, le dijo que Italia le había gustado mucho, le habló del clima tan agradable, de las muchas *piazze* y de que la gente, a diferencia de la mayoría de norteamericanos, era delgada. Levantó el dedo índice y lo hizo oscilar adelante y atrás.

—Y todo el mundo sigue fumando. Me vi tentado de fumar un pitillo —comentó.

Había fumado cuando ella era pequeña, una costumbre que había adquirido en la India, pero que abandonó a los cuarenta y tantos. Recordaba a Ruma, nunca a Romi ni a su mujer, dándole la lata para que lo dejase, escondiéndole los paquetes de Winston o sacándole los cigarrillos cuando no se daba cuenta para sustituirlos por pañuelos de papel arrugados. En cierta ocasión Ruma estuvo llorando toda la noche, convencida, después de que su profesora hubiera hablado sobre los peligros de fumar, de que su padre moriría al cabo de pocos años. Él no había hecho nada por consolarla; había seguido con su adicción a pesar del miedo de su hija. Estaba encariñado con un cenicerito de latón en forma de babucha de Nagrai con la punta levantada y curva. Cuando dejó de fumar se deshizo de todos los ceniceros de la casa, pero Ruma, para asombro suyo, se apropió de su preferido, lo lavó y lo guardó entre sus juguetes. Recordaba que ella y sus amigas fingían que era el zapato de cristal de Cenicienta, e intentaban que encajara en los inflexibles pies de plástico de sus diversas muñecas.

—¿Lo hiciste? —le preguntó ahora.

—¿Qué?

—Si fumaste un pitillo en Italia.

—Qué va. Soy muy viejo para cosas así —dijo, su mirada a la deriva hacia el lago.

—¿Qué comiste por allí? —le preguntó ella.

Recordó una de las primeras comidas con el grupo, el almuerzo en un restaurante cerca del palacio Medici. Le pasmó la cantidad de comida, los numerosos platos. Con las verduras marinadas ya tenía suficiente, pero luego los camareros sirvieron platos de ravioli, seguidos de carne asada. Esa tarde varios miembros del grupo, él incluido, volvieron al hotel para recuperarse, renunciando al resto de las visitas turísticas. Al día siguiente su guía les dijo que los almuerzos en restaurantes eran opcionales, siempre y cuando todos se reunieran en el siguiente lugar a la hora indicada. Y de esa manera la señora Bagchi y él empezaron a alejarse por su cuenta, comían alguna cosilla, comentaban con asombro cómo hubo un tiempo en que ellos también eran capaces de comer almuerzos abundantes, como era típico en la India.

—Probé un par de platos de pasta —dijo, y tomó un sorbo de té—. Pero sobre todo comí pizza.

—¿Pasaste tres semanas en Italia y lo único que comiste fue pizza?

—Estaba muy rica. Ella meneó la cabeza. —Pero allí la comida es maravillosa... —Tengo vídeos —dijo él, cambiando de tema—. Puedo enseñártelos luego, si te apetece.

Cenaron temprano. Ruma dijo que su padre debía de tener hambre después del viaje y su padre reconoció que tenía ganas de acostarse, que al fin y al cabo era tres horas más tarde en la costa Este. Se había pasado los dos días anteriores cocinando, los platos acumulándose uno a uno en los estantes de la nevera, y la tarea la había dejado agotada. Cuando preparaba comida india para Adam podía tomárselo con tranquilidad. Podía prescindir de preparar *dal* o poner ensalada en vez de un *chorchori*. «¿Nada más?!», exclamaba a veces su madre por teléfono, incrédula, tras preguntarle a Ruma qué estaba preparando para cenar, y era en momentos así cuando ella reconocía lo diferente que era su experiencia como esposa. Su madre nunca había tomado atajos; incluso en Pensilvania había llevado la casa como para satisfacer la escrupulosa mirada de su suegra. Aunque su madre era una cocinera excelente, su padre nunca la elogiaba por ello. Era sólo cuando iban a casas ajenas, y él se quejaba de la comida en el trayecto de regreso, cuando se hacía patente lo mucho que apreciaba el talento culinario de su mujer. La cocina de Ruma ni siquiera se le acercaba: las verduras troceadas más gruesas de lo conveniente, el arroz pasado. Pero conforme su padre iba abriéndose camino a través de los platos que había preparado, le dijo varias veces que estaban deliciosos.

Siguiendo el ejemplo de su padre, ella comió con los dedos por primera vez desde hacía meses, por primera vez en aquella casa nueva en Seattle. Akash, sentado entre los dos en la trona, también quería comer con los dedos, pero Ruma no le había enseñado cómo hacerlo. No hablaron de su madre, ni de Romi, el hermano con quien tan poco tenía en común, a pesar de los nombres absurdamente a juego. No hablaron de su embarazo, de cómo se sentía en comparación con la otra vez, como sin duda habrían hecho su madre y ella. No hablaron mucho en absoluto; su padre nunca había sido muy conversador durante las comidas. Su reticencia era una de las cosas de las que se quejaba su madre, una de las maneras en que Ruma había intentado suplir a su padre.

—Cuánta luz hay fuera todavía —dijo él al cabo, aunque llevaba sin levantar los ojos del plato desde que había empezado a comer, por lo visto, como tan a menudo le parecía a Ruma, ajeno a cuanto lo rodeaba.

—En verano el sol no se pone hasta pasadas las nueve —comentó ella—. Lamento que se hayan roto los *begunis*. No he dejado que se calentara lo suficiente el aceite.

—Da igual. Pruébalo —le dijo él a Akash, que llevaba cuatro meses negándose a comer nada que no fuera macarrones con queso de sobre. Y dirigiéndose a Ruma, a la vez que señalaba el plato del niño—: ¿Por qué compras eso? Está lleno de sustancias químicas.

Cuando Akash era más pequeño, ella había seguido el consejo de su madre de acostumbrarlo al sabor de la comida india e hizo el esfuerzo de hervir pollo y verdura con canela, cardamomo y clavo. Ahora el niño comía alimentos que venían en caja.

—No me gusta nada esa comida —replicó Akash, y frunció el ceño mirando el plato de su abuelo.

—Akash, no hables así. —A pesar de sus esfuerzos, estaba convirtiéndose en la clase de niño americano que ella siempre había tenido buen cuidado de no ser, la clase de niño que horrorizaba e intimidaba a su madre: imperioso, temeroso de comer ciertas cosas—. Antes te comías lo que guisaba Dida —le dijo—. Ella preparaba todas estas cosas.

—No me acuerdo de Dida —respondió Akash, y meneó la cabeza de lado a lado, como si negara el hecho mismo de que alguna vez hubiera estado viva—. No me acuerdo. Se murió.

Estaba leyéndole cuentos a Akash antes de dormir cuando su padre llamó suavemente a la puerta y le pasó el teléfono inalámbrico. Tenía la mano derecha torpemente alzada delante del pecho, y Ruma vio que estaba cubierta de jabón del agua de fregar.

—Es Adam al teléfono.

—Baba, ya lo habría hecho yo. Acuéstate.

—Son sólo unas cosillas. —Su padre siempre se había encargado de fregar después de comer toda la familia; aseguraba que estar de pie quince minutos después de una comida le ayudaba a hacer la digestión. A diferencia de Ruma, a diferencia de su madre, a diferencia de nadie que ella hubiera conocido, su padre nunca dejaba correr el agua mientras lo enjabonaba todo. Esperaba hasta que los platos y las cazuelas estuvieran listos para el aclarado, y hasta ese momento sólo se alcanzaba a oír el sonido quedo, insistente de la esponja.

Cogió el teléfono.

—Rum —oyó la voz de Adam. Así había empezado a llamarla poco después de que se conocieran. La primera vez que le escribió una carta, escribió mal su nombre y la encabezó: «Querida Room...»

Se lo imaginó tumbado en la cama de la habitación de un hotel en Calgary, adonde había ido esta vez, sin zapatos, la corbata floja, los tobillos cruzados. A los treinta y nueve, aún tenía un atractivo juvenil, con el abundante y rizado cabello rubio pajizo que había heredado Akash, un cuerpo de corredor de maratón tallado a cuchillo, pómulos que ella codiciaba en secreto. De no ser por la poderosa profundidad de su voz y las gafas que llevaba de un tiempo a esta parte para ver de lejos, todavía podría haber pasado por uno de los muchachos atléticos y de trato fácil con que ella había ido a la universidad.

—Está aquí mi padre.

—Ya hemos hablado.

—¿Qué te ha dicho?

—Las preguntas habituales: «¿Qué tal estás? ¿Cómo están tus padres?» —Era cierto; eso era lo único que le decía su padre a Adam.

—¿Has comido?

Hubo una pausa antes de que él contestara. Ella cayó en la cuenta de que estaría viendo algo en la tele.

—Estoy a punto de irme a cenar con un cliente. ¿Qué tal está Akash?

—Está aquí mismo. —Le acercó el teléfono a la oreja—. Dile hola a papá.

—Hola —dijo Akash sin entusiasmo.

Ruma oyó que Adam preguntaba: «¿Qué pasa, colega? ¿Te lo estás pasando bien con Dadu?» Pero Akash se negó a decir nada más, con la mirada fija en la página de su libro, y al cabo ella volvió a llevarse el aparato al oído.

—Está cansado —lo disculpó—. Está a punto de dormirse.

—Ojalá pudiera dormirme yo —dijo Adam—. Estoy hecho polvo.

Ella era consciente del todo de que había estado viajando desde primera hora de la mañana, que llevaba todo el día trabajando y tendría que seguir trabajando durante la cena. Y sin embargo no lo compadeció.

—No consigo imaginar a mi padre viviendo aquí —dijo.

—Entonces no se lo pidas.

—Creo que esta visita es su manera de sugerirlo.

—Entonces pídeselo.

—¿Y si dice que sí?

—Pues se mudará a vivir con nosotros.

—¿Debería pedirselo?

Oyó que Adam respiraba pacientemente por la nariz.

—Hemos hablado de esto un millón de veces, Rum. Es cosa tuya. Es tu padre.

Pasó la página del libro de Akash sin decir nada.

—Tengo que ponerme en marcha —dijo Adam—. Os echo de menos.

—Nosotros también —respondió ella.

Dejó el teléfono junto a la fotografía enmarcada de la mesita de noche, de ellos dos el día de su boda, cortando la tarta blanca de pisos. No entendía qué había ocurrido con su matrimonio después de la muerte de su madre. Por primera vez desde que se habían conocido en aquella cena de gala en Boston, cuando ella era estudiante de derecho y él cursaba un máster en administración de empresas, notaba un muro entre ellos, sencillamente porque él no había experimentado lo mismo que ella, porque sus padres seguían viviendo en la casa de Lincoln, Massachusetts, donde había crecido Adam. Era una equivocación, bien lo sabía ella, pero aun así tenía la impresión de que ambos eran personas separadas que llevaban vidas separadas. Aunque sus ausencias contribuían a que ella se sintiera aislada, a veces era peor, no mejor, cuando Adam estaba en casa. Aunque tenía que cuidar de Akash, parte de ella empezaba a preferir la soledad, sin Adam rondando por la casa, preocupado por su estado de ánimo y su humor.

Diez años atrás su madre había hecho todo lo que estaba en su mano para convencerla de que no se casara con Adam, aduciendo que se divorciaría de ella, que al final querría una chica americana. No había ocurrido nada de eso, pero en ocasiones se remontaba a aquella época, recordando lo audaz que había tenido que mostrarse para resistir la actitud ultrajada de su madre, y la negativa de su padre a expresar eso siquiera, algo que le había parecido más cruel aún. «Te avergüenzas de ti misma, de ser india, a eso se reduce todo», le había dicho a Ruma su madre una y otra vez. Ruma era consciente de la conmoción que suponía todo aquello; había mantenido en secreto a sus padres sus demás relaciones con hombres americanos hasta el día que anunció que estaba prometida. Con el paso de los años su madre no sólo se retractó de sus objeciones sino que las negó con vehemencia; llegó a querer a Adam como a un hijo, un sustituto de Romi, que los había defraudado al irse a vivir al extranjero y mantener únicamente lazos lejanos. Su madre charlaba con Adam por teléfono, incluso cuando Ruma no estaba en casa, le enviaba correos electrónicos de vez en cuando, y jugaba partidas de Scrabble con él por internet. Cuando sus padres los visitaban, su madre siempre les llevaba una nevera portátil llena de *mishtis* caseros, mezclas complejas, almibaradas y rellenas de crema que Ruma nunca había aprendido a hacer, y a Adam le encantaban.

Fue después de tener a su hijo cuando la relación de Ruma con su madre se volvió armoniosa; ser abuela transformó a su madre, le aportó una felicidad y una energía que Ruma nunca le había visto. Por primera vez en su vida Ruma se sintió perdonada por las muchas expectativas que había quebrantado o esquivado a lo largo de los años. Empezó a esperar con ilusión sus conversaciones de todas las noches, en las que informaba de los acontecimientos de la jornada y describía las cosas nuevas que había aprendido a hacer Akash. Su madre había empezado incluso a hacer ejercicio, se levantaba a las cinco de la mañana y se ponía una vieja sudadera de Colgate de Ruma. Quería vivir lo suficiente como para ver a sus nietos casados, dijo. Había ocasiones en que Ruma se sentía mucho más cerca de su madre que en cualquier otro momento de su vida, una cercanía derivada sencillamente de pensar en ella tan a menudo, de echarla de menos. Pero

era consciente de que se trataba de una ilusión, un espejismo, y de que la distancia entre ellas era ahora infinita, inexorable.

Tras acabar de lavar los platos, los secó y luego frotó y secó el interior del fregadero, no sin retirar antes las partículas de comida del escurridor. Guardó las sobras en la nevera, ató la bolsa de la basura y la metió en el cubo grande que había visto en el sendero de entrada, se aseguró de que las puertas estuvieran cerradas. Luego se sentó un rato a la mesa de la cocina con una cazuela cuya asa —se había fijado mientras la fregaba— estaba floja. Hurgó en los cajones en busca de un destornillador y, al no encontrarlo, llevó a cabo la tarea con la punta de un cuchillo para la carne. Cuando acabó fue a asomar la cabeza al cuarto de Akash y se encontró tanto al niño como a Ruma dormidos. Se quedó en el umbral unos minutos. Algo había cambiado en el aspecto de su hija: ahora se parecía tanto a su mujer que no soportaba mirarla directamente. El primer vislumbre que había tenido de ella antes, de pie en el jardín con Akash, casi lo había dejado sin respiración. Su rostro era ahora más viejo, como lo había sido el de su esposa, y el cabello le empezaba a encanecer en las sienes de la misma manera, recogido con una goma elástica en un moño holgado. Y los rasgos, evocadores ahora que su esposa ya no estaba: la forma y el tono idénticos de los ojos, el hoyuelo a la izquierda cuando sonreían.

A pesar del desfase horario, le costó conciliar el sueño: lo molestaba el sonido de una lancha motora que cruzaba de vez en cuando el lago. Permaneció recostado en la cama hojeando distraídamente un número de *U.S. News & World Report*, que había cogido del bolsillo del asiento en el avión, y luego abrió una guía de viaje de Seattle que habían dejado en la mesilla de noche, supuso, en beneficio suyo. Miró las fotografías, de la nueva biblioteca y los cafés y un salmón entero expuesto sobre lechos de hielo. Leyó acerca de las precipitaciones de lluvia anuales, y el hecho de que rara vez nevaba. Al estudiar un mapa, le sorprendió lo lejos que estaba del océano Pacífico, y sólo entonces cayó en la cuenta de que las montañas estaban en medio. Ahora había viajado una gran distancia, pero el entorno no le resultaba ajeno como cuando fue a Europa. Aquello le había recordado sus primeros tiempos en Estados Unidos: no entender más que un par de palabras de lo que decía la gente, manejar monedas diferentes. Aquí, igual que en una noche estival en Pensilvania, las mariposas nocturnas revoloteaban al otro lado de la mosquitera, y a veces un insecto arremetía contra ella, asombrándolo con su fuerza.

Desde su posición en la cama observó la habitación, espaciosa y apenas amueblada. Cuando tenía la edad de Ruma había vivido con su esposa e hijos en un apartamento pequeño en Garden City, Nueva Jersey. Transformaron un gran armario ropero en habitación infantil cuando nacieron Romi y luego Ruma. Le preocupaba la seguridad de su familia en aquella urbanización, las cámaras de vigilancia en el vestíbulo lo ponían nervioso en vez de tranquilizarlo, pero a la sazón, mientras aún trabajaba en su doctorado en bioquímica, era lo mejor que podía permitirse. Recordaba a su esposa haciendo la comida en la cocina eléctrica de la minúscula cocina, y después, en las habitaciones, el aroma de lo que hubiera preparado. Vivían en la decimocuarta planta y ella ponía a secar los saris uno por uno en la barandilla del estrecho balcón. El dormitorio donde habían sido concebidos Romi y Ruma era gris, la luz matinal nunca entraba, pero aun así lo consideraba el más sagrado de los espacios. Recordaba a sus hijos correteando por las habitaciones, sus voces infantiles. Era una parte de sus vidas que sólo su mujer y él llevaban consigo. Sus hijos sólo recordarían la casa grande que había comprado en una zona residencial de las afueras con sauces en el jardín trasero, una habitación para cada uno y un sótano lleno de sus juguetes. Y en comparación con donde vivía ahora Ruma incluso esa casa no era nada, una endeble estructura que él siempre temía que ardiese hasta los cimientos por causa de alguna cerilla.

Ahora que estaba solo, los conocidos le preguntaban a veces si tenía planeado mudarse a vivir con Ruma. Hasta la señora Bagchi mencionó la idea. Pero él señaló que su hija no había sido

educada con ese sentido del deber. Llevaba su propia vida, había tomado sus propias decisiones, se casó con un chico americano. Él no esperaba que lo acogiera, y en realidad no podía echarse-lo en cara. Pues ¿qué había hecho él cuando su propio padre estaba muriendo, cuando su madre quedó atrás? Por entonces Ruma y Romi eran adolescentes. Quedaba descartado que se trasladara con toda la familia a vivir a la India, y también que su octogenaria madre viuda se mudase a Pensilvania. Había dejado que sus hermanos se ocuparan de ella hasta que también murió.

De haber fallecido él primero, su esposa no habría dudado en irse a vivir con Ruma. Su esposa no estaba hecha para vivir sola, de la misma manera que la gloria de la mañana no está destinada a crecer a la sombra. En ese sentido era lo contrario a la señora Bagchi. El aislamiento de vivir en una zona residencial norteamericana, algo de lo que su esposa se quejaba y de lo que él se sentía responsable, había acarreado más soledad de la que ella podía soportar. Pero a él le gustaba la soledad, igual que a la señora Bagchi. Ahora que se había jubilado dedicaba sus días a trabajar como voluntario para el partido Demócrata en Pensilvania, una tarea que podía llevar a cabo desde su ordenador en casa, y eso, además de sus viajes, era bastante para mantenerlo ocupado. Resultaba un alivio no tener que cuidar de la antigua casa, cortar el césped y rastrillarlo, sustituir las contraventanas por mosquiteras en verano sólo para invertir el proceso pocos meses después. También era un alivio vivir en otra parte del estado, lo bastante cerca como para que las cosas siguieran resultando familiares, pero lo bastante lejos como para tener la sensación de que era distinto. En la antigua casa se sentía varado en su vida anterior, asistía solo a fiestas a las que había ido en compañía de su mujer, recibía llamadas nocturnas de amigos preocupados que le dejaban por rutina cazuelas de pollo al curry o, dando por sentado que se sentía solo, lo visitaban sin previo aviso los domingos por la tarde.

De pronto estaba cansado, se le enturbiaba la vista y las palabras de la guía de viaje se desprendían de la página. Además de la pequeña pila de libros había un teléfono. Dejó la guía, levantó el auricular, comprobó si había tono y volvió a posarlo. Antes de ir a Seattle le había facilitado a la señora Bagchi el número de teléfono por e—mail, pero se daba por sentado que no debía llamar. Ella todavía amaba a su malogrado marido, de eso no le cabía duda. Seguía llevando una foto suya en el monedero, un muchacho lampiño de veintitantos, con la raya del pelo muy ladeada. A él no le importaba. En cierto sentido prefería saber que su corazón aún pertenecía a otro hombre. No era la pasión lo que le impulsaba, a los setenta, a mantener una relación, por discreta que fuera, por ocasional que fuera, con otra mujer. Era sencillamente la consecuencia de estar casado tantos años, la costumbre de la compañía.

Sin su esposa, la idea de su propia muerte lo obsesionaba, consciente de que podía sobrevenirle igual de repentinamente. Nunca había experimentado la muerte de cerca; cuando sus padres y parientes habían muerto, siempre estuvo a continentes de distancia, sin presenciar nunca su espanto. Y, en realidad, tampoco había estado presente cuando falleció su mujer. Se encontraba leyendo una revista mientras tomaba un té en la cafetería del hospital. Pero no era eso lo que le hacía sentir culpable, sino el hecho de que todos habían dado muchas cosas por sentado: que la intervención se desarrollaría sin problemas, que pasaría una noche en el hospital y luego regresaría a casa, que los amigos irían a cenar quince días más tarde, que ella viajaría a Francia pocas semanas después. Habían dado por sentado que la operación quirúrgica de su esposa iba a ser un padecimiento menor en su vida y no el punto final de la misma. Recordó a Ruma sollozando en sus brazos como si de pronto fuera otra vez muy pequeña y se hubiera caído de la bici o la hubiera picado una avispa. Igual que en aquellas ocasiones, él se había mostrado fuerte, sin derramar una sola lágrima.

A veces Ruma despertaba en plena noche en la cama de Akash y se iba dando traspiés hasta la suya. Por lo general, el niño se trasladaba a la cama de ella al amanecer y dormía a su lado unas

horas más antes de despertar y pedir cereales. A ella no le importaba que su hijo fuera a su cama, menos aún cuando Adam estaba fuera. Pero esa mañana la cama estaba vacía. Ya no sentía náuseas matinales. Muy al contrario, lo primero que le venía a la cabeza era la comida; quería un burrito, o un sándwich de huevo con queso de la tienda de *bage/s* que había cerca de su antiguo apartamento en Park Slope, un aviso de que su cuerpo había estado trabajando duro. En la cocina vio que los platos de la cena, fregados y secos, estaban a un lado de la encimera. En el escu- rridor había un cuenco limpio, cuchara, vaso de zumo y taza. Junto a la cocina, en un platillo ha- bía una bolsita de té medio seca, reservada para ser utilizada por segunda vez. Oyó la voz de Akash procedente del exterior pero no alcanzó a verlo por la ventana. Salió al porche, donde el sonido de su voz era más nítido. «Pero no he visto ninguna tortuga», lo oyó decir, y supuso que él y su abuelo habían ido de paseo hasta el lago.

Ruma tomó su vitamina prenatal y puso al fuego agua para el té. Estaba preparando tostadas cuando abuelo y nieto entraron por la puerta de la cocina.

—Hemos ido al lago y Dadu me ha hecho una película —comentó emocionado Akash, y señaló la cámara de vídeo que colgaba del cuello de su abuelo.

—Estás mojado —observó ella; tenía las tiras de las sandalias y la parte delantera de los panta- lones cortos oscurecidas por el agua. Se volvió hacia su padre—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada. Nos ha parecido ver una tortuga, y Akash ha querido tocarla. Ahora quiere cerea- les.

—Vamos, antes tienes que cambiarte —le dijo al niño.

Al regresar, vio que su padre había abierto el armario.

—¿Toma de éstos? —preguntó sosteniendo una caja de Cheerios.

Ella asintió.

—¿Cuándo te has levantado, Baba?

—Ah, ya estaba despierto antes de las cinco. He estado sentado en el porche y he desayunado, y luego ha aparecido Akash y hemos salido.

—Ya me ocupo yo —dijo ella, al ver que su padre vertía leche en el cuenco de cereales.

—No me importa. Anda, come.

Ruma abrió la nevera en busca de mantequilla y mermelada y se preparó el té. Cuando acabó, su padre cogió la tetera, puso la bolsita seca en la misma taza que estaba en el escurrerplatos y añadió el agua caliente que quedaba. Akash regresó cambiado.

—Dadu, ¿salimos? —dijo, tirando de los pantalones a su abuelo.

—Enseguida, Babu. Déjame acabar.

Mientras desayunaba, Ruma le mencionó los lugares que podían ver durante su visita; antes de su llegada había consultado horarios, precios de entradas, y en su mente ya había concebido un itinerario, algo para tenerlo ocupado cada día.

Ella no había tenido tiempo ni energía para explorar mucho el centro de Seattle, y creía que la semana con su padre le ofrecería la oportunidad de hacerlo.

—Está el Space Needle, claro —empezó—. Y Pike Place Market. Hay un acuario junto al mar al que quiero llevar a Akash desde hace tiempo. Hay travesías en ferry por el estrecho de Puget, muy bonitas, según dicen. Podríamos pasar el día en Victoria. Y luego está la fábrica Boeing, si te interesa. Hacen visitas guiadas.

—Sí —repuso su padre. A ella le pareció agotado, los ojos pequeños tras las gafas—. A decir verdad —añadió—, no me importaría descansar de todo eso.

Se quedó desconcertada; había dado por supuesto que su padre querría ver Seattle con la cámara de vídeo, de la misma manera que estaba interesado en ver tantos otros lugares del mundo de un tiempo a esa parte.

—Bueno, no hay gran cosa que hacer por aquí.

—No necesito que me entretengan.

—No me refería a eso. Como quieras, Baba.

Su desconcierto dejó paso a la preocupación. Se preguntó si le ocultaba algo. Se preguntó cómo estaría en su urbanización, si tenía que subir demasiadas escaleras, si tenía algún vecino a quien conociera o que se preocupara por él. Recordó una estadística que había oído acerca de que los cónyuges de toda la vida solían morir con una diferencia de dos años, el fallecimiento del sobreviviente motivado en esencia por la congoja. Pero Ruma era consciente de que sus padres nunca se habían querido de esa forma.

—¿Estás bien?

El levantó la mirada; estaba inclinado sobre Akash, haciéndole muecas para distraerlo mientras se terminaba los cereales.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si estás bien.

—Estoy perfectamente. Lo que pasa es que quería tomarme unas vacaciones de mis vacaciones —dijo—. Las visitas guiadas son un trabajo, a su manera.

Ella asintió.

—Entiendo. —Lo entendía, ya que en el fondo era consciente de que a su padre no le ocurría nada. Aunque le molestara reconocerlo, en todo caso, parecía más feliz ahora; la muerte de su mujer le había quitado un peso de encima, el efecto opuesto que había tenido en Ruma.

El sacó un pañuelo blanco desgastado del bolsillo y le limpió a Akash los restos de leche y cereales de la cara. El gesto le recordó a Ruma cuando era pequeña, y las maneras sutiles con que su padre acudía en su ayuda, sacando un pañuelo si se había derramado comida en la ropa, o necesitaba sonarse o se había rasguñado la rodilla.

—Deja que pasen unos días. Igual entonces podemos ir a dar una vuelta en barco.

Después de desayunar, Akash tenía su clase semanal de natación. Ella esperaba que su padre se quedara en casa, pero dijo que quería ir y cogió la cámara. Se ofreció a llevarlos a la piscina en el coche de alquiler, pero, como el asiento de niño estaba en el todoterreno, condujo Ruma. Aunque había aprendido a conducir en el instituto, después había vivido en ciudades durante años y no tenía coche, así que hasta hacía poco era una actividad que asociaba únicamente con las visitas a sus padres: coger el coche para devolver vídeos o ir con su madre al centro comercial. Pero en Seattle había tenido que acostumbrarse a llenar el depósito y comprobar el aire de los neumáticos. Aunque cada vez estaba más familiarizada con las carreteras, con las salidas y las montañas y el tipo de luz, no se sentía vinculada con nada de ello, ni con nadie. Sólo había cruzado los cumplidos de rigor con los vecinos, una pareja de jubilados a un lado, dos profesores gays de la Universidad de Washington al otro. Había algunas mujeres con las que hablaba mientras observaba a Akash en la piscina, pero al final de las clases nunca sugerían quedar para verse. Le resultaba forzado tener que abrirse a los desconocidos a esas alturas de su vida.

Estaba acostumbrada a las amigas que había dejado en Brooklyn, mujeres a las que había conocido en las clases de yoga prenatal y en el grupo de madres al que se sumó después de que naciera Akash, que conocían los detalles cotidianos de su vida. Le hicieron compañía cuando se puso de parto y le pasaban las ropitas y sábanas que habían usado sus hijos. Esas amigas esta-

ban a cinco o diez minutos a pie de su apartamento, algunas en el mismo edificio, y cuando trabajaba media jornada podían reunirse con sólo una llamada y pasear por Prospect Park empujando los carritos. Habían llegado a conocer a la madre de Ruma cuando iba de visita en fin de semana, y alguna de ellas fue en coche hasta Pensilvania para asistir al funeral. Al principio, después de mudarse, esas amigas enviaban correos electrónicos a Ruma, o la telefoneaban mientras estaban en el parque sin ella. Pero, con la diferencia horaria y los niños siempre a su lado, era imposible mantener una conversación seria. A pesar de todo el tiempo que había pasado con esas mujeres, las raíces no eran muy profundas, y de un tiempo a esa parte, tras leer sus correos, Ruma rara vez se sentía motivada para contestar.

El coche estaba en silencio salvo por el sonido de los neumáticos en la carretera y el cortante ruido de los coches que pasaban en dirección contraria. Akash jugaba con uno de sus trenecitos, arrastrando las ruedas por la superficie de la puerta y la parte posterior del respaldo de Ruma. Ella era consciente de que su padre supervisaba silencioso su manera de conducir, de vez en cuando echaba un vistazo de soslayo al cuentakilómetros, miraba a la vez que ella cuando estaba a punto de cambiar de carril. Ruma le señaló la tienda de comestibles donde hacía la compra, en dirección al monte Rainier, que ese día no era visible.

—Esa es la salida que toma Adam para ir a trabajar —comentó.

—¿A qué distancia es?

De más joven, lo habría corregido: «¿A qué distancia está?», habría dicho de inmediato, irritada, como si su error fuera un reflejo de sus propios defectos.

—No lo sé. Me parece que tarda unos tres cuartos de hora en cada trayecto.

—Eso es mucho rato al volante. ¿Por qué no escogisteis una casa más cerca?

—No nos importa. Y nos enamoramos de la casa. —Se preguntó si a su padre le parecería frívolo ese último comentario.

—¿Y tú? ¿Has encontrado trabajo en este nuevo lugar?

—Es difícil encontrar trabajo de abogado procesalista a media jornada —respondió—. La preescolar es sólo hasta mediodía, y Adam y yo no queremos llevar a Adam a una guardería.

—¿Tienes que examinarte de nuevo para ejercer la abogacía aquí?

—No. Hay reciprocidad con Nueva York.

—Entonces ¿por qué no buscas un trabajo nuevo?

—Todavía no estoy preparada, Baba. —De momento no se había puesto en contacto con ningún bufete de Seattle, y tampoco había llamado al abogado de fondos y propiedades cuyo nombre le facilitó un socio de su antiguo bufete, con la sugerencia de que tal vez Ruma podría dedicarse a elaborar expedientes de casos concretos. Cayó en la cuenta de que no le había comentado a su padre que tenía intención de quedarse en casa durante los siguientes años—. Aún estamos asentándonos.

—Eso ya lo entiendo. Sólo pregunto si te has planteado algún plazo.

—Tal vez cuando el nuevo bebé empiece a ir al jardín de infancia.

—Pero para eso faltan más de cinco años... Es ahora cuando tienes que trabajar, cimentar tu carrera.

—Ya trabajo, Baba. Pronto me ocuparé de dos hijos, igual que hizo mamá.

—¿Eso te hará feliz?

No respondió. Su madre habría entendido su decisión, la habría apoyado y se habría mostrado orgullosa. Ruma había trabajado cincuenta horas a la semana durante años y cobrado un sueldo de seis cifras mientras que Romi seguía viviendo al día. Siempre había tenido la sensación de

que tanto su padre como su madre le otorgaban papeles que no le correspondían: el primogénito de su padre, el cónyuge secundario de su madre.

—No serán siempre pequeños, Ruma —continuó su padre—. Entonces, ¿qué harás?

—Entonces volveré al trabajo.

—Tendrás más de cuarenta años. Es posible que no te resulte tan sencillo.

Mantuvo los ojos fijos en la carretera y pulsó el botón que encendía la radio, lo que colmó el vehículo con la voz monótona y resuelta de un locutor. Nunca había sido capaz de plantarle cara a su padre con franqueza, tal como solía hacer con su madre. De alguna manera, temía que cualquier diferencia de opinión minara el vínculo ya frágil que existía entre ellos. Era consciente de que lo había decepcionado al ser rechazada por todas las universidades de élite en las que había solicitado plaza. A pesar de la vida itinerante e inestable de Romi, sabía que su padre lo respetaba más por haberse licenciado en Princeton y obtenido una beca Fullbright para ir al extranjero. Ruma podía contar con los dedos de una mano las discusiones que había tenido con su padre. En secundaria, después de obtener el carnet de conducir, él se negó a asegurar el coche de la familia para que Ruma pudiera conducirlo por su cuenta. En la universidad, cuando llegó el momento de escoger su especialidad, intentó convencerla para que escogiera biología en vez de historia. Él se mostró reacio a costearle la carrera de derecho, pero cuando la aceptaron en Northeastern se la pagó igualmente. Y arguyó, cuando ella y Adam planificaban la boda, que una ceremonia al aire libre era poco aconsejable, recomendándoles un salón de bodas institucional para el banquete en vez del risco en Marthas Vineyard donde ellos deseaban celebrarla. Al final resultó que hizo un tiempo perfecto, con el sol rielando intensamente sobre el océano mientras formulaban sus votos. Y sin embargo, a día de hoy, Ruma seguía teniendo pesadillas con el entoldado blanco, las sillas plegables y cientos de invitados empapados por la lluvia.

Entró en el aparcamiento de la piscina. En el interior del edificio, le dijo a su padre que esperara en los bancos, desde donde podrían ver la clase a través de una cristalera, mientras ella iba al vestuario a ponerle el bañador a Akash. Cuando volvió con su padre, él andaba ocupado con la cámara de vídeo, poniendo una cinta nueva y haciendo los ajustes necesarios.

—Ahí está Akash —le indicó, y señaló.

El niño estaba sentado, envuelto en una toalla, a la espera de que empezara la clase. A ella le había parecido que era muy pequeño para meterse en la piscina sin ella, que tendrían que inscribirlo en el grupo inferior, en el que los padres también se metían en el agua. Pero en esa clase no había plazas, y desde el principio Akash se había separado de ella de buen grado, echándose en brazos de la instructora, una adolescente de pelo castaño rojizo.

Durante los siguientes treinta minutos su padre grabó a Akash sin interrupción: cuando le ponían la burbuja a la espalda, cuando saltaba a la piscina, mientras hacía pompas y ensayaba a darse impulso con las piernas. Estaba de pie ante el banco en que se sentaba Ruma, el objetivo de la cámara casi pegado a la cristalera. No había prestado semejante atención cuando Ruma y Romi eran niños. Por aquel entonces era su madre quien se quedaba a ver sus clases de natación, quien contenía el aliento, aterrada, mientras subían la escalera del trampolín y la saludaban con la mano, para luego zambullirse de cabeza. Su padre no le había enseñado a Romi a lanzar la pelota de béisbol, ni los había llevado a patinar en el estanque cerca de su barrio que se congelaba todos los inviernos.

En el coche, de regreso a casa, su padre volvió a sacar a colación el asunto de su carrera profesional.

—El trabajo es importante, Ruma. No sólo por la estabilidad económica, sino por la estabilidad mental. Toda mi vida, desde los dieciséis, he trabajado.

—Ahora estás jubilado.

—Pero no puedo estar ocioso. Por eso viajo tanto. Es un lujo, aunque no me hace falta todo el dinero que he ahorrado.

»La independencia es importante, Ruma —continuó—. La vida está llena de sorpresas. Hoy puedes depender de Adam, del trabajo de Adam. Pero mañana, quién sabe.

Durante una fracción de segundo apartó la mirada de la carretera para volverse hacia él.

—¿Qué quieres dar a entender? ¿Qué estás diciendo?

—Nada. Sólo que me pone nervioso que estés desempleada. No por mí, ya sabes. Quien me preocupa eres tú. Yo tengo dinero más que suficiente para que me dure hasta que esté muerto.

—¿Quién más está muerto? —preguntó Akash a voz en cuello desde el asiento de atrás.

—Nadie. Sólo estamos diciendo tonterías. Ay, cariño, que tren tan bonito tienes, ¿ha salido de la estación? —le preguntó su abuelo, volviéndose hacia Akash.

Esa noche, después de cenar él le enseñó sus vídeos. Primero, para que Akash disfrutara, vieron las secuencias de su clase de natación, y luego les mostró vídeos de Europa: frescos de iglesias, palomas en pleno vuelo, nucas de personas. La mayor parte de las imágenes las había tomado por la ventanilla del autobús, mientras un guía daba explicaciones sobre los monumentos que iban pasando. Siempre había tenido buen cuidado de mantener a la señora Bagchi fuera de cuadro, pero, mientras veía la grabación ampliada en el televisor de su hija, comprobó que había indicios por todas partes: el brazo de la señora Bagchi apoyado en la ventanilla abierta del autobús, su bolso de cuero azul encima de un banco.

—Ese es Luigi —dijo cuando la cámara enfocó brevemente a su guía italiano.

—¿Quién te acompaña en estos viajes? —preguntó su hija.

—Sobre todo personas como yo, jubilados u ociosos. Muchos japoneses. Es un grupo diferente en cada país.

—¿Has hecho alguna amistad?

—Todos nos mostramos amistosos.

—¿Cuántos sois?

—Unos dieciocho o veinte.

—¿Y tienes que pasar con ellos el día entero, o puedes estar a solas algún rato?

—Una hora de vez en cuando.

—¿Quién es ésa? —preguntó ella de repente.

Él se quedó mirando, aterrado, la pantalla, donde por unos segundos aparecía la señora Bagchi en unas imágenes movidas, sentada a una mesita en una cafetería, removiendo el café con una cucharilla diminuta en un taza diminuta. Y entonces recordó haberle dejado al señor Yamata, uno de sus compañeros japoneses, que mirara por el objetivo. Sin darse cuenta, Yamata debía de haber apretado el botón de grabación. La señora Bagchi se desvaneció y ya no volvió a aparecer. Agradeció que aquel local estuviera tan oscuro, que su hija no pudiera verle la cara.

—¿A quién te refieres?

—Ya no está. Una mujer que parecía india.

Era una oportunidad para contárselo a Ruma. Resultaba más difícil de lo que había creído, estar en casa de su hija, estar con ella todo el día. Se sintió patético por engañarla, pero ¿qué iba a decirle? ¿Que tenía una nueva amiga? ¿Una novia? La palabra le era desconocida, imposible de

expresar; no había tenido novia en su vida. Le habría sido más fácil contárselo a Romi. Él habría asimilado la información despreocupadamente, incluso podría haberle supuesto un alivio. Ruma era distinta. Toda su vida se había sentido censurado por ella, en nombre de su esposa. Ella y Ruma eran aliadas. Y había sobrellevado el resentimiento de su hija, sin contarle nunca su versión de las cosas, sin decir nunca que su mujer había sido demasiado exigente, incapaz de apreciar la vida que tanto trabajo le había costado a él proporcionarle.

Al igual que su mujer, Ruma estaba ahora sola en un lugar nuevo, abrumada, sin amigos, ocupándose de una criatura, todo lo cual le recordaba demasiado los primeros años de su matrimonio, los años que su esposa nunca le había perdonado. Siempre había dado por supuesto que la vida de Ruma sería distinta. Ella había trabajado desde que alcanzaba a recordar. Incluso en el instituto, a pesar de sus protestas y las de su mujer, insistió en trabajar durante los veranos como ayudante de camarera en un restaurante local, la clase de empleo que sus parientes de la India hubieran considerado vergonzoso para una chica de su clase y educación. Pero su hija ya no era responsabilidad suya. Por fin, él había alcanzado esa edad.

—Esa es una de las cosas que he observado en mis viajes —comentó mientras la plaza rosa inclinada de Siena aparecía brevemente en la pantalla, la señora Bagchi oculta en algún lugar entre la muchedumbre—. Hoy en día hay indios por todas partes.

Akash la despertó a la mañana siguiente al entrar en su habitación y tirarle del brazo.

—Dadu se ha ido.

—¿Qué dices?

—No está.

Ruma se levantó. Eran las ocho menos cuarto.

—Seguramente ha salido a dar un paseo, Akash.

Pero, cuando miró por la ventana, vio que el coche de alquiler no estaba en el sendero de entrada.

—¿Va a volver?

—Espera, Akash, déjame pensar. —El corazón le latía con fuerza, y se sintió como a veces le ocurría en algún parque, cuando durante unos segundos perdía de vista a Akash.

En la cocina vio que su padre no había desayunado; no había cuenco ni cuchara en el escurrer platos, ni bolsita de té seca en un platillo junto a la cocina. Se preguntó si se habría encontrado mal, si habría salido en busca de una farmacia para comprar aspirinas o Alka—Seltzer. Sería típico de él hacer algo así y no despertarla. Una vez se había sometido a un tratamiento de endodoncia sin decírselo a nadie, para volver a casa por la tarde con la boca hinchada y llena de gasas. Luego se preguntó si habría descubierto los botes amarrados en el embarcadero a orillas del lago y habría salido al agua en uno de ellos. No había manera de localizarlo; su padre no llevaba teléfono móvil. En cuanto a llamar a la policía, no sabía la matrícula del coche alquilado. Descolgó el teléfono de todas maneras, decidida a llamar a Adam y preguntarle qué hacer. Pero justo entonces oyó el sonido de la grava bajo unos neumáticos.

—¿Adónde demonios has ido? —exigió saber. No había ningún indicio de que su padre estuviese en alguna clase de apuro; llevaba una caja plana atada con un cordel que parecía procedente de una panadería.

—Me he acordado de que ayer, camino de la piscina, pasamos por un jardín. He pensado en ir a ver qué horario tenían.

—Pero ya hemos escogido un jardín de infancia para Akash...

—No me refiero a un jardín de infancia, sino a un vivero, un sitio donde venden plantas. Ahí atrás da mucho el sol y la tierra parece fértil —puntualizó, mirando por la ventana—. Un clima lluvioso es bueno para el jardín. Puedo plantar unos arbustos, algunas plantas decorativas, si quieres.

—Ah —comentó ella.

—Está a nueve kilómetros escasos de tu casa. Al lado hay una pastelería. Toma —dijo, al tiempo que abría la caja y se la enseñaba a Akash—. ¿Cuál quieres?

—No hace falta que trabajes en nuestro jardín, Baba. Has dicho que querías descansar.

—Me relaja.

A ella no se le había ocurrido plantar flores en el jardín trasero. Sin embargo, la oferta le resultó atrayente. Le halagó su interés por el lugar donde ella vivía, su deseo de embellecerlo.

—Podrías haberme dicho que ibas a salir —le advirtió Ruma.

—Eso he hecho —respondió—. He dejado una nota en el escritorio de mi habitación, diciendo que iba a dar una vuelta en coche.

Ella se volvió hacia Akash, que había troceado un cruasán, rociándose de migas la pechera del pijama. Estaba a punto de regañarlo por haberse precipitado al buscar en la habitación de su abuelo. Pero, claro, Akash era demasiado pequeño para ver la parte superior del escritorio, demasiado pequeño para leer una nota.

A la hora en que abría el vivero, su padre volvió a salir y esta vez se llevó a Akash consigo después de transferir el asiento infantil al sedán. Cuando se marchaban, Ruma cayó en la cuenta de que era la primera vez que dejaba a Akash al cuidado de su padre. Era raro estar sola en casa, y le preocupaba que el niño reclamara de repente su presencia. Solía sentirse así cuando era más pequeño y le daba el pecho cada dos horas, cuando estar sin él, por poco tiempo que fuera, le resultaba anómalo. Una hora después, ambos volvieron con bolsas de tierra para plantar, bandejas llenas de flores, una pala, rastrillo y una manguera. Su padre le preguntó si podía ponerse alguna prenda vieja de Adam, y Ruma le dio unos pantalones holgados con bolsillos y una camisa vieja, prendas que Adam había dejado aparte para donarlas al Ejército de Salvación, así como unas zapatillas de deporte de su marido. La ropa le quedaba grande, los hombros de la camisa caídos, los dobladillos del pantalón subidos. Durante el resto del día, con Akash jugando a su lado en una montaña de tierra cada vez más grande, su padre se dedicó a cavar el suelo, lanzando tajos a la hierba con un sonido suave y contundente, la gorra de béisbol calada para protegerse del sol. Trabajó de manera ininterrumpida, haciendo una breve pausa a mediodía para tomar un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada junto con Akash, y abandonó al anochecer sólo porque, según dijo, habían salido los mosquitos.

A la mañana siguiente regresó al vivero para comprar más cosas: un fardo de musgo turboso, bolsas de mantillo y fertilizante orgánico. Esta vez, además de los materiales de jardinería, trajo una piscina hinchable para niños con la forma de un cocodrilo que echaba agua por las fauces; la montó en el jardín y la llenó con la manguera. Akash se pasó el día entero fuera, chapoteando en la piscina y lanzando agua al jardín, o rebuscando los gusanos que desenterraba su abuelo. Éste trabajó otra vez ininterrumpidamente hasta el anochecer. Con el niño fuera todo el día, Ruma tuvo tiempo de hacer algunas cosas en la casa, cosas pequeñas y grandes que había ido posponiendo. Abonó las facturas que vencían a final de mes, archivó los montones de papeleo que generaba su vida con Adam y luego empezó a revisar la ropa de Akash, desherbando los cajones de lo que se le había quedado pequeño y sustituyéndolo por prendas más grandes de cajas de plástico

almacenadas en el sótano. Dependiendo de si tenía niño o niña, debería guardar la ropa más pequeña o regalarla. Todavía quedaban cuatro semanas para la prueba que les permitiría averiguar el sexo. No se le notaba mucho el embarazo, aún no sentía las pataditas. Pero, a diferencia de la otra vez, no dudaba de la presencia de vida en su seno.

Rescató su ropa de maternidad, los amplísimos pantalones y las túnicas que no tardarían en hacerle falta. Tras revisar las prendas, se centró en la estantería inacabada en la habitación de Akash, que tenía intención de pintar desde que la había comprado, más de diez años atrás en Boston, para guardar sus libros de derecho. Retiró todos los juguetes y libros y empezó a ponerlos en un rincón. Le pediría a su padre que la ayudara a sacarla afuera, para pintarla en el jardín. En cierto momento, Akash entró en la habitación y la sorprendió. Estaba descalzo, las piernas doradas cubiertas de mugre. Temió que se enfadara con ella por tocar sus cosas, pero él observó el montón como si fuera lo más normal del mundo y luego empezó a coger objetos de allí.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó al niño.

—Cultivar cosas.

—Ah, ¿sí? ¿Qué vas a plantar?

—Todo esto —dijo, con los brazos llenos, al tiempo que salía del cuarto.

Ella lo siguió afuera, donde vio que su padre había hecho una pequeña parcela para Akash, apenas mayor que un periódico abierto, con agujeros de escasa profundidad a intervalos.

Observó cómo su hijo enterraba objetos en el suelo, agachado sobre la tierra igual que su abuelo. Quedaron alojados entre la tierra una bola de goma rosa, varias piezas de Lego unidas y un bloque de madera con una estrella grabada al aguafuerte.

—No muy hondo —le advirtió su padre—. No más de un dedo. ¿Aún puedes tocarlo?

Akash asintió. Cogió un dinosaurio de plástico en miniatura y lo obligó a entrar en la tierra.

—¿De qué color es? —le preguntó su abuelo.

—Rojo.

—¿Y en bengalí?

—*Lal*.

—Bien.

—¡Y *neel*! —gritó Akash señalando el cielo.

Mientras su padre estaba en la ducha, Ruma preparó el té. Era un ritual que le gustaba, una manera de reconocer formalmente que el día daba paso a la noche aunque el sol no se pusiera aún. Cuando estaba sola, esas horas pasaban de manera arbitraria. Agradecía la oportunidad de sentarse en el porche con su padre, con la tetera y el cuenco de anacardos salados y el platillo de galletas Nice, contemplando el lago y oyendo la fuerte brisa abrirse camino entre las copas de los árboles, una versión a mayor escala de la manera de suspirar de Akash cuando era niño, rebosante de satisfacción, en las profundidades del sueño. Las hojas destellaban como si tuvieran iluminación interna, temblorosas a pesar de que el aire no era frío. Akash estaba dormido, agotado de jugar fuera el día entero, y la casa estaba en silencio.

—Si viviera aquí, en verano dormiría fuera —comentó su padre poco después—. Sacaría una cama plegable.

—Puedes hacerlo, ya sabes.

—Qué.

—Dormir aquí fuera. Tenemos un colchón hinchable.

—Hablaba por hablar. Me encuentro cómodo donde estoy. Pero si pudiera construiría un porche así para mí.

—¿Por qué no lo haces?

—En la urbanización no lo permitirían. Habría estado bien en la antigua casa.

Al oír mencionar la antigua casa, a Ruma le afloraron lágrimas a los ojos. En cierto sentido era una ventaja estar en un lugar que su madre no hubiera conocido. Fue una de las últimas conversaciones que mantuvo con ella, hablándole sobre el nuevo trabajo de Adam, que por entonces no era sino una posibilidad remota, mientras iban al hospital. «No vayas —le había pedido su madre desde el asiento delantero—. Está muy lejos. No volveré a verte.» Seis horas después de decirlo, su madre estaba muerta. De pronto Ruma sintió deseos de preguntarle a su padre, tal como había querido hacer tantas veces, si echaba de menos a su madre, si alguna vez había llorado su muerte. Pero nunca se lo preguntaba, y él no había reconocido en ningún momento haber sentido o hecho esas cosas.

—Si lo hubieras construido, ¿dónde lo habrías emplazado?

Él lo pensó.

—A la salida del comedor, supongo. Aquel costado de la casa era el más fresco.

Ella intentó representarse la casa de sus padres transformada de esa manera. Se imaginó una pared del comedor derribada, imaginó hablar con su madre por teléfono, su madre quejosa mientras los obreros martillaban y taladraban. Luego vio a sus padres sentados a la sombra, en sillas de mimbre, tomando el té tal como hacían ahora su padre y ella. Cuando imaginaba aquella casa, su madre siempre estaba viva en ella, le resultaba imposible no verla. Con el nacimiento de Akash, en su súbita y perfecta presencia, Ruma había sentido una suerte de temor reverencial por primera vez en su vida. Él aún tenía esa capacidad de dejarla pasmada en ocasiones: el simple hecho de que respirara, de que todos sus órganos estuvieran en el sitio adecuado, de que la sangre fluyera en silencio y con efectividad por sus pequeños y fuertes miembros. Era carne de su carne y sangre de su sangre, le dijo su madre en el hospital el día que nació Akash. Sólo que las palabras que utilizó fueron más literales, enriqueciendo de significado la trillada expresión: «Está hecho de tu propia carne y tu propio hueso.» Eso había llevado a Ruma a reconocer lo sobrenatural en la vida cotidiana. Pero la muerte también podía causar ese temor reverencial, ahora lo sabía: que un ser humano pudiera estar vivo durante años y años, pensando, respirando y comiendo, lleno de un millón de preocupaciones, sentimientos y pensamientos, ocupando espacio en el mundo, y luego, en un instante, se tornara ausente, invisible.

—Lamento que no hayamos visto tu nuevo apartamento dijo a su padre—. Adam no tendrá vacaciones durante una temporada. Pero iremos después de que nazca el niño.

—Allí no hay nada que ver. Sólo una tele, el sofá y mis trastos. No hay sitio para que os quedéis todos. No como allí.

—Me gustaría verlo igualmente —insistió ella—. Podemos alojarnos en un hotel.

—No hay necesidad, Ruma. No hay necesidad de viajar hasta allí sólo para ver un viejo apartamento. Ahora eres madre —añadió—. No hace falta que vayas llevando a tus hijos por ahí.

—Pero es lo que tú y mamá hacíais, llevarnos a la India una y otra vez.

—No teníamos alternativa. Nuestros padres no estaban dispuestos a viajar. Pero yo vendré aquí a veros —aseguró, mirando con aire de aprobación hacia la lejanía, y tomó un sorbo de té—. Este sitio me gusta.

—Mi padre está plantando flores en el jardín de atrás —le dijo a Adam esa noche por teléfono.

—¿Tiene previsto quedarse para cuidar de ellas?

Su falta de seriedad la irritó, y se puso a la defensiva en nombre de su padre.

—No lo sé.

—Es jueves, Ruma. ¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándote?

Ella ya no se sentía torturada. Tenía previsto decírselo a Adam, pero cambió de parecer. Así que dijo:

—Quiero esperar unos días más. Asegurarme de que todos nos llevamos bien.

—Por el amor de Dios, Ruma. Es tu padre. Lo conoces de toda la vida.

Sin embargo, hasta ahora no había sabido ciertas cosas de él. No había sabido lo autosuficiente que podía ser, lo útil que resultaba, a tal punto que no había tenido que fregar un solo plato desde su llegada. A la mesa se mostraba flexible, apreciaba el pescado a la parrilla y las pechugas de pollo que ella empezó a preparar cuando se acabaron los platos indios. Pero era Akash el que hacía aflorar la faceta de su padre que a ella más le sorprendía. Por las tardes su padre se quedaba a su lado en el cuarto de baño mientras ella bañaba a Akash, frotando la mugre endurecida en codos y rodillas. Luego ayudaba a ponerle el pijama, lavarle los dientes y peinarle hacia atrás el pelo suave y húmedo. Cuando Akash se durmió una tarde en la moqueta del salón, su padre tuvo buen cuidado de ponerle una almohada debajo de la cabeza y taparlo con una manta. A esas alturas Akash insistía en que fuera el abuelo quien le leyera por las noches, en dormir abajo en la cama del abuelo.

La primera noche que Akash durmió con su padre, Ruma bajó para asegurarse de que hubiera conciliado el sueño. Vio una rendija de luz bajo la puerta de su padre y lo oyó leerle *Huevos verdes con jamón*. Se los imaginó a los dos bajo las mantas, la cabeza apoyada en la almohada, el libro entre ambos, Akash pasando las páginas mientras el abuelo leía. Era evidente que su padre, al contrario que ella, no se sabía el libro de memoria, que se enfrentaba al texto por primera vez en su vida. Leía con torpeza, haciendo pausas entre las frases, su voz curiosamente animada, a diferencia de cuando hablaba con normalidad. Aun así, su esfuerzo la conmovió, y mientras estaba junto a la puerta cayó en la cuenta de que por primera vez en su vida su padre se había prendado de alguien. Estaba a punto de llamar y decirle que Akash ya debería estar dormido, que tenían que apagar la luz, pero se contuvo y regresó arriba, fugazmente celosa de su propio hijo.

El jardín iba de maravilla. Era un ejercicio fútil, bien lo sabía él. No alcanzaba a imaginar a su hija ni a su yerno cuidándolo debidamente, reparando en lo que era necesario hacer. Al cabo de unas semanas, suponía, estaría lleno de malas hierbas, las hojas estropeadas por las babosas. Aunque también cabía la posibilidad de que contrataran a alguien para hacer el trabajo. Él hubiera preferido plantar verduras, pero requerían más trabajo que las flores. Era un jardín modesto, algunos polemonios y mirtos de crecimiento lento bajo los árboles, dos arbustos de azaleas, una hilera de hostas, una clemátide para que trepara por una columna del porche y, en honor de su esposa, una pequeña hortensia. En una parcela de detrás de la cocina, incapaz de resistirse, también plantó unos pocos tomates, junto con unas maravillas e impaciencias; había el tiempo justo para que dieran una pequeña cosecha a la llegada del otoño. Espació las espuelas de caballero, las ató a cañas, introdujo unos bulbos de gladiolo en la tierra. Echaba de menos trabajar al aire libre, la sólida sensación de la tierra bajo las rodillas, metiéndosele bajo las uñas, su olor, que persistía en la piel incluso después de haberse restregado en la ducha. Era lo único que echaba en falta de

la antigua casa, y cuando pensaba en su jardín era cuando más añoraba a su esposa. Durante años, después de que los niños se hubieran hecho mayores, los dos habían vivido solos, pero ella se las arreglaba para aprovechar todas las verduras, añadiéndolas a platos que él no sabía preparar. Además, recibían visitas con regularidad y sus invitados se admiraban de que las patatas fueran de su propio huerto trasero; solían llevarse bolsas llenas al final de la velada.

Miró la pequeña parcela de Akash, la tierra cuidadosamente amontonada en torno a sus juguetes, lápices y bolígrafos clavados en el suelo. También había peniques, todos los que había tenido en el bolsillo.

—¿Cuándo saldrán las plantas? —le preguntó Akash desde la piscina, donde estaba agazapado sobre un barquito de vela.

—Pronto.

—¿Mañana?

—No tan pronto. Estas cosas llevan su tiempo, Akash. ¿Recuerdas lo que te he enseñado esta mañana?

Y el niño recitó los números en bengalí del uno al diez.

Esa noche en la cama, después de que su nieto se hubiera dormido a su lado, escribió una postal a la señora Bagchi. Era más seguro, decidió, que enviarle un correo desde el ordenador de Ruma, un modo de comunicación en el que no conseguía confiar plenamente. Había comprado la postal en un expositor de la ferretería donde adquirió la piscina—cocodrilo. La imagen era una vista de los ferrys en Elliott Bay, un paisaje que él no había contemplado. En Europa tenía buen cuidado de comprar postales únicamente de lugares donde había estado, pues de lo contrario se sentía deshonesto. Pero aquí no había opción. Redactó el texto en bengalí, un alfabeto que Ruma no entendía. «Le estoy plantando un jardín a Ruma —comenzó—. Akash ha crecido y está aprendiendo a nadar. Hace un tiempo agradable, nada de lluvia por aquí en verano. Estoy ilusionado con ir a Praga», terminó. No firmó con su nombre. Hurgó en el billeteo, donde en un papelito doblado había anotado la dirección de ella. Sólo llevaba consigo unas pocas direcciones: las de sus hijos y ahora la de la señora Bagchi, todas escritas en papelitos que moraban tras su carnet de conducir y su tarjeta de la Seguridad Social. Puso la dirección en inglés, y por último, en la parte superior, el nombre de ella.

Se preguntó dónde estaría la oficina de correos más cercana. ¿Le parecería raro a Ruma que le pidiera un sello? Podía llevársela a Pensilvania y enviarla desde allí, pero eso le pareció una tontería. Decidió decirle a Ruma que tenía que enviar una factura. Había un buzón tres kilómetros carretera adelante; en algún momento antes de marcharse podía echarla allí. No sabía dónde dejar la postal ahora. No resultaba fácil esconder cosas en aquella habitación: las superficies estaban despejadas; los rincones, a la vista; el armario, vacío salvo por sus escasas camisas. En algún momento del día —imposible saber cuándo— Ruma bajaba para hacerle la cama, echar un vistazo al cesto de la ropa sucia y fregar el agua que había salpicado mientras se lavaba los dientes y se afeitaba, a los lados del lavabo. Se planteó meter la postal en el bolsillo de la maleta, pero estaba muy cansado para levantarse de la cama. En vez de eso, la introdujo entre las páginas de su guía de Seattle, y luego, como precaución añadida, metió el libro en el cajón de la mesilla de noche.

Se volvió para mirar a su nieto dormido, las largas pestañas y las mejillas regordetas que le recordaban a sus propios lujos cuando eran pequeños. De pronto cobró conciencia de que probablemente no viviría para vez a Akash alcanzar la edad adulta, que no vería a su nieto como un hombre de mediana edad, un anciano, y esa simple realidad lo entristeció. Imaginó al niño al cabo de unos años, ocupando esa misma habitación, cerrando la puerta tal como la cerraron Ruma y

Komi. Era inevitable. Sin embargo, sabía que él también había dado la espalda a sus padres al establecerse en América. En nombre de la ambición y los logros, que ya no tenían la menor importancia, había renegado de ellos. Besó suavemente a Akash en la sien, le alisó el pelo dorado y ondulado y luego apagó la lámpara, colmando la habitación de oscuridad.

El sábado por la mañana, la víspera del día que su padre tenía previsto partir, el jardín estaba terminado. Después de desayunar, se lo enseñó a Ruma. Los arbustos seguían siendo pequeños, con mantillo en torno a la base y espacio suficiente para que se distinguiera cada uno del siguiente, pero le explicó que crecerían y se acercarían, y le mostró con la mano la altura que podía esperar que alcanzasen para el verano siguiente. Le indicó con qué frecuencia regarlos, y cuánto rato, advirtiéndole que aguardara hasta que se pusiera el sol. Le enseñó el frasco de fertilizante que había comprado, y le dijo cuándo añadirlo al agua. Ella escuchó pacientemente mientras Akash entraba y salía de la piscina, pero asimiló poco de aquellas instrucciones.

—Cuidado con los escarabajos —dijo él, al tiempo que cogía un insecto de una hoja y lo descartaba de un capirotazo—. La hortensia no florecerá mucho este año. Las flores serán rosas o azules dependiendo de la acidez de la tierra. Con el tiempo tendrás que podarla.

Ella asintió.

—Siempre fueron las preferidas de tu madre —añadió su padre—. En este país, quiero decir.

Ruma miró la planta, las hojas verde oscuro con bordes dentados. No lo sabía.

—Ten cuidado de que los tomates no toquen el suelo. —Se inclinó y reajustó una de las plantas—. Esta vara debería bastar para sostenerlos, o podrías usar un cordel. No dejes que se sequen. Si hace mucho sol, échales un vistazo dos veces al día. Si hiela antes de que hayan madurado, los recoges y envuelves en papel de periódico. Y en otoño poda los tallos de las espuelas de caballero.

—Igual podrías hacerlo tú —sugirió ella.

Él se incorporó torpemente, una mano apoyada en el muslo. Se quitó la gorra de béisbol y se enjugó la frente con el antebrazo.

—Tengo previsto un viaje. Ya he comprado el billete.

—Me refiero a después de volver, Baba.

Su padre estaba mirándose las uñas bordeadas de tierra, pero entonces levantó la cara y miró en torno, hacia el jardín y los árboles.

—Es un buen lugar, Ruma. Pero es tu casa, no la mía.

Ella ya esperaba resistencia, así que no cejó.

—Puedes quedarte con todo el sótano. Podrás seguir yéndote de viaje cuando te apetezca. No nos interpondremos. ¿Qué dices tú, Akash? —le preguntó con voz sonora—. ¿Quieres que Dadu se quede a vivir con nosotros? ¿Te gustaría?

El niño empezó a dar saltos en la piscina, lanzando chorros de agua con un delfín de plástico al tiempo que asentía.

—Ya sé que sería un gran cambio —continuó Ruma—, pero te vendría bien. Nos vendría bien a todos. —A esas alturas estaba sollozando.

Su padre no se adelantó para consolarla, sino que guardó al inicio, a la espera de que pasara el momento.

—No quiero ser una carga —dijo después.

—No lo serías. Nos resultarías de ayuda. No tienes que tomar una decisión ahora. Prométeme que lo pensarás.

Él levantó la cabeza y la miró, una mirada breve y triste con la que dio la impresión de captar por fin su intención, y asintió.

—¿Te gustaría hacer algo especial tu último día aquí? preguntó ella—. Podemos ir a comer a Seattle.

Él pareció animarse.

—¿Qué tal el paseo en barco? ¿Aún podemos?

Ruma entró en la casa tras decirle que iba a preparar a Akash y consultar los horarios. De pronto él sintió una necesidad acuciante de partir y las veinticuatro horas restantes se le antojaron insostenibles. Se recordó que al día siguiente estaría a bordo de un avión, de regreso a Pensilvania. Y que dos semanas después iría a Praga con la señora Bagchi, dormiría a su lado por la noche. Sabía que su hija no le pedía que se quedara a vivir allí por él, sino por ella misma. Lo necesitaba como él nunca había sentido que lo necesitara, al margen de las cosas que le había proporcionado a lo largo de su vida. Y por eso el ofrecimiento lo disgustó más si cabe. Una parte de él, la parte que nunca dejaría de ser padre, se sentía obligada a aceptar. Pero no era lo que deseaba. Estar allí una semana, por grato que hubiera sido, no había hecho más que confirmarlo. No quería ser parte de otra familia, parte del desbarajuste, las peleas, las exigencias, la energía requerida. No quería vivir en los márgenes de la vida de su hija, a la sombra de su matrimonio. No quería vivir otra vez en una casa enorme que no haría más que llenarse de cosas con el paso de los años, conforme crecieran los niños, todas las cosas de las que él se había deshecho recientemente, todos los libros y documentos, ropas y objetos que uno se veía obligado a poseer y también a guardar. La vida no hacía más que crecer hasta cierto punto. El punto al que ahora él había llegado.

La única tentación era el niño, pero sabía que éste lo olvidaría. Sin embargo, a Ruma le gustaría recordarle que, ahora que su esposa había muerto, aunque él seguía con vida, ya no había nadie que se ocupara de ella. Cuando veía a su hija persiguiendo a Akash, recogiendo lo que iba ensuciando, limpiando su orina del suelo, responsable de todas y cada una de sus necesidades, entendía lo joven que era su mujer cuando hizo todo aquello, prácticamente una muchacha. Para cuando su esposa tenía la edad de Ruma, sus hijos ya estaban acercándose a la adolescencia. Cuanto más crecían sus hijos, menos habían dado impresión de parecerse a sus padres: hablaban distinto, vestían distinto, parecían extranjeros en todos los sentidos, desde la textura de su cabello hasta la forma de sus pies y manos. Curiosamente, era con su nieto, que sólo era medio bengalí y que no llevaba apellido bengalí, con quien notaba una conexión biológica directa, una sensación de sí mismo reconstituido en otro.

Recordaba a sus hijos cuando regresaban de la universidad, impacientes con él y su mujer, enamorados de su independencia recién adquirida, siempre deseosos de marcharse. Eso atormentaba a su esposa y, aunque nunca lo hubiera reconocido, también le había hecho sufrir a él. En aquellas ocasiones no podía por menos de pensar lo pequeños que habían sido, lo indefensos que estaban en sus brazos, necesitados de él para su supervivencia, sin conocer a nadie más. Su mujer y él eran su mundo entero. Pero con el tiempo esa necesidad se disipó, menguó hasta convertirse en algo amorfo, tenue, algo que en ocasiones amenazaba con quebrarse. Esa pérdida también le estaba reservada a Ruma: sus hijos se convertirían en desconocidos, la evitarían. Y puesto que era hija suya quería protegerla de ello, tal como siempre había intentado protegerla de tantas cosas. Quería resguardarla del deterioro que inevitablemente se daba en el curso de un matrimonio, y de la conclusión que a veces temía que fuese cierta: que toda la empresa de tener una familia, de traer hijos a este mundo, por gratificante que pudiera llegar a ser a veces, era una causa perdida desde el principio. Pero todo eso no era más que especulaciones de un anciano, un anciano que ahora estaba portándose como un crío.

Se fue temprano a la mañana siguiente, mientras Akash dormía. Ella volvió a ofrecerse a llevarlo al aeropuerto, pero esta vez él se mostró más tajante incluso y le dijo que no quería alterar el programa de actividades de su nieto. Estaban todos cansados tras su día en Seattle. Después del paseo en ferry habían subido al Space Needle y luego comieron en Pike Place Market. Al entrar en la cocina, Ruma vio que su padre ya se había terminado los cereales, el cuenco y la cuchara ya en el escurridor. La bolsita de té, que normalmente guardaba para una segunda taza a lo largo del día, estaba en la basura.

—¿Lo tienes todo? —preguntó al ver su maleta junto a la puerta. Había llegado con regalos pero no había comprado nada que llevarse. Todo lo que había comprado a lo largo de la semana, todas las cosas del vivero y la ferretería, la manguera enrollada, las herramientas y las bolsas de mantillo ahora pulcramente ordenadas bajo el porche, era para ella—. Llama cuando llegues a casa —le dijo, algo parecido a lo que les decía su madre a los dos hijos cuando se marchaban. Le pidió los datos del vuelo y los anotó al final de la misma hoja que había colgada en la puerta de la nevera con el itinerario de su marido.

—¿Adam regresa esta noche?

Ella asintió.

—Bien, así todo volverá a la normalidad.

Ella deseó hablarle de la sensación de normalidad que había tenido al contar con su presencia, pero no consiguió pronunciar las palabras. Su padre miró el reloj y luego vertió un poco de té en el platillo para que se enfriara más rápido. Se llevó el platillo a los labios y sorbió por el borde.

—Ha sido una semana maravillosa, Ruma. He disfrutado todos y cada uno de los días.

—Yo también.

—Estos días con Akash han sido un regalo insuperable —añadió con voz más tierna—. Si te parece, puedo venir una temporada cuando hayas tenido a la otra criatura. No te seré tan útil como hubiera sido tu madre.

—Eso no es verdad.

—Pero entiéndelo, por favor, prefiero seguir por mi cuenta. Ya soy muy viejo para semejante cambio.

Esas amables palabras le resultaron densas a Ruma, demasiado súbitas. Así comprendió que en realidad su padre no había tenido que pensarlo dos veces, que nunca había tenido intención de quedarse.

—Encuentra tiempo para informarte sobre los bufetes de aquí —añadió él—. No desperdicies tanto esfuerzo.

Se levantó y, antes de que ella pudiera impedirselo, enjuagó la taza y el platillo y también los colocó en el escurrerplatos. Era hora de marcharse.

—Voy a darle un beso a Akash —dijo. Se volvió para salir de la cocina pero se detuvo—. ¿Tienes un sello de sobra? Tengo que echar una factura al correo.

—En el cajón de la mesita del vestíbulo —respondió ella—. Hay una tira.

Oyó abrirse el cajón, luego cerrarse, después el sonido de sus chancletas en las escaleras. Al volver, su padre fue a la entrada para ponerse los zapatos y metió las chancletas en el bolsillo de lantero de la maleta. Besó a Ruma en la mejilla.

—Cuídate. Y mantenme al tanto de cómo va el jardín. —Le miró el vientre y añadió—: Quedo a la espera de buenas noticias. —Se volvió y salió hacia el coche para meter el equipaje en el maletero.

Ella se quedó mirando cómo arrancaba el motor y salía marcha atrás, preguntándose cuándo volvería a verlo. A la altura del buzón se detuvo, y por un instante ella creyó que iba a bajar la ventanilla y meter la factura, pero sólo se despidió con la mano a través de la ventanilla cerrada, inclinado hacia ella, con aspecto de estar perdido, y pocos segundos después ya se había ido.

—¿Dónde está Dadu? —preguntó Akash cuando ella estaba mimando el té.

—Se ha ido a su casa.

—¿Por qué?

—Porque vive allí.

—¿Por qué?

Vio en la carita de su hijo la decepción que también sentía ella.

—Papá vuelve esta noche —dijo, para cambiar de tema—. ¿Preparamos una tarta?

Akash se llegó a la puerta de la cocina e intentó girar el pomo, mirando el jardín por el cristal.

—Quiero a Dadu.

Ella le abrió la puerta y lo siguió, los dos descalzos, Ruma tras sus pasos con cautela, pues Akash no tenía miedo de piedras ni ramitas. Hacía más fresco de lo que esperaba, temprano todavía para que el calor del día se dejara sentir. Se planteó volver en busca de jerséis.

—Cariño, ¿tienes frío? —le preguntó, a la vez que cruzaba los brazos delante del pecho, pero Akash no contestó.

El niño cogió la regadera vacía que había dejado su abuelo bajo el porche y fingió regar las cosas de su parcelita. Ella miró los objetos que asomaban entre la tierra: lápices y bolígrafos, una pajita, una barrita de caramelo. También había palíeles: viejos sobres de publicidad, tarjetas de suscripciones a revistas, plegadas como tiendecitas de campaña sobre el suelo. Se fijó en otro trozo de papel, más rígido que el resto. Se inclinó para mirarlo y reconoció la letra de su padre. Supuso que era una postal que le había enviado, una postal que Akash había cogido de la puerta de la nevera o la cesta de la mesa del vestíbulo. Pero esa postal no llevaba matasellos, no se había enviado. Estaba escrita en bengalí y dirigida en inglés a una persona de Long Island, una tal señora Meenakshi Bagchi.

La recogió.

—Akash, ¿qué es esto?

El alargó la mano e intentó arrebatársela.

—Es mío.

—¿Qué es esto? —repitió, esta vez en tono más severo.

—Es para mi jardín.

—¿Te ha dado esto Dadu?

El niño negó vehementemente con la cabeza y luego se echó a llorar.

Ella se quedó mirando la tarjeta y lo supo al instante, tal como había sabido por la expresión del cirujano lo que le había ocurrido a su madre en la mesa de operaciones. La mujer del vídeo, la razón de los viajes de su padre, la razón de su buen ánimo, la razón por la que no quería vivir en Seattle. La razón por la que había pedido un sello esa mañana. Allí, en un puñado de frases que

ni siquiera entendía, estaba la explicación, la prueba de que su padre no sólo se había prendado de Akash.

Estaba en una librería del aeropuerto, comprando un periódico para leerlo en la sala de embarque, cuando vio, apoyada junto a la caja registradora en un expositor de metal, la misma guía de Seattle que había tenido junto a su cama en casa de Ruma. La había buscado por todas partes, volviendo todas las sábanas, a punto de despertar a Akash mientras lo hacía. Abrió cajones que no había usado, miró el estante del armario, introdujo la mano hasta donde pudo bajo los cuatro lados del colchón, maldiciéndose por no haber encontrado un momento para enviar la postal. Al cabo, la vio en el suelo bajo la cama, en el lado donde dormía Akash. Buscó frenético en cada página, agitando el libro por el lomo, pero la postal no estaba. Por un instante tuvo la tentación de despertar al niño, de preguntarle si la había visto, si la había dejado en otro sitio. Miró en el cuarto de baño, en el cesto de la ropa, en la bañera donde se había bañado esa misma mañana. Al final, incapaz de seguir justificando la búsqueda, consciente de que iba a perder el vuelo, se fue, el sello de Ruma sin usar aún en el bolsillo de la camisa, su valor por encima de lo necesario para una postal, un papel sin peso que lo colmaba de temor.

Ruma se llevó adentro a Akash, le enjugó las lágrimas y lo abrazó, y luego, cuando se hubo calmado, le preparó el desayuno. Le dijo que sí cuando preguntó si podía ver la tele, lo dejó con el cuenco de cereales detrás de la mesita de centro y regresó a la cocina para mirar de nuevo la postal. Su primer impulso fue hacerla trizas, pero se contuvo, mirando las letras bengalíes que su madre había intentado enseñarle sin éxito cuando era niña. Eran frases que su madre habría entendido en un instante, frases que demostraban, con más fuerza que el funeral, más fuerza que todos los días transcurridos desde entonces, que su madre ya no existía. ¿Adónde había ido su madre, cuando la vida seguía adelante, cuando Ruma aún la necesitaba para explicar tantas cosas?

Volvió a salir, cruzó el césped y miró la hortensia que había plantado su padre, que florecería rosa o azul dependiendo de la tierra. Para Ruma no era prueba de que su padre hubiera querido a su madre, ni de que la echara de menos. Sin embargo, la había plantado allí, rindiéndole homenaje antes de dedicar toda su atención a otra mujer. Ruma alisó la postal, raspando con la uña la tierra que oscurecía parte de la dirección. La volvió del revés y miró el anverso, la vista genérica elegida por su padre para conmemorar su visita. Luego regresó a la casa y se llegó a la mesa en el vestíbulo. Sacó del cajón la tira de sellos y pegó uno a la postal, para que el cartero, a lo largo del día, se la llevara.

Cielo e infierno

Pranab Chakraborty no era, en rigor, el hermano menor de mi padre. Era otro bengalí de Calcuta que había ido a parar a las áridas costas de la vida social de mis padres a principios de los setenta, cuando vivían en un apartamento alquilado en Central Square y podían contar sus amistades con los dedos de una mano. Pero yo no tenía ningún tío de verdad en América, así que me enseñaron a llamarle Pranab Kaku. Por consiguiente, él llamaba a mi padre Shyamal Da, dirigiéndose siempre a él con la fórmula más cortés, y llamaba a mi madre Boudi, que es como los bengalíes deben dirigirse a la esposa de un hermano mayor, en vez de utilizar su nombre de pila, Aparna. Después de que Pranab Kaku trabara amistad con mis padres, confesó que el día que nos conocimos nos había seguido a mi madre y a mí durante buena parte de una tarde por las calles de Cambridge, por donde ella y yo solíamos deambular a la salida del colegio. Nos había seguido los pasos por Massachusetts Avenue y luego cuando entramos y volvimos a salir de la Harvard Coop, donde a mi madre le gustaba mirar los artículos domésticos de rebajas. Merodeó con nosotros por Harvard Yard, donde mi madre acostumbraba sentarse en el césped los días agradables y observar las riadas de estudiantes y profesores que surcaban afanosamente los senderos, hasta que, al cabo, cuando subíamos las escaleras de la Biblioteca Widener para que yo pudiera ir al servicio, le dio un toque a mi madre en el hombro y le preguntó, en inglés, si tal vez era bengalí. La respuesta a esa pregunta estaba clara, dado que mi madre llevaba los brazaletes rojos y blancos característicos de las mujeres casadas bengalíes, y un sari típico de Tangail, así como una gruesa franja de polvos color bermellón en la raya del pelo, y tenía la cara llena y redonda y los grandes ojos oscuros tan habituales entre las mujeres bengalíes. Se había fijado en los dos o tres imperdibles que llevaba sujetos a las finas pulseras de oro detrás de las rojas y blancas, que debía de usar como sustitución de un gancho perdido en una blusa o para pasar una cordel por el interior de una combinación en caso de apuro, una práctica que él asociaba estrictamente con su madre, sus hermanas y tías de Calcuta. Además, Pranab Kaku había oído casualmente a mi madre decirme en bengalí que no podía comprarme un número de *Archie* en la Coop. Pero en aquel momento, según confesó también, América le resultaba tan nueva que no quería dar nada por sentado, de forma que ponía en tela de juicio hasta lo más evidente.

Mis padres y yo llevábamos tres años viviendo en Central Square; anteriormente vivimos en Berlín, donde nací y donde mi padre había terminado su preparación como microbiólogo antes de aceptar un puesto de investigador en el Hospital General de Massachusetts, y antes de en Berlín mis padres habían vivido en la India, donde no se conocían y donde su matrimonio había sido concertado. Central Square es el primer lugar en que recuerdo haber vivido, y en mis recuerdos de nuestro apartamento, sito en una casa con tejado de tablillas marrón oscuro en Ashburton Place, Pranab Kaku siempre está presente. Según la historia que gustaba de recordar a menudo, mi madre lo invitó a acompañarnos de regreso a nuestro apartamento esa misma tarde y preparó el té para los dos; luego, tras averiguar que no había ingerido una comida bengalí como era debido en más de tres meses, le sirvió la caballa al curry y el arroz sobrantes de nuestra cena de la víspera. Se quedó en casa hasta la noche para comer de nuevo después de que mi padre volviera, y a partir de entonces venía a cenar casi todas las noches, ocupando la cuarta silla en nuestra mesa de fórmica de la cocina y pasando a formar parte de nuestra familia tanto en la práctica como en el nombre.

Era de una familia acaudalada de Calcuta y nunca había tenido que servirse ni tan sólo un vaso de agua antes de venir a vivir a América para estudiar ingeniería en el MIT. La vida como licenciado universitario en Boston le supuso una cruel sacudida, y en su primer mes adelgazó casi diez kilos. Había llegado en enero, en medio de un temporal de nieve, y al cabo de una semana hizo el equipaje y se fue a Logan, dispuesto a abandonar la oportunidad para la que había estado trabajando toda la vida, pero cambió de parecer en el último instante. Vivía en la calle Trowbridge, en casa de una mujer divorciada con dos niños pequeños que estaban siempre gritando y llorando. Tenía una habitación alquilada en el ático y sólo se le permitía utilizar la cocina en ciertos momentos del día, con las instrucciones de limpiarla siempre con Windex y una esponja. Mis padres convinieron en que era una situación terrible, y si hubieran tenido un cuarto disponible se lo habrían ofrecido. A falta de eso, era bienvenido en nuestras comidas y tenía nuestro apartamento abierto a cualquier hora, y poco después era allí adonde iba entre las clases y en sus días libres, dejando siempre algún vestigio tras él: un paquete de tabaco casi terminado, un periódico, una carta que no se había molestado en abrir, un jersey olvidado.

Recuerdo con nitidez el sonido de su exuberante risa y la visión de su larguirucho cuerpo recostado o derrumbado sobre el mobiliario soso y desperejado del apartamento. Tenía un rostro llamativo, de frente alta y poblado bigote, así como un pelo rebelde y más largo de lo debido que, según decía mi madre, le hacía parecer uno de esos hippies norteamericanos que andaban por todas partes en aquel entonces. Sus largas piernas zangoloteaban raudas arriba y abajo allí donde tomaba asiento, y sus elegantes manos temblaban cuando sostenía un cigarrillo entre los dedos y hacía caer la ceniza en una taza de té que mi madre empezó a reservar con ese fin exclusivo. Aunque era científico de formación, no tenía nada de rígido ni de predecible. Siempre parecía medio muerto de hambre; entraba por la puerta y anunciaba que no había comido, y luego comía con voracidad, incluso se acercaba a mi madre por detrás para robarle chuletas mientras estaba friéndolas, antes de que hubiera tenido ocasión de ponerlas correctamente en una bandeja con ensalada de cebolla roja. En privado, mis padres comentaban que era un alumno brillante, todo un astro en Jadavpur que había venido al MIT con un impresionante puesto de profesor adjunto, pero Pranab Kaku se mostraba desdeñoso con respecto a sus clases y se las saltaba con frecuencia. «Estos americanos están aprendiendo ecuaciones que yo utilizaba a la edad de Usha», se lamentaba. Le asombraba que mi profesor de segundo curso no me pusiera deberes y que a los siete años aún no me hubieran enseñado las raíces cuadradas o el concepto de π .

Aparecía sin previo aviso, nunca telefoneaba de antemano, sino que sencillamente llamaba a la puerta tal como hacía la gente en Calcuta y decía a voz en cuello «¡Boudi!» mientras esperaba a que mi madre le abriera. Antes de que lo conociéramos, yo regresaba de la escuela y me encontraba a mi madre con el bolso en el regazo y la gabardina puesta, ansiosa por escapar del apartamento donde había pasado el día sola. Pero ahora me la encontraba en la cocina, haciendo masa para *luchis*, que normalmente sólo preparaba los domingos para mi padre y para mí, o colgando unas cortinas que había comprado en Woolworth's. Por entonces yo no sabía que las visitas de Pranab Kaku eran lo que mi madre aguardaba durante tantas horas, que se ponía un sari nuevo y se peinaba esperando su llegada, y que planeaba, con días de antelación, los aperitivos que le serviría con aire de despreocupación. Que vivía para el momento en que lo oía llamar y gritar «¡Boudi!» y que se ponía de un humor de perros los días que no aparecía.

A mi madre debía de agradaarle que yo también esperase con ilusión sus visitas. Él me hacía trucos de magia con cartas y una ilusión óptica en la que parecía estar cortándose el pulgar con enorme esfuerzo y dificultad, y me enseñó a memorizar las tablas de multiplicar mucho antes de que tuviera que aprenderlas en el colegio. Su pasatiempo era la fotografía. Tenía una cámara cara que había que ajustar antes de apretar el disparador, y yo me convertí enseguida en su motivo preferido, la cara redondeada, los dientes que me faltaban, el tupido flequillo necesitado de un

buen corte. Siguen siendo las fotografías que más me gustan de mí, pues transmiten esa seguridad en uno mismo de la juventud que ya no poseo, sobre todo delante de la cámara. Recuerdo tener que correr de aquí para allá por Harvard Yard mientras él permanecía quieto con la cámara, intentando captarme en movimiento, o posando en las escaleras de los edificios universitarios o en la calle y apoyada contra troncos de árbol. Sólo hay una fotografía en la que aparece mi madre: está abrazándome mientras estoy sentada a horcajadas sobre su regazo, con la cabeza inclinada hacia mí, las manos tapándome las orejas como si quisiera evitar que oyese algo. En esa foto, la sombra de Pranab Kaku, sus dos brazos levantados formando ángulo para sostener la cámara a la altura de la cara, planea en la esquina del encuadre, su silueta oscurecida y sin rasgos solapada por un lado al cuerpo de mi madre. Siempre estábamos los tres. Yo siempre estaba presente cuando él venía de visita. Habría sido inapropiado que mi madre lo recibiera sola en el apartamento; eso se sobreentendía.

Tenían en común todo aquello que no tenían en común ella y mi padre: el amor por la música, el cine, la política izquierdista, la poesía. Eran del mismo barrio en el norte de Calcuta, las casas de sus familias a un paseo una de otra. Conocían las mismas tiendas, los mismos trayectos de autobús y tranvía, los mismos pequeños establecimientos donde preparaban los mejores *jelabis* y *moghlai parathas*. Mi padre, en cambio, era de un suburbio unos treinta kilómetros a las afueras de Calcuta, una zona que mi madre consideraba inhóspita, y hasta en las horas más lúgubres de nostalgia estaba agradecida de que mi padre le hubiera ahorrado una vida en la severa casa de sus suegros, donde habría tenido que llevar la cabeza cubierta con el extremo del sari en todo momento y utilizado un aseo exterior que no era sino una plataforma con un agujero, y donde no había una sola habitación decorada con algún cuadro. En cuestión de semanas, Pranab Kaku había traído su grabadora de carrete a nuestro apartamento, y le ponía a mi madre un popurrí tras otro de canciones de las películas hindis de su juventud. Eran animadas canciones de cortejo, que transformaban la callada vida de nuestro apartamento y hacían que mi madre se remontara al mundo que había dejado atrás para casarse con mi padre. Ella y Pranab Kaku intentaban recordar de qué escena de cada película eran las canciones, quiénes eran los actores y cómo vestían. Mi madre describía a Raj Kapoor y Nargis cantando bajo la lluvia con paraguas, o a Dev Anand rasgueando la guitarra en la playa de Goa. Ambos discutían apasionadamente sobre estos asuntos, alzaban la voz en alegre combate, plantándose cara como nunca lo hacían ella y mi padre.

Puesto que desempeñaba el papel de un hermano menor, ella se tomaba la libertad de llamarlo Pranab, mientras que nunca se dirigía a mi padre por su nombre de pila. Mi padre tenía treinta y siete años a la sazón, nueve más que mi madre. Pranab Kaku tenía veinticinco. A mi padre le gustaba el silencio y la soledad. Se había casado con mi madre para aplacar a sus padres, que estaban dispuestos a aceptar su abandono siempre y cuando tuviera esposa. Estaba casado con su trabajo, su investigación, y existía en el interior de una concha que ni mi madre ni yo podíamos atravesar. La conversación era para él un quehacer; le suponía un esfuerzo que prefería invertir en el laboratorio. Le desagradaba el exceso en todos los ámbitos, no manifestaba ninguna ansia o necesidad más allá de los frugales elementos de su rutina diaria: cereales y té por la mañana, una taza de té al volver a casa y dos platos diferentes de verduras todas las noches con la cena. No comía con el apetito desordenado de Pranab Kaku. Mi padre tenía mentalidad de superviviente. De vez en cuando le gustaba comentar, en compañía diversa y a menudo sin que mediara la pertinente provocación, que los rusos hambrientos bajo el mandato de Stalin habían recurrido a comerse el pegamento del empapelado. Cualquiera hubiera pensado que debía de estar levemente celoso, o al menos un tanto receloso, por causa de la regularidad de las visitas de Pranab Kaku y el efecto que tenían en el comportamiento y el ánimo de mi madre, pero yo creo que mi padre le estaba agradecido a Pranab Kaku por hacerle compañía, absuelto de la responsabilidad que debió de sentir por obligarla a abandonar la India, y aliviado, tal vez, al verla feliz para variar.

En verano, Pranab Kaku se compró un Volkswagen Escarabajo y empezó a llevarnos de paseo por Boston y Cambridge, y poco después fuera de la ciudad, volando autopista adelante. Nos llevaba a Té y Especias de la India en Watertown, y una vez fuimos hasta Nueva Hampshire para ver las montañas. A medida que iba haciendo más calor, empezamos a ir, una o dos veces a la semana, a Walden Pond. Mi madre siempre preparaba un picnic con sándwiches de huevo duro y pepino y hablaba con cariño de los picnics invernales de su juventud, imponentes excursiones con al menos cincuenta parientes, todos en tren hasta los campos de Bengala occidental. Pranab Kaku escuchaba esas historias con interés, asimilando los detalles de su pasado a punto de desaparecer. No hacía oídos sordos a su nostalgia, como mi padre, ni escuchaba sin comprender, como yo. En Walden Pond, Pranab Kaku engatusaba a mi madre para que se adentrara en el bosque y la llevaba por la acusada pendiente hasta la orilla del agua. Ella disponía el picnic y se sentaba a mirarnos mientras nadábamos. Él tenía el pecho cubierto de un tupido vello moreno, hasta la cintura. Ofrecía un aspecto curioso, con sus piernas delgadas como palos y una barriguita pequeña y flácida, igual que una mujer, por lo demás esbelta, que hubiera dado a luz y no se hubiera preocupado de recuperar el tono muscular del abdomen. «Estás haciéndome engordar, Boudi», se quejaba tras atiborrarse con lo que preparaba mi madre. Nadaba ruidosamente, con torpeza, la cabeza siempre fuera del agua; no sabía hacer burbujas ni contener la respiración, como había aprendido yo en clase de natación. Allí adonde fuéramos, cualquier desconocido habría dado por supuesto que Pranab Kaku era mi padre, que mi madre era su esposa.

Ahora veo claro que mi madre estaba enamorada de él. La cortejaba como no la había cortejado ningún hombre, con el afecto inocente de un cuñado. A mi modo de ver, no era más que un pariente, un cruce entre un tío y un hermano mucho mayor, ya que en ciertos aspectos lo protegían y se ocupaban de él de la misma manera que de mí. Se mostraba respetuoso con mi padre, siempre buscaba su consejo con vistas a labrarse un porvenir en Occidente, abrir una cuenta bancaria o encontrar empleo, aunque difería de sus opiniones con respecto a Kissinger y el Watergate. De vez en cuando, mi madre le tomaba el pelo en lo tocante a las mujeres, le preguntaba por las estudiantes indias del MIT o le enseñaba fotos de sus primas más jóvenes en la India. «¿Qué te parece ésta? —le preguntaba—. ¿Verdad que es guapa?» Era consciente de que nunca podría tener a Pranab Kaku para sí, y supongo que de esa manera intentaba que se quedase en la familia. Pero, sobre todo, al principio él tenía una dependencia absoluta de ella, la necesitó durante aquellos meses como nunca la necesitó mi padre en todo su matrimonio. Le aportó a mi madre la primera y, me temo, única alegría pura que sintió en su vida. Yo era prueba de su matrimonio con mi padre, consecuencia asumida de la vida para la que había sido educada. Pero Pranab Kaku era distinto. Era el único placer totalmente inesperado de su vida.

En otoño de 1974, Pranab Kaku conoció a una alumna de Radcliffe llamada Deborah, norteamericana, y ella empezó a acompañarlo a nuestra casa. Yo llamaba a Deborah por su nombre de pila, igual que mis padres, pero Pranab Kaku le enseñó a llamar a mi padre Shyamal Da y a mi madre Boudi, a lo que Deborah accedió de buen grado. Antes de que vinieran a cenar por primera vez, le pregunté a mi madre, mientras ella arreglaba la sala, si debía dirigirme a ella como Deborah Kakima, convirtiéndola en tía tal como había convertido a Pranab en tío. «¿Para qué molestar? —respondió mi madre, al tiempo que me dirigía una mirada severa—. Dentro de unas semanas, la diversión se habrá terminado y ella lo dejará.» Sin embargo, Deborah siguió a su lado, asistiendo a las fiestas de fin de semana en que Pranab Kaku y mis padres se implicaban cada vez más, reuniones exclusivamente bengalíes salvo por ella. Deborah era muy alta, más que mis padres y casi tanto como Pranab Kaku. Llevaba el cabello color bronce peinado con raya en medio, igual que mi madre, pero recogido en una coleta baja en vez de trenzada, como mi madre, o derramado de cualquier manera sobre los hombros y espalda abalo de un modo que a mi madre

le parecía indecente. Llevaba unas gafitas de montura plateada, no se maquillaba en absoluto y estudiaba filosofía. A mí me parecía absolutamente preciosa, pero según mi madre tenía lunares en la cara y caderas demasiado estrechas.

Durante un tiempo, Pranab Kaku siguió viniendo a cenar por su cuenta una vez a la semana, generalmente para preguntarle a mi madre qué le parecía Deborah. Buscaba su aprobación, le decía que Deborah era hija de profesores universitarios del Boston College, que su padre publicaba poesía y que tanto él como ella se habían doctorado. En ausencia de él, mi madre se quejaba de las visitas de Deborah, de tener que preparar la comida con menos especias —aunque Deborah aseguraba que le gustaba la comida picante—, y de avergonzarse de poner una cabeza de pescado frito en el *dal*. Pranab Kaku enseñó a Deborah a decir *khub bhalo* y *aacha*, y a coger ciertos alimentos con los dedos en vez del tenedor. A veces acababan dándose de comer mutuamente, dejando que sus dedos se demoraran en la boca del otro, lo que hacía que mis padres bajaran la vista al plato y esperaran a que pasase el momento. En reuniones más concurridas, se besaban y se cogían de la mano delante de todo el mundo, y cuando no podían oírla mi madre hablaba con las demás mujeres bengalíes. «Antes era muy distinto. No entiendo cómo alguien puede cambiar tan de repente. Es como cielo e infierno, la diferencia», comentaba, utilizando siempre las palabras inglesas para la torpe metáfora de su propia cosecha.

Cuanto más molestaban a mi madre las visitas de Deborah, más me ilusionaban a mí. Quedé prendada de Deborah, tal como las niñas suelen prendarse de mujeres que no son su madre. Me encantaban sus serenos ojos grises, los ponchos y las faldas cruzadas de tela vaquera, su cabello lacio, que me dejaba manipular en toda suerte de peinados absurdos. Suspiraba por su aire despreocupado; mi madre insistía en que siempre que había una reunión me pusiera uno de mis vestidos hasta los tobillos de aspecto levemente Victoriano, que ella denominaba «maxis», y me peinara para la ocasión, lo que significaba sacar un mechón de cada lado de la cabeza y unirlos con un pasador en la nuca. En las fiestas, Deborah siempre conseguía escabullirse educadamente, para enorme alivio de las mujeres bengalíes con que se esperaba trabase conversación, y se ponía a jugar conmigo. Era mayor que todos los hijos de los amigos de mis padres, pero era una compañera para mí. Conocía todos los libros que yo leía, *Pipi Calzaslargas* y *Ana de las Tejas Verdes*. Me hacía toda clase de regalos que mis padres no podían comprar por falta de dinero e inspiración: un libro grande de cuentos de los Grimm con ilustraciones a la acuarela sobre gruesas y sedosas páginas, marionetas de madera con el pelo de lana. Me hablaba de su familia, tres hermanas mayores y dos hermanos, el menor más cercano a mi edad que a la suya. Una vez, después de ir a ver a sus padres, me trajo tres libros de Nancy Drew, su nombre escrito con caligrafía infantil en la parte superior de la primera página, y un viejo juguete que tenía, un teatrillo de papel con telones de fondo intercambiables, el exterior de un castillo y una sala de baile y un campo abierto. Deborah y yo hablábamos con toda libertad en inglés, idioma en el que, por aquel entonces, yo ya me expresaba mejor que en el bengalí que se me exigía hablar en casa; en cierta ocasión, me preguntó qué significaba *asobbho*. Vacilé y luego le dije que era lo que me llamaba mi madre si había hecho alguna travesura de las gordas, y a Deborah se le nubló el gesto. Yo tenía una actitud protectora con ella, consciente de que estaba de más, de que resultaba molesta, consciente de los comentarios desagradables de la gente.

Ahora en las salidas en el Volkswagen éramos cuatro: Deborah delante, su mano sobre la de Pranab Kaku apoyada en la palanca de cambios, mi madre y yo detrás. Poco después, mi madre empezó a alegar razones para disculparse, dolores de cabeza y catarros incipientes, así que entré a formar parte de un nuevo triángulo. Para mi sorpresa, mi madre me permitía ir con ellos, al Museo de Bellas Artes, los Jardines Públicos y el Acuario. Ella estaba esperando a que terminara su aventura, a que Deborah le rompiera el corazón a Pranab Kaku y él regresase a nosotros, escarmentado y penitente. Yo no veía indicios de que su relación hiciera aguas. Su cariño declara-

do, la felicidad que con tanta franqueza expresaban me resultaban novedosos y románticos. Llevarme a mí en el asiento trasero les permitía hacer prácticas para el futuro, poner a prueba la idea de una familia propia. Tomamos incontables fotografías en las que aparecíamos Deborah y yo, yo sentada en el regazo de Deborah, cogida de su mano, besándole la mejilla. Cruzábamos lo que yo creía eran sonrisas cómplices, y en esos momentos tenía la sensación de que me entendía mejor que con cualquier otra persona del mundo. Cualquiera hubiera dicho que Deborah llegaría a ser una madre excelente algún día. Pero la mía se negaba a reconocer nada semejante. Por entonces yo ignoraba que mi madre me dejaba salir con ellos porque estaba embarazada por quinta vez desde mi nacimiento, y estaba tan destemplada y cansada, tan atemorizada de perder otra criatura que dormía buena parte del día. Tras diez semanas, volvió a tener un aborto espontáneo y su médico le aconsejó que dejara de intentar quedarse encinta.

Para el verano, Deborah lucía un diamante en la mano izquierda, algo que a mi madre nunca le habían regalado. Dado que su familia vivía tan lejos, un día Pranab Kaku vino solo a casa para pedir la bendición de mis padres antes de darle el anillo. Nos enseñó la cajita, la abrió y sacó el diamante anidado dentro. «Quiero ver qué tal queda puesto», dijo, e instó a mi madre a que se lo probara, pero ella se negó. Fui yo la que tendió la mano, sintiendo el peso del anillo en la base del dedo. Entonces él pidió algo más: quería que mis padres escribieran a los suyos para decirles que habían conocido a Deborah y la tenían en gran estima. Lo ponía nervioso, naturalmente, decirle a su familia que tenía intención de casarse con una chica americana. Les había hablado a sus padres de todos nosotros, y en cierta ocasión mis padres recibieron una carta de ellos en la que expresaban su agradecimiento por cuidar tan bien de su hijo y ofrecerle un hogar en Estados Unidos. «No hace falta que sea larga —dijo Pranab Kaku—. Sólo unas líneas. La aceptarán de mejor grado si la enviáis vosotros.» Mi padre no tenía buen ni mal concepto de Deborah, nunca hacía comentarios ni la criticaba como mi madre, pero le aseguró a Pranab Kaku que a finales de esa misma semana una carta de apoyo estaría camino de Calcuta. Mi madre asintió, pero al día siguiente vi la taza de té que Pranab Kaku utilizaba como cenicero en la basura de la cocina, hecha añicos, y tres tiritas en la mano de mi madre.

A los padres de Pranab Kaku les horrorizó la idea de que su único hijo se casara con una norteamericana, y pocas semanas después sonó nuestro teléfono en plena noche: era el señor Chakraborty para decirle a mi padre que no podían dar su aprobación a semejante matrimonio, ni hablar, que si Pranab Kaku osaba casarse con Deborah ya no lo reconocería como hijo suyo. Luego se puso al teléfono su esposa, pidió hablar con mi madre y la atacó como si fueran amigas íntimas, culpándola por permitir que la aventura llegara a mayores. Dijo que ya le habían encontrado esposa en Calcuta, que él había partido hacia América a condición de que regresara cuando terminase sus estudios y se casara con aquella chica. Habían comprado el piso contiguo en su edificio para Pranab y su prometida, y estaba vacío, a la espera de su regreso. «Estábamos convencidos de que podíamos confiar en vosotros, y sin embargo nos habéis infligido una grave traición —dijo su madre, que ventilaba su ira con una desconocida como no podría haber hecho con su hijo—. ¿Eso es lo que le pasa a la gente en América?» Por el bien de Pranab Kaku, mi madre defendió el compromiso, le aseguró a su madre que Deborah era una chica educada y de una familia decente. Los padres de Pranab Kaku suplicaron a los míos que hablaran con él, pero mi padre se negó y decidió que no era cosa suya enredarse en algo así. «No somos sus padres —le indicó a mi madre—. Podemos decirle que no aprueban su decisión, pero nada más.» De manera que mis padres no le contaron a Pranab Kaku cómo los suyos los habían regañado y culpado, y habían amenazado con desheredar a Pranab Kaku, sólo que se negaban a darle su bendición. A la vista de su negativa, Pranab Kaku se encogió de hombros. «Me da igual. No todos pueden ser tan abiertos de miras como vosotros —dijo a mis padres—. La vuestra es bendición suficiente.»

Tras el compromiso, Pranab Kaku y Deborah empezaron a alejarse de nuestras vidas. Se mudaron a un apartamento en Boston, en el South End, una parte de la ciudad que mis padres consideraban poco segura. Nosotros también nos mudamos, a una casa en Natick. Aunque mis padres habían comprado la casa, la ocupaban como si aún fueran inquilinos, cubrían las rozaduras con pintura sobrante y eran reacios a hacer agujeros en las paredes, y todas las tardes, cuando el sol brillaba por la ventana del salón, mi madre cerraba las persianas para que nuestro mobiliario nuevo no perdiera color. Unas semanas antes de la boda, mis padres invitaron a Pranab Kaku a casa solo, y mi madre preparó una comida especial para conmemorar el final de su soltería. Sería el único elemento bengalí de su boda; el resto sería estrictamente norteamericano, con tarta y pastor, y Deborah ataviada con un largo vestido blanco y velo. Hay una fotografía de la cena que tomó mi padre, la única foto, que yo sepa, en la que aparecen juntos Pranab Kaku y mi madre. La imagen es levemente borrosa; recuerdo que Pranab Kaku le explicaba a mi padre el funcionamiento de la cámara y así es como aparece, levantando la mirada de la mesa de la cocina y el elaborado banquete que había preparado mi madre en su honor, la boca abierta, el largo brazo extendido y el dedo señalando, mientras daba instrucciones a mi padre acerca de cómo leer el fotómetro o algo por el estilo. Mi madre está de pie a su lado, con una mano colocada sobre su cabeza como dándole la bendición, la primera y última vez que lo tocó en su vida. «Ella lo abandonará —les dijo después a sus amigas—. Está lanzando su vida por la borda.»

La boda se celebró en una iglesia de Ipswich, con banquete en un club campestre. Iba a ser una ceremonia pequeña, cosa que mis padres interpretaron como que asistirían cien o doscientas personas en vez de trescientas o cuatrocientas. A mi madre la dejó estupefacta ver que no habían sido invitadas ni treinta personas, y probablemente se sintió más perpleja que halagada al comprobar que, de todos los bengalíes que conocía Pranab Kaku por entonces, éramos los únicos en la lista. En la ceremonia nos sentamos, al igual que los demás invitados, primero en los duros bancos de madera de la iglesia y luego en una larga mesa dispuesta para el banquete. Aunque éramos lo más parecido que tenía Pranab Kaku a una familia aquel día, no fuimos incluidos en las fotografías que se hicieron en los jardines del club campestre, con los padres, los abuelos y los numerosos hermanos de Deborah, y ni mi padre ni mi madre se levantaron para proponer un brindis. A mi madre no le hizo gracia el detalle de que Deborah se hubiera asegurado de que a ella y mi padre, que no comían ternera, se les sirviera pescado en vez de *filet mignon* como a todos los demás. Ella no hacía más que hablar en bengalí, se quejaba de la formalidad de la ceremonia y de que Pranab Kaku, vestido de esmoquin, apenas nos dirigió la palabra porque estaba muy ocupado inclinándose sobre los hombros de su nueva familia política americana conforme daba la vuelta a la mesa. Como siempre, mi padre no respondió a los comentarios de mi madre, y continuó comiendo con actitud cañada y metódica, pese a que el cuchillo y el tenedor a veces le chirriaban contra la superficie de la porcelana, pues estaba acostumbrado a comer con las manos. Se terminó su plato y luego el de mi madre, que lo había declarado incomible, y luego anunció que había comido más de la cuenta y tenía dolor de estómago. La única vez que mi madre hizo el esfuerzo de sonreír fue cuando Deborah apareció detrás de su silla, la besó en la mejilla y preguntó si estábamos pasándolo bien.

Cuando empezó el baile, mis padres se quedaron en la mea, tomando té, y tras dos o tres canciones decidieron que era momento de irnos a casa; mi madre empezó a lanzarme miradas con esa intención desde el otro lado de la sala, mientras yo bailaba en un corro con Pranab Kaku, Deborah y los otros niños de la boda. Quería quedarme, y cuando, a regañadientes, acudí a donde estaban sentados mis padres, Deborah me siguió. «Boudi, déjale a Usah que se quede. Se lo

está pasando de maravilla —le dijo a mi madre—. Hay mucha gente que tiene que regresar por donde vivís, alguien puede dejarla en casa dentro de un rato.» Pero mi madre se opuso, ya me había divertido bastante, y me obligó a ponerme el abrigo encima del vestido de mangas filipinas. Cuando regresábamos en el coche le dije, por primera aunque no última vez en la vida, que la odiaba.

El año siguiente recibimos una participación de nacimiento de los Chakraborty, una foto de gemelas, que mi madre no colocó en el álbum ni puso a la vista en la puerta de la nevera. Las niñas recibieron los nombres de Srabani y Sabitri, aunque las llamaban Bonny y Sara. Aparte de una tarjeta de agradecimiento por nuestro regalo de boda, fue la única vez que se pusieron en contacto con nosotros; no nos invitaron a su casa nueva en Marblehead, adquirida después de que Pranab Kaku consiguiera un empleo muy bien pagado en Stone Webster. Durante un tiempo, mis padres y sus amigos siguieron invitando a los Chakraborty a sus reuniones, pero como nunca asistían, o se marchaban tras apenas una hora, las invitaciones cesaron. Mis padres y su círculo atribuían las ausencias de Pranab Kaku a Deborah, y se llegó al consenso general de que ella lo había despojado no sólo de sus orígenes sino también de su independencia. Ella era el enemigo, él era su presa, y su ejemplo se invocaba como advertencia y justificación de que los matrimonios mixtos eran una empresa abocada al fracaso. De vez en cuando sorprendían a todo el mundo, aparecían en la festividad de *pujo* durante unas horas con sus dos niñas idénticas, que apenas tenían aspecto bengalí, sólo hablaban inglés y estaban siendo criadas de manera muy distinta a mí y la mayoría de los demás niños. No las llevaban a Calcuta todos los veranos, no tenían padres que se aferraran a otro estilo de vida y exhortaran a sus hijos a hacer lo mismo. Debido a Deborah, estaban exentas de todo ello, y por esa razón yo las envidiaba. «Usha, hay que ver, tan mayor y tan guapa», decía Deborah cada vez que me veía, reavivando, aunque sólo fuera por un momento, nuestro vínculo de años atrás. Para entonces se había cortado la preciosa melena y llevaba el pelo a lo *garlón*. «Seguro que dentro de poco ya tendrás edad para hacer de canguro —me decía—. Te llamaré: a las niñas les encantaría.» Pero nunca me llamó.

Empecé a dejar atrás la infancia, pasé al instituto y comencé a encapricharme con chicos norteamericanos de mi clase. Los encaprichamientos no tuvieron la menor trascendencia: a pesar de los halagos de Deborah, nadie reparaba en mí a aquella edad. Pero mi madre debió de notar algo, porque me prohibió asistir a los bailes que se celebraban el último viernes de cada mes en la cafetería del instituto, y era una ley tácita que no se me permitía salir con nadie. «No creas que vas a casarte con un americano, tal como hizo Pranab Kaku», me advertía de vez en cuando. A mis trece años, la idea del matrimonio no tenía ninguna importancia en mi vida. Aun así, sus palabras me afectaron, y me dio la sensación de que mi madre me retenía con más fuerza incluso. Se ponía hecha una furia cuando le decía que quería empezar a llevar sujetador, o si pretendía ir a Harvard Square con una amiga. En mitad de nuestras discusiones, solía evocar a Deborah como su antítesis, la clase de mujer que ella se negaba a ser. «Si ella fuera tu madre, te dejaría hacer todo lo que quisieras, porque la traería sin cuidado. ¿Es eso lo que quieres, Usha, una madre a la que no le importas?» Cuando empecé a menstruar, el verano antes de pasar a tercero de secundaria, mi madre me soltó un discurso: dijo que no debía permitir que ningún chico me tocara y luego pregunté si sabía cómo se quedaba embarazada una chica. Le dije lo que me habían enseñado en ciencias, lo del esperma que fertilizaba el óvulo, y a continuación me preguntó si sabía exactamente cómo ocurría. Vi miedo en sus ojos y entonces, aunque también estaba al tanto de ese aspecto de la procreación, mentí y le dije que no nos lo habían explicado.

Comencé a ocultarle otras cosas y me zafaba de ella con ayuda de mis amigas. Le decía que me quedaba a dormir en casa de una amiga cuando en realidad iba a fiestas, bebía cerveza y dejaba a chicos que me besaran, me sobaran los pechos y restregaran su erección contra mi cadera mientras nos magreábamos en un sofá o en el asiento trasero de un coche. Empecé a compadecer a mi madre; cuanto mayor me hacía, más comprendía la vida tan solitaria que llevaba. No había trabajado nunca, y durante el día veía culebrones para pasar el rato. Su única ocupación, todos los días, era cocinar y limpiar para mi padre y para mí. Rara vez íbamos a restaurantes; mi padre siempre señalaba, incluso en los baratos, lo caro que resultaba en comparación con comer en casa. Cuando mi madre se quejaba de lo mucho que detestaba la vida en las afueras y lo sola que se sentía, él no decía nada para apaciguarla. «Si tan desdichada eres, vuélvete a Calcuta», proponía, dejando claro que su separación no le afectaría en absoluto. Empecé a seguir el ejemplo de mi padre en mi trato con ella, aislándola por partida doble. Cuando me gritaba por estar mucho rato al teléfono, o por quedarme demasiado en mi cuarto, aprendí a responder a gritos, a decirle que era patética, que no sabía nada de mí, y a las dos nos quedó claro que yo había dejado de necesitarla, brusca y definitivamente, igual que Pranab Kaku.

Luego, el año antes de irme a la universidad, nos invitaron a casa de los Chakraborty para Acción de Gracias. No éramos los únicos invitados del antiguo grupo de amigos de mis padres en Cambridge; resultó que Pranab Kaku y Deborah querían celebrar una especie de reunión de toda la gente con que habían trabado amistad por aquel entonces. Por lo general, mis padres no celebraban Acción de Gracias; el ritual de una gran comida todos sentados a la mesa y los platos que uno debía comer les resultaban ajenos. Lo consideraban como si fuera el día de los Caídos o el día de los Veteranos: otra fecha festiva en el calendario estadounidense. Pero nos fuimos en coche a Marblehead, hasta una impresionante casa con fachada de piedra y un camino particular de grava con forma semicircular abarrotado de vehículos. La casa estaba a un breve trecho del océano; de camino, habíamos pasado por el puerto que daba al Atlántico, frío y reluciente, y cuando bajamos del coche nos recibió el sonido de las gaviotas y las olas. La mayor parte del mobiliario del salón había sido trasladada al sótano y se habían empalmado varias mesas para formar una «u» gigante. Estaban cubiertas con manteles de paño, dispuestas con platos blancos y cubertería de plata, y había calabazas a modo de centros de mesa. Me llamaron la atención los juguetes y las muñecas que había por todas partes, los perros que iban soltando largos pelos en cualquier lugar, todas las fotografías de Bonny y Sara y Deborah que decoraban las paredes y recubrían la puerta de la nevera. Estaban preparando la comida cuando llegamos, cosa que a mi madre siempre le hacía fruncir el ceño, la cocina un caos de gente, olores y enormes cuencos sucios.

La familia de Deborah, que yo recordaba vagamente de la boda, estaba presente: sus padres, hermanos y hermanas, sus maridos y esposas, amigos y niños. Sus hermanas estaban en la treintena, pero, al igual que Deborah, podrían haber pasado por universitarias, con vaqueros, zuecos y jerséis de pescador, y su hermano Matty, con quien yo había bailado en un corro en la boda, era ahora alumno de primero en Amherst, con ojos verdes bien separados, fino pelo castaño y una tez que se sonrojaba con facilidad. En cuanto vi a los hermanos de Deborah, bromeando entre sí mientras troceaban y removían cosas en la cocina, me enfurecí con mi madre por haberme montado una escena antes de salir de casa y obligarme a llevar un *shalwar kameez*. Supe que daban por supuesto, debido a mi ropa, que tenía más en común con los demás bengalíes que con ellos. Pero Deborah insistió en incluirme, me puso a pelar manzanas con Matty y, sin que lo vieran mis padres me dieron a beber cerveza. Cuando estuvo preparada la comida, me dijeron dónde sentarme, en una formación alterna de chicos y chicas que hizo sentirse incómodos a los bengalíes. Había botellas de vino alineadas en la mesa. Se sirvieron dos pavos, uno relleno de embutido y otro sin relleno. Se me hizo la boca agua al ver la comida, pero era consciente de que lue-

go, de regreso a casa, mi madre se quejaría de que todo era soso e insípido. «Imposible», dijo mi madre al tiempo que ponía la mano encima de la copa cuando alguien intentó servirle vino.

El padre de Deborah, Gene, se levantó para bendecir la mesa y pidió a todos los presentes que se cogieran de la mano. Inclino la cabeza y cerró los ojos. «Señor, te damos hoy las gracias por la comida que vamos a recibir», comenzó. Mis padres estaban sentados juntos y me asombró ver que se ceñían a la ceremonia, que los dedos morenos de mi padre cogían levemente los dedos pálidos de mi madre. Me fijé en Matty sentado en el otro extremo de la sala y lo vi mirarme mientras su padre hablaba. Tras el coro de «Amén», Gene alzó la copa y dijo: «Perdonadme, pero nunca pensé que tendría la oportunidad de decir algo así: "Brindo por Acción de Gracias con los indios."» Sólo alguna que otra persona rió el chiste.

Luego Pranab Kaku se levantó y agradeció a todo el mundo su presencia. Estaba relajado gracias al alcohol, su cuerpo antaño enjuto y fuerte un poco ancho ya. Empezó a hablar en tono sentimental de sus viejos tiempos en Cambridge, y entonces, de pronto, relató la historia de cuando nos vio a mi madre y a mí por primera vez y cómo nos había seguido aquella tarde. La gente que no nos conocía rió, entretenida por la descripción del encuentro y por la desesperación de Pranab Kaku. Rodeó la mesa hasta donde estaba mi madre y le pasó un brazo larguirucho por los hombros, obligándola a levantarse brevemente. «Esta mujer —anunció, a la vez que la acercaba hacia sí—, esta mujer fue la anfitriona de mi primer día de Acción de Gracias de verdad en Estados Unidos. Tal vez fuera una tarde de mayo, pero aquella primera comida a la mesa de Boudi fue como Acción de Gracias para mí. De no ser por aquella comida, me hubiera vuelto a Calcuta.» Mi madre apartó la mirada, avergonzada. Tenía treinta y ocho años, ya le asomaban las canas, y parecía más cercana a la edad de mi padre que a la de Pranab Kaku, que, a pesar del ensanchamiento de cintura, mantenía su aspecto atractivo y despreocupado. Él regresó a su sitio en la cabecera de la mesa, junto a Deborah, y concluyó: «Y de haber sido así nunca te habría conocido, cariño», y la besó en la boca delante de todo el mundo, entre sonoros aplausos, como si fuera otra vez el día de su boda.

Después del pavo se distribuyeron tenedores más pequeños y se sirvieron porciones de tres clases de tarta a elegir, anotadas en libretitas por las hermanas de Deborah, como si fueran camareras. Tras los postres, los perros tenían que salir, y Pranab Kaku se ofreció para pasearlos. «¿Qué tal si damos una vuelta por la playa?», sugirió, y los parientes de Deborah convinieron en que era una idea excelente. Ninguno de los bengalíes quiso ir, optando por quedarse a tomar el té y arracimarse, por fin, en un extremo de la sala, para hablar tranquilamente tras el obligado pali-que con los americanos durante la comida. Matty se acercó, se sentó en la silla que había a mi lado, que ahora estaba libre, y me animó a unirme al paseo. Cuando vacilé, indicando que no iba vestida ni calzada adecuadamente pero también consciente de la furia silenciosa de mi madre al vernos juntos, dijo: «Seguro que Deb puede dejarte algo.» Así que subí a la planta de arriba, donde Deborah me dio unos vaqueros, un grueso jersey y unas zapatillas, de manera que tuviera un aspecto similar al de sus hermanas.

Ella se sentó en el borde de la cama, mirando cómo me cambiaba, igual que si fuéramos amigas, y me preguntó si tenía novio. Cuando le dije que no, respondió:

—Matty cree que eres muy guapa.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero se le nota.

Cuando volvía a bajar las escaleras, animada por la información, con los vaqueros cuyos bajos había tenido que recoger y en los que por fin me sentía a mis anchas, reparé en que mi madre levantaba la vista de su taza de té y me miraba fijamente, pero sin decir nada, así que me fui con Pranab Kaku, sus perros y su familia política, por un camino y luego siguiendo una empinada es-

calera de madera hasta la orilla. Deborah y una de sus hermanas se quedaron en la casa para empezar a limpiar y atender a los que se habían quedado. Al principio todos caminamos juntos, en una sola hilera por la arena, pero luego me fijé en que Matty se rezagaba, así que los dos nos quedamos atrás, la distancia con los demás cada vez mayor. Empezamos a flirtear, hablamos de cosas que ya no recuerdo, y al final nos desviamos hacia una ensenada rocosa y Matty sacó un canuto del bolsillo. Nos lo fumamos de espaldas al viento, nuestros dedos fríos tocándose mientras lo hacíamos, nuestros labios pegados a la misma sección húmeda del papel de fumar. Al principio no noté ningún efecto, pero luego, al oírle hablar del grupo en que tocaba, su voz parecía venir de algún lugar a kilómetros de distancia y yo tenía ganas de reírme, aunque lo que estaba diciendo no era gracioso. Me dio la impresión de que pasábamos horas alejados del grupo, pero cuando regresamos a la arena aún estaban a la vista, encaramándose a un promontorio para contemplar la puesta de sol.

Ya había oscurecido cuando regresamos a la casa, yo temerosa de que mis padres me vieran colocada. Pero, cuando llegamos, Deborah me dijo que ellos, cansados, se habían ido tras consentir en que alguien me llevara a casa más tarde. Habían encendido la chimenea y me instaron a que me pusiera cómoda y tomara más tarta mientras recogían las sobras y volvían a poner la sala en orden. Naturalmente, fue Matty quien me llevó a casa. Sentados en el sendero de entrada de mis padres lo besé, emocionada y al mismo tiempo aterrada porque mi madre saliera al jardín en camisón y nos descubriera. Le di mi número de teléfono, y durante unas semanas pensé en él constantemente, esperando como una tonta a que me llamara.

Al final, mi madre había estado en lo cierto, y catorce años después de aquel día de Acción de Gracias, tras veintitrés años de matrimonio, Pranab Kaku y Deborah se divorciaron. Fue él quien se descarrió: se enamoró de una mujer bengalí y destruyó de golpe dos familias. La otra mujer era una conocida de mis padres, aunque no muy íntima. Por entonces, Deborah tenía cuarenta y tantos años, y Bonny y Sara se habían ido a la universidad. En medio de la conmoción y la pena, fue a mi madre a quien recurrió Deborah: la llamaba y lloraba al teléfono. De alguna manera, a lo largo de tantos años había seguido considerándonos prácticamente familia política; nos enviaron flores cuando murieron mis abuelos y cuando acabé la carrera me regalaron una edición abreviada del *Oxford English Dictionary*. «Tú lo conocías muy bien. ¿Cómo ha podido hacer algo así?», le preguntó Deborah a mi madre. Y luego: «¿Sabías tú algo al respecto?» Mi madre respondió con toda sinceridad que no. Les había roto el corazón el mismo hombre, aunque el de mi madre había cicatrizado tiempo atrás, y en cierta manera extraña, conforme mis padres se acercaban a la vejez, ambos se habían encariñado mutuamente, aunque sólo fuera por la costumbre. Creo que mi ausencia de casa, cuando me fui a la universidad, tuvo algo que ver, porque con los años, cuando iba de visita, fui notando un afecto entre mis padres que antes no existía, un mudo coqueteo, una solidaridad, una preocupación cuando el otro enfermaba. Mi madre y yo también habíamos hecho las paces; ella había aceptado la realidad de que además de ser hija suya, también lo era de América. Poco a poco, aceptó que saliera con un hombre americano, y luego con otro, y después con otro más, que me acostara con ellos e incluso que viviera con uno de ellos sin estar casados. Dio la bienvenida a mis novios a nuestra casa, y cuando las cosas no salían bien me aseguraba que encontraría a alguien mejor. Tras años de ociosidad, al cumplir los cincuenta decidió titularse en bibliotecología en una universidad cercana.

Por teléfono, Deborah reconoció algo que sorprendió a mi madre: que durante todos aquellos años se había sentido excluida de una parte de la vida de Pranab Kaku. «Tenía unos celos terri-

bles de ti por aquel entonces, por conocerlo, por entenderlo como yo nunca podría llegar a hacerlo. Él dio la espalda a su familia, a todos vosotros, pero aun así me sentía amenazada. Nunca lo gré superarlo.» Le dijo a mi madre que, durante años, intentó que Pranab Kaku se reconciliara con sus padres, y que también lo instó a que mantuviera sus lazos con otros bengalíes, pero él se resistía. Había sido idea de Deborah invitarnos en Acción de Gracias; irónicamente, la otra mujer también había asistido. «Espero que no me culpes por haberlo apartado de vuestras vidas, Boudi. Siempre temí que así lucra.»

Mi madre le aseguró que no la culpaba de nada. No le confió nada de sus propios celos décadas atrás, sólo que lamentaba lo ocurrido, que era un trago amargo y horrible para su familia. Tampoco le contó que unas semanas después de la boda de Pranab Kaku, mientras yo asistía a una reunión de exploradoras y mi padre estaba trabajando, había rastreado la casa entera en busca de todos los imperdibles que había en cajones y botes, y los había añadido a los que llevaba colgados de los brazaletes. Cuando tuvo bastantes, se los prendió al sari uno a uno, sujetando la pieza delantera a la capa inferior de paño, de modo que nadie pudiera arrancarle la prenda del cuerpo. Luego cogió una lata de combustible para el mechero y una caja de cerillas de cocina y salió a nuestro frío jardín trasero, aún cubierto de hojas por rastrillar. Llevaba encima del sari una gabardina lila hasta las rodillas, y a los ojos de cualquier vecino debía de aparentar que había salido simplemente a tomar el fresco. Se abrió la trinchera y se roció con la lata de combustible. Luego se abrochó la gabardina y el cinturón y fue hasta el cubo de basura de detrás de la casa para deshacerse de la lata. Después regresó al centro del jardín con la caja de cerillas en el bolsillo de la gabardina. Durante casi una hora estuvo allí plantada, mirando nuestra casa, intentando reunir la valentía necesaria para encender una cerilla. No fui yo quien la salvó, ni mi padre, sino la vecina de al lado, la señora Holcomb, con la que mi madre nunca había tenido especial amistad. Salió a rastrillar las hojas de su jardín, la saludó y le comentó lo bonita que era la puesta de sol. «Veo que llevas un rato contemplándola», le dijo. Mi madre asintió y luego volvió a entrar en casa. Para cuando regresamos mi padre y yo a media tarde, estaba en la cocina preparando arroz, para la cena, como si fuera un día cualquiera.

Mi madre no le contó nada de eso a Deborah. Fue a mí a quien se lo confesó, después de que me hubiera roto el corazón un hombre con el que tenía esperanzas de casarme.

Una elección de alojamiento

Desde fuera el hotel resultaba prometedor, como un antiguo refugio de montaña para esquiadores: fachada marrón chocolate, tejado a dos aguas muy inclinado, ribetes rojos en las ventanas. Pero en cuanto entraron en el vestíbulo del Chadwik Inn, Amit se llevó una decepción: el establecimiento no tenía carácter; renovado en tonos pastel, tenía garabatos grises en el estampado del papel pintado, como si alguien hubiera probado una y otra vez la tinta de una pluma cuando en el fondo no tenía nada que decir. Junto a la recepción había un expositor giratorio lleno de folletos para turistas sobre los Berkshires, y Megan cogió un puñado mientras Amit se registraba. Ahora los folletos estaban esparcidos sobre una de las dos camas de matrimonio de su habitación. Megan desplegó uno de ellos para descubrir un mapa.

—¿Dónde estamos, exactamente? —preguntó mientras su dedo se desviaba demasiado al norte.

—Aquí —respondió Amit, señalando la ciudad—. Ahí está el lago, ¿lo ves? Ese similar a un conejo.

—No lo veo.

—Aquí mismo. —Amit le cogió el dedo y se lo puso con firmeza sobre el punto.

—Lo que quiero decir es que no entiendo que el lago tenga supuestamente forma de conejo.

Había sido un largo trayecto en coche desde Nueva York y Amit tenía ganas de tomar una copa, pero no había minibar ni servicio de habitaciones. Las dos camas de matrimonio estaban cubiertas con floreados edredones granates. Enfrente había una amplia cómoda con un televisor colocado en el centro. Una pequeña pirámide de cartulina que estaba sobre una mesilla cuadrada entre las camas enumeraba los canales locales de televisión por cable. La única característica agradable de la habitación era el techo abovedado con las vigas a la vista. A pesar de ello la habitación era oscura; incluso con las cortinas del balcón abiertas, hacía falta tener encendidas todas las luces.

Habían acudido para la boda de Pam Borden, que se celebraba esa misma tarde en Langford Academy, un internado cuyo director era el padre de Pam y en el que Amit se había graduado dieciocho años atrás. Les plantearon la opción de dormir, por veinte dólares cada uno, en una residencia de Langford, ahora vacía porque era agosto. Pero Amit decidió derrochar en el Chadwick Inn, que estaba un tanto apartado del campus y ofrecía piscina, pista de tenis, un restaurante de dos estrellas y acceso al sombreado lago donde, de adolescente, había aprendido a remar en kayak y canoa. Tras hablarlo con Megan decidieron dejar a las niñas en casa de los padres de ella en Long Island y reservar habitación para el sábado y el domingo, haciendo de la boda de Pam unas breves vacaciones, los dos solos.

Amit abrió la puerta corredera de cristal y salió al balcón, una franja de cemento con dos sillas de plástico. El noreste estaba en plena ola de calor e incluso en las montañas el ambiente era sofocante, pero la pureza del aire, con su acusado aroma a pino, tenía un efecto reconstituyente. Lo inquietó el silencio que había, sin voces de niñas llamándose, sin reprimendas ni palabras cariñosas por parte de Megan. El trayecto en coche había sido igual: Megan dormida, el asiento trasero vacío aunque él miraba una y otra vez por el retrovisor, esperando ver las caras de sus hijas mientras dormitaban o se peleaba o comían bollos. Se sentó en una de las sillas, que no era muy cómoda, y tuvo la sensación de que lo habían timado.

—Es increíble que cobren doscientos cincuenta dólares la noche por algo así —dijo.

—Es una locura —convino Megan, saliendo al balcón—. Pero supongo que se lo pueden permitir, teniendo en cuenta que estamos en medio de la nada.

Era verdad, estaban en medio de la nada, aunque él no se sentía así. Había sabido, sin necesidad de consultar un mapa, qué carreteras tomar tras salir de la autopista, y recordaba en qué dirección estaba el pueblo. Pero nunca se había alojado en ese hotel. Sus padres nunca lo visitaban los fines de semana abiertos a las familias; cuando Amit estaba en Langford, vivían en la India, en Nueva Delhi. Tampoco pudieron asistir a su ceremonia de graduación. Tenían previsto hacerlo, pero el padre de Amit, oftalmólogo en uno de los mejores hospitales de Delhi, fue requerido para operar de cataratas a un miembro del Parlamento, así que acudieron en su lugar unos conocidos bengalíes de Worcester. Tras la graduación, Amit no conservó la relación con sus amigos de Langford. No tenía nostalgia del centro, y cuando le llegaban cartas que pedían colaboraciones a antiguos alumnos o lo invitaban a las sucesivas reuniones, las tiraba sin abrirlas. Aparte de su vago contacto con Pam, y una sudadera que aún tenía con el nombre del centro estampado en el pecho, no había nada que le recordase aquellos años de su vida. No le pasaba por la cabeza enviar a sus hijas a Langford; no se imaginaba dejándolas marchar tal como le habían dejado marchar a él sus padres.

Echó un vistazo a los jardines del hotel. Un pino que crecía justo delante de su balcón tapaba buena parte de las vistas inmediatas. La piscina era pequeña y poco atractiva, rodeada por una valla de tela metálica, sin nadie bañándose o tomando el sol. A la derecha estaban las pistas de tenis, ocultas tras más pinos, aunque alcanzaba a oír el suave golpeteo de una pelota rebotando de aquí para allá, un sonido que le producía cansancio.

—Es una pena lo de este árbol —comentó.

—Si estuviera unos metros más allá... —convino Megan.

—Igual deberíamos pedir otra habitación. No sería la primera vez.

En el tiempo que llevaban como pareja, Amit y Megan tenían ya una tradición de cambiar habitaciones de hotel. En el primer viaje que hicieron después de conocerse, a Puerto Rico, les dieron una habitación en la planta baja, y había un lagarto muerto en el cuarto de baño. Megan se quejó y los cambiaron a una suite de lujo con vistas al hipnótico océano, verde azulado en contraste con el azul del cielo. Durante toda su estancia tuvieron las cortinas descorridas para disfrutar de las vistas, hacían el amor de costado en la cama para seguir viéndolas, y cuando despertaban por la mañana les daba la impresión de que toda la habitación, incluidos ellos mismos, estuvieran de alguna manera flotando en el mar. Algo similar les ocurrió en Venecia, adonde fueron para celebrar su primer aniversario: tras una noche con vistas a un muro de piedra, se mudaron a una habitación junto a un canal en el que una pequeña barcaza amarraba cada mañana para vender fruta y verdura. En este caso, reflexionó Amit, ya estaban en el mejor lado del hotel; las habitaciones de delante daban al aparcamiento.

—No merece la pena, sólo por dos noches —dijo Megan. Se inclinó un poco en la silla y alargó el cuello para mirar por encima de la barandilla—. ¿La boda se celebra aquí en el hotel?

—Ya te lo dije, es en Langford.

—Bueno, pues otra pareja está a punto de casarse en ese cenador. Veo las damas de honor.

Amit miró hacia el otro lado del pino y vio gente saliendo en fila por un sendero empedrado que partía de la terraza del restaurante del hotel. Un fotógrafo se inclinaba sobre un trípode, rodeado de bolsas de accesorios, mientras un grupo de muchachas posaban con vestidos color lavanda.

—La boda de Pam será distinta —comentó él.

—¿A qué te refieres?

—No tendrá damas de honor.

—¿Cómo lo sabes?

—No es de esas.

—Nunca se sabe —replicó Megan—. Muchas mujeres hacen cosas impropias de ellas el día de su boda. Incluso mujeres como Pam.

Su leve tono de mofa le resbaló, sin llegar a calar. Sabía que a Megan la había sorprendido que aceptara la invitación a la boda, teniendo en cuenta que él y Pam rara vez se veían. Y aunque Megan no protestó, era consciente de que en cierta manera la había arrastrado hasta allí, a un lugar desconocido lleno de desconocidos, a una parte de su pasado que no tenía nada que ver con la vida que compartían. Por mucho que se negara a reconocerlo, ella se había mostrado insegura con respecto a Pam, a la defensiva el par de veces que habían coincidido, como si Amit y Pam hubieran sido amantes alguna vez. Cuando Amit y Megan se conocieron, se habían contado sus respectivas historias, en especial los sucesivos asuntos románticos que los llevaron a encontrarse, pero él nunca había mencionado a Pam en ese contexto. La había querido, eso desde luego, pero, puesto que no había llegado a ser novia suya, no había nada que explicar. Se repantigó en su silla, apoyó el cuello en el duro reborde de plástico y cerró los ojos.

—Qué bien me sentaría una copa.

Volvieron a la habitación con el aire acondicionado en marcha y él abrió la única maleta que habían llevado. Sacó el grueso sobre que contenía la invitación, instrucciones para llegar, un pequeño mapa del campus de Langford con las ubicaciones de la ceremonia y el banquete señaladas con rotulador fluorescente. Se sentó en una cama, apoyado en unos almohadones sumamente blandos, y se hundió. Luego miró el reloj digital junto a la pirámide de cartulina en la mesilla.

—La boda es dentro de una hora. Deberíamos tener almohadones así en casa.

—Entonces más vale que nos preparemos. —Megan le dirigió una mirada de preocupación profesional, como si hiera un paciente en su ronda—. ¿Qué pasa?

—Nada. Es que esperaba que tuviéramos un poco de tiempo para dar un paseo o nadar en el lago. Llevo todo el camino pensando en darme un baño. No creía que el tráfico fuera a estar tan mal.

—Ya nos daremos un baño mañana —dijo ella—. Tenemos todo el fin de semana.

Él asintió.

—Claro.

Se levantó y fue al baño para afeitarse y ducharse. Esos rituales cotidianos le supusieron una carga. No estaba de ánimo para vestirse de traje y alternar con los fantasmas de su adolescencia. Se desvistió y luego se puso delante del espejo para embadurnarse la cara con espuma de afeitarse. Desde el nacimiento de Monika, tres años antes, era su primer viaje sin las niñas. Ya les tocaba tomarse unas vacaciones. Por lo general, todos los veranos alquilaban una cabaña dos semanas en las Adirondacks, pero Megan estaba en el último año de prácticas en el hospital Mount Sinai, y su calendario de trabajo no se lo permitía. Acababa de terminar una rotación en la unidad de cuidados intensivos cardíacos, haciendo turnos de treinta y seis horas, para volver al apartamento al amanecer y dormirse justo cuando Amit y las niñas empezaban la jornada. Amit, que trabajaba como director editorial de una revista médica, tenía un calendario más flexible. El verano era una época lenta en la revista, y desde junio supervisaba los desayunos y los baños de las niñas, programaba fechas para jugar con otras niñas, dejaba a Maya en un campamento urbano por la mañana y luego pasaba a recogerla. Reducir las horas de canguro durante los meses de verano era una de las medidas que habían decidido para recortar gastos; la entrada de su nuevo apartamento, dos plantas en un edificio de piedra caliza en la calle 75 Oeste, había mermado sus ahorros.

Percibió el alivio de Megan al no tener que ocuparse de Maya y Monika, al sentirse libre. Amit quería compartir con ella ese alivio, esa oportunidad para evadirse que llevaba esperando todo el verano, desde que había llegado la invitación de Pam e hicieron sus planes. Pero ahora que estaban solos lo asaltaba la idea de que Monika moqueaba, y se preguntaba si su suegra se acordaría de que las fresas le producían sarpullido a Maya. Tuvo la tentación de preguntárselo a su mujer, pero se contuvo, a sabiendas de que ella lo acusaría de no confiar en sus suegros. Como madre, era menos quisquillosa, menos cauta que él. En sus días libres las consentía, horneaba pasteles con ellas en la cocina sin importarle si no cenaban por estar atiborradas de bizcocho y galletitas. Él sabía que su indulgencia se debía en cierta medida a los remordimientos, pero también era propia de ella. No se horrorizó, como él, cuando Maya se encontró un chicle aplastado en el parque y se lo llevó a la boca, ni cuando Monika se alejó mientras estaban de picnic en Central Park y con sus dedos se puso a hurgar un cagarro de perro. Megan se reía en momentos así, les limpiaba las manos y la cara, convencida de que sus hijas podían sobrevivir a cualquier cosa. Pasaba el día con gente que estaba luchando por su vida, no podía permitir que la afectara una rozadura en un codo o una fiebre de 38 grados.

Era Amit, que había estudiado el cuerpo lo suficiente para conocer su inherente fragilidad y había diseccionado cadáveres como para saber lo que dejaría al descubierto una incisión horizontal en el pecho, el que se atormentaba por la vulnerabilidad de sus hijas, tanto a las enfermedades como a los accidentes de toda índole. Aún lo obsesionaba un incidente en la cafetería del Museo de Historia Natural, cuando Monika, con un año, había estado a punto de atragantarse con un trozo de orejón. Una mujer de la mesa de al lado que casualmente era enfermera se levantó de un salto al oír toser a Monika y le despejó eficientemente la garganta con el dedo. A pesar de haber estudiado medicina dos años, Amit carecía del simple instinto, la confianza en sí mismo, para hacer algo así. Fue incapaz de mirar a sus hijas durante el resto del día, de disfrutar de la visita al museo. No hacía más que imaginar el trozo de orejón alojado en la tráquea de Monika, y cómo podría haberla silenciado para siempre. Cuando leía artículos en la prensa sobre taxis que de pronto se subían a la acera y arrollaban a media docena de viandantes, siempre se imaginaba a sí mismo, con Monika y Maya de la mano. O imaginaba una ola en Jones Beach, adonde las había llevado una vez a la semana durante el verano, que arrastraba a una de ellas, o un montículo de arena que las ahogaba mientras él hojeaba una revista a unos pocos metros. En cada uno de estos casos, se imaginaba sobreviviendo mientras las niñas perecían bajo su supervisión. Naturalmente, Megan lo culparía y luego se divorciaría de él, y todo, su vida con ella y las niñas, tocaría a su fin. Desviar la mirada en la dirección equivocada, estaba convencido, podía hacer que toda su existencia se precipitara por un acantilado.

Dejó la cuchilla de afeitar y abrió la ducha para caldear el cuarto de baño. Megan llamó y abrió la puerta.

—No puedo ir a la boda —anunció, al tiempo que negaba con la cabeza. Lo dijo en tono terminante, tal como les decía a las niñas que no podían ver otro programa en la tele o pasar cinco minutos más en la bañera.

—¿De qué estás hablando?

—Mira —dijo, y señaló la falda que se había puesto.

Arriba sólo llevaba el sujetador, color carne y con los tirantes deslustrados. La falda le llegaba a los tobillos y estaba hecha de una tela gris diáfana y esfumada, solapada a una pieza de seda de un tono levemente más oscuro. Levantó una sección y a él se le fueron los ojos de inmediato a una zona del tejido. Al principio creyó que era una mancha, pero luego se dio cuenta de que era una quemadura que había hecho un pequeño orificio con los rebordes chamuscados. Debajo, el

forro de seda tenía un aspecto desagradable, como la carne que queda al descubierto cuando se arranca una costra.

—Es horrible —se lamentó ella—. No hay manera de disimularlo.

—¿Has traído otro traje?

Ella negó con la cabeza a la vez que le lanzaba una mirada molesta.

—¿Lo has traído tú?

Amit se secó las manos en una toalla y se sentó en la tapa del retrete. Pasando las manos entre las dos capas de tejido, notó cómo el vaporoso material le acariciaba la palma, la seda en el anverso de los dedos. En la Facultad de Medicina se había planteado la posibilidad de ser cirujano, de aprender a recomponer los tejidos más minúsculos del cuerpo. Pero nunca había llegado a asistir a ninguna rotación, y sólo había aprendido en libros de texto y laboratorios. Por lo que veía, no había la menor esperanza de reparar la falda. Era tan sencilla, tan fina, que el pedacito que faltaba, a través del que ahora resultaba visible la yema de uno de sus dedos, la había estropeado.

—Es increíble que no me diera cuenta cuando hice el equipaje —dijo Megan—. Debió de ocurrir la última vez que me la puse. Brasas de un cigarrillo o algo así.

Sabía que no era culpa de ella, y sin embargo no podía evitar culparla un poco por no haberse fijado más. Y no pudo por menos de preguntarse si no sería una jugada inconsciente por su parte, para evitar la boda de Pam, para sabotear el asunto. Se le ocurrió que, con la excusa de la falda estropeada, podían saltarse la boda y pasar la noche en el hotel, viendo películas en la cama. Su ausencia pasaría inadvertida con semejante gentío, los camareros pasarían por alto sus sitios en la mesa. De haber sido más agradable el Chadwick Inn, tal vez se hubiera sentido tentado.

—¿Hay alguna tienda cerca? —preguntó Megan—. ¿Algún lugar al que pueda ir en un momento para comprar algo mientras tú te preparas?

—Antes había un centro comercial, pero estaba a una hora en coche de aquí. No recuerdo ninguna tienda de ropa en el pueblo. Al menos ninguna buena.

Ella giró la falda hacia un costado, de manera que la quemadura no se viera por delante, y se quedó junto a él delante del espejo del lavabo, sus brazos desnudos en contacto. Por lo general Megan no se maquillaba, pero para la ocasión se había pintado los labios con un tono rojizo. A él le resultaba molesto; prefería la habitual belleza inteligente de su cara. Era la cara de alguien a quien alcanzaba a imaginar viviendo en un tiempo anterior, una época más sencilla, en una América ajena a la India por completo. Tenía el cabello castaño oscuro recogido como siempre, simplemente retirado de la cara y del largo y pálido cuello. Llevaba gafas, unas lentes ovaladas sin montura que parecían necesarias para proteger su delicada mirada. Era de la misma altura que él, uno setenta y dos, alta para una mujer pero baja para un hombre, y cinco años mayor, cuarenta y dos. Sin embargo, de los dos era Amit quien, a primera vista, ya parecía de mediana edad, pues hacia los veintiún años de edad el pelo se le había encanecido por completo. Fue allí, en Langford, cuando empezó a ocurrir, en el último año de secundaria, y ya cuando cursaba tercero de universidad en Columbia eran las hebras negras las que podían contar con los dedos de una mano. Había leído que, tras una experiencia traumática, era posible que a una persona se le pusiera el pelo cano en plena juventud, pero no había ocurrido ninguna muerte repentina a la que pudiera achacarlo, ningún accidente. Ningún cambio profundo en su vida, aparte de que sus padres lo enviaran a Langford.

—Supongo que, si permaneces a mi lado toda la velada, nadie se dará cuenta —dijo Megan, y se apoyó en él.

Amit notó la calidez de sus brazos y una punzada de deseo, demasiado lastrada por el agotamiento como para hacer algo al respecto.

—¿De veras crees que puedes sobrevivir toda una velada sin apartarte de mí? —le preguntó.

—Puedo si puedes tú. —Había un deje de desafío en su voz, y Amit sonrió, divertido por la idea, motivado para ir a la boda ahora que tenía un cometido específico que desempeñar. Al mismo tiempo pensó que en los primeros tiempos de su relación aquello no se habría planteado siquiera, sus cuerpos habrían estado en continuo contacto durante toda la velada, algo así se habría dado por supuesto.

—Trato hecho —dijo Amit.

Contemplaron su reflejo en el espejo, ella con la falda estropeada y el sujetador deslucido, él, desnudo, el pene flácido, la cara cubierta con blanca espuma de afeitar. Megan negó con la cabeza.

—Vaya espectáculo daríamos.

Él había dado por sentado que irían andando hasta el colegio: estaba justo al otro lado de la carretera, a escasos minutos a pie por un campo en pendiente, pero Megan llevaba tacones altos y no quería que se le embarraran, así que fueron en coche. Los asientos seguían llenos de rastros de sus hijas: libros abandonados, muñequitas, los caballos de plástico que Maya había empezado a coleccionar. Sólo los sillines habían desaparecido, transferidos para el fin de semana al coche de sus suegros. Pensó en las niñas en casa de sus abuelos, jugando en la cabaña del árbol que su suegro había construido para cuando iban, de vez en cuando, su suegra ofreciéndoles bizcocho y zumo para hacer sus meriendas. Sus hijas no se parecían en absoluto a él, en absoluto a su familia, y, a pesar de la distancia que sentía Amit con respecto a sus padres, eso lo preocupaba, que su madre y su padre no hubieran legado nada, físicamente, a sus hijas. Tanto Maya como Monika habían heredado el color de Megan, sin rastro de la piel profundamente atezada de Amit y sus ojos negros, de manera que, salvo por sus nombres vagamente indios, parecían por completo norteamericanas. «¿Son tuyas?», le preguntaba a veces la gente cuando estaba solo en el parque con ellas, en tiendas o en los columpios.

Tras apenas dos minutos, se desviaron de la carretera y accedieron a la amplia avenida bordeada de árboles que llevaba hasta la verja del colegio. El follaje era lustroso y abundante, pero los recuerdos que él tenía eran de las centelleantes ramas otoñales y la luz purpúrea de las montañas, las sombras que se prolongaban por sus curvas y declives y la nieve que coronaba la verja de entrada en invierno. El colegio en sí era más o menos tal como lo recordaba, bochornosamente grande y bien cuidado, con torneadas esculturas abstractas dispersas por el césped.

—Esto es más bonito que la universidad a la que fui —comentó Megan cuando cruzaban el campus, mientras contemplaba los inmaculados edificios y las esculturas.

—Un tanto desmesurado —dijo él.

Cuando se conocieron, a Megan le impresionó el colegio privado al que había asistido, pero al mismo tiempo le había tomado el pelo al respecto. No albergaba amargura contra los privilegiados, pero a veces se mostraba crítica; de no haber sido indio, probablemente Megan habría evitado a alguien como él. Era la menor de cinco hermanos; su padre, policía; su madre, maestra de preescolar. Había encontrado empleo nada más terminar la secundaria, en una copistería por las mañanas y en telemarketing por las tardes, y no empezó la universidad hasta los veinte, a tiempo parcial porque tenía que seguir trabajando. En ese sentido, trabajaba con más ahínco que cualquier otra persona que él hubiera conocido, incluido su propio padre y el grupo de amigos benga-

lles de sus padres, uniformemente próspero. Que Megan proviniese de una familia modesta había disgustado a sus padres, así como que fuera cinco años mayor que él. Su austera belleza, su negativa a llevar lentillas, su estatura, no los había cautivado. El hecho de que fuera médica no lo compensaba. En todo caso, hacía que su decepción con Amit fuera mayor incluso.

Observó nuevos pabellones agregados a algunos edificios, elementos modernos de acero y vidrio junto a las cúpulas blancas y de ladrillo visto. Sus padres lo habían sacado del instituto público de Winchester, Massachusetts, donde creció, para enviarlo aquí, pues cuando Amit cursaba primero de secundaria habían decidido regresar a la India. Aún recordaba la noche que le contaron sus planes. Estaban sentados en una marisquería en el cabo, en Cotuit, con vistas al agua, la mesa cubierta por una montaña de pinzas de un rojo intenso y conchas de las que su padre había extraído sin ningún esfuerzo la pulpa para todos ellos. Su progenitor empezó por decir que cada vez se sentía más impaciente como profesor en la Facultad de Medicina de Harvard, que había un hospital en Delhi donde creía que lo necesitaban. A Amit lo dejó pasmado la decisión de sus padres, quienes, a diferencia de la mayoría de bengalíes de Massachusetts, siempre habían tenido una actitud desdeñosa, incluso crítica, con la India, sin mostrarse nunca nostálgicos o sentimentales. Su madre llevaba el pelo corto y pantalones vaqueros, y sólo se ponía los saris en ocasiones señaladas. Su padre tenía un armario con bebidas alcohólicas y acostumbraba tomarse un gin-tonic antes de comer. Los dos provenían de familias acaudaladas, veraneaban en las montañas y habían asistido a internados en la India. La relativa opulencia de Estados Unidos nunca los impresionó; en muchos sentidos habían llevado una vida más privilegiada en la India, pero tras emigrar no habían pensado más en ello.

En el restaurante, su padre sacó el sobre de información sobre Langford, le enseñó fotografías del campus, estudiantes sonrientes reunidos en torno a mesas en las aulas, profesores delante de pizarras, captados en mitad de una frase por la cámara. Desde el punto de vista académico estaba muy por encima del centro al que asistía hasta ese momento, le dijo su padre, y mencionó el porcentaje de graduados de Langford que accedían a las universidades de élite de la Ivy League. Mientras su padre hablaba, Amit cayó en la cuenta de que ya había aceptado aquel puesto en Delhi y de que su casa en Winchester ya estaba en venta. Que él estudiara en Delhi quedaba descartado; no valía la pena que se adaptara a un nuevo sistema de enseñanza en otro país, dijo su padre, teniendo en cuenta que, con el tiempo, Amit iría a una universidad norteamericana.

De Langford, durante las Navidades y al final de cada año académico, Amit iba a Delhi para estar con sus padres. Se alojaba en su piso lleno de criados en Chittaranjan Park, en una habitación reservada para sus estancias. Nunca disfrutó de sus visitas a Delhi; su bengalí chapurreado no le servía de nada en aquella ciudad. Le hacían echar de menos Calcuta, donde vivían todos sus parientes, adonde estaba acostumbrado a ir. Sus padres se habían mudado a Delhi el año del magnicidio de Indira Gandhi, y las revueltas que estallaron allí, los toques de queda y la constante vigilancia con la que tenían que vivir conllevaban que Amit permaneciera encerrado en casa, sin amigos, sin nada que hacer. En ese sentido, le suponía un alivio regresar a ese pacífico pueblo. Cuatro años después sus padres estaban de regreso en América, instalados en Houston. En Delhi su padre había perfeccionado una técnica láser para corregir el astigmatismo que le granjeó invitaciones para trabajar e impartir cursos en hospitales del mundo entero. Tras cinco años en Houston se trasladaron una vez más, esta vez a Lausana, en Suiza. Ahora vivían en Arabia Saudí.

En Langford, Amit era el único alumno indio, y la gente siempre daba por sentado que había nacido y crecido en aquel país y no en Massachusetts. Lo felicitaban por su acento y le decían lo bien que hablaba inglés. Había llegado a los quince años, para el segundo año, que en Langford era denominado cuarto curso, y para entonces las amistades y alianzas entre los chicos de su

clase ya estaban afianzadas. En su instituto de Winchester había sido un alumno destacado, pero de pronto se veía en la necesidad de trabajar a destajo para mantener las calificaciones. Tenía que llevar chaqueta todas las mañanas y tratar de «señores» a los profesores, así como ir a misa los domingos. Pronto averiguó que la riqueza de sus padres era irrisoria en comparación con la de las familias que enviaban sus hijos a Langford. No había escape al final de la jornada, y aunque no lo reconociera ante nadie, mucho menos ante sus padres cuando llamaban todos los fines de semana desde Delhi, estaba paralizado de nostalgia y los echaba de menos, a tal punto que en aquellos primeros meses las lágrimas le asomaban a los ojos a menudo. Buscaba indicios de las caras y voces de sus padres entre la gente que lo rodeaba y se ocupaba de él, pero no había absolutamente nada, nadie, que le recordase a ellos. Tras aquel primer semestre se adaptó como mejor pudo a ese mundo: nadaba a nivel de competición, llamaba a los chicos por su apellido, llevaba siempre pantalones holgados porque no estaban permitidos los vaqueros. Aprendió a vivir sin su madre y su padre, igual que todos los demás, despojándose de su dependencia cotidiana aunque no era más que un chaval, e incluso disfrutándolo. Aun así, se negaba a perdonarlos.

Cada día de Acción de Gracias, él y los demás estudiantes que no tenían adonde ir eran acogidos por la familia de Pam: chicos de Santiago, Teherán y otros lugares problemáticos del mundo, o hijos de diplomáticos y periodistas que se trasladaban con más frecuencia incluso que los padres de Amit. Comían en la casa de los Borden, ubicada en un extremo del campus, con Pam y sus tres hermanos, todos los cuales estaban en diferentes internados pero siempre regresaban a casa para las vacaciones. Para Amit era el punto culminante de cada año. Él y los demás muchachos estaban enamorados de Pam, que era la única chica de su familia, la única chica en el campus, la única chica, daba la impresión por entonces, en el mundo entero. Rezaban para que les tocara sentarse cerca de ella, y durante semanas después de la comida hablaban de ella, se imaginaban su vida en Northfield Mount Hermon, se imaginaban el aspecto de sus pechos, o el tacto de su pelo Casiano claro totalmente lacio, preguntándose cómo lo tendría por la mañana, derramado de cualquier manera sobre la espalda. Fantaseaban con la habitación en la planta superior, donde dormía Pam cuando volvía a casa. Se fijaban en si comía carne de muslo o pechuga, y se fijaron el año que no probó siquiera el pavo.

Ella parecía plenamente consciente de su admiración, halagada pero fuera de su alcance. Era algo muy insólito e inquietante, una adolescente ya consciente de su poder sobre los hombres y al mismo tiempo sin el menor interés en ellos, listaba cómoda con el sexo opuesto de una manera poco habitual en una chica, tal vez porque había crecido en una casa llena de muchachos. Los Borden eran gente franca, incluso los niños, preparados para hacer de afectuosos anfitriones con los alumnos que iban a parar a su mesa en vacaciones. Pam hablaba con Amit y los demás, les preguntaba por sus clases como si tuviera la edad de su propia madre en vez de ser una chica de quince años. Y luego desaparecían de su conciencia hasta el año siguiente. Tras la comida, el director Borden los llevaba al césped para jugar un partido de fútbol americano sin placajes con los hermanos de Pam. O permanecían en la casa, donde la señora Borden, que era profesora de francés en el colegio, dirigía complicados juegos de formar palabras o charadas.

Durante su último año en Langford, Amit fue admitido en la Universidad de Columbia. Nadie de su curso iba a ir allí, pero un día el director Borden le contó a Amit que Pam se había decantado también por Columbia. «Cuídala por mí», le dijo el director, pero fue Pam quien llamó primero, con esa misma actitud de embajador que tenían sus padres, aunque la ciudad de Nueva York y la palabra «universidad» le resultaban tan ajenas como a él. De pronto, puesto que ella lo había decidido así, eran amigos. Iban a comer un par de veces a la semana después de la clase de religión a la que asistían juntos, bien al Café Pertutti, para darse el gusto de tomar cremosos platos de pasta, o a La Rosita a tomar café con leche y arroz con frijoles. Después estudiaban en la misma salita en la Biblioteca Butler, se sentaban uno delante del otro en sillones y leían obras de Mil-

ton y Marx. Cosillas curiosas le hacían quererla. Que nunca llevara los libros en una mochila o un bolso, sino apretados contra el pecho. Que siempre pareciera vestir de manera poco apropiada, con una cazadora de ante ribeteada en una época del año en que todo el mundo iba abrigado de la cabeza a los pies con lana y plumón. Que las dos últimas letras de su nombre fueran las primeras del de él, una tontería que nunca le mencionó pero que lo llevaba a creer que ambos estaban unidos.

Amit se preguntó al principio si era un asunto romántico, pero no tardó en averiguar que ella tenía aventuras, que él no era más que un amigo. Estaba acostumbrada a verse rodeada de hombres que, como sus hermanos, se mostraban protectores, le eran leales, le hacían la corte sin seducirla. Y había escogido a Amit para que desempeñara ese papel en la universidad. Le pedía que investigara a los chicos que despertaban su curiosidad, que averiguara qué reputación tenían, cuál era su historia, antes de decidir si iniciar una relación. A cambio ella le aconsejaba acerca de cómo abordar a otras chicas, cómo flirtear con ellas de la manera más efectiva. Fue Pam quien asesoró a Amit durante su primera relación universitaria, con Ellen Craddock, tomándose la molestia de trabar amistad con Ellen únicamente para estar en situación de reunirse con Amit en College Walk.

Sólo una vez consiguió Amit hacerse con el valor suficiente para tirarle los tejos a Pam, en su segundo año: la besó tras emborracharse en una fiesta y le puso la mano en el pedio, encima del jersey verde de cuello alto que llevaba. Ella le devolvió el beso y dejó que la tocara, pero luego se apartó, como si siempre hubiera sabido que algún día ocurriría algo así. «Ahora ya sabemos lo que se siente», le dijo Pam, y él supo que era imposible, que no le gustaba de esa manera. Ella lo había complacido, de la misma manera que su familia lo había complacido una vez al año en su casa, ofreciéndole un pedacito de sí mismos para después cerrar la puerta.

Aunque Pam seguía viviendo en Nueva York y trabajaba en el departamento de derechos extranjeros de una agencia literaria, en la actualidad se veían, como mucho, un par de veces al año, generalmente por casualidad, en el metro o al encontrarse por la calle, o en una abarrotada exposición en el Metropolitan. Pero Amit estaba en la lista de correo de Pam, y por tanto recibía postales en Navidad, e incluso por su cumpleaños: era de las que recuerdan cosas así. Cuando averiguó que Amit y Megan se habían casado, les envió unos candeleros de Tiffany's. Y cuando nacieron las niñas, llegaron caros regalos, vestidos europeos y mantas de cachemira para los sillines. No había recibido una llamada de teléfono de Pam para informarle que se casaba, sólo la invitación. Y después de tantos años, Amit se sintió alborozado y deseoso de agradar, como siempre se había sentido cuando los Borden se ponían en contacto con él, haciendo que dejara a un lado lo que tuviera entre manos en ese momento y dedicarles toda su atención.

Los invitados estaban reunidos bajo un hermoso árbol donde se había instalado una barra que ofrecía cócteles antes de la ceremonia. En el césped había hileras de sillas plegables blancas, con vistas a las montañas engañosamente delicadas de color azul lechoso. El sol empezaba a ponerse por encima de sus cabezas. Había sido allí, en ese preciso lugar, donde Amit se había graduado. En aquellos tiempos tenía un aspecto diferente, más esbelto, con el cabello todavía bastante moreno. Fue Pam, en la universidad, la que le prohibió teñírselo: le dijo que le daba un aspecto distinguido, que las mujeres se sentían atraídas. No la creyó, pero estaba en lo cierto: todas las mujeres con quienes tuvo una relación le confesaron en un momento u otro que su pelo canoso les resultaba sexy.

—Al otro lado —indicó Megan cuando se acercaban al gentío.

Él se colocó a su izquierda e hizo coincidir sus pasos con los de ella. Codo con codo, ocuparon su lugar en la fila para tomar algo. Había el típico surtido de botellas y dos cuencos de ponche llenos de limonada. «¿Con o sin alcohol?», preguntó el camarero. Cogieron dos copas de ponche con alcohol y se acercaron al césped mientras tomaban sorbos de la bebida, dulce y cargada. Amit miró los rostros alrededor, los hombres que llevaban criaturas a hombros, las madres que hacían callar a niños en sus sillitas, las niñeras que perseguían a niños mayores. Las niñeras parecían jóvenes, estudiantes de secundaria, supuso, contratadas para la ocasión. Los padres señalaban los árboles, las nubes que se extendían y cambiaban de forma sobre el valle. No reconoció a nadie y echó de menos a sus hijas.

—Hay cantidad de niños —comentó Megan.

—Las niñas se lo habrían pasado bien.

—Pero entonces no habiéramos podido pasárnoslo bien nosotros. Salud.

—Salud. —Como estaban uno al lado del otro, levantaron las copas al aire delante de sí, sin mirarse.

Era raro estar bebiendo en el colegio. Recordaba las fiestas clandestinas, las botellas que se introducían de tapadillo en los dormitorios y se consumían los viernes y sábados por la noche, siempre con miedo a las rondas del celador.

—Me siento viejo —le dijo a Megan, y entonces vio una cara que le resultó familiar, sonriéndole al tiempo que se acercaba. Las elegantes gafas de carey eran nuevas, pero recordaba los cordiales ojos azules, el pelo castaño ondulado, el hoyuelo en la barbilla. Habían asistido juntos a una serie de clases, habían sido compañeros de laboratorio, recordó de repente, en química. Su padre y el de Pam habían crecido juntos; siempre se refería al director como «tío Borden». Recordó el apellido, pero no el nombre de pila.

—Sarkar —dijo Schultz—. Amit Sarkar, ¿verdad?

Amit le tendió la mano justo cuando le venía a la cabeza el nombre de pila de Schultz.

—Me alegro de verte. Esta es mi mujer, Megan. Megan, le presento a Tim.

La sonrisa desapareció de la cara de Schultz.

—Soy Ted.

—Ted, claro, Ted. Cuánto lo siento. Ted, te presento a mi mujer, Megan. —Se sintió idiota, tan mortificado por su error como se hubiera sentido en su primer trimestre en Langford, cuando tanto se esforzaba por agradar. Se arrepintió de haber utilizado un nombre de pila, de no haber dejado que surgiera de manera natural en el transcurso de la conversación—. Lo siento —repitió mientras Ted y Megan se estrechaban la mano—. Ha sido un día agotador. Un largo viaje en coche.

—No te preocupes —dijo Ted, con un tono que aún turbó más a Amit—. ¿Tus padres siguen en la India?

—Volvieron. Y luego se fueron otra vez.

—¿Dónde vives ahora?

Resultó que Ted también vivía en Manhattan. Estaba divorciado y trabajaba en un bufete.

—¿Sabéis con quién va a casarse Pam? ¿A quién ha escogido finalmente en vez de alguno de nosotros?

—No conozco a Ryan —respondió Amit, y se preguntó qué impresión habría causado a Megan el comentario de Ted.

—Yo sólo sé que es guionista de televisión —dijo Ted. De una de esas series de abogados que hacen que mi trabajo parezca lleno de glamour. Por eso se trasladan a Los Ángeles. Por lo visto, uno de los actores de la serie ha venido.

Miraron alrededor en busca de alguien que pudiera ser famoso. Era una multitud atractiva, muchas mujeres con vestidos de fiesta negros. Amit recordó la falda de Megan y dio un paso hacia ella a la vez que la cogía por la cintura.

—¿Cómo os conocisteis? —indagó Ted.

—En la Facultad de Medicina —dijo Megan.

—Ah. Doctor Sarkar, estoy impresionado.

—Sólo ella —puntualizó Amit—. Ella consiguió terminar. Yo no.

Un cuarteto de cuerda comenzó a tocar y la gente se trasladó hacia sus asientos. Amit y Megan escogieron sillas hacia la parte de atrás, ella quejosa porque los tacones se le hundían en el césped. Pusieron las copas vacías debajo de los asientos. Todo el mundo se volvió cuando el novio enfiló el pasillo entre las sillas y ocupó su lugar en el centro, donde ya estaba el pastor. Ryan parecía bien entrado en la cuarentena, alto, bronceado, con la barba como salpimentada, sus atractivos rasgos surcados de arrugas. Y entonces apareció Pam, pasillo adelante con su padre, seguida por su madre y sus hermanos. La señora Borden no había cambiado en absoluto: el cabello rubio corto con el mismo peinado práctico, la figura aún esbelta. Volvió la cabeza para ofrecer una sonrisa alentadora a ambos lados. Durante toda su vida los Borden habían presidido reuniones de magnitud similar, asambleas semanales, partidos celebrados en casa y graduaciones, y en cierto modo la situación no era diferente. La única persona desconocida era una niña de unos doce años, de cara larga y hermosa y una expresión sombría, pertrechada con un ramillete de flores. Supuso que era una de las sobrinas de Pam o una prima más joven. Pam llevaba un vestido con cola sin mangas, hecho de un rugoso material marfileño. El efecto no semejava tanto un vestido cuanto una larga sábana en que se hubiera envuelto, una visión desaliñada y al mismo tiempo perfecta. Llevaba despreocupadamente unas fresias amarillas en una mano mientras sonreía y saludaba a la gente con la otra. Aún hoy era la mujer más hermosa que Amit había visto en su vida.

La pareja se colocó de espaldas a los invitados, frente al pastor, las montañas y el sol poniente. Fue una ceremonia breve y sencilla, sin damas de honor ni padrino, tal como había predicho Amit. Alguien se levantó y leyó un poema que él no alcanzó a oír porque no había micrófono. Aun así, visualmente fue espectacular, el cielo acentuándose hacia una combinación de tonos melocotón oscuro y ciruela por sobre las montañas, los exuberantes terrenos del colegio desiertos salvo el lugar donde se celebraba la boda. Observó las hebras del cabello de Pam, aflojadas por el viento que se había levantado, haciendo que las mujeres se echaran chales sobre los hombros, aquel aire frío de la montaña que siempre sustituía al calor del día. Ahora tenía treinta y siete años, la misma edad que él, pero desde atrás parecía una muchacha de diecinueve. Sin embargo, se casaba tarde, mucho más tarde que él.

Mientras contemplaba la ceremonia se sintió agradecido por la tenue conexión que habían mantenido él y Pam, suficiente para que estuviera allí sentado, viendo cómo se casaba, testigo del comienzo de esa etapa de su existencia. Amit no preveía para sí mismo más que una continuación de lo que ya conocía: Megan, su trabajo, la vida en Nueva York, las niñas. Lo más intenso, tener a Maya y Monika, ya había ocurrido; nada alteraría su vida en la misma medida que aquello. No sentía deseos de cambiar nada, y, no obstante, una parte de él anhelaba volver al comienzo de su relación con Megan, aunque sólo fuera por el placer de anticipar y experimentar todas aquellas cosas de nuevo.

Hubo una salva de aplausos cuando Pam y Ryan se besaron, los ojos abiertos de la emoción, y luego la música volvió a sonar y la comitiva nupcial se alejó por el pasillo cubierto de hierba. Amit se levantó, colocándose esta vez a la izquierda de Megan sin que tuvieran que recordárselo, y ocuparon su lugar detrás de los demás en la fila de recepción. Pam echaba la cabeza atrás y reía

de las cosas que decía la gente, se inclinaba para besarlos o les ponía una mano reconfortante en el antebrazo. «¿Dónde están vuestras preciosas niñas?», preguntó con voz sonora en cuanto vio a Amit, alargando el cuello para que la besara primero en una mejilla y luego en la otra. Tenía la piel igual, desconcertantemente suave, pero ahora que estaba frente a ella vio que las patas de gallo de la señora Borden se formaban en torno a sus ojos.

—Las hemos dejado con los padres de Megan. Tenemos un fin de semana de libertad temeraria.

—Quiero estar de juerga hasta las cinco de la madrugada —anunció Megan alegremente—. Quiero estar de celebración toda la noche y ver salir el sol desde el balcón.

Amit miró de soslayo a Megan, perplejo de que no le hubiera comentado nada semejante. Había dado por supuesto que su principal objetivo para el fin de semana era dormir a pierna suelta.

—¿De verdad?

Megan no le respondió. En vez de eso se dirigió a Pam:

—Estás preciosa. Qué vestido tan bonito. —Lo dijo con sinceridad, sin sentirse intimidada por Pam como le ocurría en el pasado. Amit se preguntó si sería porque ahora Pam estaba casada, pertenecía a otro hombre y por tanto ni siquiera un poquito a Amit.

Le estrecharon la mano a Ryan.

—Pam me ha hablado mucho de ti —le dijo Ryan a Amit.

—Felicidades —respondió Amit—. Os deseo lo mejor.

—Veremos si consigo convertirla en una chica californiana.

—Los niños de Ryan andan por aquí, en alguna parte —dijo Pam—. Ésa era Claire, la que llevaba las flores. —Se corrigió, al tiempo que besaba a Ryan en la mejilla—: Perdona, cariño. Nuestros niños. —Le lanzó una mirada a Amit, como diciendo: «¿No es increíble que sea madrastra?»

Así que eran segundas nupcias para Ryan, con los hijos de otra mujer implicados. La niña de cara alargada de la comitiva nupcial era ahora la hija adoptiva de Pam. No era lo que Amit hubiera predicho para Pam, semejantes complicaciones; Pam, que podría haber elegido a cualquier hombre.

—Esperaba ver a vuestras niñas —dijo Pam—. ¿Tenéis alguna foto?

Megan hurgó en el bolso, pero llevaba un bolsito de fiesta bordado con cuentas y había dejado el monedero en el hotel.

—Yo tengo alguna —dijo Amit. Abrió el billetero para mostrar dos fotografías, ambas de Maya y Monika recién nacidas, los ojos pequeños y brillantes, la boca fruncida formando un puntito—. Ahora no tienen este aspecto —precisó.

—Tenéis que llevarlas a Los Ángeles. Tenéis que venir e instalaros con nosotros en la casa de la playa de Ryan. —Soltó una risita—. Nuestra casa de la playa, quiero decir.

—Sería estupendo —comentó Megan. Pero Amit supo que no llegarían a hacerlo, que habían llegado al final del camino, que nunca tendría razón alguna para volver a entrar en el mundo de Pam.

—Mañana hay un desayuno—almuerzo, en el campus anunció Pam—. ¿Nos veremos allí? —Lo dijo a su antigua manera, mirando a Amit como si hubiera algo de extrema urgencia que debía hablar con él: apuntes para un examen inminente, o un análisis de su nuevo flechazo universitario.

—Claro —aseguró.

—Es estupendo que hayas venido, Amit. Me alegro mucho de verte —dijo Pam.

Por un momento, él sintió un destello de su antiguo vínculo, su extraña amistad. Siempre había sentido devoción por ella, más incluso, reconoció Pam en cierta ocasión, que sus propios hermanos, y tuvo la sensación de que ella volvía a agradecersele, ahora con la mirada.

—¿Cómo nos lo íbamos a perder? —repuso él.

La fila los empujó hacia el gentío de la fiesta. Megan dijo que tenía que ir al cuarto de baño.

—¿Sabes dónde hay uno?

Amit miró alrededor. Enfrente del jardín donde la gente tomaba canapés estaba el edificio de secretaría, una enorme mansión victoriana rodeada de porches. Las puertas de hoja doble de la parte de atrás estaban abiertas y los camareros entraban y salían a la carrera con bandejas. Recordó cuando había ido allí con sus padres, y la entrevista con aquel desagradable señor Plotkin. Este le preguntó por qué quería ir a Langford, y como sus progenitores estaban a su lado, Amit respondió, con sinceridad, que sus padres se iban a la India y no querían que él estudiara en aquel país. «Me temo que esa respuesta no es propia de un muchacho de Langford, señor Sarkar», replicó Plotkin desde el otro lado de la mesa donde estaban las cartillas de calificaciones y las recomendaciones de Amit. Y luego entrelazó las manos y esperó a que el muchacho le ofreciera una respuesta más adecuada.

—Probablemente haya unos servicios allí —le dijo ahora a Megan. Y caminó con ella, fielmente ubicado a su izquierda, pero una vez dentro del edificio descubrieron una larga cola para entrar en el servicio de señoras.

—¿Qué hacemos? —susurró Megan.

—Bueno, no puedo esperar en esa fila contigo. Sólo hay mujeres. Seguro que nadie se fija en la falda.

—¿Tú crees? —Jugueteó con el bolso y lo colocó de manera que quedara sobre el tejido quemado. Encima de la falda llevaba una blusa blanca de botones, abierta para dejar a la vista parte de una camisola rosa. Llevaba el cuello al descubierto. Nunca se ponía las alhajas que, con el tiempo, le había regalado la madre de Amit, excesivamente recargadas para su gusto.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo él. Lo decía de corazón, pero aún no se lo había comentado—. Voy por un par de copas. ¿Otra limonada?

—Vale.

Conseguir las copas le llevó más de lo que esperaba. En la fila del bar estaban algunos de sus antiguos profesores, la mayoría de mediana edad más que avanzada, algunos con aspecto de estar al borde de la jubilación. Estaba la señora Randall, su profesora de física, a la que saludó con la mano, y el señor Plotkin, cuya mirada evitó. Entonces vio al señor Nagle, uno de sus profesores de literatura inglesa, que también había sido asesor del periódico del instituto, *La leyenda de Langford*, del que Amit fue colaborador y más tarde editor. Nagle había sido uno de los profesores más jóvenes, recién licenciado en la universidad cuando Amit era alumno, y aún conservaba un aspecto alentadoramente juvenil, con el pelo moreno y el lánguido mostacho, que recordaron a Amit una versión más baja y delgada de Ringo Starr. Era oriundo de Winchester, donde cursó secundaria, y Amit siempre se había sentido vinculado a él por ese motivo.

—A ver si lo adivino: escribes para el *New York Times* aventuró Nagle.

—En realidad, trabajo en una revista médica.

—¿De veras? No me pareció que te interesara la ciencia.

No le había interesado, cierto. Y había querido ser periodista, también cierto. Le encantaba trabajar en aquel semanal de ocho páginas, le encantaba ir con el señor Nagle y el resto del equipo editorial a las oficinas del periódico del pueblo una vez a la semana para hacer la composición.

Recordaba hacer consultas en la biblioteca, idear artículos, entrevistar a los profesores y a los famosos que a veces asistían a Langford para hablar en las reuniones de alumnos. Interesarse de manera activa al modo de un periodista en la vida del centro educativo le había ayudado a sobrellevar el hecho de que detestaba estar allí. Pero era consciente de que no podía plantearse el periodismo como carrera, que sus padres nunca le permitirían algo así. Era la batalla que nunca había tenido la valentía de librar: las expectativas de sus padres de que iría a la Facultad de Medicina, su convencimiento de que llegaría a ser médico igual que su padre.

Tenía aptitudes para la ciencia, así que siguió adelante, se especializó en biología en Columbia y luego ingresó en la Facultad de Medicina. Aguantó dos años, sobre todo porque conoció a Megan y se enamoró de ella. Pero, cuanto más la conocía, más claro empezó a resultarle que él carecía de su dedicación, su empuje. Una noche, mientras estaba estudiando para un examen de farmacia, salió a tomar un café. Caminó unas manzanas para estirar las piernas, y luego unas cuantas más. Siguió caminando por Broadway, un centenar de manzanas a través de Washington Heights hasta Lincoln Center, y luego siguió hasta Chinatown donde, al rayar el alba, próximo al delirio, se detuvo al fin. Descargaban camiones de pescado y verduras, la vida volvía a echarse cautelosamente a la calle. Entró en una panadería, tomó un té y pan de coco, vio un grupo de mujeres chinas sentadas en torno a una mesa al fondo, clasificando una montaña de espinacas. Tomó el tren de regreso hacia las afueras y durmió durante el examen. Empezó a saltarse una clase, luego otra. Transcurrió una semana y, a pesar de su pasividad absoluta, tuvo la sensación de que estaba alcanzando el mayor logro de su vida. Dejó la carrera, sin decírselo a sus padres hasta que terminó el semestre. Esperaba que Megan rompiera con él, pero ella respetó su decisión y siguió a su lado. Casi a modo de broma, tras abandonar la carrera de Medicina, solicitó entrar en la Facultad de Periodismo en Columbia pero no lo admitieron. Megan le instó a que escribiera de todas maneras, que se preparara un dossier. Pero el trabajo en la revista de medicina era más fácil, más predecible. No le exigía tanto esfuerzo, y Amit ya no se imaginaba haciendo nada más.

—Te tenía por periodista —dijo el señor Nagle—. Ganamos aquel premio tan estupendo el año que te graduaste. Nunca volvimos a obtenerlo. La placa aún está en la biblioteca.

Se unió a ellos una tercera persona, un hombre que le fue presentado a Amit como el director recién nombrado de asuntos de antiguos alumnos. Se interesó de inmediato por Amit, le preguntó si tenía previsto asistir a la siguiente reunión de alumnos y le habló de los planes para el nuevo gimnasio de Langford.

—Disculpe —dijo Amit cuando hubo una pausa en la conversación—. Tengo que buscar a mi mujer.

Cayó en la cuenta de que mientras hablaba con Nagle se había terminado la copa y ahora sólo tenía la de Megan. Volvió a ponerse a la cola y pidió otra limonada con alcohol. Empezó a zigzaguear entre los invitados, camino del edificio de secretaría, en su busca. Pero no estaba allí, y supuso que probablemente había salido a su encuentro. Estaba oscureciendo, y la única zona iluminada era la carpa donde se sentarían todos a cenar. Cuando encontró a Megan, ésta seguía hablando con Ted Schultz, la mano izquierda aún colocada estratégicamente sobre la falda. Ver a Ted lo hizo sentir otra vez como un bobo por haberse equivocado con su nombre.

—Te he traído esto —dijo, y le ofreció a Megan la limonada.

—Ah. —Miró la copa y negó con la cabeza. Tenía una copa de champán en la otra mano—. La he cogido de una bandeja.

—Le estaba contando a Megan cómo eran las cosas por aquí cuando estudiábamos —dijo Ted—. Antes de que construyeran estos edificios nuevos tan feos. ¿Dónde vivías tú?

—En Ingalls el primer año. Y luego en Harkness. —No estaba seguro de los nombres, como si éstos también pudieran ser erróneos.

—¿Sabes qué? —dijo Megan—. Nuestro móvil no funciona aquí. He intentado llamar a las niñas pero no hay cobertura.

—Seguro que hay una cabina en alguna parte —respondió Amit—. Las llamaré antes de que se acuesten.

Estaba cansado de estar de pie y tenía ganas de que se le presentara la oportunidad de sentarse y llenarse el estómago con algo sólido. Unas personas de edad avanzada ya estaban bajo la carpa, junto con alguna que otra madre que atendía a sus hijos, y se preguntó si estaría fuera de lugar que él tomase asiento también. Esperó a que se produjera una pausa en la conversación entre Ted y Megan para sugerir que fueran a la mesa, pero entonces notó unos golpecitos en la espalda y se volvió. Eran los padres de Pam. Procedió a ponerse al día con ellos, felicitarlos, sacar otra vez el billetero y enseñarles las fotos de las niñas.

«Son igualitas a su madre», comentó la señora Borden con su franqueza habitual.

Cuando se volvió de nuevo hacia Megan vio que tenía la copa de champán vacía. Se había acercado más a Ted y su mano jugueteaba con el pendiente de diamantes, una costumbre suya cuando estaba nerviosa. ¿Cabía la posibilidad de que Megan estuviera flirteando con Ted? En vez de celoso, Amit se sintió curiosamente liberado, aliviado de su responsabilidad de lograr que Megan lo pasara bien. Notaba un martilleo en la cabeza. Necesitaba tomar un vaso de agua, necesitaba diluir el alcohol que se le había subido demasiado aprisa a la cabeza.

La velada apenas había empezado aún, pero era como si llevara horas bebiendo. Entonces se fijó en que la mano con que Megan se toqueteaba el pendiente era la que antes tapaba la falda. Ahora que ella se había tomado unas copas ya no le importaba, y Amit se dio cuenta de que había quedado eximido de su deber de permanecer a su lado.

En la cena se sentaron a una mesa con otras tres parejas. Dos de ellas eran amigos de Ryan de California, y tras hacer las presentaciones se pusieron a hablar entre sí. Las mujeres tenían cincuenta y tantos años, las dos con chaquetas de seda y voluminosas joyas de plata; Amit sospechó que tenían algo que ver con la televisión. Los hombres eran morenos y locuaces y parecían viejos amigos. La otra pareja estaba prometida. La mujer, Felicia, era amiga de Pam, y su prometido se llamaba Jared, un arquitecto de pelo ralo y muy rubio, que parecía sonreír a todos y a todo, hasta que Amit se dio cuenta de que era la expresión fija de su rostro, su fina boca permanentemente combada por las comisuras. El encargo actual de Jared era un nuevo pabellón en un hospital, y él y Megan trabaron conversación de inmediato, Megan comentándole todas las cosas que era necesario mejorar, a su modo de ver, en lo referente al diseño de hospitales.

Mientras les llenaban las copas de vino y agua y les servían una tarrina de salmón, Felicia habló con Amit sobre sus planes de boda. Era una mujer menuda, su figura infantil encerrada en un vestido beige sin mangas y cuello alto. Sus rasgos, si bien agradables, parecían muy pequeños para su rostro, como si aún tuvieran que llenarlo como era debido. Hablaba con un deje cansado, cada palabra sopesada. Estaban en el proceso de decidir local, dijo, y no estaban seguros sobre el número de invitados.

—Esta boda es inmensa —comentó—. ¿Cuánta gente dirías que hay?

El miró las mesas en torno, contó ocho personas en cada una.

—Unas doscientas, me parece. —Se bebió el vaso de agua y miró a Megan, su rostro animado sin indicios de incomodidad.

—¿Dónde os casasteis vosotros? —preguntó Felicia.

—Nos fugamos hace ocho años. En el ayuntamiento. —Les pareció lo más adecuado a la sazón, en vez de pedir a los padres de él que se desplazaran desde Lausana y a los de Megan que corrieran con tantos gastos, y de dilucidar cómo dejar contento a todo el mundo. Él tenía veintinueve años, Megan treinta y cuatro. Había sido estimulante, la alegría de casarse en combinación con el hecho de que todo se llevaría a cabo en secreto, sin planificación, sin la implicación de nadie más. Sus padres ni siquiera la habían conocido. Él era consciente de lo insultante que resultaba para ellos. A pesar de su actitud liberal occidental, querían que se casara con una chica bengalí, criada y educada igual que él.

—¿Lo lamentas? —se interesó Felicia.

—Creo que nuestras hijas sí. —Pues ahora estaban en esa edad en que esperaban cuentos sobre una tarta de boda, fotografías de su madre vestida de blanco.

Felicia le preguntó qué edad tenían las niñas, y una vez más, torpemente, él sacó las fotos del billetero.

—Megan tiene fotos mejores. Más recientes, quiero decir. Pero están en el hotel.

—¿Tuvisteis que intentarlo durante mucho tiempo?

Le pareció una pregunta atrevida, en labios de una desconocida, pero respondió con sinceridad, sus pensamientos aún desatados debido a la limonada con alcohol.

—Lo creas o no, con Maya ocurrió a la primera —dijo. Recordó qué orgulloso se había sentido, qué poderoso. La primera vez que mantenía relaciones sexuales sin anticonceptivos, había comenzado una vida.

—¿Vais a ir por el tercero?

—Es difícil asegurarlo. —Recordó cuando sus hijas aún eran bebés, cuando las habitaciones estaban llenas de balancines y cacerolas de juguete y al final de cada jornada había que fregar en la ducha la bandeja pegajosa de la trona. Ahora sus hijas, ya sin pañales, se habían vuelto misteriosas, se retiraban a su habitación a leer o jugar, hablaban en idiomas secretos, en la mesa prorrumpían en carcajadas sin razón aparente. Él se había mostrado más impaciente que Megan por tener familia. El mundo de la paternidad era algo exótico que lo colmaba como no llegaba a hacerlo su trabajo. Fue Amit quien insistió en buscar el segundo. Megan estaba satisfecha con una y le dijo que ella había pagado el precio de ser hija de una familia numerosa. Pero Amit no quería que Maya fuera hija única, que llevara la existencia solitaria que recordaba. Megan cedió y volvió a quedarse embarazada aunque ya casi tenía cuarenta años, pero desde el nacimiento de Monika llevaba un DIU.

Una cuchara tintineó contra una copa y todos dirigieron su atención hacia la parte delantera de la carpa, para la primera ronda de brindis. Escucharon a los amigos de Pam del colegio privado y luego de la universidad, con algunos de los cuales Amit recordaba vagamente haber estado bebiendo en el Marlin. Después tocó el turno a miembros de ambas familias y compañeros de trabajo de Pam y Ryan. A Amit lo distrajo una araña gris pálido que ascendió por el costado del mantel y luego hasta el espacio entre el puño de la camisa de Jared y su americana. Se sintió tentado de decir algo, pero Jared no se había dado cuenta, sino que seguía como si nada, la misma tenue sonrisa fija en el rostro, previendo sin duda el día en que la gente se levantaría y brindaría con ocasión de su propia boda.

Sirvieron el plato principal, filete de costilla con espárragos y patatas.

—¿Cómo fue, pasar de una a dos niñas? —inquirió Felicia, reanudando la conversación donde la habían interrumpido—. Una amiga mía me dijo que ese uno más uno equivale a tres. ¿Es verdad? —Cortó el filete con el cuchillo, haciendo que la sangre de la carne se filtrara en las patatas.

Él lo pensó un momento.

—En realidad, fue tras la segunda cuando se podría decir que nuestro matrimonio... —hizo una pausa, en busca de la palabra adecuada— desapareció. —Era una palabra curiosa, pero se había perdido algo, algo se les había escapado entre los dedos, y era la única manera que tenía de expresarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Felicia. Dejó el tenedor y entrecerró los ojillos, su voz repentinamente fría.

Él desvió la mirada hacia Megan, que seguía con el mismo aspecto radiante que llevaba mostrando toda la velada, hablando aún con Jared. En el hotel habían prometido no separarse el uno del otro, pero ahora estaba a kilómetros de él. Sintió el mismo resentimiento que a veces lo atenazaba después de haber limpiado la cocina y bañado a Maya y Monika y haberlas acostado, cuando veía la televisión solo, consciente de que había atendido a sus hijas otro día, de que Megan no había formado parte de ello. Vivía en el apartamento, dormía en la misma cama que él, su corazón no pertenecía a nadie salvo él y las niñas, y sin embargo había veces en que Amit se sentía tan solo como en Langford al principio. Y había ocasiones en que sencillamente por eso detestaba a Megan. De haber estado sobrio habría reprimido semejante pensamiento, diciéndose que si trabajaba tanto era por su bien y el de las niñas. Se habría recordado que al cabo de un año o así sus vidas cambiarían, que Megan confiaba en encontrar trabajo en una clínica privada, de manera que de nuevo pudieran ir todos juntos de vacaciones y celebrar cenas con sus amigos. Pero esa noche nada censuraba su irritación, y se sintió justificado precisamente por su capacidad para reconocer lo que era cierto.

—Desapareció —repitió, esta vez con mayor convicción—. Supongo que le pasa a todo el mundo, tarde o temprano.

Pero a Felicia se le había endurecido el gesto.

—¡Qué comentario tan horrible! —dijo, sin disimular su indignación—. En una boda, precisamente.

Sin embargo, él se sentía justificado. ¿Acaso desde el nacimiento de Monika buena parte de su energía y la de Megan no estaba dedicada a hacer cosas juntos sino a concebir el modo de que cada uno dispusiera de un poco de tiempo para sí, ella llevándose a las niñas para que él pudiera ir a correr al parque en sus días libres, o viceversa, de manera que ella pudiera ir a hojear libros en una librería o hacerse la manicura ¿Y no era terrible lo mucho que ansiaba él esos momentos, tanto que a veces incluso un trayecto en metro a solas era lo mejor del día? ¿No era terrible que después de todo el trabajo que invertía uno en buscar a una persona con quien pasar la vida, tras tener familia con esa persona, a pesar incluso de echar de menos a esa persona, como Amit echaba de menos a Megan una noche tras otra, esa soledad era lo que más ansiaba uno, lo único que, aunque en dosis fugaces y reducidas, le permitía mantener la cordura?

Se planteó explicárselo a Felicia, pero comprobó que ya no quería hablar con él. Aunque había estado muy interesada en sus palabras, ahora prestaba atención a una de las mujeres con joyas de plata. Consultó el reloj y vio que casi eran las ocho y media. Las niñas estarían en camisón, leyendo cuentos antes de acostarse. No se había terminado la comida, de hecho había comido muy poco, pero le retiraron el plato y se lo cambiaron por un pastel de fresas. Levantó la mirada y vio que la mayor parte de las mesas estaban vacías. Había empezado el baile, las parejas evolucionaban bajo una carpa anexa, rodeadas por las montañas y la oscura noche. La orquesta interpretaba un tema de Gershwin. Jared se llevó a Felicia, y aunque Amit sabía que no tendría que verla nunca más, se quitó un peso de encima al ver alejarse la deprimente prueba de su conversación. Jared se inclinó para oír algo que le susurraba Felicia y Amit se preguntó si estaría contándole lo que él le había dicho. Qué inapropiado, pensarían, hablarle así a una persona prometida. Y se ju-

rarían el uno al otro que algo semejante no ocurriría en su matrimonio, que ni siquiera después de una docena de niños se sentirían así.

Vio que Ted se acercaba y le preguntaba a Megan si le importaba que se sentase en la silla vacía que había a su lado.

—Vaya banquete. No comí ni la mitad de bien en mi propia boda —dijo.

—Más vale que llame a las niñas —recordó Megan—. Les prometimos llamarlas.

—Ya voy yo —se ofreció Amit—. Tú quédate, Meg. Pásatelo bien.

—No me fugaré con ella —dijo Ted con un guiño—. Lo prometo.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Megan a Amit. Su mirada le dijo, sin necesidad de palabras, que ella sabía que había bebido más de la cuenta, que había seguido prestándole atención mientras hablaba con otros hombres toda la velada.

—Estoy bien. Voy en busca de una cabina y regreso ahora mismo. Me vendrá bien dar un paseo.

—Pero luego bailamos toda la noche y vemos salir el sol, ¿de acuerdo? —Le sonrió, y él notó de repente su amor por él, aquella creencia inquebrantable en él y en su matrimonio que nunca había puesto en duda, nunca había denigrado, tal como había hecho él esa noche.

—De acuerdo. —Se acercó a ella, se inclinó y la besó en la mejilla.

Luego se fue al edificio de secretaría donde estaban los servicios. Habían abierto dos grandes salas para que jugaran los niños. Unos corrían de aquí para allá, otros lloraban, otros estaban tendidos, dormidos en los sillones y sofás de cuero. Se paseó en busca de un teléfono. Sólo había de esos limitados a llamadas dentro del campus, o teléfonos privados en las mesas. Los vio por las puertas de cristal de los despachos, pero cuando intentó abrirlas todas estaban cerradas con llave.

Salió para ver si fuera había una cabina, en vano. Sin embargo, tenía que llamar a las niñas, quería oír sus voces, era la única idea que tenía en la cabeza. Empezó a caminar a campo través en la oscuridad, en dirección al hotel, olvidándose de que el coche estaba aparcado en la escuela. En vez de eso cruzó a trompicones el campo, en silencio salvo por el tenue eco de la música y el sonido de su propia respiración. Se detuvo y levantó la vista al cielo y las estrellas, las constelaciones, tan punzantes a las afueras de la ciudad. Pensó en Megan, pensó que tal vez debería volver y decirle que regresaba al hotel, pero siguió caminando a ciegas, incapaz de ver sus propios pies.

No había luces salvo por las estrellas y no estaba seguro de en qué dirección se encontraba el hotel. Entonces volvió a detenerse y escuchó la serenata de las ranas en torno al lago, como el rasgueo repetido y azaroso de los violines de una orquesta, afinándose interminablemente antes de un concierto. Era un sonido que había olvidado, un sonido que lo había obsesionado y mantenido despierto sus primeras noches en la residencia de Langford, a finales de otro agosto, cuando sólo tenía quince años. Todos los estudiantes recién llegados lo oían mientras dormían en sus nuevos alojamientos, en sus camas desconocidas, echando de menos a sus padres, sus hogares. En su primera reunión con los profesores les explicaban que las ranas llamaban a sus compañeras, defendían su territorio a orillas del agua antes de enterrarse en el barro para pasar el invierno. El ensordecedor rasgueo lo hizo pensar, igual que en aquel entonces, en todo lo que se acumulaba más allá de donde alcanzaba a ver, todo lo que quedaba fuera de su alcance.

Al fin divisó el hotel. No le había llevado apenas tiempo; Megan ni siquiera se daría cuenta de que se había marchado. Subió a la habitación y se sentó en la cama que estaba vacía, delante de la que habían usado para la ropa descartada y el equipaje, y descolgó el auricular. Paseó la mira-

da por la habitación, y lo que antes le había decepcionado ahora le resultó acogedor. Marcó el prefijo de sus suegros, pero no recordaba el resto del número.

Permaneció allí sentado un buen rato, el teléfono en el regazo, intentando recordar los dígitos, pero no se los sabía de memoria, siempre era Megan la que llamaba. Estudió la pirámide de cartulina desde todos los ángulos, como si pudiera contener la respuesta. Pero no, eran canales de televisión. Tendría que regresar a la fiesta, preguntárselo a Megan y luego volver al hotel. Eso haría. Se levantó y caminó hacia la puerta. Entonces recordó que podía llamar a información. Regresó al teléfono, y estaba a punto de pulsar los dígitos, pero tenía la cabeza a punto de estallar y todo empezó a darle vueltas, la pirámide de cartulina ya no estaba donde un segundo antes, y la necesidad de tenderse lo abrumó, tirando de él hasta los almohadones de la cama.

Despertó vestido de traje, con los lustrosos zapatos negros puestos. La luz de la habitación estaba encendida, la cortina del balcón echada. Lo primero que pensó fue que aún era de noche y que debía regresar a la boda, pero luego miró el reloj digital de la mesilla y vio que eran las once de la mañana.

—¿Megan? —llamó. Apenas pudo formar la palabra. Tenía la voz cascada, y cayó en la cuenta de que llevaba un buen rato muerto de sed en sueños. Se incorporó un poco y cobró conciencia de la atroz franja de presión en torno a la cabeza. Al mirar la otra cama vio que no habían dormido en ella, que no habían apartado la maleta abierta ni la ropa.

Se incorporó por completo y luego se levantó.

—¿Megan? —volvió a llamar.

Se quitó la chaqueta, fue al cuarto de baño y bebió agua del lavabo. No pudo soportar encender la luz. La noche empezó a volverle a la cabeza a retazos. Recordaba haber estado sentado encima de la tapa del retrete, apenas unos minutos, le parecía, inspeccionando la falda de Megan. Luego recordó haber visto cómo se casaba Pam Borden y haber aguantado en una larga fila para que le sirvieran una copa, y una conversación en la cena con una mujer que estaba prometida. Recordó haber dejado a Megan en la mesa con otro hombre. De pronto encendió la luz de un ma- notazo y vio que las gafas de su mujer no estaban junto al lavabo, donde normalmente las dejaba durante la noche, que no había regresado al hotel.

Se acercó a la cama en que había dormido, en busca de algún indicio de ella en el otro lado, pero no habían retirado el edredón; sólo se veían las arrugas donde había yacido él. Volvió a cruzar la habitación. Abrió el armario de un tirón, pero sólo contenía perchas vacías colgando de la barra. Decidió ir a recepción y preguntar si había regresado Megan. Notó que hacía frío y se puso otra vez la chaqueta. Entonces reparó en que la puerta del balcón estaba entreabierta.

Estaba sentada en una silla, con vaqueros y un suéter de lana que había tenido la previsión de traer, pensando que tal vez haría frío en las montañas. Los pendientes de diamante que él le había regalado tras nacer Maya relucían en sus orejas. Tomaba café a sorbos de un vaso de plástico y miraba fijamente el pino que bloqueaba la vista.

—Bueno, he conseguido ver salir el sol, tal como dije —comentó—. Sólo que hoy la salida del sol no era visible.

Amit observó el cielo. Aunque colmado de luz diurna, estaba uniformemente gris. El aire era frío y la lluvia parecía inminente.

Miró la silla vacía junto a Megan, consciente de que no era bienvenido. No se había vuelto para mirarlo, no había levantado la vista, y él estaba levemente retrasado con respecto a ella, tembloroso, con los brazos cruzados.

—¿Cuándo has vuelto? —le preguntó.

—Pues debían de ser las tres más o menos cuando terminó la fiesta. Los pies me están matando. Hacía años que no bailaba así.

Sus palabras le hicieron pensar que quizá sus recuerdos habían sido parte de un sueño horrible.

—¿Bailamos anoche en la boda?

—Sólo estuve muerta de preocupación una hora o así. Te buscamos por todas partes. Pedí a unos desconocidos que miraran por debajo de los cubículos del servicio de caballeros. Incluso me planteé llamar a la policía, pero entonces algo me dijo que habías regresado aquí, y cuando llamé al hotel fue exactamente lo que me dijeron. —Hablaban con calma, como si se dirigiera al árbol de delante de ella, y sin embargo, él notó su furia en todas y cada una de las palabras.

—No encontraba una cabina.

Ella se volvió hacia él, arrastrando la silla sin levantarse, los ojos anegados en lágrimas.

—Yo tampoco. Pero se lo pedí al padre de Pam y abrió un despacho.

Amit se miró los pies, las puntas embarradas de los zapatos ingleses de cordones.

—Dejé el coche allí arriba. ¿Lo trajiste?

—¿Cómo iba a traerlo, si tenías tú las llaves?

—Entonces ¿cómo volviste? —Se acordó de Ted y tuvo la sensación de que iba a vomitar, al imaginarlo acompañando a su mujer hasta el hotel en plena noche.

—Bueno, me trajo esa pareja tan simpática de nuestra mesa. Jared y Felicia.

Amit sabía que se había conducido virtuosamente, que estaba diciéndole la verdad. Al mismo tiempo, otra vez a punto de vomitar, se preguntó si Felicia le habría contado a Megan lo que él le había dicho.

—¿Qué tal las niñas?

—Están bien, se lo están pasando en grande. Les dije a mis padres que llegaríamos a media tarde.

—Pero vamos a quedarnos hasta mañana... Eso teníamos planeado.

—Es un poco absurdo, ¿no te parece, con el tiempo que hace? El conserje ha dicho que va a empeorar.

Diez años atrás hubiera dado igual. Se habrían reído de la lluvia, habrían ido a dar un paseo de todas maneras, luego se habrían metido en la habitación y hecho el amor.

—Lo siento, Meg. Las copas se me subieron directamente a la cabeza. No recuerdo haber tomado tantas. No tenía intención de abandonarte.

Ella no aceptó su disculpa, sino que dijo:

—Ya he desayunado. Puedo ir por el coche antes de que empiece a llover, mientras tú haces el equipaje. El restaurante del hotel no está mal. Probablemente deberías comer algo. Estoy cansada, y quiero que estés en condiciones de conducir.

«Siempre estás cansada —sintió deseos de contestarle—. La única vez que no has estado cansada en años fue anoche.» Pero no estaba en posición de lanzarle acusaciones.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Hay un *brunch* —recordó él, y de pronto se sintió esperanzado: aún quedaba un poco de boda, podía hacer acto de presencia, compensar lo que se había perdido—. Puedo comer allí. Me gustaría despedirme de Pam y Ryan —dijo—. Vamos juntos. Por favor.

Ella abrió la boca para replicar pero se contuvo. Amit tenía la cabeza a punto de estallar y la voz quebrada, y a juzgar por la triste mirada de Megan, sabía que su aspecto era patético, que era sólo la compasión lo que le impedía levantar la voz y regañarlo. Al cabo, ella dijo:

—Si eso es lo que quieres...

—¿Vienes conmigo?

—Ya he pasado bastante tiempo sola en esta boda.

Se quedó en el balcón leyendo el periódico local mientras él se quitaba el traje para ponerse ropa de calle. Luego hizo el equipaje de ambos y arrojó todos los folletos turísticos a la basura. Cruzaron la carretera y fueron a campo traviesa hasta Langford. Estaban a medio camino cuando empezó a caer una llovizna muy tenue, que colmaba el aire de un levísimo sonido, pero para cuando llegaron a las afueras del campus tenían el pelo húmedo, los pies empapados y fríos. En un momento dado se detuvieron para contemplar el lago. A pesar de la lluvia, un hombre nadaba en las aguas gris oscuro, bastante adentro.

Dejaron atrás el pequeño cementerio en los terrenos del colegio, por un sendero que los llevó hasta un cartel, fijado con cinta adhesiva a un poste, en el que se leía *BRUNCH*, con una flecha. Tomaron esa dirección, atentos a cualquier otro indicio. Las carpas bajo las que había cenado y bailado la gente seguían en pie, ahora vacías, las mesas plegadas y amontonadas. Las sillas en que se habían sentado para ver la ceremonia seguían dispuestas en el césped, aunque desordenadas. Había un camión aparcado delante del edificio de graduados, donde dos encargados de mantenimiento con peto estaban recogiendo.

—¿Es ahí el *brunch*? —preguntó Amit.

—No sé nada de ningún *brunch* —dijo uno de ellos.

Fueron en dirección a la capilla y el observatorio. Pasaron por delante del aparcamiento, donde quedaban algunos coches, incluido el suyo. Llegaron a las verjas de entrada y luego regresaron.

—No veo ningún otro cartel —dijo Megan—. ¿Te dijeron en qué edificio era?

Amit negó con la cabeza y siguieron adelante. Unidos en la búsqueda, él se preguntó si el enfado de Megan estaría disipándose. Sin embargo, no caminaban uno al lado del otro; ella iba por delante, abriendo camino a pesar de que no sabía hacia dónde. Cuando veían puertas abiertas entraban y deambulaban por pasillos enmoquetados que olían a humedad, hasta cajas de escalera al descubierto, por delante de aulas con pizarras limpias y las mesas de madera a las que siempre se habían sentado los alumnos de Langford. Al cabo de menos de un mes los estudiantes regresarían a esas mesas. Amit estaba liberado de todo aquello, ya no afectaba su vida en ningún aspecto. Pero en vez de sentirse agradecido, tuvo deseos de revivir aquellos tiempos confusos, aquella vida de descubrimientos, de ceñirse a esas mesas redondas y a clases y exámenes. Había cosas que siempre había querido entender más a fondo: la historia rusa, la sucesión de los emperadores romanos, la filosofía griega. Quería leer lo que se le indicara cada tarde, hacer lo que se le dijera. Había grandes escritores que no había leído y no llegaría a leer. Sus hijas iniciarían pronto ese viaje, el mundo se les abriría en su impresionante plenitud. Pero ahora no había tiempo, ni siquiera de leer el periódico entero los domingos.

En el complejo destinado a la música encontraron una sala con toda suerte de asientos y atriles para ensayar. En un rincón había un piano de media cola, y delante dos papeleras llenas de vasos de café y cajas aplastadas de una pastelería. Sobre una larga mesa plegable había una cafetera de filtro y una pila de vasos sin usar.

—Ya lo hemos encontrado —dijo Amit, con aire triunfal. Y entonces, justo en ese instante, le sobrevino la frustración. Encima de la mesa había una caja de pastelitos recubiertos de chocolate. La visión hizo que le resonaran las tripas de hambre, y cogió uno para engullirlo con frenesí.

—Me parece que nos hemos perdido el desayuno—almuerzo —comentó Megan. Y añadió—: Tienes glaseado de chocolate en torno a la boca.

A falta de servilleta o las toallitas que siempre llevaba con sigo cuando estaba con las niñas, se pasó el dorso de la mano por los labios. Las campanas de la capilla repicaron como si fuera para ellos dos solos. Pensó en Pam y Ryan camino del aeropuerto, de su luna de miel en Escocia. Pensó en los demás invitados de regreso a sus hogares con una grata resaca, y en los Borden relajándose en su casa, comentando la velada, felicitándose por un trabajo bien hecho.

Se dirigieron hacia el aparcamiento para recoger el coche. Había arreciado la lluvia y las gotas resonaban en el follaje de los árboles. Si la boda se hubiera celebrado ese día en vez del anterior, pensó Amit, todo habría sido distinto; se habrían reunido en la capilla y todos habrían comentado que era una pena. La lluvia caía con fuerza creciente y ambos apretaron el paso, medio trotando uno al lado del otro, Megan con una mano encima de la cabeza. Se acercaron a Standish Hall, la residencia en que podrían haberse alojado. La puerta principal estaba abierta, sostenida por una piedra.

—Vamos a esperar unos minutos a que escampe —dijo Amit casi sin resuello—. Tengo que ir al lavabo.

En la entrada, en un tablón de anuncios, había una lista de las habitaciones asignadas a los invitados a la boda. Dejó a Megan allí leyendo los nombres de la lista. A lo largo del pasillo las puertas estaban abiertas, las camas sin ropa, las sábanas dobladas encima. En los baños, los cubículos de las duchas, separados por losas de mármol gris, aún tenían gotas de agua de haber sido utilizados por la mañana. Cuando regresó, Megan ya no estaba en la entrada. Echó a andar por el resto del largo del pasillo y la encontró en una habitación, encaramada al borde de una mesa. Miraba una fotocopia que alguien había pisado, dejando la huella polvorienta de una suela de zapato.

—El *brunch* acababa a las once —dijo.

La disposición del cuarto le resultaba familiar, pero desde su estancia allí habían cambiado algunas cosas. Había una nueva alarma antiincendios y mobiliario de madera. El colchón ni parecía más firme, sin el terliz blanquinegro que recordaba. Una moqueta color canela cubría el suelo. La mosquitera medio bajada en la ventana era nueva, con un arito al final del cordel. El efecto era más aséptico, con menos encanto, en buena medida como el Chadwick Inn. Abrió el armario, apenas lo bastante profundo para un colgador.

—Deberíamos habernos alojado aquí, ¿sabes? —dijo Megan—. Nos habríamos ahorrado doscientos dólares y yo no me hubiera pasado la mitad de la noche creyendo que te habías desvanecido como por ensalmo.

Amit cerró la puerta del armario y luego la de la habitación. No se podía echar la llave desde dentro.

—Es culpa mía, por intentar que nos permitiésemos una escapada romántica.

—Pero esto es mucho más romántico —repuso ella en tono objetivo, aunque él detectó una nota de pesar.

Se volvió hacia ella y vio su gesto de preocupación, el ceño levemente fruncido. Se había quitado las gafas y subido el suéter de lana para limpiar las delicadas lentes con la camiseta que llevaba debajo. Tenía el pelo recogido hacia atrás, lustroso contra el cráneo, las mejillas sonrojadas de correr. Sostuvo las gafas delante de la cara para inspeccionarlas antes de volver a ponérselas.

—¿Fue en una habitación así donde te acostaste con una chica por primera vez? —Era algo que, después de tantos años, seguía sin saber sobre él. Pese a su enfado, el pasado de Amit seguía obsesionándola, aunque sólo fuera porque no había formado parte de él.

—No me acosté con nadie en Langford. Además, por aquel entonces era una escuela de chicos.

—Me niego a creer que no hubiese maneras de traer chicas.

—Las había, pero no traje ninguna. Te he dicho un millón de veces que fui muy desgraciado aquí.

—¿Qué me dices de Pam? —preguntó Megan, que se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia la cama—. ¿Te acostaste alguna vez con ella?

—No.

Dio un paso hacia él, mirando la camisa que se le ceñía fría al cuerpo, luego directamente a los ojos.

—Entonces ¿qué? Algo pasó entre vosotros dos, salta a la vista.

—No fue nada, Meg. Éramos amigos y durante una temporada estuve encaprichado de ella. Pero no ocurrió nada. ¿Tan terrible es?

La información se precipitó entre ambos, valiosa por los años que se la había ocultado, insignificante ahora que se la había dado. Por la ventana vio a los trabajadores bajo la lluvia, plegando las sillas y apilándolas en una carretilla. Se acercó y bajó la mosquitera por completo, con lo que oscureció la habitación. Luego se volvió hacia Megan. Se arrodilló en el suelo y le rodeó las piernas con los brazos al tiempo que apoyaba la cara contra sus vaqueros. Ella no se apartó tal como había temido, no se zafó de su torpe abrazo. Entonces notó su mano en la nuca, sus largos dedos entre el cabello canoso, y al instante experimentó una intensa erección. Empezó a besarle las piernas, tirando de las presillas del pantalón para que se pusiera a su altura y se arrodillara también en la moqueta. Deslizó una mano hacia la gruesa costura de los vaqueros en la entrepierna, sabiendo exactamente cómo era tocarla allí, la combinación de piel, hueso y vello. La miró y vio que, aunque tenía la cara vuelta, había relajado el cuerpo, adaptándose para acomodar su mano.

—No podemos hacerlo aquí —susurró Megan, y sin embargo echó la cabeza atrás para dejar que le quitara el suéter.

—¿Por qué no? —Ahora estaba besándole el cuello, y luego la boca, fuertes besos con la boca abierta que ella le devolvía. Amit le cogió la mano y se la llevó debajo de su propio cinturón.

Ella lo miró entonces, con leve ternura, y negó con la cabeza.

—Es una residencia, Amit. Aquí viven chicos.

Pero él siguió adelante, le guió la mano hasta la hebilla del cinturón mientras le retiraba la ropa con decisión, el suéter, la suave camiseta debajo. Se le soltó el pelo. Él le bajó los vaqueros, dejando al descubierto los muslos fríos y enrojecidos, como quemados por el sol. Se quitaron los zapatos y los calcetines, dejando caer sobre la moqueta un revoloteo de briznas de hierba húmeda, y luego se tumbaron en el colchón. No recordaba la última vez que habían hecho algo así fuera de su apartamento, fuera de su dormitorio, donde siempre los ponía nerviosos que pudieran irrumpir las niñas. Ahora estaban nerviosos, pero también excitados, conscientes de que podían sorprenderlos. La penetró y notó sus manos en la espalda, caldeándolo, sus tobillos en torno a los muslos y la sensación de su lengua en la oreja. Ella se ofreció a volverse, sabedora de que era la manera más rápida, pero él quería que estuvieran de cara. Amit le puso las manos en las caderas, encima de las estrías como vetas incrustadas de madreperla que nunca se desvanecerían, cuya luminosidad sólo era indicio de la decadencia del cuerpo. Puso la boca sobre uno de sus pechos, aplastados y consumidos tras alimentar a dos hijas, y paladeó la leve película de transpiración acumulada. La respiración de ella se tornó audible y luego gritó, lo bastante alto para que cualquiera en las habitaciones contiguas supiera lo que estaba ocurriendo. Pero nadie los descubrió, ningún encargado fue a recoger, ningún invitado a la boda entró por casualidad, ninguna niña irrumpió riendo en la habitación. Él se corrió dentro de ella y se incorporó, consciente de que no podían quedarse mucho rato. Observó las prendas que tenían que volver a ponerse mientras Megan lo miraba a la cara, un brazo extendido delante de sí con la mano apoyada contra el pecho

de su marido, como para evitar, ahora que habían terminado, que él volviera a precipitarse sobre su cuerpo. Pero Amit esperaba que lo hubiera perdonado, y por unos instantes permanecieron así, juntos en la estrecha cama de aquel pequeño cuarto, el corazón de él latiendo rápida, vigorosamente, resonando claramente en la palma de su mano.

Sólo bondad

Fue Sudha quien hizo beber alcohol a Rahul por primera vez. Ocurrió un fin de semana que fue a visitarla a Penn: le dio a beber su primer trago de cerveza de barril y luego, a la mañana siguiente en el comedor, su primer café. Él declaró asquerosas ambas bebidas, se decantó por el licor de frutas en vez de la cerveza y vertió una docena de bolsitas de azúcar en el café. Eso fue en su penúltimo año de secundaria. Cuando ella estaba pasando en casa el verano siguiente, él le pidió que le comprara paquetes de latas de cerveza, con la intención de celebrar una fiesta un fin de semana que sus padres iban a viajar a Connecticut. Había alcanzado el metro ochenta, llevaba corrector dental, empezaba a salirle pelusilla en torno a la boca y de vez en cuando le tachonaba la cara alguna espinilla oscura; era su hermano pequeño sólo nominalmente. Fue a una licorería local y luego ayudó a Rahul a repartir las latas entre su habitación y la de ella para que sus padres no las descubrieran.

Cuando sus padres se durmieron, llevó unas latas a la habitación de Rahul, que bajó a hurtadillas y cogió una taza llena de cubitos de hielo para refrescar la Budweiser templada. Compartieron una taza, luego otra, escuchando a los Stones y los Doors en el tocadiscos de Rahul, fumaron cigarrillos junto a la ventana abierta y exhalaban el humo a través de la rejilla. Fue como si Sudha estuviera otra vez en el instituto, haciendo cosas para las que antes no había tenido suficiente ingenio o agallas. Percibía un nuevo vínculo con su hermano, la sensación, tras años de considerarlo un crío, de que por fin eran amigos.

Sudha había esperado hasta la universidad para desobedecer a sus padres. Hasta entonces se limitó a vivir según sus expectativas, su imagen de alumna aplicada, su vida social limitada a otras chicas recatadas de su clase, aunque sólo fuera para garantizar que algún día se vería liberada. Una vez fuera de su vista, en Filadelfia, estudió con diligencia, especializándose tanto en economía como en matemáticas, pero los fines de semana aprendió a soltarse la melena, acudir a fiestas y dejar que los chicos accedieran a su cama. Empezó a beber, cosa que no hacían sus padres. Eran gazmoños con el alcohol hasta el punto de parecer puritanos y desaprobaban a los hombres de su círculo bengalí que tomaban whisky en sus reuniones. Durante su primer año de universidad hubo noches en que se emborrachaba tanto que vomitaba en las calles del campus y regresaba a la residencia dando tumbos con sus amigas. Pero aprendió dónde estaban sus límites. La idea del exceso, de estar fuera de control, no atraía a Sudha. La competencia, ése era el rasgo que la definía.

Después de que Rahul terminase secundaria sus padres lo celebraron, pues en su opinión ya habían criado con éxito dos hijos en América. Rahul iría a Cornell, y Sudha seguía en Filadelfia, cursando un máster en relaciones internacionales. Sus padres dieron una fiesta a la que invitaron a casi doscientas personas, y le compraron a Rahul un coche, justificándolo como una necesidad con vistas a su vida en Ithaca. Alardearon de la universidad, más impresionados de lo que se habían mostrado con la de Penn. «Ya hemos cumplido con nuestra obligación», anunció su padre al final de la fiesta, mientras posaba para las fotos flanqueado por Rahul y Sudha. Durante años los habían comparado con otros niños bengalíes, les habían hablado de las medallas de oro con que regresaban de las ferias de ciencia, de los colegios que les ofrecían becas con todos los gastos pagados. A veces el padre de Sudha recortaba artículos de prensa sobre adolescentes de talento insólito —el chico que obtuvo un doctorado a los veinte, la chica que empezó a estudiar en Stanford a los doce— y los pegaba en la puerta de la nevera. Cuando Sudha tenía catorce años, su

padre escribió a la Facultad de Medicina de Harvard para que le enviaran una solicitud de ingreso y se la dejó encima de la mesa.

El ejemplo de Sudha había enseñado a sus padres que no había nada que temer a la hora de enviar a un hijo a la universidad. Rahul también se lo tomó con calma, no tan ansioso como había estado Sudha el verano anterior a marcharse de casa. Casi era indiferente a los cambios en ciernes, recordándole a su hermana con su actitud que siempre había sido el más listo. Sudha se había esforzado para conservar su puesto en el cuadro de honor, para obtener la plaza de segundo alumno más sobresaliente de su promoción en el instituto. Pero Rahul nunca movía un dedo, nunca movía siquiera un libro a menos que le gustara, y fue lo bastante precoz como para saltarse tercero de primaria.

Al final del verano, Sudha fue a Wayland para ayudarlo a preparar el equipaje, pero cuando llegó vio que no quedaba nada por hacer. Él ya había hecho las maletas, llenado unas cajas de leche con discos, cogido sábanas y toallas del armario de la ropa blanca y enrollado el cable en torno a su máquina de escribir eléctrica. Le aseguró que no hacía falta que fuera hasta Ithaca, pero ella insistió, ocupando el asiento del acompañante mientras él conducía su coche nuevo, sus padres detrás en otro vehículo. El campus estaba en la cima de una colina rodeada de granjas, lagos y cascadas, ni parecido siquiera al de Penn. Ella lo ayudó a descargar las cosas y llevó cajas por el patio de la universidad junto con las demás familias de estudiantes de primer año recién llegados. En el momento de despedirse su madre sollozó, y Sudha también lloró un poco ante la idea de abandonar a su hermano pequeño, que aún no tenía dieciocho años, en aquel lugar remoto y majestuoso. Pero Rahul no se comportó como si lo estuvieran abandonando o liberando. Se embolsó el dinero que su padre contó y le ofreció, y les dio la espalda camino de la residencia antes de que Sudha y sus padres se hubieran puesto en marcha.

La siguiente vez que lo vio era Navidad. En la cena no tenía nada específico que decir sobre sus asignaturas, o sus profesores o los amigos que había hecho. El pelo le había crecido lo bastante como para tapanle el cuello y tener que llevarlo recogido detrás de las orejas. Vestía una camisa de franela a cuadros, y en torno a la muñeca un brazalete trenzado sujeto con un nudo. No comió las ingentes cantidades que seguía engullendo Sudha cuando se sentaba a la mesa de su madre. Parecía aburrido, mirando pero sin ayudar cuando Sudha y su madre decoraron el árbol con los adornos que habían hecho ambos hermanos de pequeños. Sudha recordó que ella siempre contraía la gripe en las vacaciones de Navidad y se venía abajo una vez libre de la presión de los exámenes, y pensó que a Rahul podía pasarle lo mismo. Pero esa misma noche, cuando la encontró arriba envolviendo regalos en su habitación, parecía más animado.

—Eh. ¿Dónde las has escondido? —preguntó.

—¿Qué? —repuso ella.

—No me digas que has venido a casa con las manos vacías.

—Ah —dijo, cayendo en la cuenta de a qué se refería—. No se me ocurrió. Pensé que como ya estás en la universidad... —Era cierto, esta vez no se le había ocurrido meter media docena de cervezas en el bolso. Ahora prefería el vino, una copa con la cena cuando salía con amigos en Filadelfia, pero no esperaba tal cosa cuando regresaba Wayland.

—Sigo sin ser lo bastante mayor para comprar nada aquí. —Paseó la mirada por la habitación como si pudiera albergar lo que buscaba. Miró el armario y la cómoda, la cama cubierta de papel

de regalo y una caja de Filene's con un camisón para su madre—. ¿Una excursión a la licorería? —sugirió, y se sentó en la cama, aplastando parte del papel de regalo que había desenrollado Sudha. Pasó la mano por las etiquetas de regalo y el celo, cogiendo cada objeto brevemente.

—¿Ahora? —preguntó ella.

—¿Tienes plan para esta noche?

—Bueno, no. Pero a Ma y Baba les va a parecer raro que salgamos de repente.

Él puso los ojos en blanco.

—Dios santo, Didi. Tienes casi veinticuatro años. ¿De verdad te importa lo que piensen?

—Iba a ponerme el pijama.

Rahul cogió las tijeras y fijó la mirada en el lento abrirse y cerrarse de las hojas, como si acabara de descubrir su función.

—¿Desde cuándo eres tan aburrida?

Ella sabía que lo decía en broma, pero le dolió igualmente.

—Mañana, te lo prometo.

Él se levantó, distante de nuevo, como lo había estado en la cena, y ella vaciló.

—Supongo que sigue abierta —dijo mirando el reloj.

Así que fueron. Mintió a sus padres diciéndoles que necesitaba hacer una compra de última hora en el centro comercial y Rahul se había ofrecido a llevarla en coche.

—Eres la mejor —le dijo él cuando se dirigían al centro. Bajó la ventanilla de su lado, llenando el coche de aire helado, y sacó del bolsillo del abrigo un paquete de tabaco. Puso a calentar el encendedor del salpicadero y le ofreció uno, pero ella negó con la cabeza y subió la calefacción.

Sudha le informó que había presentado una solicitud para ir a Inglaterra el año siguiente, para hacer un máster en la London School of Economics.

—¿Te vas a ir a Londres todo un año?

—Puedes venir a visitarme —repuso ella.

—¿Para qué necesitas otro máster? —Su tono era de inquietud con un matiz de desaprobación.

Era la clase de reacción que ella esperaba de sus padres. Sus padres no le habían permitido cursar su penúltimo año de carrera en Oxford, le dijeron que era muy joven para vivir sola en un país extranjero. Pero ahora les emocionaba la perspectiva de que fuera a Londres, donde habían vivido ellos nada más casarse y donde había nacido la propia Sudha; incluso hablaban de ir a visitarla y recuperar el contacto con viejos amigos.

Le explicó que la LSE tenía uno de los mejores programas en economía de desarrollo, y que estaba pensando en colaborar con una ONG más adelante. Pero Rahul no parecía escucharla, y Sudha se molestó con él, en realidad consigo misma, por haber accedido a salir tan tarde.

—¿Quieres media docena de cervezas? —le pregunto cuando entraron en la licorería.

—Mejor una caja.

En el pasado ella había pagado todo sin pensarlo dos veces, pero ahora se fijó en que él no hacía ademán de sacar el billeteo.

—Y también una botella de vodka —añadió.

—¿Vodka?

Él sacó otro cigarrillo del paquete.

—Son unas vacaciones largas, hermanita.

Sus padres estaban acostados para cuando regresaron, pero Sudha insistió en que lo escondieran todo tal como siempre habían hecho. Pensando que su madre podía tener razones para entrar en la habitación de Rahul durante las semanas que estaría en casa, para limpiar o recoger la ropa sucia, guardó el alcohol en su habitación, unas latas al fondo del armario y otras en un hueco detrás de una estantería, la botella de Smirnoff envuelta en un viejo jersey en la cómoda. Le dijo a Rahul que era más seguro así, y a él no pareció importarle. Se llevó un par de latas para esa noche y le dio un besito en la mejilla antes de irse, sin insistir cuando ella le dijo que estaba muy cansada para acompañarlo.

Nació cuando Sudha tenía seis años, y la noche que su madre se puso de parto era el primer recuerdo confirmado de su vida. Recordaba estar en una fiesta en casa de unos amigos bengalíes de sus padres en Peabody, y que la dejaron a dormir allí porque su padre tuvo que llevar a su madre directamente a Boston sin la maleta que Sudha le había ayudado a preparar con el cepillo de dientes, la crema hidratante y el camisón que necesitaría en el hospital. Aunque la niña entendía que estaba a punto de nacer un bebé —lo había palpado con la mano cuando a veces amenazaba con abrirse paso a pataditas para salir del vientre materno—, estaba aterrada porque su madre, que gemía con la frente apoyada contra la pared, estuviera muriéndose. «Vete —le dijo cuando Sudha intentó acariciarle la mano, en un tono que le dolió—. No quiero que me veas así.» Después de la marcha de sus padres la fiesta continuó. Contaban con que Sudha jugara en el sótano con los demás niños, entre la lavadora y la secadora, mientras servían la cena a los adultos. Los anfitriones no tenían hijos. Sudha durmió en una cama plegable en una habitación desocupada sin otro mobiliario que una tabla de planchar y un armario donde se guardaban los artículos de limpieza. Por la mañana no tenía Frosted Flakes para desayunar, sólo tostadas con margarina, y fue entonces, durante aquel desayuno con adultos reservado y decepcionante, cuando sonó el teléfono con la noticia de la llegada de su hermanito.

Esperaba una hermanita, pero igualmente estaba encantada de dejar de ser hija única, de tener a alguien que la ayudara a colmar el vacío que notaba en la casa de sus padres. Las pocas pertenencias que tenían siempre estaban en su lugar, los dos números más recientes de *Time* en el mismo sitio encima de la mesita de centro. Sudha prefería las casas de sus amigas americanas, llenas a reventar de cosas, con pasta de dientes reseca en el lavabo, las camas mullidas sin hacer. Al cabo, con la llegada de Rahul, se dio un aumento del volumen de cosas y un desorden similares: sus lociones y pañales amontonados encima del tocador, las cacerolas tintineando con biberones puestos a hervir en la cocina, el intenso olor lechoso del bebé que impregnaba todas las habitaciones... Recordaba su entusiasmo al trasladar sus pertenencias a un lado a fin de dejar espacio en su dormitorio para la cunita de Rahul, su cambiador y el móvil de abejorros de peluche. Juguetes y otros regalos acumulados en la cuna que utilizaría más adelante; el preferido de Sudha era un conejo blanco de peluche que interpretaba una canción al girar una llave a la altura del pescuezo. No le importaba que su madre entrara en plena noche para consolar a Rahul, se sentara en una mecedora y le cantara una canción en bengalí, algo acerca de una espina de pescado que se le clavaba en el pie a un niño, una nana que también hacía conciliar otra vez el sueño a Sudha. Las postales para participar el nacimiento las compraron en la tienda de la esquina, la tarjeta elegida por Sudha, y ella ayudó a meterlas en los sobres, encolando los sellos con su padre en una esponjilla húmeda. Se hicieron incontables fotografías —Rahul dormido en el cuco, o mientras lo bañaban en una bañerita de plástico— y ella se impuso la tarea de organizarlas en un álbum especial, con una cubierta de tela vaquera, porque era niño.

No había la misma documentación de la infancia de Sudha. En Londres sus padres habían alquilado dos habitaciones en Balham a un casero bengalí llamado señor Pal, y fue él quien tomó las escasas fotografías infantiles de Sudha que existían, con un vestido de encaje blanco que era de bautizo pero a su madre sencillamente le había parecido bonito. El señor Pal había abierto las

puertas a sus padres cuando su madre estaba embarazada, les había ofrecido refugio de su anterior casera, una anciana británica que no admitía niños bajo su techo. Sus padres le dijeron que en los años sesenta en la mitad de los anuncios de alquiler en Londres se leía la advertencia SÓLO BLANCOS, y la combinación de ser indios y el embarazo los limitó a tal punto que su padre se planteó la posibilidad de enviar a su madre de regreso a la India para que diera a luz, hasta que conocieron al señor Pal. Para Sudha esta historia era como un episodio de un mito griego o de la Biblia, cargado de bendiciones y portentos, que marcó a su familia como supervivientes en mares desconocidos e intolerantes.

Cuatro años más tarde se mudaron a Massachusetts porque su padre fue transferido de Badger a Raytheon, sin llevar consigo pruebas de sus años en Londres, sin indicio alguno salvo la que-
rencia de su madre por las galletas McVitie's que tomaba todas las mañanas con té y su eterna confianza en la calidad de los sujetadores británicos, que, a pedido suyo, sus amigas de Inglaterra le enviaban por correo de vez en cuando. Ningún juguete de Sudha hizo el viaje a través del Atlántico, ninguna prenda de bebé ni ropa de cama o recuerdo de ningún tipo. En la escuela primaria, cuando le pidieron que presentara su autobiografía ante la clase, un proyecto para el que otros alumnos llevaban mantas, zapatitos con agujeros y cucharas ennegrecidas, ella fue únicamente con un sobre que contenía las fotos que había tomado el señor Pal, aburriendo a sus discípulos mientras estaba en la tarima.

Nada de ello tuvo la menor importancia tras la llegada de Rahul. Sudha había pasado sin pena ni gloria, pero estaba decidida a que su hermano menor dejara huella como niño en América. Le buscó todos los juguetes adecuados, husmeó por mercadillos en busca de la granja de Fisher Price, camiones Tonka, el Habla y Di que hacía sonidos de animales, y otras cosas que había descubierto en las habitaciones de juego de sus amigas. Les pidió a sus padres que le compraran los libros que le habían leído a ella sus primeros maestros, *El conejo Peter* y *La rana y el sapo*. «¿Qué sentido tiene comprarle libros a alguien que no sabe leer?», le preguntaban sus padres, no sin cierta razón, así que los sacaba en préstamo de la biblioteca de su colegio y se los leía a Rahul ella misma. Les dijo a sus padres que dejaran los aspersores del césped encendidos en verano de manera que Rahul pudiera correr entre ellos y convenció a su padre para que colocara un columpio en el patio. Ideaba elaborados disfraces para Halloween, convirtiendo a su hermanito en elefante o nevera, mientras que los suyos habían ido en caja, un delantalito y una endeble máscara. A veces estaba más comprometida con la educación de Rahul que él mismo: era Sudha, que para entonces ya pesaba demasiado para los asientos, la que se columpiaba en el patio después del colegio, la que pasaba horas construyendo ciudades con piezas de Lincoln Logs que él destruía con un alegre golpe de mano.

Aunque lo adoraba, empezó a envidiarlo por pequeñeces. Por tener extremidades esbeltas mientras que a ella se le pusieron regordetas cuando le vino el período, y porque la gente podía llamarlo *Raoul*, lo que le permitía presentarse sin que le hicieran preguntas. Lo envidiaba por su belleza; incluso de niño se intuía con claridad el atractivo hombre que llegaría a ser. Su rostro desafiaba el molde familiar. Sudha, con la barbilla redondeada de su padre y el nacimiento del pelo bajo de su madre, era a todas luces descendiente suya, pero Rahul se parecía poco a cualquiera de los dos, sus genes extraídos no de la superficie sino de alguna procedencia más profunda, olvidada. Su tez era más oscura, su piel inconfundiblemente morena, sus pronunciados rasgos carentes de la cualidad indeterminada que compartían ella y sus padres. Le permitían llevar pantalón corto en verano y hacer deporte en la escuela, cosas que su madre consideraba poco apropiadas para una niña. Sudha suponía que era por una combinación de ser niño y ser menor, y sus padres ya estaban más acostumbrados a cómo funcionaban las cosas en Estados Unidos. Ella no estaba encariñada con quien había sido de pequeña, no tenía un afecto sentimental por su aspecto ni por lo que había hecho. Lo que notaba era una abrumadora sensación de pesar, aunque no

sabía exactamente por qué. Había tenido un aspecto, claro está, perfectamente normal, el pelo moreno recogido en coletas o trenzas, largo hasta la cintura un año y corto como la patinadora Dorothy Hamill el siguiente. Y había hecho cosas normales: iba a dormir a casa de amigas, tocaba el clarinete en la orquesta de la escuela y vendía chokolatinas puerta por puerta. Sin embargo, no podía perdonarse. Incluso de adulta, le hubiera gustado volver atrás y cambiar las cosas: la desgarrada ropa que llevaba, la inseguridad que había sentido, todos los inocentes errores cometidos.

Gracias a Rahul también había un testigo más de la desconcertante realidad que constituía el matrimonio de sus padres. No era feliz ni infeliz, y la ausencia de emoción en un extremo u otro era lo que más afectaba a Sudha. Hubiera entendido peleas, creía que hubiera entendido incluso un divorcio. Y siempre esperaba que se manifestase algún indicio de amor. Lo único que la consolaba eran unas pocas fotografías tomadas durante sus años en Londres. Su madre estaba irrecientemente delgada, el cabello peinado de peluquería, un bolso de punto con forma de cornucopia colgando del pliegue del brazo. Incluso sus saris tenían glamour en aquel entonces, bien ceñidos para realzar su figura, estampados en un *batik* marrón de pata de araña. Su padre tenía un aspecto vagamente *mod*, vestido de traje con estrechas corbatas oscuras y gafas de sol. Eran tiempos, suponía Sudha, en que la inmigración aún constituía una aventura, vivían con calentadores de parafina y veían la nieve por primera vez.

El choque fue Wayland. De pronto estaban atrapados, sus padres conscientes de que se enfrentaban a una condena a perpetuidad como extranjeros. En Londres su madre había estado trabajando con vistas a obtener un certificado en educación infantil Montessori, pero en América no trabajaba ni conducía. Engordó diez kilos después de que naciera Rahul, y su padre dejó de lado los trajes *mod* y se compraba la ropa en los almacenes Sears. En Wayland se habían vuelto pasivos, recelosos, los rituales de un pueblo de Nueva Inglaterra más desconcertantes que abrirse camino en dos de las ciudades más grandes del mundo. Dependían de sus hijos, sobre todo de Sudha. Fue ella quien tuvo que explicarle a su padre que tenía que recoger las hojas en bolsas, no limitarse a arrastrarlas con el rastrillo hasta el bosque de delante de la casa. Era ella, con su perfecto inglés, quien llamaba al departamento de reparaciones de Lechmere para que les arreglaran los electrodomésticos. Rahul nunca consideró que tuviera el deber de ayudar a sus padres en ese aspecto. Mientras que Sudha consideraba el distanciamiento de sus padres con respecto a la India una enfermedad que menguaba y volvía a aflorar como un cáncer, Rahul también era impermeable a esa dimensión de su vida. «No los trajeron aquí a rastras —decía—. Baba se fue de la India para hacerse rico, y Ma se casó con él porque no tenía otra cosa que hacer.» Así era él, siempre consciente de las debilidades de la familia; nunca ahorraba a su hermana las cosas que ella menos quería arrostrar.

Transcurrió otro semestre antes de que volviera a verlo. La admitieron en la EEL, y en junio volvió a Wayland a pasar una semana. Durante su visita, Sudha se entregó plenamente a sus padres, vio Wimbledon con su padre en televisión y ayudó a su madre a cocinar y encargó unas cortinas nuevas parí» los dormitorios. Siempre estaba en casa, mientras que Rahul entraba y salía sin dar explicaciones. Trabajaba de camarero a media jornada en una marisquería allá en Scituate, a unos cincuenta kilómetros, dormía la mayor parte del día, trabajaba el turno de noche y después salía con amigos. Ya no eran amistades del instituto, chicos que Sudha conocía desde que Rahul había empezado a ir al jardín de infancia, sino gente que había conocido trabajando en el restaurante, gente que nunca se molestaba en invitar a casa.

Su actitud distante preocupaba a Sudha, pero sus padres no decían nada. Su hermano parecía estar siempre un tanto de mal humor y con necesidad de ir a alguna parte: al trabajo, a un gimnasio a hacer pesas, al videoclub a devolver una de las películas extranjeras que veía cuando todos los demás dormían. Ambos hermanos no discutían nunca, pero había momentos, cuando se cruzaba con él en el pasillo o le pedía que le pasara el mando a distancia, en que por unos instantes ella creía que la despreciaba. No era nada que dijera o hiciera —incluso al evitarlos mostraba siempre una fría amabilidad—, pero Sudha notaba que había revisado la opinión que tenía de ella, que el Rahul que antaño la admiraba y le hacía confidencias había sido sustituido por una persona a la que sólo podía ofender. Se preguntó cuándo la abordaría para hacer otra excursión a la licorería, pero él nunca lo mencionó. Imaginó que debía de tener su propio alijo guardado en alguna parte; una noche, cuando estaba despierta leyendo una revista, oyó el sonido de la máquina de hacer hielo en el refrigerador, los cubitos que caían a un vaso.

Averiguó por su madre que las calificaciones del segundo semestre de Rahul habían sido malas; durante el primer semestre había obtenido un notable en el peor de los casos, pero ahora había obtenido mayoría de bienes. Había dejado biología y química orgánica y se había matriculado en cine y literatura inglesa. «¿Puedes hablar con él? —le pidió a Sudha su madre—. ¿Averiguar qué se ha torcido?» Sudha salió en defensa de Rahul, aduciendo que era un enorme reajuste pasar del instituto a la universidad, que muchos estudiantes atravesaban una mala época. Su padre no ocultaba su desaprobación, y aunque no se enfrentaba a Rahul, un día le dijo a Sudha: «Se le está yendo la cabeza.» No estaba por la labor de abonar una matrícula astronómica para que Rahul pudiera ver películas francesas en un aula. Su padre no tenía paciencia con el fracaso ni la complacencia. Nunca dejaba que sus hijos olvidasen que él no había tenido nadie que le ayudara como los ayudaba él, de manera que, por muy bien que le fuera a Sudha, ella tenía la sensación de que su buena fortuna le había sido otorgada, no se la había ganado. Tanto su padre como su madre eran de origen modesto; sus abuelas habían renunciado al oro que llevaban en los brazos para poner un techo sobre la cabeza de su familia y comida en sus platos. Esta mentalidad, por pesada que pudiera resultar a veces, también tranquilizaba a Sudha, pues era algo que sus padres entendían y respetaban mutuamente, y ella sospechaba que era lo que los mantenía unidos.

Una noche, bastante tarde, llamó a la puerta de Rahul. Estaba tumbado en la cama, escuchando música con los auriculares mientras hojeaba un ejemplar destrozado de las obras de teatro de Beckett. Se puso el libro encima del pecho al verla, pero no se quitó los auriculares. Ella vio una taza en el suelo junto a la cama, llena de cubitos de hielo y un líquido claro. Él no le ofreció un trago: estaba jugando solo al juego que antes compartían.

—Bueno, ¿qué tal va por la uni? —preguntó ella.

El levantó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos.

—Estoy de vacaciones.

—Tus notas han empeorado, Rahul. Tienes que esforzarte más.

—Me he esforzado —aseguró.

—Ya sé que el primer año puede ser duro.

—Me he esforzado —insistió—. Mis profesores me odian. ¿Es culpa mía?

—Seguro que no te odian —repuso ella. Se planteó acercarse y sentarse en el borde de la cama, pero permaneció donde estaba.

—¿Qué mierda sabes tú? —replicó, sobresaltándola.

—Mira, sólo intento ayudarte.

—No te he pedido ayuda. No tienes que arreglar nada. ¿No se te ha ocurrido pensar que mi vida puede estar bien tal como es?

Sus palabras la silenciaron, la anularon. Ella siempre había sido una influencia importante en la vida de Rahul, eso era cierto, aunque su intención no había sido controlarla sino mejorarla de alguna manera. Siempre había considerado que tenía esa responsabilidad para con él. No había sabido de qué otra manera ser una hermana.

—Ni siquiera vives aquí —continuó él—. ¿Piensas que puedes pasarte por aquí y hacer que todo sea perfecto antes de desaparecer de nuevo para largarte a Londres? ¿Eso quieres hacer?

Ella lo miró, y luego miró la taza junto a la cama, preguntándose cuánto habría consumido en el transcurso de la noche, dónde estaría escondida la botella. Pensó en sus padres durmiendo pasillo adelante, ajenos a la actitud de su hijo, y se indignó por ellos.

—Eres inteligente, Rahul. Eres mucho más inteligente que yo. No lo entiendo.

Él se inclinó hacia un lado y recogió la taza del suelo. Bebió un sorbo y luego deslizó la taza bajo la cama, fuera de la vista.

—No tienes que entenderlo, Didi. No tienes que entenderlo todo siempre.

La última noche antes de partir hacia Filadelfia, Rahul los sorprendió al aceptar ir a un restaurante para celebrar su inminente partida a Inglaterra. Sus padres estaban de buen humor, recordaban sus tiempos en Londres, intentaban recordar el orden de las paradas en la línea de Piccadilly. Rahul también estaba jovial, y puso a su hermana al tanto de todas las casas y tumbas de escritores que debía visitar durante su estancia. Hablaba con una autoridad agresiva, como si él hubiera ido a visitar la tumba de Marx, y por primera vez Sudha pensó que quizá Rahul estaba celoso de aquellos años que ella y sus padres habían vivido en Inglaterra, aquellos años en que Rahul no existía. Él pidió un Singapore Sling y fue degustándolo poco a poco durante la cena. No mencionó en ningún momento que tuviera planes para después, pero antes de que llegara la cuenta miró el reloj y se levantó de un brinco para anunciar que llegaba tarde a alguna parte, y se fue en su propio coche.

Sudha volvió a casa con sus padres y estaba despierta viendo *Recuerda* en vídeo cuando sonó el teléfono. Era Rahul, que llamaba desde la comisaría local. Lo habían detenido en una carretera poco transitada cerca de Mill Pond por ir haciendo esos. El nivel de alcohol en sangre no era extremo, pero como aún no tenía veintiún años fue suficiente para que lo detuvieran. Le pidió a Sudha que fuera sola y llevara trescientos dólares en efectivo. Pero era más de medianoche, y las llaves del coche familiar estaban en el bolsillo de su padre, en el dormitorio. Así que lo despertó y le dijo que se vistiera. Fueron juntos a pagar la fianza y sacar a Rahul del calabozo. Su padre iba al volante, la cara arrugada de sueño, aparentemente desorientado en la ciudad donde llevaba años viviendo. Se detuvieron en un cajero automático y sacaron dinero. «Ve tú —le dijo él cuando llegaron a la comisaría—. Prefiero esperar en el coche.» Se le quebró la voz al hablar, tal como había ocurrido el día que llamó a Sudha a la universidad para decirle que había muerto su propio padre. Así que ella le evitó la humillación, el dolor, de entrar en un lugar al que llevaban a maleantes esposados. Cuando vio a Rahul, estaba sereno, la yema de los dedos ennegrecidas de tinta. Era domingo por la noche y la lectura del acta de acusación estaba fijada para el día siguiente. «¿Vendrás conmigo?», le preguntó él cuando iban de regreso al coche, y ella estaba lo bastante conmocionada como para asegurarle que lo acompañaría.

—Es ridículo —dijo su madre a la mañana siguiente mientras Rahul dormía. Culpó a la policía por reaccionar de manera exagerada—: Tampoco ha tenido ningún accidente. Sólo iba a sesenta kilómetros por hora. Probablemente lo pararon sólo por ser indio.

Su padre guardó silencio. Estaba sentado tomando té a sorbos y leyendo el *Sunday Globe*. No había dicho nada desde su regreso a casa.

—Ése no fue el problema —dijo Sudha lentamente, mientras extendía mantequilla fría por la tostada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó su madre en tono molesto.

Su padre no dejó el periódico, pero ella percibió que había interrumpido la lectura. Sudha era consciente de que lo que estaba a punto de decir era algo que esperaban y al mismo tiempo temían visceralmente, como niños desobedientes que estaban a punto de recibir una bofetada. Y era cosa de ella propinar el golpe.

—Es posible que Rahul tenga un problema con la bebida.

—Sudha, por favor —dijo su madre. Y tras una pausa añadió—: Tengo entendido que en las universidades americanas bebe todo el mundo. —Lo dijo como si beber fuera un pasatiempo estudiantil, una etapa que luego se dejaba atrás.

—Así no.

—¿No bebías tú en la universidad?

—Así no —repitió Sudha. No hasta el punto de que me detuvieran, tuvo ganas de añadir.

—Ahí está el problema de este país —dijo su madre—. Demasiadas libertades, demasiada jerga. Cuando éramos jóvenes, la vida no era sólo pasarlo bien.

Sudha la compadeció, en especial su negativa a asimilar un hecho desagradable y extraño, su necesidad de culpar a América y sus leyes en vez de a su hijo. Tuvo la sensación de que su padre lo entendía, pero se negaba a intervenir en la conversación, como también se negó a encararse con Rahul cuando por fin bajó, duchado y arrepentido, y prometió no volver a hacer nada semejante. Sus padres siempre habían sido ciegos a todo aquello que atormentaba a sus hijos: que les tomaran el pelo en el colegio por el color de la piel o las cosas tan raras que a veces les ponía su madre en la fiambarrera del almuerzo, sándwiches de patata al curry que teñían de verde el pan Wonderbread. ¿Qué razones podrían tener para ser desdichados?, habrían pensado sus padres. «Depresión» era una palabra extranjera, algo americano. En su opinión sus hijos eran inmunes a las penalidades e injusticias que ellos habían dejado atrás en la India, como si las vacunas que les había puesto el pediatra a Sudha y Rahul cuando eran pequeños les hubiesen garantizado una existencia ajena al sufrimiento.

Estaba entusiasmada de encontrarse en Londres, curiosa por conocer su tierra natal. Antes de partir había solicitado su pasaporte británico, documento que sus padres no obtuvieron cuando nació, y al presentarlo en Heathrow el agente de inmigración le dio la bienvenida a casa. Sus padres fueron con ella y se quedaron diez días, dejándola acomodada en su colegio mayor a la salida de Tottenham Court Road. Le recordaron que mirara a la derecha antes de cruzar la calle y en Marks & Spencer le compraron chaquetas de punto para el invierno. La llevaron a Balham en metro para enseñarle la casa donde había vivido de niña. Hicieron un viaje juntos a Sheffield, a tres horas de camino por la campiña, donde ahora vivía con su familia su antiguo casero, el señor Pal. No hablaban de Rahul a menos que se vieran obligados por las amistades, y cuando lo hacían, siempre daban los mismos datos indiscutiblemente impresionantes: que estaba en Cornell, ahora en segundo de carrera. Esos datos ofrecían a sus padres una débil esperanza: como si la universidad, donde había empezado a torcerse, fuera a enderezarlo como por arte de magia.

Una vez que sus padres se fueron, empezó a estar ocupada con sus clases y con los nuevos amigos procedentes de todo el mundo, sumándose a ellos para estudiar, hacer turismo e ir a los pubs. Quizá porque era su lugar de nacimiento, sentía una conexión instintiva con Londres, una

sensación de pertenencia aunque apenas sabía moverse por la ciudad. A pesar del océano que ahora la separaba de sus padres, se sentía más próxima a ellos, pero también liberada, por primera vez en su vida, del peso de su familia. Aun así, ya no podía tomar una copa sin pensar en Rahul, consciente en todo momento de que la segunda pinta que se terminaba, satisfecha al final de una noche, a él no le hubiera bastado. En la lectura del acta de acusación había permanecido sentada junto a él en la abarrotada sala del tribunal, a la espera de que lo llamaran por su nombre, y escuchó mientras se leían los cargos. Estuvo allí a su lado para apoyarlo, pero aquel lugar donde se dictaban sentencias no estaba de su parte. Le retiraron el carnet de conducir seis meses y se le ordenó asistir a cursos educativos sobre el consumo de alcohol en Ithaca. Al cabo, su padre había tenido que abonar casi dos mil dólares en multas y honorarios. La detención se mencionó en *The Wayland Town Crier*, el periódico que recibían sus padres.

En noviembre, paseando por la National Gallery, conoció a un hombre. Estaba admirando *El matrimonio Arnolfini*, de Van Eyck, demorándose ante el cuadro después de que hubiera pasado un grupo de gente. Es un retrato al óleo de una pareja en un dormitorio cogidos de la mano, con un perrito a sus pies. El hombre lleva una capa púrpura ribeteada de piel y un sombrero de paja negro excesivamente grande. La mujer luce un vestido verde esmeralda que cae como unas pesadas cortinas hasta el suelo, parte del tejido levantado con su mano izquierda. Lleva un velo blanco y tal vez estuviera encinta, Sudha no lo sabía con seguridad. Hay una ventana detrás del hombre, con una fruta, un albaricoque o una mandarina, en el alféizar. En la pared cuelga un espejo convexo que refleja todo lo que hay en el cuadro.

—Acércate —le dijo a Sudha el hombre que tenía al lado, haciéndola adelantarse unos pasos para que nadie pudiera cruzarse en su línea visual—. De otra manera no puedes verlo como es debido.

Y empezó a hablarle del espejo, cómo era el punto focal del cuadro, que captaba el suelo y el techo, la habitación y el mundo exterior, y entonces ella vio que reflejaba no sólo a la pareja sino también a un par de hombres plantados en el umbral, mirando hacia la habitación igual que ella.

—Uno es Van Eyck —dijo el hombre—. Eso es lo que pone en la inscripción encima del espejo. Dice en latín: «Van Eyck estuvo aquí.» —Hablaban en voz queda, como si lo hiciera sólo para ella, con la cantarina cadencia británica que ya empezaba a influir en el habla de Sudha. Llevaba el pelo moreno un poco largo y se lo apartaba una y otra vez de la cara con los dedos. Ella alcanzó a oler el jabón levemente sazonado en su piel. Llevaba un blazer de mezclilla y pantalones de pana, así como un impermeable doblado sobre un brazo. Le contó que los dos hombres del umbral del cuadro eran testigos de la unión de la pareja, y añadió que la obra tenía como objetivo hacer las veces de certificado de matrimonio—. Naturalmente, no es más que una interpretación —añadió—. Hay quien dice que es un desposorio.

Ella estudió los detalles de los que él hablaba, el resplandor de la pintura, consciente de su mirada compartida.

—¿Y los zapatos? ¿Tienen algún significado? —se oyó preguntar Sudha, al tiempo que señalaba un par de zuecos abandonados en primer término, y luego unas zapatillas rojas junto a la alfombra.

El hombre se volvió entonces hacia Sudha. Era mayor de lo que esperaba, cerca de los cuarenta a juzgar por los ojos, unos ojos azul claro que se posaron pausadamente sobre diferentes puntos del rostro de Sudha. Su expresión era seria, plácidamente moldeada, pero las comisuras de la boca se le combaron en una sonrisa.

—Sospecho que quiere decir que están en tierra sagrada. Eso o que ella acababa de irse de compras.

Aquel día ella no sabía que se trataba de un cuadro tan famoso, pero el hombre no la hizo sentir ignorante en ningún momento. Caminaron hacia otros cuadros; el hombre inclinaba la cabeza hacia Sudha y le hablaba de ellos, y al cabo le preguntó si le apetecía tomar el té con él. Se llamaba Roger Featherstone. Tenía un doctorado en historia del arte, era editor de una revista sobre arte y también había escrito un libro sobre el retrato renacentista. Cortejó a Sudha sistemática y románticamente: flores cada vez que llamaba a su puerta, regalos como guantes, pendientes y perfume. Era un hijo único que había crecido en internados británicos; su padre había trabajado en el extranjero para máquinas de coser Singer y ambos progenitores ya habían fallecido. Roger había nacido en la India y había pasado los tres primeros años de su vida en Bombay, pero no recordaba nada. Estuvo casado a los veintitantos con una chica que conoció en Cambridge; tras dos años ella lo dejó, renunció a sus posesiones y se fue a un monasterio budista en el Tibet.

Se ocupaba de todo: reservaba entradas para el teatro, mesa en los restaurantes, preparaba picnics y llevaba a Sudha a Hampstead Heath. Era el primer hombre con el que salía que nunca llegaba tarde, nunca se olvidaba de llamar cuando decía que lo haría, y Sudha no tardó en reconocer en él la misma veta de competencia que poseía ella. Disfrutaba comiendo y cocinando, la perspectiva de la bollería lo animaba a levantarse pronto e ir paseando hasta su pastelería preferida, sorprendiendo a Sudha, la primera mañana que despertó en su casa en Shepherd's Bush, al servirle el desayuno en bandeja. Llevaba muchos años viviendo solo, pero enseguida le abrió su vida, le dio una llave, cajones alineados en su cómoda, un estante de cristal en el armario del baño. De joven había soñado con ser pintor, se matriculó en la Escuela de Bellas Artes de Chelsea, pero después de que un profesor le dijera que no llegaría lejos no volvió a tocar un lienzo. No estaba amargado por esa circunstancia; al igual que Sudha, entendía sus propios límites. Al mismo tiempo podía ser exigente, escribía críticas fulminadoras para su revista, insistía en que le dieran la mejor mesa en los restaurantes, devolvía botellas de vino. Al igual que Sudha, era moderado con el alcohol, siempre pedía una botella para la mesa pero rara vez consumía más de una o dos copas.

Conforme se acercaban las Navidades, ella dijo a sus padres que tenía mucho trabajo y no regresó a casa, cuando en realidad se fue con Roger a Sevilla y luego a la Costa del Sol. A su regreso de España había un mensaje de sus padres en la centralita de su colegio mayor, pidiéndole que llamara. Cuando lo hizo, desde uno de los teléfonos de pago del vestíbulo de la residencia, le dijeron que las notas de Rahul no habían mejorado, que les había llegado una carta de un tutor que les expresaba su preocupación. Ahora estaba en Wayland para las vacaciones de Navidad; tras una pelea explosiva, había dejado de hablarles. Ella se alegró de que Roger no estuviera presente para oír aquella llamada, de que le hubiera dado un beso de despedida en el taxi y hubiera regresado a su piso. Sudha le había hecho un impreciso retrato de su familia que él asimiló como si fuera una nota al final de un libro, algo que derivaba de ella pero permanecía inofensivamente apartado. «Qué ganas tengo de conocerlos», le dijo, palabras que, según esperaba Sudha, dejaban bien a las claras sus intenciones. No indagó más allá de los detalles básicos. Y ella tampoco le contó el problema que tenía su Rahul con la bebida, ni su detención, ni que llevaba meses sin hablar con su hermano.

Sus padres le pidieron que hablase con él, le dijeron que había salido a dar un paseo y que lo intentara al cabo de un rato. Ella esperó unos días. Le sorprendió sentirse tan molesta después de tantos meses. Y también estaba molesta con sus padres, por seguir dependiendo de ella para que los ayudara. Llamó desde el piso de Roger y pagó la llamada con tarjeta mientras él estaba trabajando. Rahul había cumplido los veinte la primera semana de enero, cosa que ella había dejado pasar sin darse por enterada. Él contestó al teléfono y ella le deseó feliz cumpleaños. Era mediodía en Massachusetts, media tarde en Londres. El cielo se veía oscuro por la ventana de la

cocina de Roger; en la encimera, Sudha estaba colocando queso, galletas saladas y aceitunas para cenar juntos cuando regresara a casa.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Todo bien. Ma y Baba se ponen hechos una furia por nada. —Rahul hablaba como si no hubiera la menor tensión entre ellos, y le preguntó qué tal por Londres.

—Dicen que has suspendido dos asignaturas.

—Eran unas asignaturas pésimas.

—¿Vas a clase, por lo menos?

—Ya te vale, Didi —le dijo, con un cambio de humor.

—¿Vas o no? —insistió.

Hubo una pausa. Oyó el chasquido de un mechero, la primera exhalación contenida del humo de un cigarrillo.

—No quiero.

—¿Qué quieres hacer, pues? —le preguntó ella, sin molestarse en disimular su exasperación.

—Estoy escribiendo una obra de teatro.

A ella la sorprendió y le pareció prometedor que estuviera haciendo algo. Siempre se le había dado bien escribir; en cierta ocasión, cuando estaba en el instituto, había escrito una respuesta a una de las preguntas para elaborar en casa que le habían planteado a ella en un examen de filosofía en Penn, una pregunta acerca del *Eutifrón*, de Platón, a la que su profesor dio su aprobación con un prolongado comentario.

Se metió una aceituna en la boca, sacó el fino hueso de color púrpura y lo dejó en un cuenco pintado que Roger y ella habían comprado en Sevilla.

—Eso es estupendo, Rahul, pero también tienes que estudiar.

—Quiero dejar la universidad.

—Ma y Baba no lo permitirán. Acaba la universidad y luego podrás hacer lo que te venga en gana.

—Estoy harto de perder el tiempo. Y quiero que me devuelvan el coche. Detesto no conducir. Me siento atrapado.

Ella se controló y no le dijo que era ridículo que tuviera la esperanza de que sus padres confiaran en él otra vez para que saliera a la carretera.

—Sólo son dos años más de tu vida, Rahul. Échale ánimo. Si no, acabarás aborreciéndote a ti mismo.

—Dios santo, sueñas igual que ellos —dijo, y le colgó.

Ella regresó a Boston en abril, durante las vacaciones de después del trimestre de Cuaresma, con un anillo de diamantes de Roger oculto bajo el suéter colgado de una cadenita, lo que la hacía sentir envuelta en una suerte de capa protectora frente a su familia. Desde enero sus padres no la habían molestado más con el asunto de Rahul, y le dijeron, la vez que preguntó, que había vuelto a la universidad. Ella se sentía culpable por distanciarse pero no lo suficiente como para aconsejar a sus padres, no lo suficiente para hablar con Rahul. Tenía que escribir una tesina de diez mil palabras sobre la desregulación para su máster, y tenía a Roger, ya se había mudado a vivir a su piso para entonces. Le sorprendió ver a Rahul en el aeropuerto con sus padres. Los tres

parecían tristes y preocupados, sus padres sólo se animaron cuando la vieron detrás del carrito con las maletas apiladas.

—¡Eh! —dijo Sudha al acercarse, y abrazó a su hermano, aunque en un principio los largos brazos de su hermano permanecieron a los costados—. Me alegro de verte.

—Bienvenida a casa —dijo él, y cuando Sudha se retiró, vio que no sonreía.

—¿Ya ha acabado el semestre?

El negó con la cabeza, reacio a mirarla a los ojos, y dejó escapar una risita acompañada de un sonido extraño.

—Ahora vivo aquí.

Ella había regresado a casa para hablar a su familia de Roger, para decirles que tenía planeado trasladarse permanentemente a Londres y casarse con él, pero fue de Rahul de quien tuvieron que hablar primero. Durante el trayecto a casa desde el aeropuerto Sudha ató los cabos de lo que había ocurrido. Fue su madre quien se ocupó de hablar; su padre conducía, mascullando entre dientes de vez en cuando sobre las condiciones del tráfico, y Rahul pasó casi todo el rato mirando por la ventanilla, como si ocupara el asiento trasero de un taxi. Aunque regresó a Ithaca tras las vacaciones de Navidad, había dejado de asistir a clase, y dos semanas atrás, después de ser formalmente expulsado de la universidad, se mudó de regreso a Wayland.

Por lo que alcanzaba a ver Sudha, vivía en casa como si se tratara sencillamente de otras vacaciones. Se quedaba en la habitación o miraba la tele durante el día. Sus padres le habían vendido el coche, así que no salía nunca. Antes, cuando los evitaba, tenía un aire de furia, como si algo estuviera a punto de explotar. Ahora carecía de esa energía. Ya no parecía enfadado con ellos, ni con el hecho de estar en casa. Durante una temporada sus padres dijeron a sus amigos que estaba tomándose un descanso y luego que estaba en trámites para cambiarse a la Universidad de Boston. «Rahul necesita una ciudad para prosperar», decían; pero no llegó a presentar su solicitud en otros centros. Dijeron a la gente que Rahul estaba buscando trabajo, y luego la mentira se tornó más elaborada: Rahul ya tenía un trabajo, un trabajo de asesor que desempeñaba desde casa, cuando en realidad se pasaba el día entero sin hacer nada. Su madre, que siempre había tenido la esperanza de que sus hijos vivieran bajo su techo, se avergonzaba ahora de que así fuera.

Con el tiempo encontró empleo de encargado de una lavandería en Wayland tres días a la semana. Sus padres compraron un coche barato de segunda mano para que su hijo fuera al centro. Sudha era consciente de que aquel trabajo avergonzaba a sus padres. No les había importado que fregara los platos en el pasado, pero ahora vivían con miedo a que un día algún conocido viera a su hijo pesando sacos de ropa sucia en una balanza. Otros bengalíes cotilleaban sobre él y rezaban para que sus hijos no echaran a perder sus vidas de la misma manera. Así que se convirtió en lo que todos los padres temían: un descrédito, un fracaso, alguien que no contribuía al inmenso círculo de logros que estaban obteniendo por todo el país muchachos bengalíes, como cirujanos, abogados y científicos, o autores de artículos de primera página en el *New York Times*.

Sudha estaba ahora entre esos muchachos de éxito, su colección de diplomas superiores, enmarcada y colmando la sala de arriba de sus padres. Trabajaba como directora de proyectos para una organización de Londres que promovía microcréditos en países pobres. Y estaba prometida. En verano, ella y Roger volaron a Massachusetts para que él conociera a su familia y pidiera formalmente su mano. Por deseo de Roger, no se alojaron en Wayland sino en un hotel en Boston; a esas alturas lo conocía lo bastante bien como para aceptar que se expondría limitadamente a su familia, de la misma manera que, en la playa, se protegía el cuerpo de los rayos del sol. «Más vale ir de cara con estos asuntos desde el principio», le había dicho Roger en su tono amable

pero firme, y ella lo tomó por otro indicio de su naturaleza responsable, su actitud vigilante respecto de su vida en común. Sus padres aceptaron el arreglo del hotel sin protestar; Rahul los había despojado de su capacidad para presentar batalla. Aceptaron que ella y Roger tuvieran planeado casarse por lo civil en Londres, que estuvieran dispuestos a celebrar únicamente un banquete en Massachusetts, que Roger hubiera estado casado antes, que él y Sudha se llevaran catorce años. Les agradaron sus títulos académicos, su capacidad, gracias a una herencia sabiamente invertida, de comprar una casa para Sudha y él en Kilburn. Resultó de ayuda que hubiera nacido en la India, que fuera inglés y no estadounidense, que tomara té en vez de café, que su acento sonara británico, cosas superficiales que permitían a sus padres identificarse con él. Sudha no tuvo la sensación de que estuvieran haciendo sitio en la familia para Roger, sino de que le permitían que se la llevara. Pero Rahul no había cejado; le hacía preguntas a Roger, leyó a fondo el último número de la revista de arte de Roger que sus padres se habían limitado a admirar y dejar, cumpliendo con su cometido de inspeccionar al futuro esposo de su hermana en busca de defectos.

—Roger es un buen tipo —le dijo Rahul cuando estaban los dos a solas en la cocina recogiendo los platos—. Enhorabuena.

—Gracias. Gracias por estar aquí —dijo ella de corazón; no había llevado nunca a un hombre a casa, no había imaginado lo nerviosa que estaría.

—No tengo adonde ir.

—Bueno, ¿qué tal va todo? —le preguntó ella—. ¿No te pone de los nervios vivir en casa así?

—No está tan mal.

Ella estaba agradecida porque le hablara, y temía presionarlo. Era consciente de que existía un tremendo desequilibrio entre ellos. Se sentía acusada, sencillamente porque su vida no estaba hecha pedazos de la misma manera.

—¿Qué tal la lavandería?

Él se encogió de hombros.

—¿Sigues escribiendo tu obra de teatro?

—Era una estupidez.

Como no sabía qué otra cosa hacer, se adelantó para abrazarlo, y fue entonces cuando olió el alcohol, dulce, fuerte, inconfundible. Durante el almuerzo Rahul se había levantado de la mesa una vez; ahora Sudha cayó en la cuenta de que había ido a donde tenía escondida la botella. No estaba borracho, nada en su comportamiento indicaba que hubiera tomado más de un trago, pero el hecho de que hubiera consumido alcohol a hurtadillas, de que no pudiera soportar la compañía de su familia sin ello, le hizo entender que Rahul no tenía simplemente querencia por la bebida, ni era un bebedor social, ni un bebedor de fin de semana, que era el modo en que Sudha lo había racionalizado hasta entonces.

—Puedes venir a visitarnos a Londres cuando quieras —lo invitó, pero la entristeció no decirlo de corazón.

—No tengo dinero.

—Seguro que Baba te compraría el billete.

—No quiero su dinero —respondió Rahul.

Vives en su casa, sintió deseos de señalar. Comes lo que pone en la mesa Ma. Dejas que te llenen el depósito del coche. Pero se abstuvo, a sabiendas de que, si lo hacía, la puerta que él le había abierto volvería a cerrarse otra vez de golpe.

En los meses previos al banquete de boda de Sudha, programado para el otoño, Rahul empezó a salir con una mujer llamada Elena, una aspirante a actriz que trabajaba de camarera en un restaurante de Waltham. Había puesto al tanto a Sudha de estos detalles cuando ella regresó a Wayland diez días antes del banquete, sin Roger, que acudiría solo para la celebración. «Nunca me había sentido así, Didi», le confió. Pocos días antes del banquete llevó a Elena a casa. Sudha ya era una mujer casada, pero estar sin Roger la inquietaba, aquella suerte de capa protectora que él le ofrecía, de súbito más endeble. Elena tenía treinta años, ocho más que Rahul, pero podría haber pasado por una estudiante de secundaria, con sus vaqueros y una camiseta sin mangas, el largo cabello castaño recogido a un lado con un pasador, los ojos delineados con lápiz negro. Era callada, sólo hablaba cuando se dirigían a ella, sin esforzarse por agradar a los padres de Sudha tal como había hecho Roger. Les contó que se había criado en Mattapoisett y asistido a Emerson. No se comió el arroz que sirvió la madre de Sudha con el almuerzo, aduciendo que la hacía sentirse hinchada. Rahul le pasaba el brazo por los delgados hombros, y la besaba delante de todos como si estuviera en un sueño. Hablaba en nombre de Elena, y les contó que una vez había hecho un anuncio de un medicamento contra la alergia. Mencionaba una y otra vez a una tal Crystal; resultó que Crystal era la hija de Elena de un matrimonio anterior.

Los padres de Sudha no dijeron nada al divulgarse esta información. Habían dado la bienvenida a Elena, llenado la mesa en su honor tal como habían hecho con Roger, charlando sobre el proyecto de obras del Big Dig y el menú para el banquete de Sudha y Roger. Pero entonces, cuando Sudha y su madre servían el té y un cuenco de *pantuas* en su baño almibarado, Rahul anunció que Elena y él estaban prometidos.

Sudha se quedó de una pieza detrás de una silla, aferrada a las cucharillas que estaba reparando. Tuvo la impresión de que la sala entera se ladeaba; se apoyó en el mantel como si un fuerte viento estuviera a punto de soplar y levantarlo todo por los aires. Bajó la mirada hacia el diamante que llevaba en el dedo, imaginó lo mismo en la mano de Elena y se preguntó de dónde demonios iba a sacar su hermano dinero para comprar un anillo. El Darjeeling que se sacaba en las ocasiones especiales maceró demasiado rato en la tetera, las *pantuas* marrón rojizo todavía arracimadas en el cuenco de servir.

—Eso es imposible —dijo su padre al cabo, rompiendo el silencio que había mantenido, le parecía a Sudha, durante más de un año.

—¿Qué tiene de imposible? —repuso Rahul. Aún tenía el brazo por encima de los hombros de Elena y le acariciaba el costado del cuello con el índice.

—No eres más que un muchacho. No tienes carrera, ni objetivos, ni un camino en la vida. No estás en posición de casarte. Y esta mujer —añadió su padre, que reconoció la presencia de Elena sólo un instante antes de apartar la mirada— es prácticamente lo bastante mayor para ser tu madre.

Estaban a la par, y el equilibrio, si así podía llamarse, se había restaurado en la sala. Pero Sudha era consciente de que aquello era lo más alejado que había del equilibrio, de que en realidad era una guerra.

—Vaya esnob estás hecho —dijo Rahul—. No eres más que un viejo y patético esnob. —No había ira en su voz, ni rastro de la violencia que Sudha esperaba.

Se levantó con un movimiento fluido y dio la impresión de que también hacía ponerse en pie a Elena, como si su brazo sirviera de imán para su cuerpo, y luego los dos se marcharon. Sudha y sus padres esperaron a oír el coche de Elena salir marcha atrás por el sendero de grava, y luego su madre empezó a servir el té.

—Estaba pensando... —dijo su padre, que se volvió hacia Sudha y rompió el silencio por segunda vez—. En el restaurante donde se celebra el banquete de boda, ¿hay bar?

—En todos los restaurantes hay bar, Baba.

—Me preocupa Rahul. No tiene control cuando se trata de... —Hizo una pausa en busca de la palabra—. Cuando se trata de eso.

Sudha cerró los ojos, pensando que iba a echarse a llorar. Llevaba mucho tiempo esperando a que sus padres reconocieran el problema de Rahul con la bebida, pero oírle a su padre decirlo ahora, después de lo que acababa de ocurrir, era demasiado.

—Igual deberíamos celebrarlo en otra parte —sugirió su madre—. En algún sitio donde no sirvan copas.

—Es muy tarde para eso. Y no es justo —dijo Sudha. Roger y ella esperaban poder beber en su propio banquete de boda, aseguró. ¿Por qué tenía que pagar todo el mundo por lo de Rahul?

—¿No puedes decirle que no beba más de la cuenta ese día? —le pidió su madre.

—No —dijo Sudha, que echó atrás la silla y se puso en pie. Había estado jugueteando todo el rato con la cucharilla, y ahora la lanzó, inútilmente, contra el suelo enmoquetado del salón, donde cayó sin hacer ruido—. Ya no puedo hablar con él. No puedo arreglarlo. No puedo seguir arreglando lo que va mal en esta familia —añadió, y, al igual que su hermano poco antes, salió en estampida.

Durante el banquete de boda Rahul hizo un brindis. Era un homenaje a Sudha y Roger, pero ella contuvo el aliento mientras hablaba, con el único deseo de que volviera a tomar asiento. Estaba sin Elena. El día después de marcharse con ella había vuelto sumiso, solo. Sudha se preguntó si Elena habría roto con él, pero no se lo preguntó. Supuso que tal vez su hermano no asistiría al banquete, pero estaba en el restaurante con una hora de antelación, manteniendo su legítimo lugar en la familia, dio la bienvenida a la gente conforme llegaba y les mostró el libro de firmas. Eran casi todos amigos de los padres de Sudha, casi todos bengalíes. No había asistido nadie de la familia de Roger.

El brindis seguía adelante, las palabras cada vez peor articuladas. Antes del banquete, su padre había hablado con el camarero y le había pagado algo de más para que controlara las copas de Rahul; Sudha no tuvo el ánimo de decirle a su padre que Rahul estaba más allá de medidas semejantes, que el alcohol ocupaba en sus bolsillos el lugar que solía ocupar el billetero en los de los demás, que las dos copas de champán que se había tomado a la vista de todos eran sólo para aparentar. Rahul empezó a contar una historia acerca de la infancia de Sudha, rescatando una anécdota ocurrida durante unas vacaciones mucho tiempo atrás en Bar Harbor. Sudha tenía que ir al baño y no había una gasolinera en muchos kilómetros... Entonces su padre se levantó, se acercó y le susurró algo al oído al tiempo que le indicaba con la mano que tomara asiento.

—Perdona, no he terminado —respondió el joven.

La gente rió, sin darse cuenta de que Rahul no tenía intención de resultar gracioso, que no formaba parte de una especie de número cómico. El micrófono emitió un sonido chirriante.

Entonces su padre lo cogió por el codo y Rahul se estremeció y le dio un empujón.

—No... me... toques —dijo con un siseo, las palabras amplificadas por el micrófono.

Un amigo de los padres de Sudha se puso en pie para proponer otro brindis, pero Sudha no lo oyó. Era consciente de que los invitados hablaban entre sí delante de sus platos de *tandoori* rosa y de que su hermano se dirigía hacia el bar. Cuando se levantó para ir en su busca, ya no estaba, su coche había desaparecido del aparcamiento. Ella alertó a sus padres y se preparó para otra llamada de la policía. Pero nadie estaba en situación de buscarlo en medio del banquete, y sin su presencia, en contra de la lógica, sus padres empezaron a relajarse. Sudha era la única

que no conseguía tranquilizarse. Roger, que había bebido un poco más champán de la cuenta, le dijo que no se preocupara. «Está atravesando una mala temporada —observó sin apasionamiento, mientras la llevaba a la pista de baile—. Es joven.»

Ella se quedó mirando fijamente a su marido, con ganas de gritarle por creer en Rahul de una manera en la que a ella le resultaba imposible creer. Nunca le había contado lo del viejo juego de esconder latas de cerveza, un hecho que ahora la torturaba. Pero una vez más optó por no contárselo, temerosa de que la culpara, de que criticara a su hermano. Era como el cuadro que contemplaron juntos en Londres cuando se conocieron, en el que el espejito al fondo revelaba más de lo que la estancia parecía albergar a primera vista. ¿Y qué sentido tenía hacer que Roger se involucrara más, que viera lo que ella ya estaba obligada a ver?

Resultó que Rahul no había ido lejos, sólo de regreso a casa de sus padres, donde lo encontraron, al final de la velada, dormido en su habitación. A la mañana siguiente Roger y Sudha tomaron un vuelo para irse de luna de miel. Se sintió neutralizada en el aire, herméticamente protegida en la cabina, con la luz del sol, insólitamente intensa, decolorando los acontecimientos de la víspera, pero en cuanto aterrizaron en Saint Thomas se sintió mancillada de nuevo, oyó a Rahul sisear por el micrófono, insultar a su padre y darle un empujón delante de todos sus amigos. La vida continuó. Sudha y Roger regresaron a Londres, se asentaron en su nueva casa, escribieron tarjetas para agradecer a sus invitados que contribuyeran a hacer de aquella fecha un día tan especial. Pero Sudha no podía perdonar a Rahul por lo ocurrido, aquellos espantosos minutos que pasó él ante el micrófono eran lo único que recordaba cuando miraba las fotos del banquete; todos los retratos posando en la hierba en los que aparecían sonrientes no conducían sino a aquello.

Y entonces desapareció de una vez por todas. No hubo nota ni explicación. Sencillamente se marchó una noche, dijeron sus padres, y no había regresado. Para entonces sus idas y venidas eran tan erráticas que sus padres no asimilaban por completo su ausencia hasta transcurridos unos días. Entonces cayeron en la cuenta de que su cepillo de dientes no estaba en el cuarto de baño, y de que una de las maletas grandes que normalmente utilizaban para los viajes a la India tampoco estaba en el sótano. Debía de haber decidido visitar a algún amigo, dijeron, pero no conocían a ninguno de los nuevos amigos de Rahul y no pudieron llamar a nadie. Denunciaron la desaparición del coche y fue localizado al día siguiente, abandonado en la estación de autobuses de Framingham. Roger, en un intento de ayudar, sugirió que se pusieran en contacto con Elena, pero no habían llegado a averiguar su apellido.

Una semana después llegó una carta con matasellos de Columbus, Ohio. No iba dirigida a nadie; ni siquiera había puesto el apellido familiar en el sobre. «No os molestéis en buscarme aquí —había escrito—. Sólo voy a pasar una noche. No quiero tener noticias de ninguno de vosotros. Haced el favor de dejarme en paz.» Se preguntaron cómo había llegado a Ohio, puesto que no tenía dinero, si habría ido haciendo autoestop. Transcurrió otra semana antes de que su madre se diera cuenta de que las bolsitas de cremallera que tenía escondidas al fondo de los cajones, tras su batiburrillo de sostenes británicos, con todas las joyas de oro que había adquirido a lo largo de su vida, todas las piezas representativas del éxito de su marido en América, buena parte de las cuales estaban destinadas a pasar a manos de la mujer con quien llegara a casarse Rahul, habían desaparecido.

Rahul llevaba ausente dos meses cuando Sudha descubrió que estaba embarazada; una noche durante su desgraciada luna de miel, su cuerpo había comenzado a engendrar una vida. De pronto, junto con lo terrible estaba ahora lo maravilloso, y las buenas noticias reanimaron a sus padres. Sudha pensaba en Rahul a menudo durante su embarazo, invadida por recuerdos y sueños

de su infancia, la existencia de la que ambos habían derivado, una experiencia que estaba tanto dentro como detrás de ella y que Roger nunca entendería. En su primer trimestre sus emociones caían en picado y remontaban sin aviso previo. Los días buenos creía que Rahul necesitaba alejarse para volver a poner en orden su vida. Los días malos temía que la policía llamara a sus padres para informarles que habían hallado su cadáver en una zanja. Rahul estuvo ausente las Navidades siguientes, que Sudha y Roger pasaron en Wayland, ausente en el hospital londinense la noche que dio a luz a Neel. Y ella se acostumbró, se acostumbró a tener un hermano al que nunca veía.

Embelesados con Neel, sus padres también se acostumbraron; ahora iban a Londres a la menor oportunidad, su diminuto nieto taponaba el monstruoso agujero que había dejado Rahul en su estela. Durante horas contemplaban la cunita, la criatura suave y terca con la piel clara de Roger y el cabello moreno de Sudha y un destino suyo por completo. Tras unos meses Sudha volvió al trabajo, primero tres días a la semana, luego cinco, se iba de casa a las ocho y media y regresaba a las seis, cogía a Neel de los brazos de la niñera y apenas pasaba dos horas con él, primero en el baño y luego acunándolo hasta que se dormía. La hacía sentir fatal que fuera un período tan breve de su jornada el que dedicaba a cuidar de Neel, pero se decía que era muy pequeño para advertirlo. Al niño se le iluminaba la cara nada más verla y se echaba a sus brazos como si fuera el ser más maravilloso de la tierra.

Fue entonces, en una época en que su vida estaba en el momento más agotador y también más gratificante, cuando, un frío sábado, regresó a casa de hacer la compra y encontró en el buzón un sobre procedente de América escrito de puño y letra de Rahul.

Se quedó plantada en el recibidor, con el empapelado dorado y marrón que Roger y ella tenían intención de cambiar, mirando aquella prueba simple pero inequívoca de la existencia de su hermano. Se preguntó cómo habría obtenido su nueva dirección, pero luego recordó que, cuando estuvo en casa para el banquete de boda, ella la había anotado en un papel y colgado en la puerta de la nevera. Neel sesteaba en la silla, ajeno a la existencia de su tío, sin saber de la conmoción que había hecho aflorar lágrimas a los ojos de su madre. Había un matasellos desvaído de Nueva York, y en el reverso del sobre, un apartado postal del interior del estado. Antes de abrir el sobre sacó un atlas. La ciudad estaba al norte de Ithaca. Se quedó pasmada: había dado por supuesto que se habría ido lo más lejos posible, a Oregón o California. Nunca se le había ocurrido que quisiera regresar ni remotamente cerca del lugar donde había fracasado tan espectacularmente. En el interior había una sola hoja escrita a máquina.

Querida Didi:

Espero que seas tú. Primero, quiero decir que lo lamento. Lamento todo. Sé que la jodí, pero ahora todo va mejor. Tengo un trabajo en un restaurante, como ayudante de cocinero. Nada del otro mundo, pero he aprendido a hacer unas tortillas estupendas. Además, estoy escribiendo otra obra de teatro. Se la enseñé a una persona que conocí aquí, un tipo que está dirigiendo cosas en Syracuse, ¡y dijo que aún necesita retoques pero que siga con ella! Vivo con Elena, ¿la recuerdas? Volvimos juntos y la convencí para que viniera. Crystal va a quinto y Elena consiguió un empleo en recursos humanos en la universidad. Puedes pensar lo que quieras sobre Elena, pero hizo que entrara en un programa de rehabilitación. Así que, como he dicho, las cosas van mejor. En cualquier caso, lo lamento todo y espero que tú (y Roger) podáis perdonarme por hacer el gilipollas en vuestra boda. Me alegro mucho por vosotros. Y me gustaría ir a Londres a veros, si os parece bien. He ahorrado un poco de dinero y este verano tendré vacaciones en el restaurante. Espero que no menciones nada de esto a nuestros padres.

Rahul

Ella contestó de inmediato, sin releer la carta ni molestarse en preguntarle a Roger si le parecía bien que su hermano se alojase con ellos. Arrancó una hoja del cuaderno que tenían junto al teléfono para los mensajes y escribió:

Querido Rahul:

Sí, soy yo. He tenido un hijo, un niño que se llama Neel. Tiene diez meses, y quiero que lo conozcas.

Se interrumpió ahí y luego firmó el papel. No tenía nada más que decir.

Llevaba sin verlo desde la noche de su boda, cosa que le parecía increíble. «Hola, Didi», dijo él cuando ella le abrió la puerta, sirviéndose aún del respetuoso término tradicional que sus padres le habían enseñado. No se sintió incómoda en absoluto; la visión de Rahul después de más de año y medio, de pie bajo el pórtico de la casa, no hacía sino completar una parte de ella que faltaba, como las prendas que podía volver a ponerse ahora que había desaparecido el peso del embarazo.

—Aquí está —le dijo a Rahul, acomodando a Neel en sus brazos. El bebé tendió una mano, sus dedos aferrados a una galletita digestiva. Emitió un suave balbuceo, asimilando a la nueva persona que tenía delante.

—Muy bien —dijo Rahul mientras le acariciaba la mejilla con el dorso del dedo índice—. Soy el majadero de tu tío, que por fin ha venido a verte. —Meneó la cabeza con incredulidad, observando los detalles del rostro de Neel, la nariz y los ojos, la boca y los mechones de pelo que Sudha tenía la impresión de conocer desde siempre.

Era Rahul el que había cambiado. Había engordado, lo suficiente para que sus rasgos antes refinados parecieran vulgares, el cuello y la cintura gruesos. Había adquirido la postura encorvada de un hombre mayor, vacilante. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con entradas sobre las sienes, las patillas largas. Sus vaqueros habían perdido la rigidez, deshilachados en los dobladillos. El blazer de raya diplomática parecía salido de una tienda de segunda mano y las mangas le quedaban un poco cortas.

—Es increíble que nacieras y yo sin enterarme. Eres absolutamente perfecto —le dijo a Neel. Miró a su hermana, luego al bebé, luego otra vez a Sudha—. Tiene tu cara, del todo.

—¿Tú crees? Yo veo la de Roger.

El negó con la cabeza.

—Nada de eso, Didi. Este niño es un Mukherjee de pura cepa.

Ella le enseñó la casa: la cocina y un cuartito de baño en el sótano, la sala arriba, dos dormitorios y un baño encima, el estudio de Roger bajo los aleros. A pesar de todos los pisos era una casa pequeña, y estaban constantemente subiendo y bajando escaleras, por las que Neel ya empezaba a intentar trepar. Los peldaños eran excesivos para el padre de Sudha, que había desarrollado recientemente bursitis en una rodilla, y la última vez que sus padres los habían visitado se quedaron con unos amigos en las afueras de Londres. Pero Roger había accedido a que Rahul durmiera en el sofá cama del estudio, por lo general cubierto de papeles.

—Échate una siesta si te apetece —le dijo ella.

Pero él rehusó, engatusó a Neel para que pasara a sus brazos y no lo soltó mientras Sudha pelaba patatas y hacía los preparativos para asar un pollo. Observó el espacio de techos bajos, con su suelo a cuadros blancos y negros, una mesa perpetuamente atestada, platos de cerámica

Spode y moldes cobrizos colgados en las paredes amarillas. Roger había pintado las paredes él mismo, la capa final aplicada con esponja. Rahul se detuvo delante de unas estanterías donde había libros de cocina, junto con fotografías enmarcadas. La mayor parte eran fotos de Neel: en las horas posteriores a su nacimiento, en brazos de sus abuelos maternos, sentado en la sillita delante de la casa. No había fotos de Rahul.

—¿Cuándo se sacó ésta? —preguntó.

—¿Cuál?

—Parece un *annaprasan*.

—Ah, eso —dijo ella, al tiempo que pinchaba un limón con el tenedor, recordando el día que dieron a Neel su primera papilla, ocasión para la que sus padres viajaron a Londres—. No fue más que una cosilla en casa —le aseguró, como si eso explicara la ausencia de Rahul.

Era el tío materno quien tradicionalmente daba la primera comida al niño. En el caso de Neel, había sido el padre de Sudha.

Cruzó la cocina hasta donde estaba ella delante de la tabla de cortar y se sacó el billetero del bolsillo de atrás. Con una mano la abrió para que quedara a la vista un retrato escolar de una niña sonriente con la cara cubierta de pecas y dos largas trenzas castañas.

—Ésta es Crystal —dijo con orgullo, y le explicó que se las arreglaba para estar en casa todos los días cuando la niña llegaba a casa del colegio; le servía un tentempié y luego preparaba la cena antes de que regresara Elena, y después se iba a hacer su turno en el restaurante. No sacó ninguna fotografía de Elena, pero Sudha la recordaba con claridad de aquella comida en la casa paterna. Sudha no le preguntó si Elena y él se habían casado, si iban a tener un hijo propio. Ella había intentado ayudar a su hermano, pero era Elena quien lo había conseguido—. Es una niña estupenda —añadió él antes de guardar la foto—. He pensado que podría comprarle un pequeño juego de té, ya sabes, algo genuinamente inglés. Le encantaría.

Levantó a Neel en el aire, meneándolo en plan juguetero, y restregó la cara contra su vientre, haciéndolo reír a carcajadas.

—Ten cuidado —le advirtió Sudha.

Rahul interrumpió el juego y cogió al bebé con firmeza; luego empezó a hacerle cosquillas y las carcajadas arreciaron otra vez.

—Tranquila, Didi. Ahora yo también soy padre.

Sudha y Roger tomaron vino blanco con la cena, pero Rahul sólo una gaseosa mezclada con zumo de naranja. Comieron al aire libre, en una mesita en el patio ajardinado, con vistas a los rosales que medraban a pesar de la desatención de Sudha y Roger. Ella había tenido dudas respecto al vino, si beberlo o no delante de su hermano. Había alguna que otra botella de whisky escocés y vodka en los armarios de la cocina, sobrantes de la fiesta de inauguración de la casa, así que las escondió al fondo de su armario y en el cofre de ropa que había a los pies de la cama, diciéndose que Roger no se daría cuenta. Neel estaba sentado en el regazo de Rahul, comiendo pegotes de puré de patata del dedo extendido de Roger.

—La primera vez en Londres, ¿no? —le preguntó Roger a su cuñado.

—Aparte de estar sentado en Heathrow docenas de veces de camino a Calcuta —respondió Rahul, y a Sudha le vinieron a la cabeza todos aquellos viajes que habían hecho juntos en su infancia para visitar a sus parientes, viajes que no se repetirían. Habían dormido en la misma cama, a menudo se bañaban juntos, lo veían todo a través de unos mismos ojos.

Rahul mencionó cosas que quería visitar a lo largo de la semana —el Museo Británico, la casa de Freud, el museo V&A— y preguntó si era posible ir a Stratford—upon—Avon a pasar el día. De pronto parecía desesperado por interactuar con el mundo, tras tantos años de permanecer metido en su habitación. Roger le dijo cuándo estaban abiertos los museos, qué exposiciones se podían visitar, y a Sudha le llamó la atención lo poco que se conocían su marido y su hermano, que siguieran siendo prácticamente desconocidos.

—Sobre todo quiero pasar tiempo con Neel —precisó Rahul—. Puedo llevarlo a un parque o un zoo, lo que sea.

Sudha le dijo que disfrutara, que Neel pasaba el día con una niñera, pero que por la tarde su sobrino sería todo suyo.

—Bueno, ¿para cuándo el siguiente? —preguntó Rahul, y se puso a Neel sobre las piernas, moviéndolas arriba y abajo.

—¿El siguiente qué? —preguntó Roger.

—El siguiente niño.

—¿Has estado hablando con Ma? —le preguntó Sudha, que se echó a reír antes de interrumpirse de súbito.

—¿Qué quieres, colega? —preguntó Rahul, mirando la cara vuelta hacia arriba de Neel—. ¿Un hermanito como yo, o una hermana?

Ahora que el tema de sus padres había salido a colación, ella decidió darle noticias suyas: que su padre se jubilaba a finales de año, y que estaban buscando un piso de compra en Calcuta.

—Ahora están allí —añadió.

—¿No están en Wayland?

—No. —Gracias a ello, a Sudha le había resultado más fácil ceñirse a la petición de Rahul y no contarles a sus padres lo de su visita.

—¿Van a trasladarse allí definitivamente?

—Tal vez. —Le contó los problemas de rodilla de su padre, que iba a someterse a cirugía para que le extrajeran el fluido. Un día, era consciente de ello, sería algo más grave, y entonces, si Rahul seguía ausente, ella se vería obligada a ser hija única de nuevo.

Después de cenar, Roger retiró los platos mientras Sudha subía a preparar el baño del bebé. Rahul fue con ella, se sentó en el retrete y se puso a soplar las burbujas de jabón que le había llevado a su sobrino mientras ella permanecía acuclillada en el suelo para enjabonarlo y lavarlo. Neel estaba encantado con las pompas, esperaba con los ojos como platos a que cada una de ellas emergiera de la varita de plástico, alargaba el brazo, las hacía estallar y pedía más a gritos.

—Bueno, pequeñín, es hora de acostarse —anunció ella tras unos minutos, al tiempo que retiraba el tapón de goma y dejaba que la bañera con patas en forma de garra se vaciara. Cogió la toalla de Neel, se la echó sobre el hombro y lo sacó. Lo envolvió y empezó a frotarle la cabeza—. Dile buenas noches a Mamu —dijo.

—¿Cómo los llama? —preguntó Rahul.

—¿A quién?

—A nuestros padres.

Ella vaciló, aunque no era una respuesta que tuviera que rastrear.

—Dadu y Dadi.

—Igual que nosotros —recordó con voz más queda—. Seguro que te tratan como a un rey —le dijo a Neel.

—Y que lo digas. Aún no hemos acabado de abrir todos los regalos de Navidad.

—¿Y que hay de las próximas Navidades? ¿Tenéis planes?

—Se supone que vendrán a Londres —empezó Sudha, atenta a su reacción—. Naturalmente, eres bienvenido —continuó, aun sabiendo que la idea era ridícula—. Todos vosotros, Elena y Crystal. Podríais alojaros en un hotel.

Entonces se interrumpió y cayó en la cuenta de que estaba conteniendo la respiración, temiendo que él volviera a alejarse de su vida. Sin embargo, Rahul dijo «Lo pensaré», cortándole todavía más la respiración, pues comprendió que, aun sin una tregua formal, la batalla había terminado, que él quería volver.

Rahul ya estaba levantado cuando Sudha bajó a la mañana siguiente, sentado a la mesa con Roger, con una camiseta ceñida a su cuerpo más grueso, el pelo sudoroso pegado a la cara. Llevaba pantalones cortos, y el vello de sus piernas bronceadas más rizado de lo que recordaba. Roger tomaba té mientras le enseñaba el mapa del metro, le decía qué trenes iban a cada sitio y le señalaba los parques adonde podía ir a correr.

—¿Adónde has ido? —le preguntó ella.

Puso la cafetera y luego calentó la leche para los Weetabix de Neel, que no tardaría en despertar.

—Ni idea —dijo él—. He salido una hora por ahí. Correr es mi nueva adicción. —Era la primera vez desde su llegada que aludía a su problema con la bebida—. Eso y el café.

Cuando estuvo listo, Sudha le sirvió una taza, le vio añadir tres cucharadas de azúcar y recordó aquella vez que fue a verla a la universidad, cuando ella le había dado su primera cerveza.

—¿Qué vas a hacer hoy?

Rahul se encogió de hombros.

—Quizá ir a un museo y dar una vuelta.

—Si estás listo dentro de veinte minutos, puedo llevarte hasta el metro —se ofreció Roger.

Mientras estaba en el trabajo, Sudha se preguntó qué estaría haciendo su hermano, si lo tentaría alguno de los cientos de pubs que hay en las calles de Londres. La preocupaba que algo fuese mal y su hermano volviera a desaparecer. Pero cuando regresó a casa esa tarde, se encontró a Rahul subiendo las escaleras a gatas detrás de Neel, fingiendo ser un león hambriento. Esa noche salieron a cenar comida india y tampoco bebió; se dedicó a cubrir el mantel de papel de la mesa con complejos dibujos. Volvió a sentarse con Sudha en el cuarto de baño mientras bañaba a Neel, y a la mañana siguiente salió a correr. Durante el resto de la semana se ciñó a su lista de actividades, volviendo siempre con algún regalito para su sobrino. Resultaba raro estar trabajando tanto tiempo mientras Rahul se encontraba de visita, pero Sudha pensó que era mejor, más seguro, que su tiempo estuviera limitado a las mañanas y las noches, momentos en que Roger y Neel estaban presentes.

El sábado por la mañana Rahul preparó tortillas, troceó con mano experta champiñones y cebollas tal como hacían los cocineros en la tele, y después sugirió ir todos al zoo de Londres. Se ofreció a llevar a Neel, y aunque a lo largo de la semana tanto Sudha como Roger se habían aprovechado de su presencia, dejándolo a cargo del niño cinco o diez minutos si tenían que ir a la tienda de la esquina por huevos o pan, algo así quedaba descartado. Sin embargo, una vez en el zoo, ambos padres se sintieron obsoletos. Rahul llevaba a Neel a hombros todo el rato, el cochecito que empujaba Sudha no contenía salvo su bolso. El bebé estaba igualmente entusiasmado, y llo-

ró con desconsuelo cuando Rahul tuvo que ir al servicio. Este había insistido en pagarlo todo: las entradas, los sándwiches y refrescos, el helado para Neel, el globo verde lima que estuvo flotando toda la tarde sobre sus cabezas.

—Estaba pensando en ir luego al cine —dijo cuando regresaban a casa, Neel todavía encima de sus hombros—. Pero creo que prefiero quedarme con este chavalito.

—No seas tonto —repuso Sudha—. Llevas apañándotelas con él todo el día. Te mereces un descanso.

Rahul negó con la cabeza.

—Me voy mañana, y tenemos que ponernos al día de muchas cosas. —Y añadió—: Sois vosotros los que necesitáis tomaros un descanso. ¿Cuándo fue la última vez que fuisteis solos al cine?

La idea se presentó como por arte de magia, un plan perfecto que daba mala espina. Ella miró de soslayo a Roger, y su hermano se dio cuenta.

—¿Qué pasa, no confiáis en mí?

—Claro que sí —dijo Roger. Se volvió hacia Sudha—. ¿Vamos, Su?

Ella se recordó que llevaban teléfono móvil; el cine estaba a diez minutos escasos en coche. Si iban a una de las primeras sesiones, volverían a tiempo para el baño de Neel.

—Voy a llamar a ver qué ponen —dijo.

—Nos quedaremos aquí mismo —le prometió Rahul, levantando la mirada desde el suelo del salón, donde Neel y él estaban apilando bloques. Ella quiso creerle.

No le habían dado llave y tampoco tenía adonde ir. Había dejado comida para el bebé, leche en una tacita con boquilla, y macarrones recocidos con los que resultaba imposible atragantarse. Le había recordado a Rahul que tuviera cuidado con Neel en las escaleras. Durante la película mantuvo conectado el volumen del móvil, desconfiando de que vibrara en el bolsillo de sus vaqueros. Tras la primera hora se levantó y llamó desde el vestíbulo.

—¿Todo bien?

—Todo de maravilla —respondió Rahul—. Parecía hambriento, así que le he dado algo de comer. —En segundo plano se oía a Neel golpeando algo, una taza o una cuchara, contra la bandeja de la trona.

—Estupendo. Volveremos pronto.

—No hay prisa —aseguró Rahul.

Así que, de regreso a casa, a sugerencia de Roger, se detuvieron en un mercado a comprar queso, mermelada y alguna otra cosa que necesitaban. Compraron tres buenos filetes para cenar y Roger dijo que prepararía una tarta.

Rahul y Neel no estaban en el salón, donde Sudha esperaba encontrarlos jugando entre los juguetes esparcidos por la moqueta. Había un programa infantil en la tele, pero nadie estaba viéndolo. Abajo en la cocina la trona estaba sin limpiar, con gomosos trocitos de pasta sumergidos en un charco de agua en la bandeja. El globo del zoo estaba atado a un lado y flotaba casi a la altura del techo. Todos los armarios superiores estaban abiertos, pero no parecía que hubieran sacado nada. Sudha los cerró a toda prisa mientras un sudor frío le perlaba los labios.

—No se han ido, el cochecito sigue aquí—señaló Roger.

Ella corrió escaleras arriba y oyó el chapoteo. Entonces se reprendió por haber cedido al pánico.

—¡No pasa nada! —anunció a voz en cuello—. ¡Está bañando a Neel!

Encontró a Neel en la bañera, llenando la tacita de agua y dejándola caer. Estaba sentado sin la anilla de plástico que solían ponerle para que no se ladeara. Estaba tembloroso, pero, aparte de

eso, contento, absorbo en su tarea, el agua hasta mitad del pecho. La mera visión de Neel allí sentado, desatendido, hizo que Sudha emitiera una serie de sollozos espontáneos y que una descarga de miedo le sacudiera las caderas. El agua ya no estaba caliente. Un resbalón y habría quedado boca abajo, su fino cabello moreno extendido como los rayos del sol, los mechones oscilantes en contraste con el cuerpo inmóvil.

—¿Dónde está tu tío? —le preguntó Roger, a pesar de que Neel aún no tenía palabras para responder. Lo sacó de la bañera de un tirón y el niño rompió a llorar.

Encontraron a Rahul en el estudio de Roger, dormido, un vaso oculto bajo el sofá cama. En su dormitorio, el cofre a los pies de la cama estaba abierto, los cuellos de las botellas asomando, acurrucadas en brazos de lana. Regresaron al estudio y fueron incapaces de despertar a Rahul, Sudha meneándolo por el hombro mientras sostenía a Neel. Roger se inclinó sobre la bolsa de lona de su cuñado y empezó a llenarla de ropa.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¿A ti qué te parece, Sudha?

—Lo hará él mismo cuando despierte.

Roger se incorporó, su semblante cualquier cosa menos cariñoso.

—Se lo estoy poniendo más fácil. No quiero que tu hermano ponga un pie en nuestra casa o se acerque a nuestro hijo nunca más.

Puesto que no podían gritarle a Rahul, empezaron a gritarse el uno al otro, la extraña calma alcanzada tras encontrar al bebé en el cuarto de baño ahora hecha añicos.

—Eres tú el que le ha dicho que confiábamos en él —dijo ella—. Has accedido a salir.

—No me culpes a mí. Apenas lo conozco. No se te ocurra cargarme la culpa de esto.

—No lo estoy haciendo —repuso ella, y se echó a llorar—. Lo siento. Debería habértelo dicho.

—¿Haberme dicho qué?

Ahora estaba llorando, con demasiada intensidad para que le salieran las palabras, y Neel empezó a llorar también. Roger se acercó y la cogió por los hombros, los brazos extendidos.

—¿Haberme dicho qué?

Y de alguna manera, a pesar de lo mucho que estaba llorando, se lo contó, le habló de aquella primera visita de Rahul a Penn, y de cómo ni siquiera le había gustado la cerveza, y luego de todas las latas que habían escondido a lo largo de los años y de cómo, con el tiempo, ya no fue un juego para él sino una manera de vivir, una manera de vivir que lo había alejado de su familia y lo había destrozado.

Roger paseó la mirada por el estudio con las paredes revestidas de libros, los armarios llenos de expedientes, retratos de la nobleza colgados detrás de la mesa. A su cara asomó un gesto indignado. Y entonces miró a Sudha, su indignación con ella igual de patente.

—Me mentiste. Yo nunca te he mentado, Sudha. Nunca te habría ocultado algo así.

Ella asintió. Seguía llorando mientras sujetaba a Neel con fuerza. Él le cogió a su hijo de los brazos y la dejó allí con Rahul, que seguía tumbado boca arriba, una pierna colgando del borde del sofá cama, la cara flácida vuelta hacia la pared.

No durmió en toda la noche, Roger rígido como una tabla a su lado. Se habían acostado con hambre, los tres filetes metidos en el congelador. Rahul no había despertado. Ella era consciente

de que su marido tenía razón, de que, si hubiera sido un hermano de él, ella habría actuado igual. Pensó en cómo sus padres, que antes creían que sus hijos estaban destinados al éxito, no habían sabido reaccionar ante el fracaso de uno de ellos. Tras todo lo que les había hecho pasar Rahul no habían renunciado a él, no lo habían expulsado de su casa. Eran incapaces de cerrarle sus puertas. Pero Roger sí era capaz, y Sudha cayó en la cuenta, conforme pasaba la noche en vela, de que ella también lo era.

Descabezó un sueño al alba y despertó una hora después al oír la ducha. Estuvo abierta un buen rato. Se puso nerviosa y se planteó llamar a la puerta, pero luego oyó que se abría, y minutos después, pasos mullidos escaleras abajo.

—Tenía intención de limpiar la trona —le dijo Rahul cuando ella fue a la cocina. Llevaba puesto un albornoz de Roger y tenía los ojos entornados, como si aquel espacio subterráneo estuviera inundado de luz. Su voz era ronca, los efectos del alcohol evidentes en la manera cuidadosa y al mismo tiempo torpe en que se movía. Había puesto agua a hervir, encendido el gas y echado una medida de café en el recipiente de vidrio—. Lo lamento.

—Creía que estabas mejor.

Él la miró de soslayo, sólo un instante. A ella le dio la impresión de que era un idiota, torpe y lento.

—¿Qué demonios ocurrió, Rahul?

No contestó.

—¿Es por mí? —preguntó ella, pues lo había pensado durante las largas horas en vela: se había preguntado si verla le había recordado el pasado, aquellas noches que desafiaban juntos a sus padres, sirviéndose cerveza en tazas con hielo y forjando un vínculo secreto.

El hervidor de agua emitió un silbido agudo. Ella apagó el fuego y vertió agua en la cafetera.

—Tienes que irte al aeropuerto —le dijo.

—Mi vuelo no sale hasta esta tarde.

—Ahora, Rahul. Tienes que irte ahora. Dejaste a Neel en la bañera. —Su voz sonó trémula y al mismo tiempo más alta, invadida de nuevo por la espeluznante imagen.

—Ah, ¿sí?

—Sí, Rahul —asintió, con nuevas lágrimas resbalándole por la cara—. Te desvaneciste y dejaste a nuestro bebé solo en una bañera. Podrías haberlo matado, ¿lo entiendes?

Él le dio la espalda. Apretó la cabeza contra un armario, meneándola lentamente mientras maldecía entre dientes. Todavía sin mirarla, dijo:

—Pero está bien, ¿verdad, Didi? He echado un vistazo en su habitación esta mañana y estaba dormido en su cuna como si nada.

—Tienes que irte ahora. —Sus palabras salieron casi en un suspiro. Era consciente de sonar como un disco rayado. La furia había hervido en su interior toda la noche; esa nube de tormenta había desatado su lluvia, y ahora estaba simplemente cansada.

—No probaba ni gota desde hacía meses —dijo—. No sé qué pasó. Tomé un sorbito y...

—Calla —dijo ella, y él obedeció—. No quiero oír tus explicaciones. ¿Me entiendes? No quiero oírlas.

Rahul no volvió a intentarlo. Subió a vestirse y recoger la bolsa y luego se quedó plantado en el salón mientras ella llamaba un taxi para ir a Heathrow. Le tendió cincuenta libras para cubrir el trayecto y él las aceptó. Luego se fue, salió a la calle antes de que llegara el taxi. Cuando éste se detuvo delante de la casa, Sudha se acercó a la ventana, retiró la cortina de encaje y lo vio subir al asiento trasero. El taxi se marchó y la dejó mirando la luz gris de la mañana. No era consciente

de cuándo había dejado de llorar. De pronto se sentía plenamente despierta. Oyó a Neel arriba, moviéndose en la cuna. Al cabo de unos momentos empezaría a llamar, la reclamaría, esperando el desayuno; era lo bastante pequeño para que Sudha fuera todavía sólo bondad para él, nada más. Regresó a la cocina, abrió un armario, sacó una caja de Weetabix y calentó leche en un cazo. Algo le rozó los tobillos y vio que el globo atado a la trona de Neel ya no estaba suspendido del cordel. Se había precipitado al suelo, una masa encogida incapaz de reventar. Cortó el cordel con una tijera y lo tiró a la basura, pensando en el marido que ya no confiaba en ella, en el hijo cuyo lloro ahora la interrumpía, en la familia en ciernes que se había resquebrajado esa mañana, tan típica y aterradora como cualquier otra.

No es asunto de nadie

De vez en cuando algún hombre llamaba a Sang con la intención de casarse con ella. Por lo general Sang no conocía a esos hombres. En ocasiones ni siquiera había oído hablar de ellos. Pero ellos habían oído que era guapa y lista y que tenía treinta años, y era bengalí y todavía soltera, así que esos hombres, la mayoría casualmente también bengalíes, obtenían su número a través de algún conocido de sus padres, quienes, según Sang, querían desesperadamente casarla. Según Sang, esos hombres siempre confundían los detalles cuando hablaban con ella: decían que tenían entendido que estudiaba física, cuando en realidad era filosofía, o que se había licenciado en Columbia, cuando en realidad era en la NYU, la llamaban Sangeeta, cuando en realidad se hacía llamar Sang. Los impresionaba que estuviera doctorándose en Harvard, cuando en realidad había dejado Harvard tras un trimestre y trabajaba a tiempo parcial en una librería de la plaza.

Los compañeros de piso de Sang, Paul y Heather, siempre sabían cuándo la llamada era de un candidato a novio. «Ah, hola», decía Sang, sentada a la mesa de la cocina de imitación nogal, poniendo los ojos en blanco, unos ojos de color metálico que a veces eran verdes. Se repantigaba en la silla, con gesto de molesta resignación, como si el metro en que iba se hubiera detenido entre dos estaciones. Para leve decepción de Paul, Sang nunca se mostraba grosera con esos hombres. Escuchaba mientras le explicaban la complicada e inverosímil conexión que existía entre ellos, conexiones que Paul envidiaba vagamente a pesar de que compartía casa con Sang, y cocina, y una suscripción al *Globe*. Los pretendientes llamaban de lugares tan lejanos como Los Angeles o tan cercanos como Watertown. Una vez, les contó a Paul y Heather, había accedido a conocer a uno de esos hombres, y él la llevó hacia el norte por la I-93 y desde la autopista le señaló la corporación para la que trabajaba. Luego la llevó a un Dunkin Donuts, donde, mientras tomaban rosquillas y café, le propuso matrimonio.

A veces, durante esas conversaciones Sang tomaba notas en la libreta para mensajes que había al lado del teléfono. Anotaba el nombre del hombre, o «Carnegie Mellon», o «le gustan la novelas de misterio» antes de que el bolígrafo comenzara a hacer garabatos, estrellas y partidas de tres en raya. Para mostrarse amable, ella también planteaba alguna pregunta, acerca de si el hombre disfrutaba con su trabajo de economista, dentista o ingeniero metalúrgico. Su excusa ante esos hombres, su manera de rehusar sus invitaciones a comer y tomar copas con ella, siempre consistía en la misma mentira: en ese momento estaba absorbida por los estudios, ya que se trataba de Harvard y tal. A veces, si Paul estaba sentado a la mesa, le escribía una nota en medio de la conversación: «Parece que tenga doce años», o «Un memo de cuidado» o «Este tipo vomitó una vez en la piscina de mis padres», y agitaba la libreta para que Paul la viera mientras sostenía el auricular entre la oreja y el hombro.

Era sólo después de colgar cuando Sang se quejaba. ¿Cómo se atreven a llamar estos hombres?, decía. ¿Cómo se atrevían a buscarla hasta dar con ella? Era una violación de su intimidad, un insulto a su condición de adulta. Era patético. Ojalá pudieran Paul y Heather oírlos alardear de sí mismos. A esas alturas, Heather comentaba en ocasiones: «Dios bendito, Sang, es increíble que te quejes. Docenas de hombres, hombres de éxito, igual hasta guapos, quieren casarse contigo, sin verte siquiera. ¿Y esperas que te compadecemos?» Heather, estudiante de derecho en la Boston College, llevaba cinco años amargamente soltera. Le decía a Sang que las propuestas eran románticas, pero ella negaba con la cabeza. «No es amor.» En opinión de Sang, se trataba prácticamente de un matrimonio concertado. En realidad, esos hombres no estaban interesados

en ella, sino en una criatura mítica creada por una intrincada cadena de rumores, un entramado de ilusiones de la comunidad india en el cual ella era una niña modélica ya de cierta edad que había sido pasada por alto, a pesar de años de clases de baile *bharat natyam* y de unas calificaciones perfectas en los exámenes de aptitud académica. Si hubieran tenido la menor idea de quién era en realidad y cómo se ganaba la vida pese a sus calificaciones, o sea manipulando una caja registradora y disponiendo libros de bolsillo en configuraciones piramidales, no querrían tener nada que ver con ella. «Y además —les recordaba siempre a Paul y Heather—, ya tengo novio.»

—Eres como Penélope —se permitió observar Paul una noche. Había estado leyendo últimamente el Homero de Lattimore, de cara a sus exámenes orales de literatura inglesa la primavera siguiente.

—¿Penélope? —Estaba plantada delante del microondas, calentando un poco de arroz.

Paul la observó mientras sacaba el plato y mezclaba el arroz humeante con la oscura salsa de lima picante que vivía junto a su mantequilla de cacahuete en la puerta de la nevera.

—¿De la *Odisea*? —dijo Paul con delicadeza, una pregunta para igualar la de ella.

Era alto sin ser desgarbado, con dedos y pantorrillas fuertes, y pelo fino de color pajizo. El detalle más evidente de su aspecto eran unas gafas caras de diseño, sus monturas granates perfectamente redondas, que una atractiva dependiente de una tienda en la calle Beacon le había convencido de comprarse. A Paul no le habían gustado las gafas, ni siquiera mientras estaban probándose, y no se había acostumbrado a ellas desde entonces.

—Claro, la *Odisea* —dijo Sang, y se sentó a la mesa—. Penélope. Sólo que yo no sé hacer punto.

—Tejer —la corrigió—. Era una mortaja lo que Penélope tejía y destejía, para mantener alejados a los pretendientes.

Sang se llevó el tenedor lleno de arroz a los labios y sopló para que se enfriara.

—Entonces ¿quién es la mujer que hace punto? —preguntó mirándolo—. Deberías saberlo.

Paul hizo una pausa, deseoso de impresionarla, pero no fue capaz de recordarlo. Sabía que era un personaje de Dickens, tenía las ediciones de bolsillo en su cuarto.

—Ahora mismo vuelvo —dijo. Pero de pronto se detuvo, aliviado—. *Historia de dos ciudades* —anunció—. Madame Defarge.

Paul había contestado al teléfono la mañana que Sang llamó por primera vez, a las nueve en punto de un sábado de julio, por el anuncio para compartir piso que habían puesto Heather y él en el *Phoenix*. La llamada lo había despertado y, mientras contestaba soñoliento en albornoz, se preguntó qué clase de nombre era Sang, casi esperando que fuera japonesa. No fue hasta que extendió un cheque para la fianza al final de su visita cuando vio que su nombre oficial era Sangeeta Biswas. Ése era el nombre que vería en su correo, en las etiquetas de los números de *Vogue*, gruesos y de olor acre, que recibía todos los meses, y en la ventanita del sobre que contenía la factura de la electricidad, de la que había decidido encargarse. Heather estaba en la ducha cuando llegó Sang y llamó al timbre, que emitió dos solemnes tonos, así que Paul la recibió solo. Llevaba el largo cabello suelto, cosa que, como averiguaría él, rara vez hacía, y mientras caminaba tras ella apreció la manera en que se aferraba el cuerpo con aire protector, sobre la curva de sus omóplatos. Ella había admirado la espectacular caja de escalera central, como hacía casi todo el mundo, dejando la mano posada sobre la barandilla. Las escaleras giraban seis veces en ángulo recto tras otros tantos peldaños y eran de reluciente madera oscura con un lustre de coñac. Era lo único de belleza perdurable en toda la casa, una falsa promesa de lo que había arriba: feos arma-

rios marrones en la cocina, cuartos de baño mohosos en los que faltaban azulejos, un omnipresente enmoquetado color avena para proteger los oídos de los raseros, que vivían abajo.

Ella comentó cuánto espacio había, recorriendo el rellano arriba y abajo antes de seguir a Paul hasta la habitación vacía. Había una alacena empotrada en el rincón, con pilastras dóricas, que Sang abrió y cerro. Él le dijo que en un principio aquella estancia había sido el comedor, y la vitrina tenía como fin guardar la vajilla. Había un cuarto de baño al otro lado del rellano; Paul y Heather compartían el más grande, arriba. «Tengo la sensación de estar dentro de una nevera vacía», comentó ella, refiriéndose a que las paredes, antaño azules, habían sido pintadas de blanco; el efecto, bajo la intensa luz del techo, era austero y frío. Pasó una mano por una pared y retiró con cuidado un pedacito suelto de cinta adhesiva. En otros tiempos había una entrada abovedada que conectaba la habitación con la cocina, posteriormente reformada, pero Sang observó que el arco aún era visible, como una cicatriz en el enlucido.

Mientras estaba allí sonó el teléfono, otra persona que contestaba al anuncio, pero ella ya había entregado el depósito. Había conocido a Heather, y los tres charlaron en el salón con la ventana salediza descascarillada, el blanco y mugriento sofá y el sillón acolchado amarillo. La pusieron al tanto de su sistema para repartirse las tareas, y de los caseros, ambos doctores en el hospital Brigham and Women's. Le explicaron que sólo había una conexión para el teléfono en la casa, en la cocina. El teléfono estaba unido a un cable tan largo que podían llevarlo hasta sus cuartos, aunque a veces el precio de arrastrar el cable más lejos de la cuenta era un persistente crepitar.

—Nos planteamos contratar otra línea, pero es bastante caro —dijo Heather.

—No tiene mayor importancia —aseguró Sang.

Y Paul, que rara vez hablaba por teléfono con nadie, guardó silencio.

Ella no tenía prácticamente nada que aportar a la casa, ni cacharros ni electrodomésticos, nada para la cocina salvo una achacosa planta colgante que dejaba caer hojas amarillentas en forma de corazón. Un domingo, un amigo la ayudó con una furgoneta a mudarse, un amigo que no era, según averiguó Paul, su novio (pues ella había mencionado un novio en su primera visita, diciéndoles que estaba en El Cairo para visitar a sus padres durante el verano, que era egipcio y profesor de historia de Oriente Medio en Harvard). El nombre del amigo era Charles. Llevaba zapatillas de deporte altas y una camiseta de un naranja intenso, el pelo recogido en una coleta menuda. Mientras descargaban un futón, dos enormes maletas estropeadas, bolsas de la compra y unas cajas, le contaba a Sang una cita que había tenido la víspera. Asomándose a la terraza donde intentaba leer *Los cuentos de Canterbury*, Paul se había ofrecido a ayudar, pero Sang le dijo que no, que no era nada. Su charla lo distraía y aun así permaneció allí, mirando a Sang a través de la barandilla. Charles le tomaba el pelo prohibiéndole que comprara muchas cosas, para que cuando volviera a mudarse resultara igual de fácil. Sang, que había estado riéndose de sus ocurrencias, de pronto se interrumpió con expresión pensativa. Levantó la mirada hacia la casa con un edredón arrebujado entre los brazos.

—No lo sé, Charles. No sé cuánto tiempo estaré aquí.

—¿Todavía no quiere vivir contigo hasta que estéis casados?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué alega? —preguntó Charles.

—Que no quiere echarlo todo a perder.

Su amigo trasladó el peso de la caja que cargaba.

—Pero reconoce que os vais a casar, ¿no?

Ella se volvió hacia la camioneta.

—Dice cosas como: «Cuando tengamos niños, compraremos una casa bien grande en Lexington.»

—Lleváis juntos tres años —le recordó Charles—. Así que está un poco chapado a la antigua. Esa es una de las cosas que te gustan de él, ¿verdad?

Las noches siguientes, Sang durmió en el sofá de la sala, sus cosas almacenadas temporalmente en un rincón, para pintar el cuarto. Tanto a Paul como a Heather les sorprendió: ninguno de los dos se había tomado la molestia de hacer gran cosa con su habitación al mudarse. Para las paredes escogió un relajante verde salvia; para la cenefa, un palidísimo lavanda, un color que la compañía de pinturas denominaba «topo». No era así como imaginaba ella un topo, le comentó a Paul mientras revolvía la lata vigorosamente en la encimera de la cocina. «¿Qué nombre le hubieras puesto tú?», le preguntó de repente. A él no se le ocurrió nada. Pero una vez arriba, a solas ante su enorme mesa de madera contrachapada, de pronto recordó el helado que su madre siempre pedía en la heladería Newport cuando su familia salía a comer hamburguesas el domingo por la noche. Su madre había muerto hacía años, su padre poco después. Habían adoptado a Paul ya bastante mayores, cuando tenían cincuenta y tantos, así que a menudo la gente los tomaba por sus abuelos. Esa tarde en la cocina, cuando entró Sang, Paul dijo:

—Zarzamora.

—¿Qué?

—La pintura.

Al rostro de Sang asomó una sonrisita de comprensión, la sonrisa que cabría ofrecer a un niño perplejo.

—Qué gracia —dijo.

—¿El nombre?

—No. Me hace gracia cómo has retomado una conversación que mantuvimos hace unas seis horas dando por sentado que yo recordaría de qué iba.

En cuanto salió de su habitación a la mañana siguiente, Paul detectó el olor a pintura, fresco y al mismo tiempo empalagoso, y oyó el susurro del rodillo desplazándose arriba y abajo por la pared. Después de que Heather se hubiera marchado, Sang empezó a poner música, un CD tras otro de Billie Holiday. Estaban teniendo una racha de días bochornosos y sofocantes, y Paul trabajaba en el frescor relativo del salón, a unos metros de ella al otro lado del rellano.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó ella al verlo cuando iba al cuarto de baño—. Esta música debe de estar volviéndote loco. —Vestía unos vaqueros cortados y una camiseta negra con tirantes como de sostén. Iba descalza, las pantorrillas y los muslos salpicados de pintura.

Paul mintió al decirle que a menudo estudiaba con la música puesta. Al observar que donde más iba ella era a la cocina, para enjuagar las brochas o comer yogur de una tarrina grande, el segundo día se instaló allí, preparó una tetera y, para regocijo de Sang, puso la alarma de su reloj de pulsera para saber cuándo retirar las hojas de té. Por la tarde llamó a la hermana de Sang. Por un momento, Paul pensó que era la propia Sang, que lo llamaba misteriosamente desde su habitación. «No puedo hablar, estoy pintando mi cuarto de salvia y topo», informó alegremente a su

hermana, y cuando volvió a posar el auricular sobre el soporte marrón oscuro dejó alguna que otra huella de color topo.

A Paul le gustaba estudiar en su efímera compañía. Ella estaba impresionada de lo avanzado que iba con su doctorado; le comentó que, después de que dejara Harvard un año atrás, su madre se había encerrado en su habitación una semana y su padre le retiró la palabra. Pero es que se había hartado del mundo académico, de lo competitivo que era, de que hacía que uno se convirtiera en un monje. Eso hacía su novio, siempre andaba aislando trozos de su jornada y trabajando en casa con el teléfono desconectado, escribiendo ponencias para su siguiente congreso. «Se te dará bien —le aseguró a Paul—. Estás plenamente dedicado, salta a la vista.» Cuando le preguntó qué conllevaba su examen, él le contó que tendría una duración de tres horas, que habría tres profesores formulando preguntas y que cubriría tres siglos de literatura inglesa y europea.

—¿Y pueden preguntarte todo lo que quieran? —quiso saber ella.

—Siempre y cuando sea razonable.

—¡Vaya!

Paul no le contó toda la verdad: que ya se había presentado al examen el año anterior y lo había suspendido. Su comité y un puñado de alumnos eran los únicos que lo sabían, y si Paul prefería ahora quedarse en casa era con el fin de evitarlos. Aquella luminosa mañana de mayo no había suspendido porque no estuviera preparado, sino porque su mente lo había traicionado, inexplicablemente agarrotada como un terco músculo que le torciera el pie mientras dormía. Durante cinco angustiosos minutos, mientras los profesores mantenían la mirada fija en él con sus cuadernos llenos de preguntas, mientras el tráfico iba y venía por la avenida Commonwealth, no había sido capaz de responder a la primera pregunta, acerca de la cómica villanía en *Ricardo III*. Había leído la obra tantas veces que podía imaginar todas y cada una de las escenas, no tal como podrían representarse sobre un escenario, sino en las pálidas columnas impresas en su edición Pelican de Shakespeare. Notó que se ponía de un tono carmesí; era la pesadilla que había padecido durante meses antes del examen. Sus profesores se mostraron pacientes, probaron con otra pregunta, que él vadeó miserablemente entre tartamudeos, interrumpiéndose en medio de una idea e incapaz de continuar, hasta que, al cabo, un profesor, el cabello blanco como una nivea corona en torno a un cráneo por lo demás desnudo, alzó la mano, igual que un guardia para detener el tráfico, y dijo: «El candidato sencillamente no está preparado.» Paul regresó andando a casa, la corbata que había comprado para la ocasión metida en el bolsillo, y no salió durante una semana. Cuando regresó al campus, había adelgazado cinco kilos y la secretaria del departamento le preguntó si se había enamorado.

Sang llevaba una semana viviendo con ellos cuando llamó un pretendiente. Para entonces, ya había terminado de pintar y la lóbrega habitación estaba transformada. Estaba retirando la cinta adhesiva de las ventanas cuando Paul le dijo que un tal Asim Bhattacharya llamaba de Ginebra. «Dile que no estoy», respondió ella sin vacilar. Paul anotó el nombre, minuciosamente deletreado por su interlocutor, quien justo antes de colgar pidió: «Dile que es Pinkoo, nada más.»

Llamaron más hombres. Uno le preguntó a Paul, con aire de abatimiento, si era el novio de Sang. La mera posibilidad, articulada por un desconocido, le provocó una sacudida. Algo semejante había ocurrido una vez en la casa, el primer año que Paul vivía allí: dos compañeros de piso se enamoraron y se mudaron para casarse. «No —le dijo al hombre que llamaba—. Soy su compañero de piso.» Aun así, durante el resto del día notó la carga de la pregunta, preocupado por-

que de alguna manera hubiera cometido una trasgresión por el mero hecho de contestar al teléfono. Unos días después se lo comentó a Sang. Ella se rió. «Probablemente ahora está horrorizado, al saber que vivo con un hombre —le dijo—. La próxima vez responde que sí.»

Una semana después, en cierto momento estaban los tres en la cocina. Heather llenaba el termo de té de equinácea porque había pillado un resfriado y tenía clases todo el día. Sang permanecía inclinada sobre el periódico y el café; la vispera, se había encerrado en el cuarto de baño y ahora llevaba unos reflejos rojizos en el pelo. Cuando sonó el teléfono y Paul contestó, él dio por sentado que era otro pretendiente, pues, al igual que muchos de éstos, el hombre que llamaba tenía un leve acento extranjero, aunque éste era más refinado que torpe. La única diferencia fue que en vez de preguntar por Sangeeta pidió por Sang. Cuando Paul le preguntó quién era, él dijo con un deje de impaciencia: «Soy su novio.» Las palabras repicaron sobre el pecho de Paul como el golpeteo sordo y sin embargo doloroso de un instrumento médico. Vio que Sang lo miraba a la expectativa, la silla ya medio apartada de la mesa.

—¿Para mí?

El asintió, y Sang se llevó el teléfono a la habitación.

—Su novio —informó Paul a Heather.

—¿Cómo se llama?

El se encogió de hombros.

—No lo ha dicho.

—Bueno, debe de estar dando saltos de alegría —comentó Heather no sin cierta aspereza, al tiempo que enroscaba el tapón del termo.

Paul se compadeció de Heather, con la nariz roja y agrietada y la cintura tan gruesa, pero más que nada adoptó una actitud protectora para con Sang.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—A que si ha vuelto su amante, ahora puede mandar a tomar por saco a todos esos otros tipos.

Cuando Paul regresó en bici tras toda una jornada de hacer fotocopias en la biblioteca, vio a Sang y su novio en la acera, mirando hacia la casa. Había un BMW verde botella aparcado junto al bordillo. La pareja tenía un aire de intimidación, sus cabezas morenas inclinadas la una hacia la otra.

—Mantente alejada de la ventana cuando te cambies de ropa —le oyó decir Paul—. Se ve a través de la cortina. ¿No podrías mudarte a una habitación en la parte de atrás?

Se apeó de la bici a escasa distancia de ellos y ajustó las correas de la mochila. Incómodo, cobró conciencia de que iba pobremente vestido: pantalones cortos, sandalias Birkenstock y una vieja camiseta de Dartmouth, sus pálidas piernas salpicadas de vello rubio enmarañado. El novio vestía unos vaqueros desteñidos que le sentaban como un guante, camisa blanca, una americana azul marino y zapatos de cuero marrones. Sus rasgos angulosos provocaban admiración sin resultar imponentes. Su pelo, por contraste, era más bien largo y enmarcaba su rostro con un estilo espléndido, inesperado. Parecía varios años mayor que Sang, pero en cierta manera se asemejaba mucho a ella, pues tenían la misma estatura, la misma tez dorada, la misma rociada de lunares bajo los labios. Mientras Paul caminaba hacia ellos, el novio de Sang seguía inspeccionando la casa, escudriñaba la fachada victoriana amarilla y ocre como si buscara defectos, hasta que apartó la mirada de repente, distraído por el ladrido de un perro.

—¿Tienen perro tus compañeros de piso? —pregunto Dio un extraño pasito como de baile para colocarse parcialmente detrás de Sang.

—No, bobo —respondió ella en tono de guasa, al tiempo que le pasaba la mano por la nuca—. Nada de perros, nada de fumadores. Sólo llamé a esos anuncios por ti. —Los ladridos cesaron y el silencio pareció puntuar sus palabras. Llevaba un collar al cuello, cuentas de lapislázuli; ahora lo toqueteaba de una manera que hizo pensar a Paul que se trataba de un regalo—. Paul, éste es Faruk. A Faruk le dan miedo los perros. —Y besó al novio en la mejilla.

—Freddy —dijo Faruk, que asintió en vez de tender la mano, sus palabras más dirigidas a Sang que a Paul.

Ella negó con la cabeza.

—Por enésima vez, no pienso llamarte Freddy.

Faruk la miró sin asomo de buen humor.

—¿Por qué no? Tú esperas que la gente te llame Sang.

Ella no se incomodó en absoluto.

—Eso es distinto. Sang es parte de mi nombre.

—Bueno, yo soy Paul, y a grandes rasgos es todo lo que puedes llamarme —terció.

Ninguno rió.

De pronto, ella nunca estaba en casa. Cuando estaba, se quedaba en su cuarto, a menudo al teléfono y con la puerta cerrada. A la hora de cenar solía estar ausente. Los artículos en su estante de la nevera, las grandes tarrinas de yogur, las galletitas saladas y los *taboulis* permanecían intactos. El yogur acabó por lucir un manto de pelusilla verde, lo que provocó chillidos de repugnancia cuando Sang lo destapó por fin. Era de lo más natural, se decía Paul, que los dos quisieran estar juntos a solas. Se sorprendió al encontrársela un día en una pequeña *delicatessen* del barrio, con la cesta llena a rebosar de comida que no llevaba a casa, redecillas de color violeta de chalotas, queso de cabra en aceite, carne envuelta en papel de estraza. Como estaba lloviendo, Paul, que había ido en coche, se ofreció a llevarla. Ella se lo agradeció pero rehusó, y se dirigió hacia el cruce, con una gorra de béisbol de Harvard en la cabeza y la bolsa de comestibles abrazada contra el pecho. Él no sabía dónde vivía Faruk, pero se imaginó una hermosa casa en la calle Brattle, con puerta acristalada y elegantes molduras.

Siempre le producía cierta conmoción encontrarse a Faruk en la casa. Sus visitas eran poco frecuentes, y por lo visto aparecía y desaparecía sin dejar huella. A menos que Paul mirase por la ventana y viera el BMW, siempre aparcado con precisión a la sombra de un abedul, era imposible saber si estaba. Nunca decía hola ni adiós; antes bien, se comportaba como si Sang fuera la única inquilina de la casa. Nunca se sentaban en el salón ni en la cocina. Sólo una vez, cuando Paul regresó de dar una vuelta en bici, los vio en la planta superior, almorzando en la terraza. Estaban sentados uno junto al otro, y ella llevaba un tenedor hacia la boca de él, con la otra mano haciendo cuenco debajo. Para cuando Paul entró en la casa, se habían retirado a su habitación.

Cuando no estaba con Faruk, le hacía cosas. Revisaba pruebas de algún artículo escrito por él, en busca de erratas. Le concertaba citas para el médico. En cierta ocasión se pasó toda una mañana con las páginas amarillas, pidiendo presupuestos de alicatado; Faruk estaba pensando en renovar la cocina.

Para finales de septiembre, Paul se percató de una rutina: los lunes, que Sang tenía libres en la librería, Faruk iba a almorzar. Lo hacían en su habitación; a veces él los oía hablar mientras co-

mían, u oía el sonido de las cucharas en los cuencos de sopa, o los *Nocturnos* de Chopin. Eran amantes silenciosos —afortunadamente, en comparación con otras parejas que había tenido que oír en la casa a lo largo de los años—, pero aun así su presencia no tardó en impulsarlo a ir a la biblioteca los lunes, pues lo afectaba, avergonzado por la vez que la puerta estaba entornada y vio a Faruk subiéndose la cremallera de los vaqueros. Habían trascurrido tres años desde Theresa, la única novia que había tenido en su vida. Desde entonces no había salido con nadie. Fue por Theresa que había decidido hacer un posgrado en Boston. Durante unos meses vivió con ella en su apartamento de la calle Saint Botolph. Por Acción de Gracias fue a la casa de los padres de ella en Deerfield. Y allí terminó todo. «Lo siento, Paul, no puedo evitarlo, sencillamente no me gusta cómo me besas», le dijo una vez acostados. Se recordó desnudo, sentado en un lado del colchón, en una habitación que, de pronto fue consciente, nunca volvería a ver. No había discutido; en la estela de su vergüenza se tornó curiosamente eficiente y agradable, con ella y con todo el mundo.

Una noche, a altas horas, Paul estaba leyendo en la cama cuando oyó que un coche aparcaba delante de la casa. El despertador en la mesilla señalaba las dos y veinte. Apagó la lámpara y se levantó a mirar por la ventana. Era noviembre. Una luna llena iluminaba la calle amplia y vacía, bordeada de bolsas de basura y contenedores de reciclaje. Había un taxi delante de la casa, el motor todavía en marcha. Sang se apeó sola. Durante cerca de un minuto permaneció en la acera. Él aguardó junto a la ventana hasta que ella subió al porche, y luego escuchó mientras subía la escalera y cerraba la puerta de su habitación. Faruk la había recogido esa misma tarde; Paul la había visto subirse a su coche. Pensó que tal vez se habían peleado, aunque al día siguiente no detectó el menor indicio de discordia. La oyó casualmente hablar con Faruk por teléfono de buen ánimo, decidiendo qué película alquilar. Pero esa noche, en torno a la misma hora, ocurrió lo mismo. La tercera noche, Paul permaneció despierto aposta para asegurarse de que Sang volvía a casa.

A la mañana siguiente, domingo, Paul, Heather y Sang desayunaron tortitas en la cocina. Sang había puesto un CD de Louis Armstrong en su habitación mientras Paul freía las tortitas en dos sartenes de hierro colado.

—Kevin va a quedarse a dormir esta noche —anunció Heather. Lo había conocido recientemente. Era físico en el MIT—. Espero que no os importe.

—Claro que no —dijo Paul. Kevin le caía bien. Había ido un par de veces a cenar y traía cervezas y ayudaba con los platos al acabar, hablando con Paul tanto como con Heather.

—Es una pena que no coincidamos nunca. Parece muy agradable —comentó Sang.

—Ya veremos —dijo Heather—. La semana que viene celebramos un mes juntos.

Sang sonrió, como si esa modesta conmemoración fuera en realidad algo mucho más importante.

—Enhorabuena.

Heather cruzó los dedos.

—Supongo que el siguiente paso es cuando das por sentado que vais a pasar los fines de semana juntos.

Paul miró de soslayo a Sang, que guardó silencio. Se levantó y regresó del sótano cinco minutos después con una cesta llena de ropa limpia.

—Bonitos calzoncillos —dijo Heather al ver varios pares doblados encima del montón.

—Son de Faruk —señaló Sang.

—¿No tiene lavadora? —indagó la otra.

—Sí —respondió Sang, ajena al ceño de Heather—. Pero funciona con monedas.

Las discusiones empezaron en torno a Acción de Gracias. Paul oía a Sang llorar al teléfono en su habitación, el cable gris extendido sobre el linóleo y luego por el rellano hasta desaparecer bajo su puerta. Una de las peleas tuvo que ver con una fiesta a la que había sido invitada Sang; Faruk no quería asistir. Otra fue acerca del cumpleaños de él. Sang había pasado la víspera preparando una tarta. La casa olía a naranjas y almendras y Paul oyó la batidora en marcha a altas horas de la noche. Pero, la tarde siguiente, vio la tarta en la basura.

Una vez, al volver de clase, descubrió el BMW aparcado delante de la casa. Era un día de diciembre dolorosamente frío; a primera hora de esa mañana habían caído los primeros copos de la temporada. Al pasar por delante del cuarto de Sang, Paul oyó su voz enfurecida. Tenía un tono acusador: ¿Por qué nunca quería conocer a sus amigos? ¿Por qué no la invitaba a casa de su primo para Acción de Gracias? ¿Por qué no quería que pasaran la noche juntos? ¿Por qué, al menos, no la llevaba en coche a casa?

—Los taxis los pago yo —se defendió él en voz queda—. ¿Qué más da?

—Lo detesto, Faruk. No es normal.

—Ya sabes que no duermo bien cuando estás allí.

—¿Cómo vamos a casarnos? —exigió saber—. ¿Se supone que vamos a vivir en casas distintas toda la vida?

—Sang, por favor. Intenta mantener la calma. Van a oírte tus compañeros de piso.

—¡Olvídate de mis compañeros de piso! —gritó ella.

—Estás histérica.

Ella se echó a llorar.

—Ya te lo advertí, Sang —dijo Faruk, que parecía desesperado—. No pienso pasar la vida con una mujer que monte numeritos.

—Vete a la mierda.

Algo, un plato o un vaso, se estrelló contra una pared. Luego la habitación quedó en silencio. Tras mucha deliberación, Paul llamó suavemente a la puerta con los nudillos. Nadie respondió. Unas horas después, Paul estuvo a punto de toparse con Sang cuando ella salía del baño envuelta en una toalla rosa oscuro. Llevaba el pelo mojado sin peinar y enredado, con un moño que emergía como un nidito a un lado de su cabeza. Durante semanas, Paul había anhelado verla aunque fuera brevemente de esa manera, pero aun así la visión de sus piernas y brazos desnudos, su cara y sus hombros húmedos, lo pilló completamente desprevenido.

—Hola —saludó, y pasó rápidamente por su lado.

—Paul —le dijo ella un instante después, como si sólo entonces hubiera cobrado conciencia de su presencia.

Él se volvió para mirarla; aunque apenas eran más de las cuatro, el sol ya se ponía en la ventana del salón, proyectando un haz de luz dorada a un lado de Sang en el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella se cruzó de brazos, cubriéndose cada hombro con una mano. Tenía parte de la frente recubierta de lo que parecía pasta dentífrica.

—Lamento lo de antes.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Tienes que estudiar para un examen.

Los ojos le relucían intensamente y tenía una curiosa sonrisa estática en el rostro, los labios entreabiertos. Paul iba a devolverle la sonrisa cuando vio que ella estaba a punto de llorar. Así que asintió y dijo:

—No importa.

Faruk no llamó durante una semana, aunque cuando sonaba el teléfono ella se precipitaba a contestar. Estaba en casa todas las noches para cenar. Mantenía largas conversaciones con su hermana en Londres. «Dime si te parece normal —la oyó casualmente Paul al entrar en la cocina—. Íbamos en coche un día y me dijo que olía mal. A sudor. Me dijo que me lavara las axilas. Luego insistió en que no era una crítica, que la gente enamorada debería poder decirse cosas así.» Un día, Charles pasó a recoger a Sang y por la tarde ella regresó con bolsas de tiendas de Kittery. Otra noche aceptó una invitación para ver una película en el Coolidge con Paul, Heather y Kevin, pero cuando llegaron a la taquilla adujo que tenía dolor de cabeza y regresó caminando a casa. «Apuesto a que han roto», dijo Heather una vez sentados en sus butacas.

Pero la semana siguiente Faruk llamó cuando Sang estaba en el trabajo. Aunque él no se molestó en identificarse, Paul llamó a la librería y le dejó un mensaje.

La relación retomó su curso, pero Paul reparó en que Faruk ya no ponía un pie en la casa. Ni siquiera llamaba al timbre. Se detenía junto al bordillo, con el motor todavía en marcha, y tocaba la bocina tres veces para indicar que ya estaba esperándola, y entonces Sang bajaba.

Sang decidió ir a Londres en las vacaciones de Navidad. Su hermana había tenido un hijo recientemente. Le enseñó a Paul las cosas que había comprado para el niño: trajecitos llenos de corchetes, un pulpo de peluche, una camiseta de marinero francés en miniatura, un móvil de estrellas y planetas que relucía en la oscuridad.

—Me van a llamar Sang Mashi —le dijo entusiasmada, y le explicó que en bengalí *mashi* quería decir «tía».

La palabra sonó extraña en sus labios. Rara vez hablaba bengalí: nunca con su hermana, nunca con sus pretendientes, sólo alguna palabra de vez en cuando con sus padres, en Michigan, con los que charlaba los fines de semana.

—¿Cómo se dice *bon voyage*? —le preguntó Paul.

Ella le dijo que no estaba segura.

En su ausencia, a Paul le resultaba más fácil estudiar, notaba la mente espaciosa y despejada. Faltaban menos de seis meses para su examen. Ya se había fijado la fecha y la hora, el primer martes de mayo, a las diez en punto, marcado con una en el calendario que tenía encima de su mesa. Desde el verano había ido abriéndose camino, otra vez, por la lista de poemas, ensayos críticos y obras de teatro, redactando resúmenes de los mismos en su ordenador. Imprimió los resúmenes, abrió tres orificios en las hojas y los distribuyó en una serie de clasificadores. Escribió otros resúmenes de los resúmenes en fichas que repasaba antes de acostarse, archivadas en cajas de zapatos. Para Navidad, estaba invitado a casa de una tía en Buffalo, como siempre. Ese año, con el examen como excusa, rehusó la invitación y se limitó a enviar regalos por correo. Heather también estaba ausente; ella y Kevin se habían ido a esquiar a Vermont.

Para conmemorar el nuevo año, Paul estableció una nueva rutina que abarcaba toda la casa. Por la mañana repasaba poesía sentado a la mesa de la cocina. Después de comer, crítica en el salón. Una obra de Shakespeare antes de acostarse. Empezó a dejar sus cosas, sus carpetas y cajas de zapatos y libros, en la mesa de la cocina, en determinados peldaños de la escalera, en la mesita de centro del salón. Una tarde de nieve estaba repantigado en el sillón, leyendo sus notas sobre la *Poética* de Aristóteles, cuando de pronto sonó el timbre.

Era un repartidor de UPS con un paquete para Sang, algo de J. Crew. Paul firmó y lo llevó a su habitación. Lo dejó contra la puerta, lo que hizo que ésta se entreabriera. La cerró con firmeza y se quedó allí inmóvil un momento, con la mano todavía en el pomo. Aunque ella se encontraba en Londres, llamó antes de entrar. El futón estaba pulcramente hecho, con un edredón de *batik* rojo encima. Las paredes verdes estaban desnudas salvo por dos miniaturas indias enmarcadas con escenas de palacio, hombres que fumaban en narguiles recostados sobre almohadones, mujeres con el vientre desnudo bailando en corro. No se apreciaba en absoluto el desorden que por alguna razón imaginaba cada vez que pasaba por delante de su cuarto; sólo fuera, del otro lado de las ventanas, estaba el silencioso caos de la nevada. La nieve caía en espirales alborotadas y, sin embargo, cubría con pulcritud la barandilla marrón del porche, más abajo, como si fuera una cenefa pintada. Una cortina blanca de lino estaba holgadamente recogida con un pañuelo de seda color melocotón que en ocasiones Sang llevaba anudado al cuello, lo que hacía que la cortina pareciera un fino reloj de arena. Paul desató el pañuelo de manera que la cortina cubriera la ventana. Sin llegar a tocar el pañuelo con la cara, olió el perfume que moraba entre sus fibras. Se acercó al futón y se sentó en él, extendiendo las piernas sobre la moqueta color avena. Se quitó los zapatos y los calcetines. Junto al futón, en una caja de vino, había un botecito de vaselina y un vaso lleno de agua en el que se acumulaban las burbujas. Se desabrochó el cinturón, pero de pronto lo abandonó el deseo, ausente de su cuerpo igual que ella estaba ausente de la habitación. Volvió a abrocharse el cinturón y retiró lentamente el edredón. Las sábanas eran de algodón, azules y blancas, con un estampado de flores de lis.

Se había quedado dormido cuando oyó sonar el teléfono. Salió dando traspiés, descalzo, del cuarto de Sang y fue a la cocina, donde el linóleo estaba frío.

—¿Dígame?

Nadie respondió, y estaba a punto de colgar cuando oyó el ladrido de un perro.

—¿Dígame? —repitió. Se le pasó por la cabeza que quizá fuese Sang, una mala conexión desde Londres—. ¿Sang, eres tú?

La persona que llamaba colgó.

Esa noche, después de cenar, volvió a sonar el teléfono. Al contestar, oyó el mismo perro de antes.

—¡Calla, *Baltathar* —exclamó una voz de mujer en cuanto Paul dijo hola. Su tono era vacilante. Quería saber si estaba Sang.

—No está. ¿Quiere dejarle un mensaje?

La mujer le dio su nombre, Deirdre Frain, y un número de teléfono. Paul lo anotó en la libreta de mensajes, debajo de Partha Mazoomdar, un pretendiente que había llamado desde Cleveland por la mañana.

Al día siguiente, Deirdre volvió a llamar. Paul le dijo otra vez que Sang no estaba, y añadió que no regresaría hasta el fin de semana.

—¿Dónde está? —preguntó Deirdre.

—En el extranjero.

—¿En El Cairo?

Eso lo cogió por sorpresa.

—No, en Londres.

—En Londres —repitió ella, con alivio evidente—. Londres. Muy bien. Gracias.

La cuarta llamada se produjo a altas horas de la noche. Paul, que ya se había acostado, bajó y buscó a tientas el teléfono en la oscuridad.

—Soy Deirdre. —Parecía levemente sin resuello, como si fuera ella, y no él, quien se había apresurado a contestar.

Paul encendió la luz y se restregó los ojos detrás de las gafas.

—Como le he dicho, Sang no ha regresado aún.

—No quiero hablar con Sang. —La mujer arrastraba las palabras, exagerando la pronunciación del nombre de Sang con un deje levemente cruel.

Paul oyó música, una trompeta que resonaba suavemente.

—Ah, ¿no?

—No —dijo ella—. En realidad, tengo una pregunta.

—¿Una pregunta?

—Sí. —La mujer hizo una pausa, se oyó el tintineo de un cubito de hielo al caer en un vaso. Con un tono de flirteo añadió—: Bueno, ¿cómo te llamas?

Él se quitó las gafas y dejó que la habitación se tornara borrosa. No recordaba la última vez que una mujer le había hablado así.

—Paul.

—Paul —repitió ella—. ¿Puedo hacerte otra pregunta, Paul?

—¿Qué?

—Se trata de Sang.

Paul se puso rígido. Una vez más, había pronunciado su nombre sin el menor cariño.

—¿Qué pasa con Sang?

—Es tu compañera de piso, ¿verdad? —dijo Deirdre al cabo de un instante.

—Eso es.

—Bueno, me preguntaba, entonces, si sabes si... ¿son primos?

—¿Quiénes?

—Sang y Freddy.

El volvió a ponerse las gafas, y todo volvió a cobrar forma en torno a él. Lo desconcertó la curiosidad de la mujer. No era asunto suyo, quiso decirle, pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, Deirdre se echó a llorar quedamente.

Paul miró el reloj de la cocina; eran casi las tres de la mañana. La culpa era suya. No debería haber contestado al teléfono a esas horas. Ojalá no le hubiera dicho su nombre a esa mujer.

—Deirdre —dijo poco después, cansado de escuchar la—. ¿Sigues ahí?

Ella dejó de llorar. Su respiración era irregular, penetrante.

—No sé quién eres —dijo Paul—. No entiendo por qué me llamas.

—Estoy enamorada de él.

Paul colgó, con el corazón desbocado. Sintió deseos de ducharse. Le habría gustado borrar su nombre de la libreta. Se quedó mirando el auricular, con restos de las huellas de color topo de Sang aún visibles aquí y allá. Por primera vez desde el comienzo de las vacaciones de Navidad

se sintió solo en la casa. La llamada tenía que ser un camelo. La mujer debía de referirse a alguna otra Sang. Quizá fuese una treta en nombre de alguno de sus pretendientes indios, para sembrar sospechas, para alejarla de Faruk con engaños. Antes de que Sang partiera hacia Londres, las peleas habían cesado y las cosas entre ella y Faruk, que Paul supiera, seguían igual. En la sala, había estado envolviendo una cartera de cuero marrón y un par de guantes de conducir de hombre. La noche anterior a su partida reservó mesa para los dos en el Biba. Faruk la había llevado al aeropuerto.

A la mañana siguiente lo despertó el timbre del teléfono. Paul se quedó en la cama, escuchándolo mientras contemplaba las pálidas ramas del árbol delante de su ventana. Contó hasta doce tonos antes de que parara. El teléfono sonó media hora después, y él volvió a hacer caso omiso. La tercera vez, estaba en la cocina. Cuando dejó de sonar, desconectó el cable de la clavija.

Aunque estudió en silencio durante el resto del día, se notaba inquieto. Sentado esa tarde en la cocina con un volumen de Spenser de tamaño ladrillo, se veía incapaz de concentrarse en los versos, irritado por las notas al pie, por lo mucho que le quedaba por aprender. Se preguntó cuántas veces habría intentado llamarlo Deirdre desde que había desconectado el teléfono. ¿Se habría dado por vencida? Las llamadas le parecían obsesivas. Se preguntó si aquella mujer sería de las que pasaban a la acción y acababan tomándose un frasco de pastillas.

Después de cenar, Paul volvió a conectar el teléfono. No hubo más llamadas, y sin embargo seguía dándole vueltas a la cabeza. Algo le decía que volvería a intentarlo. Había cometido el error de decirle cuándo regresaría Sang. Tal vez Deirdre le diría a Sang lo mismo que le había dicho a él, acerca de que estaba enamorada de Faruk. Antes de acostarse, se sirvió una topa de Dewar's, un regalo enviado por su tía de Buffalo. Después marcó el número que le había dejado Deirdre, que contestó de inmediato con un saludo cantarín.

—Deirdre, soy Paul.

—Paul —repitió ella lentamente.

—Me llamaste anoche. Soy el compañero de piso de Sang.

—Claro. Paul. Me colgaste, Paul. —Parecía un poco borracha, pero de mejor humor.

—Escucha, lo lamento. Sólo quería asegurarme de que no hay rencor entre nosotros.

Deirdre suspiró.

—Qué encantador por tu parte, Paul.

—Y pedirte que hagas el favor de no volver a llamarme —añadió él tras una pausa considerable.

—¿Por qué? —Había pánico en la voz de Deirdre.

—Porque no te conozco —respondió él.

—¿Te gustaría conocerme, Paul? —preguntó ella—. Soy muy simpática.

—Tengo que colgar —dijo él con firmeza, confiando en no provocarla—. Pero igual hay alguna otra persona con quien puedas hablar. ¿Algún amigo?

—Freddy es amigo mío.

La mención de Faruk, que hubiese empleado su apodo, perturbó a Paul tanto como la noche anterior. La víspera, había supuesto que Deirdre tal vez fuese una alumna de Faruk en Harvard, prácticamente una adolescente, encaprichada con un hombre mayor. Se la imaginó sentada al fondo de una sala de conferencias, visitándolo en su despacho, haciéndose una idea equivocada.

De pronto tomó forma en la mente de Paul una pregunta sencilla y razonable que era, al mismo tiempo, una pregunta emponzoñada.

—Bueno, ¿de qué conoces exactamente a Faruk? —inquirió con tono despreocupado, como si estuviesen charlando en una fiesta.

No creía que fuera a decírselo, pensó incluso que colgaría, tal como le había colgado él, pero trabaron fácilmente conversación. Fue Deirdre quien llevó la voz cantante. Le dijo a Paul que era oriunda de Vancouver, y que se había mudado a Boston a los veintitantos para estudiar interiorismo. Conoció a Faruk un domingo por la tarde, año y medio atrás, cuando salía de una cafetería en el South End. Él la siguió hasta mitad de la manzana, le dio un toque en el hombro y la miró de arriba abajo sin disimular su deseo. «No te lo puedes imaginar —le dijo Deirdre, recordándolo—. No te puedes imaginar lo que se siente.» Aun así, había sido caballeroso. En su primera cita fueron a Walden Pond. Luego compraron maíz y tomates y prepararon salmón a la parrilla en el jardín trasero de ella. A Faruk le encantaba su casa, una vieja granja de dos hectáreas de terreno. Él le dijo que quería renovar la cocina y le pidió que hiciera los planos. El Día del Trabajo, fueron juntos al monte Sunapee. Ella dijo otras cosas a las que Paul prestó oídos, sin saber muy bien hasta qué punto creerla, pues, o bien Faruk y Deirdre tenían una aventura en toda regla, o bien Deirdre sencillamente estaba inventándose todo, tal como a veces inventan cosas las personas solitarias y borrachas. En un momento dado, Paul se dirigió hacia el pasillo y abrió la puerta de Sang para asegurarse de que la cortina estuviera atada tal como la recordaba.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Deirdre de repente.

—¿Que qué hay de mí? —dijo él.

—Bueno, yo estoy dale que te pego y tú todavía no has dicho nada. ¿Cómo eres? ¿Te consideras feliz?

Paul había sacrificado una hora con esa mujer. Le dolía la oreja de tener tanto rato el auricular apoyado en ella.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dijo. Tragó saliva al tiempo que cerraba la puerta del cuarto de Sang—. Tiene que ver con Sang.

—Son primos, ¿verdad? —dijo Deirdre. Paul apenas alcanzaba a oírla—. ¿No es así?

La desesperación con que lo preguntó llevó a Paul a tener una certeza aplastante. Supo que todo lo que le había contado era cierto, y la certidumbre de que algo se había torcido terriblemente lo arrasó tal como lo había arrasado su examen. Tal como lo habían arrasado las palabras de Theresa.

—Sang y Faruk no son primos —aseguró. Sintió un extraño poder interior mientras hablaba, consciente de que la información podía destrozarla.

Ella guardó silencio.

—Son novio y novia, Deirdre —añadió—. Una pareja en serio.

—Ah, ¿sí? —dijo ella en tono desafiante—. ¿Hasta qué punto en serio?

—Se ven cuatro o cinco noches a la semana —respondió él tras pensarlo un momento.

—¿De veras? —Para satisfacción de Paul, el dato pareció afectar a Deirdre.

—Sí —dijo, y añadió—: Llevan juntos más de tres años.

—¿Tres? —La palabra fue apagándose poco a poco, de tal manera que por un instante Paul pensó que iba a echarse a llorar de nuevo, pero cuando volvió a hablar su voz sonó clara—. Bueno, nosotros también somos una pareja en serio. Fui a recogerlo ayer al aeropuerto cuando regresó de El Cairo. Lo he visto esta noche. Ha estado cenando aquí, en mi casa. Me ha hecho el amor en las escaleras, Paul. Hace una hora todavía lo notaba goteándome por los muslos.

Sang regresó de Londres con regalos para la casa, KitKats con envoltorios rojos, té de Harrods, mermelada, galletitas recubiertas de chocolate. Una instantánea de su sobrino quedó colgada en la puerta de la nevera; su carita sonriente aparecía apretada contra la de Sang. Paul, desde su cuarto, vio que era Faruk quien la dejaba en la casa. Al cabo, Paul había bajado por las imponentes escaleras, que ahora era incapaz de utilizar sin una efímera imagen de Faruk desnudo encima de una mujer que no era Sang. En la cocina abrió su armario y sacó el Dewar's.

—Vaya, veo que las cosas han cambiado mucho por aquí —comentó Sang con una sonrisa y enarcando las cejas en un gesto divertido, mirándolo servirse una copa.

—¿A qué te refieres?

—Estás bebiendo whisky escocés. De haberlo sabido, podría haberte comprado un whisky de malta en el *duty-free*, en vez de los KitKats.

Imaginársela comprándole un regalo lo deprimió. Se mostraban amistosos, pero no eran amigos. Él le ofreció un vaso de whisky, que ella aceptó. Se sentaron juntos a la mesa. Ella hizo entrechocar su vaso con el de él.

Sang empezó a revisar el correo que Paul le había ido recogiendo. Tenía el cabello unos centímetros más corto; olía intensamente a un perfume especiado.

—No conozco a ninguna Deirdre —señaló al leer sus mensajes en la libreta—. ¿Dijo por qué llamaba?

Paul se había terminado el vaso y ya se sentía apaciguado por la bebida. Negó con la cabeza.

—No sé qué debería hacer —añadió ella.

—¿Acerca de qué?

—Bueno, ¿debería devolverle la llamada?

Él se levantó, abrió el congelador y cogió unos cubitos de hielo para servirse otra copa. Cuando regresó a la mesa, Sang estaba tachando el nombre con lápiz.

—Paso. Seguro que se trata de esa pesadez de ventas por teléfono o algo así.

Evitar a Sang era fácil. Fue en la biblioteca de la universidad, que a Paul por lo general le resultaba tan carente de encanto, con sus suelos de cemento y sus cubículos individuales de estudio y estanterías grises de metal recubiertas de anónimas máximas filosóficas escritas a bolígrafo, donde Paul empezó a pasar los días. En casa, descubrió que le resultaba igual de sencillo llevarse un sándwich a su habitación. El invierno dejó paso a una primavera reacia, húmeda, rebosante de viento y lluvias sesgadas que azotaban la ventana junto a la cama de Paul. Cuando sonaba el teléfono, nunca respondía. Los primeros días tras el regreso de Sang, estaba convencido, una y otra vez, de que debía de ser Deirdre, y de que exigiría hablar con Sang. Pero Deirdre no llamaba. Paul esperaba que su voz, las cosas que le había contado, se desvanecieran de su memoria. Sin embargo, las conversaciones se habían alojado con tozudez en su mente, junto con todas las obras de teatro, los poemas y los ensayos. Veía a dos personas nadando en Walden Pond, sus cabezas asomaban a la superficie del agua. Pero tampoco podía olvidarse de Sang, que un día tras otro desaparecía para cenar en casa de Faruk. Allí estaba, sentada a la mesa de la cocina, haciendo reservas para el viaje de Faruk a El Cairo en verano, delante de una hoja de papel en la que había escrito el número de su tarjeta de crédito. Tras dos meses, Deirdre aún no había llamado, y Paul dejó por fin de temer que lo hiciera.

Paul se tomó un descanso de los estudios durante las vacaciones de primavera. «Deja de hincar los codos. Probablemente eso es lo que te pasó la primera vez. Vete al Caribe», le sugirió su tutor. En cambio, Paul se quedó en casa, pero se declaró oficialmente de vacaciones. Fue a ver películas en el Brattle, se pasó dos días preparando un estofado. Un día se llegó en coche hasta Wellfleet, haciendo el esfuerzo de no llevarse un libro. Decidió irse en bicicleta hasta Concord para ver la casa de Emerson; el sábado por la mañana descubrió que tenía que arreglar la cadena y subió la bici a la terraza. Cuando levantó la mirada, descubrió que Sang estaba allí de pie, con el teléfono en la mano, el cable extendido hasta el límite.

—Acaba de ocurrir algo raro —dijo.

—¿Qué?

—Era esa tal Deirdre. Esa cuyo mensaje tomaste cuando yo estaba fuera.

Paul se inclinó y fingió hurgar en la caja de herramientas, en busca de algo.

—Preguntaba por Faruk —continuó Sang—. Dice que es una amiga suya, que ha venido de visita a la ciudad.

—Ah. Entonces debió de llamar para eso —comentó él, aliviado al oír que era cuanto Deirdre le había dicho.

—Faruk nunca ha mencionado a ninguna Deirdre.

—Ah.

Sang se sentó en una tumbona, con el teléfono en el regazo, inclinada hacia él. Se irguió, con la mirada fija en el teléfono, pulsando números al azar sin levantar el auricular.

—Faruk no tiene amigos —dijo—. Desde que lo conozco, jamás me ha presentado un solo amigo. Soy su única amiga, en realidad. —Miró intensamente a Paul, y por un segundo él temió que estuviera a punto de establecer algún paralelismo, señalar que Paul tampoco tenía ningún amigo. En vez de eso, añadió—: De todos modos, ¿cómo ha conseguido mi número?

Lo había mirado en la agenda de Faruk; Deirdre se lo había confesado a Paul. Faruk se lo había puesto fácil al anotarlo bajo la ese de Sang, el nombre de la prima que le había mencionado en un tono que le hizo sospechar. Paul negó con la cabeza al tiempo que se incorporaba y apretaba los frenos de mano de la bicicleta.

—No lo sé. Supongo que yo se lo preguntaría a Faruk.

—Claro. Preguntarle a Faruk. —Sang se levantó y volvió a entrar en la casa.

Esa noche, cuando Paul regresó de Concord, se la encontró sentada a la mesa de la cocina. Sang guardó silencio mientras él se acercaba a la nevera a sacar las sobras del estofado.

—Faruk no está —dijo, como si respondiera a una pregunta que Paul le hubiese formulado—. No ha pasado por casa en todo el día.

Paul levantó la tapa de la cazuela y vertió unas gotas de agua en el guiso.

—¿Quieres un poco de esto?

—No, gracias —repuso ella con el ceño fruncido.

Paul metió el estofado en el horno y se sirvió un whisky. Notaba un grato dolor en los músculos de los brazos y las piernas. Tenía intención de ducharse antes de comer.

—Bueno, ¿cuándo llamó exactamente esa tal Deirdre? —preguntó Sang, deteniéndolo cuando salía de la cocina.

Él se volvió para mirarla a la cara:

—No lo recuerdo. Fue cuando estabas en el extranjero.

—¿Y te dijo algo?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué te dijo, exactamente?

—Nada. No hablé con ella —respondió Paul, con el pulso desbocado; por fortuna, ya estaba cubierto de sudor—. Sólo quería que la llamas.

—Bueno, no puedo devolverle la llamada. Ni siquiera me dejó su número. Qué extraño. ¿Te pareció a ti una persona... peculiar?

Paul recordó las lágrimas de Deirdre. «Estoy enamorada de él», le había dicho, a pesar de que hablaba con un perfecto desconocido. Miró a Sang mientras intentaba adoptar una expresión de perplejidad.

—No sé muy bien a qué te refieres.

Ella soltó un suspiro de impaciencia.

—¿Me la acercas? —le pidió, señalando la libreta de mensajes.

Paul vio que Sang empezaba a pasar las páginas, siguiendo con el dedo todas y cada una de las líneas.

—¿Qué buscas? —preguntó al cabo de un momento.

—Su número.

—¿Por qué?

—Quiero llamarla.

—¿Por qué?

Ella levantó la mirada con gesto exasperado.

—Porque quiero, Paul. ¿Te supone algún problema?

Él subió a ducharse. No era asunto suyo, se dijo mientras el agua caliente caía sobre su cuerpo, y luego, mientras se secaba, se peinaba hacia atrás, envuelto en vapor. Cuando volvió a bajar, se la encontró de rodillas, hurgando en la papelera de reciclaje, rodeada de pilas de periódicos y revistas.

—Maldita sea —masculló Sang.

—¿Qué estás buscando ahora?

—El número. Recuerdo que arranqué esa página por alguna razón. Creo que la tiré. —Empezó a meter otra vez los periódicos y las revistas en la papelera—. Maldita sea —repitió. Se levantó y propinó una leve patada a la papelera—. Ni siquiera recuerdo su apellido. ¿Y tú?

Paul tomó aliento como para sellar la información en su interior, pero luego negó con la cabeza, aliviado ante la oportunidad, al fin, de mostrarse sincero con ella. Él también había olvidado el apellido de Deirdre. Era un apellido de una sílaba, pero, aparte de ese detalle, se había desvanecido de su cerebro.

—Oye, Paul —le dijo Sang poco después—. Lamento haberme puesto tan antipática hace un momento.

El cruzó la cocina y abrió el horno.

—No te preocupes.

El estómago de Sang gruñó lo bastante fuerte como para que Paul lo oyese.

—Dios santo, acabo de darme cuenta de que no he probado bocado en todo el día. Pensándolo bien, creo que voy a comer un poco de ese guiso. ¿Preparo ensalada?

Iba a ser la primera comida de ambos a solas, sin Heather. Paul había ansiado una ocasión así. Solía sentirse torpe y cohibido cuando estaba en la misma habitación que Sang. Ahora lo que experimentaba era temor.

—Supongo que era un poco rara —dijo lentamente, mirando la nuca de Sang, que, inclinada sobre el fregadero, estaba cortando la lechuga. Ella se volvió.

—¿Cómo? ¿En qué sentido te pareció rara?

Paul se sentía tan nervioso que por un terrible instante temió que se le escapara una risotada. Sang lo miraba fijamente. El grifo seguía abierto. Tendió el brazo hacia atrás para cerrarlo y entonces la cocina quedó en silencio.

—Estaba llorando —dijo por fin.

—¿Llorando?

—Bueno... sí.

—¿Llorando... cómo?

—Llorando, sin más. Como si estuviera disgustada por algo.

Sang abrió la boca, pero antes de hablar la mantuvo abierto por unos segundos.

—A ver si lo entiendo. Esa tal Deirdre llamó y preguntó por mí.

Paul asintió.

—Eso es.

—Y tú le dijiste que no estaba.

—Eso es.

—¿Y entonces se echó a llorar? —Sí.

—Y después, ¿qué pasó?

—Eso fue todo. Después colgó.

Sang asintió lentamente, al parecer satisfecha con la información. Pero al cabo de un instante negó bruscamente con la cabeza, como para desechar la idea.

—¿Por qué no me lo contaste?

Paul lamentó haberle ofrecido el estofado. Lamentó haber respondido al teléfono aquel día. Lamentó que fuera Sang y no otra persona quien se hubiera mudado a la habitación, a la casa, a su vida.

—Te lo conté —dijo con calma, al tiempo que mentalmente trazaba una línea entre ellos—. Te dije que llamó.

—Pero no me contaste esto.

—No.

Sang abrió los ojos como platos, incrédula.

—¿No se te pasó por la cabeza que pudiera interesarme?

Paul apretó los labios y apartó la mirada.

—¿Y bien? —exigió saber ella, ahora a voz en cuello—: ¿No se te pasó por la cabeza?

Como seguía sin obtener respuesta, Sang se acercó, decidida, a él, con los puños apretados. Paul se preparó para recibir un golpe, volviendo la cara hacia un lado. Pero no lo golpeó, sino que se echó las manos a la cabeza, como para recuperar el equilibrio.

—Dios mío, Paul. —Su voz era tan aguda que resultó casi inaudible—. ¿Qué demonios te pasa?

A partir de ese día fue ella la que empezó a evitarlo. Pasó las siguientes noches fuera de casa. Paul la vio subir a la camioneta de Charles con una bolsa para el fin de semana. Puesto que para entonces Heather, si bien no de manera oficial, prácticamente se había ido a vivir con Kevin, Paul se encontró solo en la casa. Transcurrió una semana antes de que volviera a ver a Sang. Creyéndose solo, no se había molestado en cerrar la puerta. Ella entró en su habitación; llevaba un bonito vestido que él no había visto nunca, blanco, de algodón, sin mangas y ceñido a la cintura. El cuello era recto y dejaba sus clavículas al descubierto.

—Hola —dijo.

—Hola —repuso Paul. No la había echado de menos en absoluto.

—Mira, sólo quería decirte que se trata de un enorme malentendido. Deirdre es en realidad una vieja amiga de Faruk, de hace mucho tiempo. De la universidad.

—No tienes que explicármelo —dijo Paul.

—Vive en Canadá —continuó Sang—. En Vancouver.

—Ya.

—Hablan una vez al año o así. Faruk le mencionó mi nombre hace años, cuando empezamos a salir y él vivía en otro apartamento, y ella lo recordó. Intentaba ponerse en contacto con él porque va a casarse y quería enviarle una invitación. No tenía la nueva dirección de Faruk ni su número de teléfono, y no aparece en el listín. Por eso lo intentó aquí. —Parecía extrañamente entusiasmada con su enrevesada explicación. Sus mejillas habían tomado cierto color—. Sólo una cosa, Paul.

Él levantó la mirada.

—¿Qué?

—Faruk llamó a Deirdre por lo que dijiste.

—¿Lo que dije?

—Lo de que estaba llorando. —Sang se encogió de hombros y luego los dejó caer con gesto de despreocupación—. Me dijo que ella no tiene ni idea de a qué te referías. —Su voz sonó como comprimida, las palabras pronunciadas de manera apresurada, y muy juntas.

—¿Estás diciendo que me lo inventé?

Ella guardó silencio.

Paul le había contado que estaba llorando por su bien. Aquella noche en la cocina, mientras la veía preparar la ensalada, había tenido la sensación de que las paredes se venían abajo en torno a ella. Había querido prevenirla de alguna manera. Ahora sintió deseos de apartarla del marco de la puerta junto al que se encontraba.

—¿Por qué iba a inventarme una historia semejante? —Notó que le latía un nervio en la sien.

En vez de discutir con él, Sang le dirigió una mirada compasiva y apoyó la cabeza contra la jamba de la puerta.

—No lo sé, Paul. —Se le pasó por la cabeza que era la primera vez que lo visitaba en su habitación. Por un momento, dio la impresión de que buscara un lugar desocupado donde sentarse. Ir-guió la cabeza.

—¿De veras pensaste que eso me llevaría a abandonarlo?

—No pensé que fuera a llevarte a nada —replicó Paul. Apretó las mandíbulas. Notó el cuerpo pesado a causa de la acusación de Sang, entumecido—. No me lo inventé.

—Lo que quiero decir es que una cosa es que te guste, Paul —continuó ella—, que estés enca-
prichado conmigo... Pero inventarte una historia así... —Se interrumpió y compuso un gesto que
no era una sonrisa—. Es patético, la verdad. ¡Patético! —Y se marchó de la habitación.

Cuando volvieron a cruzarse, ella no se disculpó por el arrebato. No parecía enfadada, sólo indi-
ferente. Paul reparó en que un ejemplar del *Phoenix*, que ella había dejado encima del microon-
das, estaba doblado por la sección inmobiliaria, y que había marcado algún que otro anuncio. Iba
y venía de casa de Faruk. Cuando por casualidad se cruzaba con Paul, levantaba la mirada fu-
gazmente, con una sonrisita mecánica, y la desviaba de inmediato, como si fuera invisible.

La siguiente vez que Sang tenía que ir a trabajar a la libre ría, Paul permaneció levantado en su
habitación hasta que la oyó marcharse. Una vez que se hubo ido, fue a la cocina y vació la pape-
lera de reciclaje, que no habían desocupado en todo el invierno. Hojeó todas y cada una de las
revistas, desplegó todos y cada uno de los periódicos, en busca del papel con el número de telé-
fono de Deirdre. Hubiera sido típico de Sang, pensó, buscarlo y no encontrarlo. Pero Paul tampo-
co consiguió dar con él. Sacó la guía telefónica y la abrió al azar rastreando el nombre de Deirdre,
sin importarle lo ridículo de su actitud. Entonces lo recordó. Su apellido. Se deslizó de regreso a
su memoria sin el menor esfuerzo, acompañado por el sonido de la voz de Deirdre al presentarse
aquella noche, meses atrás, al teléfono. Pasó a la página de las efes y allí la vio, D. Frain, una di-
rección de Belmont. Presionó con la uña del índice debajo de la entrada, haciendo una tenue mar-
ca en el papel.

Telefoneó al día siguiente. Dejó un mensaje en el contestador pidiéndole que lo llamara. Se sin-
tió aturdido después de hacerlo. En cierto sentido, fue su miedo a que Deirdre no le devolviese la
llamada, consciente de que ella también mantenía ahora las distancias, lo que lo llevó a seguir te-
loneando, a seguir dejando mensajes. «Deirdre, soy Paul. Llámame, por favor», decía cada vez.

Y entonces, un día, ella contestó.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Paul.

Ella reconoció su voz.

—Lo sé. Escucha, Paul...

—No está bien —la atajó. Estaba sentado en una cabina en el vestíbulo de la biblioteca y veía a
los estudiantes enseñarle la identificación al guardia de seguridad. Buscó más monedas en el bol-
sillo—. Te escuché. Me mostré amable. No tenía por qué hablar contigo.

—Lo sé. Lo siento. Estuvo mal por mi parte. —Ya no parecía borracha ni coqueta, desesperada
ni disgustada en absoluto. Sonaba perfectamente normal, amable pero distante.

—Ni siquiera le conté todo lo demás que me dijiste. —Paul vio que había un estudiante delante
de la cabina, a la espera de que terminara de hablar. Bajó la voz. Se sentía ligeramente histérico
—. ¿Recuerdas todo aquello?

—Mira, por favor, ya te he dicho que lo siento. ¿Puedes esperar un momento? —Se oyó un tim-
bre. Transcurrido un minuto, volvió a ponerse al teléfono—. Ahora tengo que colgar. Ya volveré a
llamarte.

—¿Cuándo? —exigió saber Paul, temeroso de que le mintiera, de que fuese una treta para li-
brarse de él. En enero, cuando quiso poner fin a su conversación con Deirdre, ella le suplicó que
permaneciera al aparato.

—Más tarde. Esta noche —respondió.

—Quiero saber cuándo.

Ella le aseguró que lo llamaría a las diez.

La idea acudió a su mente en cuanto hubo colgado, con el auricular aún en la mano. Salió de la biblioteca y se fue a la tienda de electrónica RadioShack más próxima.

—Necesito un teléfono —le dijo al vendedor—. Y un adaptador con dos entradas.

Fue una noche que Sang trabajaba en la librería; como siempre, a las nueve ella ya estaba en casa. No le dijo nada a Paul cuando entró en la cocina para recoger el correo.

—He llamado a Deirdre —le informó Paul.

—¿Por qué no dejas de liarte de esa manera? —dijo Sang con voz neutra, mientras hojeaba un catálogo.

—Va a llamarme a las diez en punto —continuó Paul—. Si quieres, puedes escuchar sin que ella lo sepa. Tengo otro teléfono y lo he conectado a nuestra línea.

Ella dejó el catálogo y se fijó en el otro aparato.

—Dios bendito, Paul —siseó—. Me parece increíble, joder.

Se fue a su habitación; a las diez menos cinco salió y sentó junto a Paul. Él había dispuesto los teléfonos uno al lado del otro en la mesa. Exactamente a las diez y un minuto, sonaron ambos teléfonos. Paul cogió un auricular.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Deirdre.

El asintió, al tiempo que dirigía un gesto a Sang, que lentamente, con cuidado, descolgó el otro auricular y se lo llevó a la oreja sin que llegara a tocarla. Lo sostuvo de una forma muy poco natural, con el micrófono apartado de la boca, dirigido hacia el hombro.

—Como te he dicho, Paul, lamento haberte llamado. No debería haberlo hecho —dijo Deirdre.

Parecía relajada, dispuesta a hablar, sin prisa, al parecer. Paul se tranquilizó un poco.

—Pero me llamaste.

—Sí.

—Y lloraste por lo de Faruk.

—Sí.

—Y luego me hiciste quedar como un embustero.

Ella guardó silencio.

—Lo negaste todo.

—Fue idea de Freddy.

—Y tú le seguiste la corriente —apuntó Paul. Estaba mirando a Sang, que se mordía con fuerza el labio inferior.

—¿Qué iba a hacer, Paul? —dijo Deirdre—. Cuando se enteró de que te había llamado se puso furioso. Se negó a verme. Desconectó el teléfono. No me abrió la puerta.

Sang apoyó la palma de la mano en el borde de la mesa, como para apartarla, pero acabó echando hacia atrás la silla, que emitió un chirrido contra el linóleo. Paul se llevó un dedo a los labios, pero entonces cayó en la cuenta de que, para Deirdre, era él quien había hecho el ruido. Ella siguió hablando:

—Escucha, Paul, lamento haberte metido en todo esto. Siento de veras haberte llamado. Pero es que Freddy me decía una y otra vez que Sang era prima suya, y cuando le pedí que me la pre-

sentara se negó. Al principio no me importó. Supuse que yo no era la única mujer de su vida. Pero luego me enamoré de él.

Quería creerlo, le explicó Deirdre. Era una mujer de treinta y cinco años, ya casada y divorciada. No tenía tiempo para algo semejante.

—Pero le he puesto fin —añadió con toda naturalidad—. Ya sabes, hubo un momento en que llegué a creer que no podía vivir sin mí. Ese es el efecto que causa en las mujeres. Depende de ellas. Les pide que hagan un centenar de cosas, les hace creer que su vida no funcionaría sin ellas. Esta tarde, cuando has llamado, era él; quería verme, quería que siguiera en la reserva. No tiene ningún amigo, ¿sabes? Sólo amantes. Creo que las necesita, del mismo modo que otras personas necesitan una familia o amistades. —De pronto sonaba razonable y reflexiva, como si estuviera describiendo una aventura que hubiese tenido años atrás.

Sang tenía los ojos cerrados y movía la cabeza lentamente de un lado a otro. El perro estaba ladrando.

—Ese es mi perro —explicó Deirdre—. Detestaba a Freddy. Es del tamaño de un balón, pero, cada vez que viene, Freddy me hace poner una barandilla en las escaleras.

Sang respiró hondo. Dejó el auricular con suavidad encima de la mesa y luego volvió a cogerlo.

—Tengo que colgar —dijo Paul.

—Yo también —dijo Deirdre—. Creo que ahora tienes que contárselo.

Paul se quedó pasmado, temeroso de que Deirdre hubiese descubierto su truco, de que supiera que Sang estaba a la escucha.

—¿Contarle el qué?

—Lo mío con Faruk. Se merece saberlo. Me da la impresión de que eres un buen amigo suyo.

Deirdre colgó, y durante un buen rato Paul y Sang permanecieron allí, escuchando el silencio. Paul había aclarado el asunto con Sang, y sin embargo no se sentía aliviado ni rehabilitado a los ojos de ella. Al cabo, Sang colgó el auricular de su teléfono y se levantó lentamente, pero no hizo ningún otro movimiento. Parecía aislada de todo, conteniéndose como si aún le hiciera falta mantenerse en perfecto sigilo, como si el menor sonido o gesto fuera a delatar su presencia.

—Lo lamento —dijo Paul al fin.

Ella asintió, se fue a su habitación y cerró la puerta. Transcurrido un rato la siguió.

—¿Sang? —dijo a través de la puerta—. ¿Necesitas algo?

Permaneció allí, a la espera de que contestase. La oyó moverse por la habitación. Cuando se abrió la puerta, vio que se había cambiado de ropa: llevaba una camiseta de mangas largas y ceñidas. Se había echado al brazo el chubasquero rosa y el bolso colgaba de su hombro.

—Necesito que me lleven.

En el coche, le fue indicando, en el último momento, qué hacer y dónde girar. Atravesaron Allston y bajaron por Storrow Drive.

—Ahí —le dijo, señalando.

Era un edificio alto, carente de encanto y, sin embargo, evidentemente exclusivo, en la orilla del río que correspondía a Cambridge. Se apeó y echó a andar.

Paul la siguió.

—¿Qué estás haciendo?

Sang aceleró el paso.

—Tengo que hablar con él —dijo en tono monocorde.

—No sé, Sang...

Ella siguió caminando más rápido incluso, haciendo resonar los tacones contra la acera.

El vestíbulo estaba lleno de sofás beige y arbolillos en macetas. Sentado a una mesa había un portero africano que sonrió al reconocer a Sang. Escuchaba por la radio una emisora de noticias en francés.

—Buenas tardes, señora.

—Hola, Raymond.

—Otra vez hace frío, señora. Igual empieza a llover.

—Igual.

Sang mantuvo el dedo sobre el botón del ascensor hasta que llegó, mientras se arreglaba el pelo mirándose en el espejo que tenía delante. Se detuvieron en la décima planta y luego caminaron hasta el final del pasillo. Las puertas eran marrón oscuro, con una gruesa capa de barniz. Sang llamó sirviéndose de la aldaba, que era como un pequeño marco de fotografía de latón unido a la hoja mediante una bisagra. Al otro lado de la puerta se oía el sonido de un televisor. De pronto se hizo el silencio.

—Soy yo —dijo ella. Volvió a llamar. Cinco aldabazos consecutivos. Diez. Apoyó la frente en la puerta—. La he oído, Faruk. He oído a Deirdre —añadió con voz trémula—. Abre la puerta, por favor. —Probó con el recio pomo de metal, que no cedió.

Se oyeron pasos, el sonido de una cadena. Faruk abrió la puerta. Iba sin afeitado, llevaba un jersey moteado de pescador, pantalones de pana y alpargatas negras sin calcetines. No parecía en absoluto un mujeriego, sólo un intelectual menudo.

—A ti no te he invitado —comentó con acritud al ver a Paul.

A pesar de todo lo que sabía, Paul se sintió ofendido por sus palabras, pero también incapaz de defenderse.

—Haz el favor de irte —agregó Faruk—. Haz el favor de respetar nuestra intimidad, aunque sólo sea por una vez.

—Me lo ha pedido ella —dijo Paul.

Faruk se lanzó hacia delante con los brazos extendidos, para empujar a Paul como si fuera un mueble de gran tamaño. Paul retrocedió un paso y se resistió, cogiendo a Faruk por las muñecas. Los dos cayeron al suelo, y las gafas de Paul salieron despedidas sobre la moqueta. A Paul le resultó fácil inmovilizar a Faruk, hincarle los dedos en los hombros. Apretó con fuerza a través de la gruesa lana del jersey hasta notar que los tendones cedían y se daba por vencido. Por un instante, Paul permaneció tendido encima de él por completo, sojuzgándolo cual amante. Levantó la mirada en busca de Sang, pero no la vio por ninguna parte. Luego volvió a mirar al hombre que tenía debajo, un hombre al que apenas conocía, un hombre al que odiaba.

—Lo único que quiere es que lo reconozcas —le dijo Paul—. Creo que se lo debes.

Faruk le escupió a la cara, una fría rociada que lo hizo echarse atrás. Faruk lo apartó de sí, entró en su apartamento y cerró la puerta de golpe. Empezaron a abrirse otras puertas a lo largo del pasillo. Paul oyó que Faruk echaba la cadena. Recogió las gafas, se incorporó y aplicó la oreja contra la barnizada puerta de madera. Oyó gritos y luego una serie de objetos que caían. En un momento dado alcanzó a oír a Faruk, que decía: «Ya está bien, por favor, por favor, no es tan grave como piensas.» Y luego a Sang gritar: «¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces lo hicisteis? ¿Lo hicisteis aquí en la cama?»

Un momento después, se abrió la puerta del ascensor y un hombre echó a andar hacia el apartamento de Faruk. Esbelto y de cabello entrecano, llevaba en la mano un enorme manojito de llaves.

—Soy el encargado del edificio. ¿Quién eres tú? —le preguntó a Paul.

—Vivo con la mujer que está dentro —respondió éste, señalando la puerta.

—¿Eres su marido?

—No.

El encargado llamó con los nudillos a la puerta y anunció que los vecinos se habían quejado. Siguió llamando, hasta que por fin la puerta se abrió.

En el interior había un pasillo iluminado por luces dispuestas en rieles. Paul vio fugazmente una cocina de color blanco intenso sin ventanas y una pila de libros de cocina en la encimera. A la derecha había un comedor, pintado del mismo verde salvia que el cuarto de Sang. Paul siguió al encargado hasta el salón. Había un sofá color hueso, una mesita de centro y una puerta de vidrio corredera que daba a un balcón. A lo lejos se apreciaba una vista del anuncio de Citgo, que se iba vaciando y llenando de color. Una estantería había caído al suelo y los libros estaban desparrramados. En una mesa auxiliar, el auricular de un teléfono colgaba del cable, emitiendo un pitido leve, repetitivo. Pese a ello, la estancia parecía hasta cierto punto yerma, como si alguien se hallase en plena mudanza.

Sang estaba arrodillada en una alfombra oriental, recogiendo los fragmentos de lo que parecía haber sido un jarrón de vidrio traslúcido. Temblaba. El cabello suelto le cubría parte del rostro. Había agua por todas partes, y las ruinas de un ramo de flores, iris, lirios anaranjados y narcisos. Se afanaba minuciosamente con los trozos de cristal, formando una pila de esquirlas sobre la mesita de centro. Tenía pétalos en el pelo y pegados a la cara y el cuello, así como adheridos a la piel desnuda por encima de la camiseta negra de cuello holgado, como si se los hubiera frotado por el cuerpo igual que crema. Unos moratones recientes e intensos empezaban a aflorar a su piel.

Paul, Faruk y el encargado permanecieron inmóviles, mirándola en silencio. Llegó un policía que llenó la estancia con sus botas, su pistola y su radio, cuyos chirridos sustituyeron al silencio. Alguien del edificio había llamado a comisaría para quejarse, informó. Le preguntó a Sang, que seguía en el suelo, si Faruk le había pegado. Ella negó con la cabeza.

—¿Vive usted aquí? —le preguntó.

—Yo pinté las paredes —respondió ella, como si eso lo explicara todo.

Paul la recordó pintando su propia habitación, descalza, mientras escuchaba a Billie Holiday.

El policía se inclinó, inspeccionó los trozos de cristal y los restos de flores sobre la alfombra, y reparó en los moratones que cubrían la piel de Sang.

—¿Qué ha ocurrido?

—Las compré yo —respondió ella, mientras las lágrimas resbalaban raudas por sus mejillas. Tenía la voz espesa y parecía avergonzada—. Yo misma me lo he buscado.

Después de eso, todo se sucedió de manera ordenada, cada uno se desplazó en distinta dirección sin interponerse en el paso de nadie. El agente cumplimentó un formulario, luego tendió el brazo y condujo a Sang al cuarto de baño. El encargado se marchó, no sin antes comentarle algo a Faruk acerca de una multa. Faruk se fue a la cocina, regresó con un rollo de servilletas de papel y un cubo de basura y se arrodilló junto a la alfombra para limpiar el desaguisado que había hecho Sang. El policía miró a Paul como si lo evaluase por primera vez. Le preguntó si era parte implicada.

—Soy su compañero de piso —respondió Paul—. Sólo la he traído en coche.

A la mañana siguiente, Paul despertó con el ruido de la puerta de un coche al cerrarse. Se asomó a la ventana y vio a un taxista cerrar con fuerza el maletero de un automóvil. Sang había dejado una nota sobre la mesa de la cocina: se iba a Londres a visitar a su hermana. «Paul, gracias por lo de ayer», rezaba. Al lado había un cheque firmado por su parte del alquiler.

Durante unos días no ocurrió nada. Paul recogió el correo de Sang. Llamaron de la librería para ver dónde estaba. Paul les dijo que tenía la gripe. Dos semanas después, volvieron a llamar de la librería. Esta vez era para despedirla. La tercera semana, Faruk empezó a llamar, pidiendo hablar con ella. No se identificaba, no presionaba a Paul cuando le decía, una noche tras otra: «Sang no está.» Era amable con Paul como nunca lo había sido, le daba las gracias, decía que ya lo intentaría más tarde. A Paul le encantaban esas llamadas. Le gustaba privar a Faruk de la información relativa al paradero de Sang. Pero entonces, un día en que llamó, Heather, encerrada en la casa esa semana para estudiar de cara a un examen, contestó y le dijo: «Se ha ido al extranjero», lo que puso fin a las llamadas de Faruk.

Antes de que acabase el mes había que pagar el alquiler. Paul y Heather no tenían dinero suficiente. En vez de ponerse en contacto con los padres de Sang, buscó el número de su hermana en Londres en una vieja factura de teléfono. Respondió una mujer que sonaba igual que ella.

—¿Sang?

El auricular cambió de manos y se puso al aparato un hombre.

—¿Quién es?

—Soy su compañero de piso en América, en Brookline. Paul. Estoy intentando localizar a Sang.

Se produjo una larga pausa. Transcurridos unos minutos, Paul se planteó si colgar e intentarlo de nuevo, pero entonces volvió a ponerse al aparato el hombre. No se disculpó por la demora.

—Ahora mismo está indispuesta. Seguro que agradece que hayas llamado.

Charles fue ese fin de semana a recoger las pertenencias de Sang. Metió sus prendas de cualquier manera en bolsas de basura, quitó las sábanas del futón y le pidió a Paul que lo ayudara a sacarlo todo a la acera. Mientras sobre la mesa de la cocina envolvía en papel de periódico las miniaturas indias enmarcadas, le contó a Paul que había hablado con Sang por teléfono, añadió que había estado viviendo en Londres con su hermana todo el verano. «Yo le decía una y otra vez que lo dejara, ¿sabes? Ni siquiera llegué a conocer a ese tipo, ¿no es increíble?»

Charles cargó todo en la trasera de su camioneta, hasta que lo único que quedó de Sang en la casa fue la pintura que cubría las paredes de su habitación y la planta que colgaba sobre el escurrreplatos. «Me parece que eso es todo», dijo Charles.

La camioneta desapareció, pero Paul permaneció allí un rato, contemplando las casas que flanqueaban la calle. Aunque Charles era amigo de Sang, ésta no se lo había contado. No le había contado que Paul había estado al corriente de lo de Deirdre durante meses. Aquella noche en el apartamento de Faruk, después de adecentarse en el cuarto de baño, Sang se puso de rodillas y se arrastró hasta el interior del armario ropero de Faruk, lloró incontrolablemente, en un momento dado llegó a golpearse a sí misma con un zapato. Se negó a salir del armario hasta que el policía la levantó por las axilas y la sacó a la fuerza del apartamento, encargando a Paul que la llevara a casa. Seguía teniendo en el cabello diminutos trozos de pétalos y hojas. En el ascensor, y durante todo el trayecto de regreso, había ido cogida de la mano de Paul. En el coche, no paró de llorar, con la cabeza entre las rodillas, sin soltarle la mano ni siquiera cuando él cambiaba de marcha. Paul le había puesto el cinturón de seguridad; tenía el cuerpo rígido. Cuando entraron en su calle, reaccionó como si se diese cuenta de ello, sin levantar la mirada. Para entonces, había dejado de llorar. Estaba moqueando y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Había empezado a llover y en cuestión de segundos las ventanillas y el parabrisas parecieron cubiertos de arañazos si-

milares a los que ella se había infligido a sí misma; las gotas se hacían cada vez más grandes mientras breves líneas diagonales.

El día que Paul aprobó su examen, dos de sus profesores lo invitaron a tomar algo en el Four Seasons. Esa tarde bebió muchas copas, martinis helados en un día de primavera excesivamente cálido para la época. Los engulló rápidamente, con el estómago vacío y sin haber dormido apenas la víspera, y de pronto estaba borracho. Había respondido a todas y cada una de las preguntas, y superado con matrícula de honor el calvario de tres horas. «Finjamos que nunca ocurrió», le dijeron los de la comisión, aludiendo al bochorno del año anterior. Después de que se despidieran, estrechándole la mano por última vez y dándole, de propina, palmaditas en la espalda, Paul fue al servicio y se refrescó la cara. Se llevó una mullida toalla blanca a las sienes y se echó un poco de colonia de un frasco forrado de cuero que había junto al lavabo. Al regresar al vestíbulo, la mesa de recepción, los enormes ramos de flores, los elegantes invitados, los carritos de latón llenos a rebosar de caras maletas apiladas, todo empezó a dar vueltas a su alrededor como un carrusel, para acto seguido remontar el vuelo trazando un arco en su campo de visión. Durante un rato estuvo viendo esas imágenes aparecer y desvanecerse igual que fuegos de artificio, deseando que no acabaran nunca. De pronto quería dinero, lo suficiente para acercarse al mostrador y pedir una habitación, una cama grande y blanca, y silencio.

Una vez fuera, dobló una esquina, cruzó una calle. Caminó hacia la avenida Commonwealth, tan diferente en ese extremo de como era a la altura de la universidad. Allí se convertía en un elegante bulevar jalonado de árboles y flanqueado por casas espectaculares, con bancos en los que sentarse y admirar la arquitectura. Las calles laterales se sucedían por orden alfabético: Berkeley, Clarendon, Dartmouth. Caminaba lentamente, todavía borracho, mirando de vez en cuando en busca de un taxi que lo llevara a casa. En la calle Exeter, reparó en una pareja sentada en un banco. Eran Faruk y una mujer, esbelta pero demacrada. La nariz huesuda era un poco más grande de la cuenta para su cara. Tenía las delgadas piernas cruzadas. Sus ojos, de un límpido azul turquesa, estaban coronados por pestañas cubiertas de rímel, y parpadeaba rápidamente, como si le molestara un grano de arena.

Enfrente de ellos había un banco vacío. Paul tomó asiento en él. Al tiempo que se aflojaba la corbata, miró directamente a Faruk. Por ese hombre, Deirdre había llamado a un perfecto desconocido, se había puesto en evidencia. Por ese hombre, Sang se había marchado a toda prisa de la casa, había rechazado a todos sus pretendientes. Porque los pretendientes no la conocían, no habían tenido esa oportunidad. «No es amor», solía decir. Seguían llamándola de vez en cuando; sus voces sonaban ansiosas, sus intenciones eran evidentes. «¿Sabes su número de teléfono en Londres?», preguntaban algunos, pero Paul lo había tirado. Inclinando la cabeza a un lado y a otro, observó a Faruk con atención. Paul había yacido encima de ese hombre. Había sentido esas piernas, ese pecho, debajo de los suyos, le había olido la piel y el pelo y el aliento. Era un conocimiento que compartía con Sang y Deirdre, un conocimiento que cada una de ellas había creído propio. Faruk y la mujer cruzaron una mirada. Que lo hagan, pensó Paul, riendo entre dientes para sí. Faruk no tenía modo de impedirselo, al menos con esa nueva mujer a su lado. Se reparantigó, apoyó la cabeza en el respaldo de madera del banco y dejó que el sol vespertino le entibiase el cuerpo, la cara. Se sintió tentado de desperezarse. Cerró los ojos.

Notó que alguien le tocaba el brazo. Era Faruk, de pie delante de él.

—Deberías estarme agradecido por no haberte denunciado —dijo Faruk. No había rencor en su voz, como si se tratase de una charla informal.

Paul se restregó los ojos tras las gafas, desplazándolas sobre la nariz.

—¿Qué?

—Me hiciste daño en el hombro. Tuve que someterme a una resonancia magnética. Es posible que tenga que operarme.

La mujer, que ahora estaba unos pasos por detrás de Faruk, le dijo a éste algo que Paul no alcanzó a oír.

—Conviene que lo sepa —le dijo Faruk a la mujer, alzando la voz desagradablemente.

Luego se encogió de hombros y ambos se marcharon. Había algo curioso en su manera de caminar, juntos y, sin embargo, dejando un espacio entre uno y otro. Sólo entonces Paul reparó en un perrito amarillo que avanzaba por el sendero al final de una correa muy larga, tensa en la mano de la mujer.

SEGUNDA PARTE

Hema y Kaushik

Una vez en la vida

Te había visto antes, demasiadas veces para contarlas, pero en una fiesta de despedida que celebró mi familia en honor de la tuya, en nuestra casa de Inman Square, es cuando empiezo a recordar tu presencia en mi vida. Tus padres habían decidido dejar Cambridge, no por Atlanta o Georgia, como otros bengalíes, sino para regresar a la India, cejando en la lucha en la que mis padres y sus amigos se habían embarcado. Corría 1974. Yo tenía seis años. Tú tenías nueve. Lo que recuerdo con mayor nitidez son las horas previas a la fiesta, que mi madre se pasó preparando la llegada de los invitados: se sacó brillo al mobiliario, se dispusieron en la mesa los platos y las servilletas de papel, las habitaciones se impregnaron del olor a cordero al curry y *pullao* y el L'Air du Temps con que mi madre se rociaba en las ocasiones especiales, y me rociaba a mí, oscureciendo momentáneamente lo que llevara puesto. Aquella noche iba vestida con un atuendo que había enviado mi abuela de Calcuta: pijama blanco con las perneras estrechadas y una cintura lo bastante ancha para que cupieran dos como yo, una *kurta* turquesa y un chaleco negro adornado con perlas de plástico. Las tres piezas habían quedado dispuestas sobre la cama de mis padres mientras yo tomaba un baño, y permanecí temblorosa, con las yemas de los dedos arrugadas y blancas, mientras mi madre metía un trozo de grueso cordón por la gigantesca cintura del pijama con ayuda de un imperdible, y lo extraía poco a poco para luego anudarme el cordón con firmeza a la altura del estómago. El tiro del pantalón del pijama estaba estampado con letras púrpura dentro de un círculo; el sello del fabricante. Recuerdo que me sentí incómodo, quería llevar otra cosa, pero mi madre me aseguró que el sello se iría al lavararlo, y añadió que, gracias a lo larga que era la *kurta*, nadie repararía en ello.

Mi madre tenía preocupaciones más urgentes. Además de la calidad y cantidad de la comida, le inquietaba el tiempo: habían previsto una nevada para esa noche, y por entonces ni mis padres ni sus amigos tenían coche. La mayoría de los invitados, incluido tú, vivía a menos de un cuarto de hora a pie, bien en los barrios que había detrás de Harvard, bien justo al otro lado del puente de Mass Avenue. Pero algunos vivían más lejos, y venían en autobús o en metro desde Malden, Medford o Waltham. «Supongo que el doctor Choudhuri puede llevar a la gente en coche a su casa», comentó acerca de tu padre mientras me desenredaba el pelo. Tus padres, a diferencia de los míos, eran un poco mayores, emigrantes curtidos. Se habían marchado de la India en 1962, antes de que cambiasen las leyes que daban la bienvenida a los estudiantes extranjeros. Mientras que mi padre y los demás hombres seguían pasando exámenes, el tuyo ya tenía un doctorado e iba a su trabajo, en una empresa de ingeniería, en Andover, conduciendo su propio coche, un Saab plateado con asientos envolventes. A mí me habían llevado a casa en ese automóvil muchas noches, cuando alguna fiesta se prolongaba hasta tarde y yo acababa dormido en una cama ajena.

Nuestras madres se conocieron cuando la mía estaba embarazada. Aún no lo sabía; de pronto se sintió mareada y se sentó en un banco en un parquecillo. Tu madre estaba encaramada a un columpio, meciéndose suavemente mientras tú planeabas por encima de ella, cuando reparó en una joven bengalí con sari que llevaba bermellón en el pelo. «¿Se encuentra usted bien?», le preguntó tu madre con una fórmula de cortesía. Te dijo que te bajaras del columpio y luego ella y tú acompañasteis a mi madre a casa. Fue durante aquel paseo cuando tu madre sugirió que tal vez la mía estuviese embarazada. Se hicieron amigas de inmediato y empezaron a pasar el día juntas mientras nuestros padres estaban trabajando. Hablaban de la existencia que habían dejado atrás, en Calcuta: la hermosa casa de tu madre en Jodhpur Park, con hibiscos y rosales que florecían en la azotea, y el modesto piso de mi madre en Makiktala, encima de un mugriento restaurante

punjabí, donde vivían siete personas en tres habitaciones pequeñas. En Calcuta probablemente hubiesen tenido pocas ocasiones de coincidir. Tu madre iba a un colegio de monjas y era hija de uno de los abogados más importantes de la ciudad, un anglófilo que fumaba en pipa y era miembro del Saturday Club. El padre de mi madre trabajaba en Correos, y ella no comió en una mesa ni se sentó en un inodoro hasta que vino a América. Esas diferencias carecían de importancia en Cambridge, donde las dos estaban solas por igual. Aquí iban a hacer la compra juntas y se quejaban de sus maridos y cocinaban en nuestra cocina o la vuestra, dividiendo los platos para nuestras respectivas familias una vez que habían terminado. Hacían punto juntas y se intercambiaban las labores cuando una de las dos se aburría. Al nacer yo, tus padres fueron los únicos amigos que fueron a la maternidad. Me dieron de comer en tu antigua trona, me paseaban por las calles en tu viejo cochecito.

Durante la fiesta empezó a nevar, tal como habían pronosticado, y los abrigos de los rezagados estaban tan emblanquecidos y húmedos que tuvimos que colgarlos en la barra de la cortina de la ducha. Durante años, mi madre relataría que, cuando acabó la fiesta, tu padre hizo incontables viajes para acompañar a la gente a casa. A una pareja la llevó nada menos que hasta Braintree, asegurándoles que no representaba ninguna molestia, que era su última oportunidad de conducir el coche. En los días previos a vuestra marcha, tus padres volvieron a pasarse por nuestra casa para traer cacerolas, pequeños electrodomésticos, sábanas y mantas, paquetes medio llenos de harina y azúcar, botes de champú. Seguimos refiriéndonos a esas cosas como si fueran de tu madre. «Tráeme la sartén de Parul», decía mi madre. O «Creo que tenemos que bajar la intensidad de la tostadora de Parul». Tu madre también trajo bolsas llenas de ropa que había sido tuya y que a su entender me vendría bien. Mi madre guardó las bolsas, y nos las llevamos cuando, unos años después, nos mudamos de Inman Square a una casa en Sharon, incorporando las prendas a mi vestuario conforme iban ajustándose a mi talla. Sobre todo eran prendas de invierno, cosas que ya no te harían falta en la India, gruesas camisetas y jerséis de cuello alto en colores azul marino y marrón. A mí me parecía ropa fea e intentaba evitarla, pero mi madre se negaba a sustituirla. Así que me vi obligada a llevar tus jerséis, tus botas de goma los días de lluvia. Un invierno tuve que llevar tu abrigo; lo aborrecía tanto que me hizo odiarte a ti en consecuencia. Era negro azulado con forro naranja y una rasposa cenefa marrón grisáceo en torno a la capucha. Nunca me acostumbré a tener que engarzar la cremallera a la derecha, a tener un aspecto tan distinto del de las demás chicas de mi clase, con sus abrigos acolchados de color rosa o morado. Cuando les pedí a mis padres un abrigo nuevo respondieron que no. Un abrigo era un abrigo, me dijeron. Yo quería con desesperación librarme de él. Deseaba que se me perdiera, que alguno de los niños de mi clase, muchos de los cuales llevaban abrigos idénticos, lo cogiera por accidente del estrecho recoveco adonde nos precipitábamos a ponernos las prendas de abrigo al final de la jornada. Pero mi madre había llegado al extremo de pegar con la plancha una etiqueta en el interior del abrigo con mi nombre, una idea que había sacado de *La buena ama de casa*, revista a la que estaba suscrita.

Una vez me lo dejé en el autobús de la escuela. Era un día no muy frío de finales de invierno, las ventanillas del autobús iban abiertas, todo el mundo había dejado en el asiento la ropa de abrigo. Iba en un autobús diferente del habitual, un autobús que me dejaba en las inmediaciones de la casa de mi profesora de piano, la señora Hennessey. Cuando se acercaba a mi parada, me levanté y, al llegar a la altura de la conductora, me advirtió que tuviera cuidado al cruzar la calle. Tiró de la palanca que abría la puerta y dejó que el aire fragante entrase en el autobús. Estaba a punto de apearme, sin abrigo, pero entonces alguien gritó: «¡Eh, Hema, se te olvida esto!» Me asombró que alguien en aquel autobús supiera mi nombre; se me había olvidado lo de la etiqueta.

Para el año siguiente el abrigo ya me iba pequeño, y se me quitó un gran peso de encima cuando lo donaron a la beneficencia. Las demás cosas que nos legaron tus padres, la tostadora, la vajilla y las sartenes y los cacharros de teflón, también fueron sustituidos gradualmente, hasta que no quedó ningún rastro físico de vosotros en la casa. Durante años nuestras familias no se pusieron en contacto. La amistad no era digna de la misma energía que dedicaban mis padres a los parientes: compraban montones de aerogramas en Correos y los enviaban fielmente todas las semanas, pidiéndome que escribiera la misma serie de tres frases a cada pareja de abuelos. Mis padres rara vez hablaban de vosotros, y supongo que daban por sentado que había muy pocas probabilidades de que nuestros caminos volvieran a cruzarse. Os habíais mudado a Bombay, una ciudad lejos de Calcuta, adonde mis padres y yo nunca íbamos. Así que no os vimos, ni tuvimos noticias vuestras, hasta el primer día de 1981, cuando tu padre nos llamó por la mañana muy temprano para desearnos feliz Año Nuevo y decirnos que tu familia regresaba a Massachusetts, donde él tenía un empleo nuevo. Preguntó si, hasta que encontrara casa, podíais alojaros todos en la nuestra.

A partir de ese momento, mis padres no hablaron de nada más durante días. Se preguntaron qué habría ido mal: ¿se habría ido al garete el puesto de tu padre en Larsen & Toubro, demasiado bueno para rechazarlo, a la sazón? ¿Acaso tu madre ya no era capaz de soportar el desorden y el calor de la India? ¿Habrían decidido que la educación no era lo bastante buena para ti? Por entonces, las llamadas internacionales eran breves. Naturalmente, tu familia era bienvenida, dijeron mis padres, y señalaron la fecha de vuestra llegada en el calendario que había en nuestra cocina. Fuera cual fuere la razón de vuestro regreso, deduje, por las conversaciones de mis padres, que se consideraba una flaqueza, una debilidad. «Deberían haber sabido que es imposible regresar», les comentaron a sus amigos, condenando a tus padres por haber fracasado en ambos extremos. Nosotros habíamos resistido como emigrantes, mientras que vosotros os habíais ido; de haber sido nosotros los que habían regresado a la India, parecían sugerir mis padres, también habríamos sabido apechugar allí.

Hasta vuestro regreso, había pensado en ti como en un niño de ocho o nueve años, congelado en el tiempo, del tamaño de la ropa que había heredado. Pero ahora tenías el doble de esa edad, dieciséis, y a mis padres les pareció más adecuado que ocuparas mi cuarto y yo durmiera en una cama plegable en el suyo. Tus padres se alojarían en la habitación de invitados, al final del pasillo. Mis padres acogían a menudo a amigos que venían de Nueva Jersey o Nueva Hampshire a pasar el fin de semana, a degustar elaboradas comidas y hablar hasta altas horas de política india. Pero para el domingo por la tarde esos invitados siempre se habían marchado. Yo estaba acostumbrada a que por las noches hubiera niños a los pies de mi cama, en sacos de dormir. Al ser hija única, disfrutaba con aquella compañía ocasional. Pero nunca me habían pedido que renunciara a mi habitación por completo. Le pregunté a mi madre por qué no te daban a ti la cama plegable en vez de a mí.

—¿Dónde la pondríamos? —me preguntó—. Sólo tenemos tres dormitorios.

—Abajo —sugerí—. En el salón.

—No quedaría bien —dijo mi madre—. Kaushik ya debe de ser prácticamente un hombre a estas alturas. Necesita intimidad.

—¿Y qué hay del sótano? —insistí, pensando en el pequeño estudio que había construido allí mi padre, revestido de estanterías metálicas.

—No es manera de tratar a los invitados, Hema. Sobre todo a éstos. El doctor Choudhuri y Parul Di fueron una auténtica bendición cuando tú naciste. Nos llevaron a casa desde la maternidad, nos trajeron comida durante semanas. Ahora nos toca a nosotros ayudarlos.

—¿Qué clase de doctor es? —pregunté. Aunque siempre había disfrutado de buena salud, por entonces tenía un miedo irracional a los médicos, y la idea de que viviese uno en nuestra casa me ponía nerviosa, como si su mera presencia bastase para que alguno de nosotros enfermara.

—No es doctor en medicina. El título se refiere a su doctorado.

—Baba también tiene un doctorado y nadie lo llama doctor —señalé.

—Cuando nos conocimos, el doctor Choudhuri era el único que se había doctorado. Era nuestra manera de mostrarnos respetuosos.

Le pregunté cuánto tiempo pasarían con nosotros: ¿una semana? ¿Dos? Mi madre no sabía decirlo; todo dependía de cuánto le llevara a tu familia asentarse y encontrar un lugar donde vivir. La perspectiva de tener que renunciar a mi habitación me enfurecía. Mis sentimientos se complicaban por el hecho de que, hasta hacía poco, para gran vergüenza mía, había dormido con regularidad con mis padres, en la cama plegable, en lugar de hacerlo en la habitación donde tenía mi ropa y mis cosas. Mi madre consideraba la idea de que un niño durmiera solo una cruel costumbre norteamericana, y por lo tanto no la fomentaba, pese a que disponíamos de espacio suficiente. Me contó que ella había dormido en la misma cama que sus padres hasta el día que se casó y que aquello era perfectamente normal. Pero yo sabía que no lo era, no era lo que hacían mis amigas del instituto, y se reírían de mí si llegaban a enterarse. El verano anterior a que empezase la secundaria, me empeñé en dormir sola. Al principio mi madre insistía en comprobar que todo anduviera bien durante la noche, como si aún fuera una criatura que pudiese dejar de respirar de súbito; me preguntaba si tenía miedo, me recordaba que estaba al otro lado del tabique. De hecho, aquella primera noche pasé miedo; el perfecto silencio de mi habitación me aterró. Pero me negué a reconocerlo, pues lo que más temía era fracasar en algo que debería haber aprendido a hacer a los tres o cuatro años. Al final me resultó fácil: concilié el sueño de puro miedo a no conseguirlo, y por la mañana desperté sola, con los ojos entornados ante la luz del este, que no llegaba a iluminar la habitación de mis padres.

La casa estaba preparada para vuestra llegada. Se compraron cojines nuevos para el sofá del salón, de color naranja intenso en contraste con el tapizado marrón de mezclilla. Las plantas y los bibelots cambiaron de sitio, mi retrato de la escuela fue enmarcado y colgado encima de la chimenea. Se retiraron las tarjetas de Navidad que había a los lados de la puerta principal, donde mi madre y yo las habíamos pegado con cinta adhesiva conforme iban llegando. Mis padres, que recordaban la costumbre de tu padre de vestir bien, se compraron albornoces para lucirlos por la mañana, el de ella de terciopelo, el de él semejante a una chaqueta de esmoquin. Un día llegué a casa del instituto y me encontré con que habían sustituido el edredón de mi cama por una manta de color canela. En el cuarto de baño había toallas nuevas para ti y tus padres, más elegantes que las que usábamos nosotros y de un tono azulado más bonito. Mi armario había sido limpiado de malas hierbas igual que un jardín, y sólo quedaban las perchas que colgaban de la barra. Me dijeron que vaciara un par de cajones, y retiré suficientes cosas como para no tener que entrar en la habitación mientras estuvieras tú. Cogí los pijamas, algún atuendo para el instituto y las zapatillas que necesitaba para gimnasia. Me llevé el libro de la biblioteca que estaba leyendo, junto con los demás que tenía apilados en la mesilla. Quería que vieras tan pocas cosas mías como fuera posible, así que también vacié el joyero lleno de cadenas de bisutería enredadas y muestras de perfume Avon. Retiré el diario con llave del cajón de la mesa, aunque sólo había escrito dos entradas desde que me lo habían regalado en Navidad. Saqué el anuario de primero de secundaria en el que aparecía mi foto y cuyas guardas estaban llenas de ridículos mensajes de mis compañeros de curso. Fue como decidir cuáles de mis posesiones quería llevarme en un largo viaje a la

India, sólo que esta vez no me iba a ninguna parte. Aun así, metí mis cosas en una maleta cubierta con etiquetas y pegatinas medio levantadas que había hecho varios trayectos de ida y vuelta por medio mundo, y la llevé a rastras a la habitación de mis padres.

Estudí las fotografías de tus padres; teníamos alguna que otra pegada en un álbum, tomadas la noche de la fiesta de despedida. Allí estaba mi padre, cuyo pelo, rígido y de color azabache, me resultaba sorprendente ya entonces. Iba vestido con un chaleco de lana, la camisa remangada, y señalaba con urgencia algo fuera del encuadre. El tuyo llevaba el traje y la corbata de siempre; su rostro, atractivo, con gafas, aparecía inclinado hacia alguien en plena conversación, mientras que sus ojos verdosos eran diferentes de los de cualquier otra persona. Vi la raya en medio con que se peinaba tu madre, acentuada por aquel rostro largo y estrecho. Llevaba el extremo del sari sobre los hombros, como un chal. Mi madre, una cabeza más baja que ella y más desaliñada, con los cabellos sueltos en torno a las orejas, estaba a su lado. Las dos aparecían con las mejillas coloradas, como si hubiesen bebido vino, aunque lo único que bebían en aquellos tiempos era agua del grifo o té. La amistad que las unía resultaba evidente. En cuanto a ti, la persona que más curiosidad me despertaba, no había ni rastro. ¿Quién sabe dónde te habrías metido en medio de aquel grupo? Imagino que estarías sentado a la mesa en el rincón de la habitación de mis padres, leyendo un libro que habías llevado contigo, a la espera de que la fiesta terminase.

Mi padre fue una tarde al aeropuerto a recibirnos. Yo había ido al colegio, como cada día. La mesa de la cena estaba puesta desde media tarde. Era lo que tenía mi madre por costumbre cuando celebraba fiestas, aunque nunca había preparado una comida tan elaborada un día de trabajo. Una hora antes de cuando estaba previsto que llegarais, encendió el horno. Había calentado una cacerola con aceite y puesto a freír gruesas tiras de berenjenas para servir las con el *dal*. Una neblina de humo llenaba la estancia cuando mi padre llamó para decir que, aunque había aterrizado el avión, una de las maletas no había llegado. Yo ya tenía hambre para entonces, pero no me parecía bien pedirle a mi madre que abriera el horno y ni cara para mí todo lo que estaba cocinando. Mi madre apagó el hornillo en que hervía el aceite y nos sentamos juntas en el sofá para ver en la tele una película que iba sobre la Segunda Guerra Mundial y en la que un grupo de hombres cansado» cruzaba un campo oscuro. El cine de cierto período era lo único que mi madre adoraba sin reservas de Occidente. Nunca se puso una falda —lo consideraba indecente—, pero era capaz de recordar los vestidos que lucía Audrey Hepburn en cualquier película, escena por escena.

Me dormí a su lado, y antes de darme cuenta estaba repanchigada en el sofá sola, con el televisor apagado, mientras unas voces llegaban de otra parte de la casa. Me levanté, con el rostro caliente y las extremidades agarrotadas y pesadas. Estabais todos en el salón, cenando. Los cuencos de comida jalonaban la mesa, y además de la jarra de agua allí, entre los platos, había una botella de Johnnie Walker cuyo contenido sólo bebían tus padres. Tu madre, con el lustroso cabello moreno cortado a la altura de los hombros y vestida con pantalones de sport, una túnica y un fular de seda anudado al cuello, apenas si tenía una vaga semejanza con la mujer que había visto en las fotografías. Gracias al intenso lápiz de labios y los párpados nacarados parecía menos cansada que mi madre. Seguía delgada, con las clavículas sofisticadamente protuberantes, sin el lastre del peso de la edad mediana que ahora acolchaba los rasgos de mi madre. Tu padre tenía más o menos el mismo aspecto. Seguía siendo apuesto y vistiendo chaqueta y corbata; las gafas, de un estilo distinto del que llevaba antes, constituían su única concesión a la nueva década. Tú eras pálido como tu padre, llevabas el largo flequillo peinado hacia un lado, y siempre mirabas con aquellos ojos distraídos que sin embargo no perdían detalle. No esperaba que fueses guapo. No esperaba encontrarte atractivo en absoluto.

—Dios mío, Hema, ya eres una mujercita. No nos recuerdas, ¿verdad? —dijo tu madre. Me habló en inglés, en un tono agradable, pausado, con una voz que parecía divertida—. Ven aquí, pobrecita, te hemos tenido esperando. Tu madre nos ha dicho que has pasado hambre por nuestra culpa.

Me senté, avergonzada de que me hubieras visto dormida en el sofá. Aunque acababas de cruzar medio mundo a bordo de un avión, era yo la que se sentía cansada, a pesar de la siesta. Mi madre me puso comida en un plato, pero estaba centrada en vosotros, y en el hecho de que no queríais repetir.

—Hemos cenado antes de aterrizar —contestaste en inglés, con un acento mucho menos marcado que el de tus padres. Tu voz ya no era la de un niño, se había vuelto grave.

—Es extraordinario la cantidad de comida que te sirven en primera clase —dijo tu madre—. Champán, bombones, incluso caviar. Pero he dejado sitio. Recordaba cómo cocinas, Shibani —añadió.

—¡Primera clase! —exclamó mi madre—. ¿Cómo habéis ido a parar allí?

—Era mi regalo por los cuarenta años —explicó tu madre, dirigiendo una sonrisa a tu padre—. Una vez en la vida, ¿verdad?

—¿Quién sabe? —respondió él, a todas luces orgulloso de la extravagancia—. Podría convertirse en una costumbre terrible.

Nuestros padres hablaron del viejo grupo de Cambridge, los míos pusieron a los tuyos al corriente de los cambios de domicilio y los logros de la gente, los solteros que se habían casado, los niños que habían nacido. Hablaron de la victoria electoral de Reagan, de todos los fracasos de Cáster. Tus padres hablaron de Roma, donde habíais hecho una escala de dos días para ver la ciudad. Tu madre describió las fuentes y los techos de la Capilla Sixtina, para cuya visita habíais tenido que aguardar tres horas. «Muchas iglesias preciosas —comentó ella—. Cada una es como un museo. Sentí deseos de ser católica sólo para poder rezar en ellas.»

—No se os ocurra morir sin haber visto el Panteón —apuntó tu padre, y los míos asintieron, sin saber qué era eso.

Yo lo sabía; de hecho, estaba estudiando la antigua Roma en mi clase de latín, y tenía que escribir un largo trabajo sobre su arte y arquitectura, todo ello consultando la enciclopedia y otros libros en la biblioteca del instituto. Tus padres hablaron de Bombay y del hogar que habíais dejado atrás, un piso en la décima planta, con una terraza con vistas a las palmeras y el mar de Omán.

—Es una lástima que no nos visitaseis —se lamentó tu madre.

Luego, en la intimidad de su dormitorio, mi madre le comentó a mi padre que nunca nos habían invitado.

Después de cenar me pidieron que te enseñara la casa y dónde ibas a dormir. Por lo general me encantaba hacerlo con los invitados, me producía un placer de propietaria explicarles que eso era el escobero, aquello el aseo de abajo. Pero en esa ocasión me demoré para nada, pues alcanzaba a advertir tu aburrimiento. También me ponía nerviosa que nos enviaran a los dos solos, me inquietaba la atracción de adolescente que sentía hacia ti. Para entonces ya estaba acostumbrada a admirar a los chicos, chicos de mi clase que eran ajenos a mi existencia y seguirían siéndolo. Pero nunca me había fijado en alguien tan mayor como tú, y perteneciente al mundo de mis padres, además. Fuiste tú quien fue delante, quien subió las escaleras deprisa, abrió puertas, asomó la cabeza a las habitaciones, sin parecer para nada impresionado con lo que veías.

—Este es mi cuarto —dije—. Tu cuarto —me corregí.

Tras temerlo durante tanto tiempo, de pronto me emocionaba en secreto que durmieras allí. Absorberías mi presencia, pensé. Sin que yo tuviera que hacer nada, llegarías a conocerme y a

apreciarme. Cruzaste la habitación hasta la ventana, la abriste y te asomaste hacia la oscuridad, dejando que entrara el aire frío.

—¿Sales al tejado alguna vez? —preguntaste. No esperaste a que respondiera, y antes de que me diese cuenta levantaste la cortina y desapareciste. Me precipité hacia la ventana y me asomé, pero no atiné a verte. Imaginé que tropezabas en las tejas, caías a los arbustos y me echaban a mí la culpa del accidente, por haberme quedado mirando como una estúpida mientras tú cometías semejante insensatez.

—¿Estás bien? —grité. Lo lógico habría sido pronunciar tu nombre, pero me sentía inhibida y no lo hice. Por fin, regresaste y te sentaste en la pendiente, encima del garaje, contemplando el jardín.

—¿Qué hay detrás de la casa?

—El bosque. Pero no se puede ir.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo. Mis padres y los profesores del instituto.

—¿Por qué?

—Un chico se perdió allí el año pasado. Aún no ha aparecido. —Se llamaba Kevin McGrath, y estaba dos cursos por detrás del mío. Durante una semana no se oyó otra cosa que helicópteros, ladridos de perros, en busca de algún indicio de él.

No pareció impresionarte la información. En cambio, preguntaste:

—¿Por qué la gente pone lazos amarillos en los buzones?

—Es por los rehenes de Irán.

—Seguro que la mayoría de los americanos no habían oído hablar de Irán antes de esto —dijiste, lo que hizo que me sintiese responsable tanto por el patriotismo de mis vecinos como por su ignorancia—. ¿Qué es eso hacia la derecha? —añadiste.

—Unos columpios.

La palabra debió de hacerte gracia. Me miraste y sonreíste, aunque no con cariño, sino como si me hubiera inventado el término.

—Echaba de menos el frío —dijiste—. Este frío. —El comentario me recordó que nada de aquello te resultaba nuevo—. Y la nieve. ¿Cuándo volverá a nevar?

—No lo sé. Este año no nevó mucho por Navidad.

Volviste a entrar en la habitación, decepcionado, me temí, por mi falta de información. Te miraste por un instante en mi espejo de marco blanco, tu cabeza casi aparecía cortada por la parte superior.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntaste mientras te disponías a salir de la habitación.

Esa noche, en el dormitorio de mis padres, tumbada en la cama plegable y por completo despierta a pesar de que ya era bastante más de medianoche, los oí hablar en la oscuridad. Me inquietó la posibilidad de que tú también alcanzaras a oírlos. La cama donde dormías estaba justo del otro lado del tabique, y si hubiera sido capaz de atravesarlo con la mano, te habría tocado. Mis padres criticaban a los tuyos y al mismo tiempo se mostraban intimidados por ellos, perplejos por lo mucho que habían cambiado. Bombay los había americanizado más que Cambridge, dijo mi madre, cosa que no había previsto ni entendía. Hubo comentarios acerca del pelo corto de tu madre, sus pantalones, el Johnnie Walker que ella y tu padre continuaron bebiendo después de terminar la cena, tras llevarse la botella al salón. Sobre todo era mi madre la que hablaba, mientras que mi padre escuchaba y de vez en cuando murmuraba en señal de asentimiento, hastiado. Mis padres, que no habían puesto un pie en una licorería en la vida, se preguntaban si debían

comprar otra botella de whisky: al ritmo que llevaban, para el día siguiente tus padres habrían acabado con la que había, dijo mi madre. Comentó también que tu madre se había vuelto «estilosa», un término peyorativo en su vocabulario que daba a entender una falta de moderación que ella rechazaba. «Por el precio de un billete en primera clase podrían haber volado doce personas», dijo. Los cumpleaños de mi madre llegaban y pasaban sin que mi padre se diera por enterado. Era yo la que hacía una tarjeta y le insistía para que la firmase conmigo todos los primeros de junio. De pronto mi madre se incorporó, olisqueando el aire. «Huele a humo», dijo. Mi padre le preguntó si se había acordado de apagar el horno. Ella respondió que estaba segura de haberlo hecho, pero le pidió que se levantara a echar un vistazo.

—Lo que hueles es un cigarrillo —dijo él cuando regresó a la cama—. Alguien ha estado fumando en el cuarto de baño.

—No sabía que el doctor Choudhuri fumara —dijo mi madre—. ¿Deberíamos haber sacado un cenicero?

Por la mañana todos dormisteis hasta tarde a causa del desfase horario, recordándonos que, pese a vuestra presencia, a las maletas atestando los pasillos, a los cepillos de dientes amontonados en la repisa del lavabo, vuestro lugar estaba en otra parte. Cuando por la tarde regresé a casa del instituto seguíais durmiendo, y a la hora de cenar —de desayunar, para vosotros— rehu-sasteis el curry que estábamos comiendo, hambrientos de tostadas y té. Fue así durante los primeros días: estabais despiertos cuando nosotros dormíamos, dormíais cuando nosotros estábamos despiertos; llevábamos vidas contrapuestas bajo el mismo techo. Como resultado de ello, aparte de que yo ya no dormía en el mismo cuarto, no había muchos cambios. Me tomaba el zumo de naranja, me comía los cereales y me iba a la parada de autobús como siempre. No hablé con nadie de vuestra llegada; casi nunca revelaba detalles de mi vida doméstica a ninguna amiga americana. De niña, siempre me atemorizaban los cumpleaños, cuando una docena de niñas se presentaban en casa y tenían oportunidad de ver cómo vivíamos. No sé cómo me habría referido a ti. «Un amigo de la familia», supongo.

Entonces, un día, llegué a casa y me encontré a tus padres despiertos, con los tobillos cruzados encima de la mesita de centro, ocupando el sofá donde yo solía sentarme a ver *La tribu de los Brady* y *La isla de Gilligan*. Charlaban con mi madre, que estaba en el sillón reclinable con un cuenco en la mano, pelando patatas. Tu madre iba vestida con un sari de nailon de la mía, morado y con lunares rojos de diversos tamaños. Habían llegado noticias preocupantes sobre la mala-ta perdida de tu madre: la localizaron en Roma pero la pusieron a bordo de un vuelo a Johannesburgo. Recuerdo haber pensado que el sari le sentaba mejor a tu madre que a la mía; el tono morado intenso resultaba más favorecedor para su piel. Me dijeron que estabas fuera, en el jardín. No salí a buscarte, sino que me puse a hacer ejercicios de piano. Para cuando entraste y aceptaste el té que yo aún no podía tomar, porque era demasiado pequeña, ya casi había oscurecido. Tus padres también tomaban té, pero a las seis en punto la botella de Johnnie Walker ya estaba encima de la mesita de centro, como ocurría cada noche de las que pasasteis con nosotros. Habías salido sólo con un jersey, y llevabas la costosa cámara de tu padre colgada al cuello. Tu rostro delataba los efectos del frío: tenías los ojos brillantes, los rebordes de las orejas de color carmesí, tu piel resplandecía como iluminada desde dentro.

—Hay un arroyo allí atrás —dijiste—, en el bosque.

Entonces mi madre se puso nerviosa y te advirtió que no fueras allí, tal como me lo había advertido a mí a menudo, tal como te lo advertí yo la noche de tu llegada, pero tus padres no compartieron su preocupación. En vez de eso, te preguntaron qué habías fotografiado.

—Nada —respondiste, y me tomé que nada te hubiera inspirado como algo personal. Los barrios residenciales eran nuevos para ti y tus padres. Los recuerdos que poseáis de América eran de Cambridge, un lugar que yo apenas alcanzaba a recordar.

Te tomaste el té y desapareciste en mi cuarto como si fuera tuyo; sólo saliste cuando te llamaron para cenar. Comías deprisa, en silencio, y luego volvías arriba. Eran tus padres quienes me prestaban atención, quienes me hacían preguntas y me felicitaban por mis modales, por cómo tocaba el piano, por todo lo que hacía para ayudar a mi madre en casa. «Fíjate, Kaushik, cómo se prepara Hema el almuerzo», comentaba tu madre mientras me hacía un sándwich de jamón o pavo después de cenar y lo metía en una bolsa de papel para llevármelo a la escuela al día siguiente. Seguía siendo, en buena medida, una niña, mientras que tú, sólo tres años mayor que yo, ya te habías desembarazado de la influencia de tus padres. No discutías con ellos ni parecía que les hablastes demasiado. Mientras estabas fuera, había oído que le comentaban a mi madre lo contrario que estabas por haber regresado. «Se puso furioso cuando nos fuimos, y ahora está furioso porque hemos vuelto —dijo tu padre—. Incluso en Bombay nos las arreglamos para criar a un típico adolescente norteamericano.»

Yo hacía los deberes en la mesa de la cocina, pues no podía utilizar la mesa de mi habitación. Seguía con mi trabajo sobre la Roma antigua, un tema que me había interesado hasta vuestra llegada. Ahora, teniendo en cuenta que habíais estado allí, lo encontraba ridículo. Quería trabajar en la intimidad, pero tu padre me hablaba con detenimiento de los aspectos estructurales del Coliseo. Sus explicaciones de ingeniero civil me resultaban incomprensibles, no guardaban relación con mis necesidades, pero escuchaba por cortesía. Me preocupaba que quisiera comprobar si había incorporado las cosas que decía; sin embargo, nunca me importunó al respecto. Hurgó en su equipaje y me enseñó las postales que había comprado, y, aunque no tenía nada que ver con mi trabajo, me dio una moneda de diez liras.

Cuando hubieron pasado en buena medida las consecuencias del desfase horario, fuimos al centro comercial en el coche de mis padres. Tu madre necesitaba sujetadores, una prenda que no podía tomar prestada de mi exuberante madre. En el centro comercial, nuestros padres se sentaron juntos en un nivel inferior en el que había bancos y plantas en jardineras, a la espera, y a ti te dieron dinero y te dejaron dar una vuelta mientras yo acompañaba a nuestras madres a la sección de ropa interior de Jordán Marsh. Tu madre nos llevó hasta allí, con la tarjeta de crédito que tu padre le había entregado. Por lo general, íbamos a Sears. De camino a los sostenes se compró unos guantes de cuero negro y un par de botas hasta la rodilla, con cremallera, sin mirar en ningún momento el precio antes de coger algo del estante. En la sección de ropa interior, fue a mí a quien abordó la vendedora.

—Acaban de llegarnos unos modelos para jovencitas preciosos —le comentó a tu madre, creyendo que era hija suya.

—Ah, no, es muy pequeña —intervino mi madre.

—Pero mira, qué monada —señaló tu madre, al tiempo que palpaba el modelo que le presentaba la vendedora en una percha, de encaje blanco con un capullo de rosa en el centro. Aún tenía que venirme el período y, a diferencia de muchas chicas del instituto, todavía llevaba camisetas con estampados de flores. Me llevaron al probador y tu madre me observó con aire de satisfacción mientras me quitaba el abrigo y el jersey y me probaba el sostén. Me ajustó los tirantes y abrocho el cierre a la espalda. Ella también se probó cosas, desnuda de cintura para arriba a mi lado, sin avergonzarse, aunque a mí sí me azoraba ver sus grandes pezones de color ciruela, sus

pechos sorprendentemente caídos, las oscuras matas de vello en las axilas, que despedían un olor acre si bien no del todo desagradable.

—Perfecto —comentó tu madre. Pasó el dedo por debajo del elástico, sobre la piel, y añadió—: Espero que sepas que algún día vas a ser muy hermosa.

A pesar de las protestas de mi madre, la tuya me compró mis primeros tres sostenes, insistiendo en que se trataba de un regalo. A la salida, en el mostrador de cosméticos, se compró un pintalabios, un frasco de perfume y un surtido de cremas caras que prometían dar firmeza al cuello y brillo a los ojos; no mostró el menor interés en los productos Avon que utilizaba mi madre. El regalo por sus compras en el mostrador de cosméticos fue un bolso rojo de gran tamaño. Me lo dio, convencida de que me vendría bien para los libros, y al día siguiente lo llevé a clase.

Una semana después tu padre se incorporó a su nuevo trabajo, en una empresa de ingeniería, a sesenta kilómetros de casa. Al principio mi padre se levantaba temprano y lo llevaba antes de regresar a Northeastern para dar clases de economía. Luego tu padre se compró un Audi con cambio de marchas manual. Tú te quedabas en casa con tu madre y la mía; tus padres querían esperar a comprarse una vivienda para decidir qué instituto te convenía. Yo estaba pasmada, y muerta de envidia: ¡medio año sin ir a clase! Para agravar mi disgusto, no se esperaba que hicieras nada en casa, como llevar el plato o el vaso al fregadero o hacerte mi cama, que yo veía de vez en cuando por la puerta entreabierta de mi habitación en un estado de desorden absoluto: la manta en el suelo, tu ropa amontonada encima de mi mesa blanca. Comías cantidades enormes de fruta, racimos enteros de uva, manzanas hasta el corazón, una costumbre que me fascinaba. En aquella época yo no probaba la fruta fresca; las texturas y la intensidad de los sabores me producían arcadas. Tú te quejabas del sabor, o de la falta de sabor, pero igualmente diezmabas lo que hubieran traído mis padres del Star Market. Al llegar a casa por las tardes siempre te encontraba en el mismo extremo del sofá, con los pies descalzos apoyados en el borde de la mesita de centro, leyendo libros de Isaac Asimov que sacabas de las estanterías de mi padre, en el sótano. Yo aborrecía *Doctor Who*, la única serie de televisión que te gustaba.

No acababa de pillarte la vuelta. Como habías vivido en la India, te tenía más asociado con mis padres que conmigo. Y, sin embargo, eras distinto de mis primos de Calcuta, que tan inocentes y obedientes parecían cuando los visitaba, preguntándome sobre mi vida en América como si ésta fuese la Luna, pasmados por todos los detalles. Tú no mostrabas la menor curiosidad por mí. Un día una amiga de clase me invitó a ver *El Imperio contraataca* un sábado por la tarde. Mi madre dijo que podía ir, pero sólo si también estabas invitado tú. Protesté, aduje que mi amiga no te conocía. A pesar de mi encaprichamiento, no quería tener que explicarle a mi amiga quién eras y por qué vivías en nuestra casa.

—Tú sí lo conoces —replicó mi madre.

—Pero ni siquiera le caigo bien —me quejé.

—Claro que le caes bien —respondió mi madre, ciega a las implicaciones de lo que yo había dicho—. Se está adaptando, Hema. Tú nunca has tenido que pasar por eso.

La conversación concluyó allí. Luego resultó que la película no te interesaba, pues ni siquiera habías visto *La guerra de las galaxias*.

Un día te encontré sentado a mi piano, pulsando teclas al azar con el índice. Te levantaste al verme y te sentaste en el sofá.

—¿Odias esto? —te pregunté.

—Me gustaba vivir en la India —contestaste.

Yo no dejé entrever que los viajes a la India me resultaban aburridos, que no me gustaban las lagartijas que se aferraban a las paredes al caer la noche, venga a entrar y salir de los fluorescentes, ni las cucarachas gigantescas que me observaban mientras me bañaba. No me hacían gracia los comentarios que soltaban mis parientes abiertamente en mi presencia: que no había heredado las elegantes manos de mi madre, que mi piel se había oscurecido desde que era niña.

—Bombay no se parece en nada a Calcuta —añadiste, como si me leyeras el pensamiento.

—¿Está cerca del Taj Mahal?

—No. —Me miraste con atención, como si repararas en mi presencia por primera vez—. ¿Nunca has visto un mapa?

En nuestro viaje al centro comercial te habías comprado un disco, algo de los Rolling Stones. La cubierta era blanca, y en ella aparecía lo que semejaba una tarta. No tenías el menor interés en los pocos discos que yo poseía: Abba, Shaun Cassidy, un recopilatorio de música disco que había encargado con el día ñero de la paga tras verlo en un anuncio de televisión. Tampoco estabas dispuesto a poner el álbum en el tocadiscos de plástico que había en mi habitación. Abriste el armario donde mi padre tenía el plato y el receptor de radio. Mi padre era sumamente maniático con su aparato estéreo. A mí, e incluso a mi madre, nos estaba vedado. El estéreo había sido la única compra lujosa de su vida. Los sábados por la mañana, antes de escuchar su colección de cantantes indios, lo limpiaba todo personalmente, frotando las piezas con un trapo especial.

—No puedes tocar eso —le advertí.

Te volviste. La tapa del giradiscos ya estaba levantada, y el disco daba vueltas. Sostuviste el brazo de la aguja, dejando que su peso reposara sobre tu dedo.

—Sé cómo poner un disco —dijiste, sin hacer ya el menor esfuerzo por disimular tu irritación. Y luego dejaste caer la aguja.

Qué aburrido debías de sentirte en mi habitación, llena de objetos de chica. Debía de ponerte nervioso verte atrapado con nuestras madres el día entero mientras cocinaban y veían culebrones. En realidad, era mi madre quien cocinaba ahora. Aunque la tuya le hacía compañía, pelaba o troceaba algo de vez en cuando, ya no estaba interesada en cocinar, como lo había estado en los tiempos de Cambridge. La había malacostumbrado Zareen, la cocinera parsi que teníais en Bombay, dijo. En ocasiones nos prometía un bizcocho al jerez, lo único que, aclaraba, siempre insistía en preparar ella misma, aunque nunca llegaba a hacerlo. Seguía tomando prestados saris de mi madre e iba al centro comercial a comprarse más jerséis y pantalones. Su maleta perdida jamás llegó, y ella lo aceptó con calma, asegurando que así tenía excusa para comprarse cosas nuevas, pero tu padre presentó batalla por ella, haciendo una serie de airadas llamadas a la compañía aérea antes de dejar estar definitivamente el asunto.

Tú estabas en casa tan poco como te era posible, y a pesar del frío salías a pasear por el bosque y las calles casi desiertas. Te vi una vez, mientras iba en el autobús escolar de regreso a casa, asombrada de lo lejos que habías llegado. «Vas a ponerte enfermo, Kaushik, siempre paseando así a la intemperie», te advertía mi madre, que seguía hablándote en bengalí pese a que contestabas sistemáticamente en inglés. Fue tu madre la que se acatarró, y se sirvió de esa excusa para quedarse en cama durante días. Rehusaba la comida que preparaba mi madre para todos los demás y pedía únicamente caldo de pollo enlatado. Tú te llegabas andando hasta el pe-

queño supermercado que quedaba a kilómetro y medio de nuestra casa y traías el caldo y ejemplares de *Vogue* y *Harper's Bazaar*. «Ve a preguntar a Parul Mashí si quiere té», me dijo mi madre una tarde, y subí a la habitación de invitados. De camino, tenía que ir al cuarto de baño. Allí estaba tu madre, envuelta en un albornoz, sentada con aire taciturno en el borde de la bañera, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo.

—¡Ay, Hema! —exclamó, y a punto estuvo de caer dentro de la bañera, tan sorprendida que aplastó el cigarrillo contra la porcelana y no en el diminuto cenicero que sostenía en la palma de la mano y que debía de haber traído consigo de Bombay.

—Lo siento —me disculpé, y me volví para marcharme.

—No, no, por favor, ahora mismo salía —dijo.

La miré mientras tiraba la colilla por el retrete, se enjuagaba la boca en el lavabo, se aplicaba de nuevo pintalabios y M lo secaba con un Kleenex, que luego acabó, con un revoloteo, en la papelera. Aparte del *bindi*, mi madre no llevaba maquillaje, y observé el ritual de la tuya con atención, más impresionada si cabe de que se tomase tantas molestias teniendo en cuenta que se encontraba mal y pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Se miró fijamente en el espejo, sin sopesar lo que veía. Al parecer la breve aplicación de pintalabios le devolvió la compostura que mi repentina aparición le había hecho perder. Me vio contemplando su reflejo y sonrió. «Un cigarrillo al día no puede matarme, ¿verdad?», comentó alegremente. Abrió la ventana, sacó un perfume de su bolsa de cosméticos y lanzó una rociada al aire. «Nuestro secretito, ¿verdad, Hema?», dijo. No era tanto una pregunta como una orden, y se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

En ocasiones, por la tarde, íbamos con vosotros a mirar casas. Íbamos en nuestro coche familiar, pues en el precioso automóvil que había comprado tu padre no cabíamos todos. Mi padre conducía, vacilante, hasta barrios desconocidos donde los jardines eran un poco más grandes que el nuestro y las casas un poco más apartadas entre sí. Tus padres buscaron primero en Lexington y Concord, donde estaban las mejores escuelas. Algunas casas que íbamos a ver estaban vacías, otras ocupadas por los inquilinos de ese momento y sus posesiones. Ninguna, según las conversaciones que oía por la noche mientras intentaba conciliar el sueño, era de las que podrían haberse permitido mis padres. Ellos se hacían a un lado mientras los tuyos hablaban con los agentes inmobiliarios de los precios que se pedían. Pero no era el dinero lo que se interponía.

El problema en sí eran las propias casas, la luz escasa, los techos bajos, las habitaciones incómodas, decían siempre tus padres en el camino de regreso a nuestra casa. A diferencia de mis padres, los tuyos tenían opiniones acerca del diseño, preferían algo contemporáneo, se entusiasaban cuando pasábamos por delante de una estructura blanca en forma de caja medio oculta tras una hilera de árboles altos. Buscaban una piscina a ras de tierra, o un espacio para construirla; tu madre echaba de menos nadar en su club en Bombay. «Vistas al agua, eso deberíamos buscar», declaró una tarde tu madre mientras leía la sección de anuncios del *Globe*, y eso limitó aún más la búsqueda. Fuimos en coche a Swampscott y Duxbury para ver propiedades que daban al océano, y visitamos casas en el bosque con vistas a lagos privados. Tus padres hicieron una oferta por una casa en Beverly, pero después de una segunda inspección, tras aducir tu madre que el trazado del terreno no era óptimo, la retiraron.

Mis padres se sentían desairados por las extravagantes perspectivas de los tuyos, avergonzados de tener una casa tan modesta. «Qué incómodos deben de estar aquí», decían, pero tus padres nunca se quejaban, como se quejaban los míos, todas las noches, antes de dormirse. «No esperaba que les llevase tanto tiempo», decía mi madre, y observaba que casi había transcurrido

un mes. Mientras estabais con nosotros, no había sitio para nadie más. «Los Dasgupta querían visitarnos el fin de semana que viene y he tenido que decirles que no», comentó mi madre. Una y otra vez oía lo mucho que habían cambiado tus padres, cómo, sin darnos cuenta, habíamos abierto las puertas de nuestra casa a unos desconocidos. Había quejas porque tu madre no ayudaba a limpiar la cocina después de comer, porque se iba a la cama cuando le venía en gana y dormía casi hasta el mediodía. Mi madre afirmaba que tu padre era demasiado indulgente, demasiado atento con la tuya, siempre le preguntaba si quería otra copa, le bajaba una rebeca si tenía frío.

—Ella es la razón de que sigan aquí —aseguró un día mi madre—. No se conformará con nada que no sea un palacio.

—No es tarea fácil empezar con un trabajo nuevo, una forma nueva de vida desde cero —repu-so mi padre con diplomacia—. Yo diría que ella no quería marcharse, y él intenta compensarla.

—Tú nunca me perdonarías semejante comportamiento.

—Déjalo estar —dijo mi padre, que le dio la espalda y se subió la manta hasta debajo de la bar-billa—. No será para siempre. Se marcharán dentro de poco y entonces nuestra vida volverá a la normalidad.

En alguna parte, en aquella casa abarrotada, se trazó una línea entre nuestras dos familias. A un lado estaba nuestra vida de siempre: mis padres me llevaban al Star Market los jueves por la noche, luego me daban el gusto de ir al McDonald's. Todos los domingos estudiaba para mi examen semanal de ortografía, y mi padre me ponía a prueba una vez terminado *60 minutos*. Tu familia también empezó a hacer cosas por su cuenta. A veces tu padre volvía temprano de trabajar y se llevaba a tu madre a mirar propiedades o al centro comercial, donde lenta y metódicamente empezó a comprar todas las cosas que necesitaría para poner en marcha la casa: sábanas, mantas, platos y vasos, pequeños electrodomésticos. Regresaban a casa con bolsas y más bolsas, las apilaban en nuestro sótano; a veces le enseñaban a mi madre lo que habían comprado, otras ni siquiera se molestaban en hacerlo. Los viernes tus padres solían invitarnos a cenar fuera, en alguno de los mediocres y carísimos restaurantes de la ciudad. Disfrutaban con el cambio: habían desarrollado misteriosamente preferencias por cosas como el solomillo y las patatas asadas, mientras que mis padres no. Las salidas tenían como objeto dar un descanso en la cocina a mi madre, pero ella también se quejaba de eso.

Yo era la única a quien no le importaba que siguierais con nosotros. A mi modo callado y complejo seguías gustándome, me sentía dichosa por el simple hecho de observarte día tras día. Y tus padres me caían bien, sobre todo tu madre; la atención que me dedicaba casi llegaba a compensar tu indiferencia. Un día tu padre reveló las fotografías de vuestra estancia en Roma. Yo disfruté viendo las copias, sujetándolas con cuidado por los bordes. Las fotos eran casi todas de ti y de tu madre, posando en *piazze* o sentados en el borde de fuentes. Había dos instantáneas de la columna de Trajano, casi idénticas.

—Coge una para tu trabajo —me dijo tu padre, a la vez que me la daba—. Seguro que impresiona a tu profesor.

—Pero yo no he estado...

—Da igual. Dile que tu tío fue a Roma y sacó una foto para ti.

Tú aparecías en la fotografía, de pie a un lado. Tenías la mirada baja, la cara oscurecida por una visera. Podrías haber sido cualquiera, uno de los muchos turistas de paso por el encuadre, pero me inquietó que estuvieras allí, tu presencia, que amenazaba con sacar a la luz la atracción se-

creta que sentía hacia ti y respecto de la cual aún confiaba en obtener alguna clase de respuesta. Habías conseguido eliminar todos mis encaprichamientos del instituto, de modo que sólo pensaba en estar en casa y en la forma de que nuestros caminos se cruzaran a lo largo de la tarde y por la noche, si te molestarías en mirarme en la mesa durante la cena. Tumbada en la cama plegable de la habitación de mis padres, dedicaba largas horas a imaginarte besándome. Yo era demasiado joven, demasiado inexperta, para contemplar nada más allá de eso. Acepté la fotografía y la pegué a mi trabajo, aunque no sin antes recortar la parte donde salías tú. Ese trozo me lo guardé, escondido entre las páginas en blanco de mi diario, a buen recaudo durante años.

El deseo de que nevara aún no se había cumplido. Cayó alguna que otra breve ráfaga de copos, pero nada que cuajara. Entonces, un día, la nieve empezó a caer, apenas visible al principio, pero cada vez con más fuerza a medida que transcurría la tarde, hasta alcanzar dos o tres centímetros de espesor en las calles para cuando volví del instituto. No fue una nevada peligrosa, pero sí lo bastante importante para romper la monotonía del invierno. Mi madre, que esa tarde estaba de buen humor, decidió preparar una gran cazuela de *khichuri*, plato que por lo general cocinaba cuando llovía, y para variar la tuya insistió en ayudarla, y se puso a freír trozos de patata y coliflor y a derretir barritas de mantequilla en una cacerola para preparar *ghee*. También decidió que quería, por fin, hacer aquel bizcocho al jerez que tanto tiempo llevaba prometiendo, y cuando mi madre le dijo que no había suficientes huevos tu padre fue por ellos, así como por los demás ingredientes que necesitaba.

—No estará listo hasta medianoche —advirtió mientras batía leche caliente y huevos sobre el fuego; cuando se cansó dejó que me ocupara de la tarea—. Hacen falta al menos cuatro horas para que cuaje.

—Entonces podemos comerlo para desayunar —propusiste al tiempo que arrancabas un pedazo del pastel que ella acababa de cortar y te lo llevabas en la boca. Rara vez ponías un pie en la cocina, pero esa tarde revoloteabas por allí, entusiasmado con la promesa del bizcocho al jerez, que deduje te encantaba y yo nunca había probado.

Después de cenar nos aglomeramos en el salón para ver las noticias mientras seguía nevando, emocionados al enterarnos de que al día siguiente mi instituto permanecería cerrado y las clases de mi padre se habían suspendido.

—Tómate tú también el día libre —instó mi madre a tu padre, que, para sorpresa de todos, accedió.

—Me recuerda el invierno que nos marchamos de Cambridge —dijo tu padre. Él y tu madre bebían Johnnie Walker, y esa noche, aunque mi madre seguía rehusándolo, mi padre aceptó acompañarlos—. Aquella fiesta que celebrasteis en nuestro honor —continuó, volviéndose hacia mis padres—. ¿Os acordáis?

—Hace siete años —dijo mi madre—. Era otra vida, en aquella época.

Hablaron de lo pequeños que éramos tú y yo entonces, de lo jóvenes que eran ellos.

—Qué velada tan estupenda —recordó tu madre, cuya voz delató una tristeza que los otros adultos parecían compartir—. Qué distinto era todo.

Por la mañana colgaban carámbanos de nuestras ventanas y un palmo de nieve cubría la tierra. El bizcocho al jerez, que la víspera no aguardamos a que se hiciera por estar demasiado cansados, apareció para el desayuno junto con las tostadas y el té. No era lo que había esperado, la mezcla caliente que había ayudado a batir estaba ahora fría y resbaladiza, pero tú devoraste una ración tras otra; tu madre acabó por guardarlo, pues temía que empezara a dolerte el estómago.

Después de desayunar, tu padre y el mío se turnaron con la pala para despejar el sendero de entrada. Cuando el viento remitió, me dejaron salir. Por lo general, en ocasiones así me dedicaba a hacer muñecos de nieve, raquíuticos y ladeados; mis padres se quejaban, cuando les pedía una zanahoria, de que era un desperdicio de comida. Pero esta vez te sumaste a mí, tocabas la nieve con las manos desnudas, la estudiabas, parecías feliz por primera vez desde tu llegada. Hiciste una bola pequeña y me la arrojaste. Me aparté, y luego te arrojé una ti, te di en la pierna, consciente de que llevabas la cámara colgada al cuello.

—Me rindo —dijiste, y levantaste los brazos—. Qué maravilla —añadiste, mirando en torno el jardín transformado por la nieve.

Me sentí halagada, por mucho que yo no tuviera nada que ver con el tiempo. Echaste a andar hacia el bosque y luego vacilaste. Había algo que querías enseñarme, dijiste. Aquel luminoso día de cielos azules, cubierto de nieve, con las ramas peladas de los árboles ocultando tan poco, parecía un lugar seguro. No pensé en el niño que se había perdido allí y al que nunca habían encontrado. De vez en cuando te detenías y dirigías la cámara hacia algo, sin pedirme en ningún momento que posara. Recorrimos un largo trecho, hasta que dejé de oír el sonido de las paletadas de nieve, hasta que la casa ya no resultaba visible. Al principio no caí en la cuenta de lo que estabas haciendo, de rodillas en el suelo para apartar la nieve. Debajo había alguna clase de piedra. Y entonces vi que se trataba de una lápida. Descubriste una hilera de ellas, planas en el suelo. Me puse a ayudarte, dejando al descubierto lo que estaba sepultado, primero sirviéndome de las manos enguantada, luego de todo el brazo. Perteneían a unas personas de apellido Simonds, seis miembros de una misma familia.

—Están todos juntos —dijiste—. La madre, el padre, cuatro hijos.

—No sabía que esto estuviera aquí.

—Dudo que alguien lo sepa. Cuando las encontré estaban tapadas por la hojarasca. La última, Emma, murió en mil novecientos veintitrés.

Asentí, sorprendida por la similitud de su nombre con el mío, me pregunté si habrías caído en la cuenta de ello.

—Ojalá no fuéramos hindúes, para que mi madre pudiera ser enterrada en alguna parte. Pero nos ha hecho prometer que esparciremos sus cenizas en el Atlántico.

Te miré, confusa, y seguiste explicando que tenía cáncer de mama, y que se le estaba propagando por el resto del cuerpo. Por eso os habíais ido de la India. No era tanto por el tratamiento como para que os dejaran en paz. En la India la gente sabía que estaba muriéndose, y de haber seguido allí, inevitablemente, amigos y parientes se habrían reunido a vuestro lado en vuestro hermoso apartamento a orillas del mar, intentando protegerla de algo de lo que no había modo de escapar. Tu madre, que no quería verse agobiada por su atención ni que sus padres fueran testigos de su declive, le pidió a tu padre que os trajera de regreso a América.

—Ha estado visitándola un médico del Mass General. Es allí adonde suele llevarla mi padre cuando dicen que van a ver casas. Va a operarse en primavera, pero es sólo para ganar un poco más de tiempo. No quiere que nadie lo sepa. Al menos hasta el final.

La información cayó entre nosotros, tan espantosa como si me hubieras abofeteado, y rompí a llorar. Al principio las lágrimas rodaron en silencio por mi rostro medio helado, pero luego empecé a sollozar, afeada delante de ti, moqueando por efecto del frío, con los ojos enrojecidos. Me quedé allí plantada, con las manos en cuña debajo de los pómulos para recoger las lágrimas, mortificada porque tuvieras que presenciar un espectáculo tan patético. Aunque nunca me habías sacado una foto, temí que levantaras la cámara y me captaras de esa guisa. Naturalmente, no hiciste nada, no dijiste nada; bastante habías dicho ya. Te quedaste donde estabas, contemplando la lá-

pida de Emma Simonds, y al cabo, cuando me tranquilicé, echaste a andar de regreso a nuestro jardín. Te seguí por el sendero que habías descubierto, y después nos separamos, sin ser ninguno consuelo para el otro, tú a despejar el sendero con la pala, yo adentro a darme una ducha caliente, con la cara roja e hinchada a causa del frío a los ojos de nuestras madres. Tal vez pensaste que lloraba por ti o por tu madre, pero no era así. Era demasiado joven para sentir pena o compasión. Sólo noté el enorme miedo de tener una mujer agonizante en nuestra casa. Recordé haber estado junto a tu madre, las dos desnudas de cintura para arriba en el probador cuando me ponía mi primer sostén, impresionada por haberme encontrado tan cerca de su enfermedad. Estaba furiosa porque me lo hubieras dicho, y porque no me lo hubieras dicho, sentía al mismo tiempo una carga y una traición, te odiaba otra vez como al principio.

Dos semanas después, os fuisteis. Tus padres compraron una casa en North Shore, diseñada por un renombrado arquitecto de Massachusetts. Tenía el tejado perfectamente plano y paredes enteras de vidrio. Las habitaciones de la planta superior estaban dispuestas en torno a una galería interior, el techo del salón alcanzaba los seis metros de altura. No había vistas al agua pero sí una piscina para que nadara tu madre, tal como deseaba. Vuestra primera noche allí, mi madre llevó comida para que la tuya no tuviera que cocinar, sin saber el favor que le hacía. Admiramos la casa y el terreno, las habitaciones, tan vacías que producían eco y que pronto rebosarían de tristeza y dolor. Había un dormitorio con claraboya; debajo, nos dijo tu madre, pensaba colocar su cama. Todo aquello le reportaría dos años de placer. Cuando mis padres por fin se enteraron de la noticia y fueron al hospital donde tu madre agonizaba, yo no les dije nada de lo que me habías contado. En ese sentido me mantuve leal. Nuestros padres apenas eran conocidos para entonces, pues tras las semanas de intimidad forzosa habían seguido sus respectivos caminos. Tu madre había prometido invitarnos en verano a nadar en la piscina, pero conforme empeoraba su salud, más de prisa de lo que habían previsto los médicos, tus padres se cerraron al resto del mundo, decididos a no revelar aún la dolencia de ella, y rara vez recibían visitas. Durante una temporada mi madre y mi padre siguieron quejándose, pues se sentían rechazados. «Después de todo lo que hicimos por ellos», decían antes de conciliar el sueño. Pero yo ya estaba en mi propia habitación, al otro lado de la pared, en la cama donde tú habías dormido, y ya no los oía.

Fin de año

No asistí a la boda de mi padre. Ni siquiera sabía que se hubiera celebrado una boda hasta que él me llamó un domingo temprano durante mi último año en Swarthmore. Me despertó una mano que aporreaba la puerta, seguida por la voz de uno de mis compañeros de pasillo gritando mi apellido. Supe antes de contestar que se trataba de mi padre; nadie más me habría llamado antes de las nueve de la mañana. Él siempre había sido madrugador, consideraba que las horas entre las cinco y las siete eran las más provechosas del día. Se servía de ese rato para leer el periódico y después dar un paseo, por Marine Drive cuando vivíamos en Bombay y luego por las calles más tranquilas de nuestra ciudad, en North Shore, y pese a lo mucho que solía animarnos a mi madre y a mí a acompañarlo, yo sabía que prefería estar solo. Las cosas eran distintas ahora, claro; esas horas de soledad que antaño saboreaba se habían convertido en una cárcel para él, algo normal, por otra parte. Yo sabía que ya no se molestaba en ir a dar paseos y que desde la muerte de mi madre apenas dormía. Llevaba varias semanas sin hablar con mi padre. Había estado en Calcuta, visitando a mis abuelos (aún vivían los cuatro), y cuando cogí el auricular, que habían dejado colgado del cable, esperaba que me dijera únicamente que había regresado sin novedad a Massachusetts, no que de pronto tenía una madrastra y dos hermanastras.

«He de contarte algo que te va a disgustar», empezó, y me pregunté si alguno de mis abuelos habría enfermado, si los padres de mi madre, en particular, ya no podían soportar la pérdida de su única hija a los cuarenta y dos años. Había sido lo más difícil, en aquellos primeros meses después de su fallecimiento: tener que ir a Calcuta con mi padre y entrar en la casa donde mi madre había pasado la niñez, tener que ver al hombre y a la mujer que la habían criado, que la habían conocido y querido mucho antes de que la conociéramos y la quisiésemos mi padre y yo. Mis abuelos llevaban viviendo en un estado de luto atenuado desde 1962, cuando se casaron mis padres. De vez en cuando mi madre iba a verlos, primero de Boston y más tarde de Bombay, como Perséfone en el mito colmaba e iluminaba temporalmente las habitaciones, dispersaba cremas y polvos sobre el tocador, tomaba té en tazas que conocía desde la infancia, dormía en la habitación donde lo había hecho siendo niña. Después de llamar a mis abuelos desde Massachusetts para decirles que mi madre había fallecido, se habían aferrado a la esperanza de que era sólo cuestión de tiempo el que se subiera a un avión y cruzara de nuevo el umbral. Cuando mi padre y yo entramos en la casa, mi abuela incluso preguntó si mi madre seguía en el taxi, que ya se había marchado, todo ello a pesar de que una fotografía de mi madre, de proporciones épicas y rodeada de una corona de gardenias, colgaba en la pared de la sala de estar. «Ya no está con nosotros, Didun», dije, y fue únicamente entonces cuando mis abuelos se derrumbaron y lloraron otra vez a mi madre como no la habíamos llorado mi padre ni yo. Estar con ella durante su enfermedad día tras día nos había denegado ese privilegio.

Pero mis abuelos estaban bien, me informó ahora mi padre. Me echaban de menos y me enviaban recuerdos, dijo, y luego me contó lo de Chitra. Había perdido a su marido dos años atrás, no de cáncer sino a causa de una encefalitis. Chitra era maestra y, con treinta y cinco años, era casi veinte más joven que mi padre. Sus hijas tenían siete y diez. Me ofreció esos detalles como si respondiera con diligencia a preguntas que yo no estaba formulándole. «No te pido que la aprecies, ni siquiera que te caiga bien —dijo mi padre—. Eres un hombre hecho y derecho, no la necesitas en tu vida como la necesito yo. Lo único que te pido es que, con el tiempo, entiendas mi decisión.» Saltaba a la vista que se había preparado para que me mostrase escandalizado, le dirijera palabras severas, acusaciones, le coleara. Pero no experimenté ninguna emoción turbulenta

mientras hablaba, sólo una versión diluida de la sensación que se había apoderado de mí aquel día en Bombay cuando me enteré de que mi madre se moría, una sensación que se había anclado en mí y nunca desaparecería por completo.

—¿Está ahí contigo? —pregunté—. ¿Te gustaría que hablase con ella? —pregunté más como reto que por cortesía, sin creérmelo del todo. Desde la muerte de mi madre dudaba a menudo de las cosas que me decía mi padre en nuestras conversaciones por teléfono: que una noche determinada, por ejemplo, había cenado en el restaurante italiano al que solía llevarme cuando iba a casa, en vez de sencillamente ventilarse otra lata de almendras acompañada de unos Johnnie Walker delante del televisor.

—Llegan dentro de dos semanas. Las verás cuando vengas a casa por Navidad —repuso, y añadió—: No habla muy bien inglés.

—¿Peor que yo bengalí?

—Es posible. Ya aprenderá, claro.

No dije lo que me vino a los labios, que mi madre había aprendido inglés de niña, que no le había hecho falta adquirirlo en América.

—A las niñas se les da mejor —continuó mi padre—. Han empezado secundaria en institutos ingleses. Las he matriculado en sus cursos para que empiecen en enero.

Conocía a Chitra desde hacía apenas unas semanas y sólo se habían visto dos veces antes de casarse. Fue una boda por lo civil seguida de una pequeña comida en un hotel.

—Lo dispusieron todo sus parientes —me explicó, como dando a entender que él no tenía la culpa. Aquel comentario me disgustó más que cualquier otra cosa que hubiera dicho mi padre hasta el momento. Él no era un hombre maleable, y yo era consciente de que nadie se habría atrevido a buscarle una nueva esposa a menos que él la hubiese solicitado—. Estaba harto, Kaushik—agregó—. Harto de regresar a una casa vacía todas las noches.

Yo no sabía qué era peor, si la idea de que mi padre volviera a casarse por amor o su actitud de ponerse a buscar a una desconocida para que le hiciese compañía. El de mis padres había sido un matrimonio concertado, aunque no sin cierto toque romántico: mi padre vio a mi madre por primera vez en la boda y se sintió tan atraído por ella que, a la semana siguiente, pidió su mano. Siempre se habían mostrado afectuosos el uno con el otro, pero no fue hasta que cayó enfermo cuando dio la impresión de estar enamorado de ella por completo, imprudentemente, de manera que fui testigo de un noviazgo que debería haberse desvanecido antes de mi nacimiento. Entonces la adoraba, llegaba a nuestro piso de Bombay con flores, se quedaba un rato más con ella en la cama por las mañanas, iba tarde a trabajar, quería pasar todo el tiempo a solas con ella, hasta el punto de que yo, un adolescente, tenía la sensación de estar de más.

—He pensado —continuó— que, puesto que tu dormitorio es bastante grande, las chicas podrían dormir juntas allí. ¿Te importaría mucho alojarte en la habitación de invitados cuando vengas de visita, Kaushik? Ahora tienes la mayor parte de tus pertenencias contigo. Sólo se trata de un lugar donde dormir. Pero dime si te importa, por favor. —Parecía más preocupado por mi reacción ante un nuevo cuarto que ante el hecho de que acababa de adquirir una nueva familia.

—No pasa nada.

—¿Lo dices de veras?

—He dicho que no me importa.

Regresé a mi habitación de la residencia. Esa mañana había una chica en mi cama; había seguido durmiendo mientras yo me vestía y salía descalzo dando traspiés por el pasillo para ponerme al teléfono. Ahora estaba tumbada boca abajo, bolígrafo en mano, terminando un crucigrama que yo había dejado a medio hacer. Se llamaba Jessica, y la había conocido en clase de español.

—¿Quién era? —preguntó al tiempo que se volvía para mirarme.

Un sol intenso entraba al sesgo por la ventana a su espalda, oscureciéndola hasta el punto de que sus rasgos quedaban ocultos.

—Mi padre —respondí, y volví a meterme en la cama, a su lado.

Durante un rato ella siguió con el crucigrama mientras yo permanecía hecho un ovillo; su desconocido olor todavía me emocionaba. Ella no sabía nada de mi familia, del reciente viaje de mi padre a Calcuta ni de la muerte de mi madre el verano anterior a que empezara la universidad. En el transcurso de las pocas semanas que llevábamos juntos no le había contado a Jessica nada de todo eso. Esa mañana, tras llorar un poco apoyado en su cuerpo, se lo conté.

Después de los exámenes, volví en coche a Massachusetts, luego de dejar a Jessica de camino en la granja de sus padres, en Connecticut. Cuando decidí ir a Swarthmore mi padre me dio el Audi que se había comprado al regresar de Bombay. Dijo que así me resultaría más fácil volver a casa desde Pensilvania durante los fines de semana y en vacaciones, pero yo caí en la cuenta de que no era sino una excusa para librarse de otra de las cosas que mi madre había tocado, conocido u ocupado de algún modo. El día que regresamos del hospital por última vez, cogió todas y cada una de las fotos de ella, enmarcadas y en álbumes, y las metió en una caja de zapatos. «Escoge alguna, ya sé que las fotos son importantes para ti», me dijo, y después selló la caja con cinta adhesiva y la guardó en un armario. No había perdido tiempo a la hora de regalar su ropa, sus bolsos, sus cosméticos y colonias. Esa es probablemente la última vez que te recuerdo de aquel período, cuando tú y tu madre vinisteis a casa un día y pasasteis una tarde revisando los cajones de mi madre tal como habían hecho muchas otras, toqueteando sus cosas, llevándose jerséis y chales al pecho para ver si les quedarían bien, haciendo la prueba de si el Chanel N° 5 reaccionaría tan favorablemente en contacto con su piel. Los objetos que ni tú ni tu madre ni las demás mujeres bengalíes necesitabais fueron enviados a organizaciones benéficas de la India, pues no había ningún centro en Nueva Inglaterra al que donar aquellos saris con blusas y combinaciones a juego. Todo ello de acuerdo con las instrucciones de mi madre. «No quiero que esas telas tan preciosas acaben convertidas en cortinas», nos dijo desde la cama del hospital. Sus cenizas fueron esparcidas delante de la costa de Gloucester desde un barco contratado por un compañero de trabajo de mi padre, Jim Skillings, pero su oro volvió a Calcuta, distribuido entre las mujeres pobres que habían trabajado para mis parientes como sirvientas, cocineras o ayas.

A mí no me importó que sus cosas ya no estuvieran. Después de Bombay ella no había tenido apenas ocasión de llevar joyas y saris, pues rehusaba asistir a la mayor parte de las fiestas a que los invitaban a ella y mi padre. Al volver a casa del instituto, ya hacia el final, me la encontraba sentada envuelta en una manta contemplando la piscina en la que ya no tenía fuerzas para nadar. En ocasiones la sacaba a tomar el aire, paseábamos con cuidado entre los abedules y los pinos que crecían detrás de la casa y nos sentábamos en un murete de piedra. De vez en cuando, en un arrebató de ambición, me pedía que la llevara hasta el mar.

—Asegúrate de guardar la gargantilla de rubíes y el juego de perlas y esmeraldas para la persona con la que te cases —me dijo durante uno de esos paseos.

—No tengo previsto casarme en el futuro próximo —repuse, y me contestó que ojalá ella pudiera decir lo mismo con respecto a morir. Al final, la desobedecí. Después de que falleciera, fui incapaz de abrir y examinar el contenido de todas aquellas cajas rojas y planas que escondía en una maleta en su estante del armario, y mucho menos de apartar algo en aras de mi felicidad futura.

A media tarde ascendí por la carretera que llevaba hasta nuestro sendero de entrada. Nuestra casa era la única fuente de luz en kilómetros a la redonda, en medio de retazos aislados de nieve endurecida. No era el típico lugar acogedor y de fácil acceso. Se habían construido unas escaleras de piedra en el terreno irregular, flanqueadas por unos rododendros demasiado crecidos que llevaban hasta la entrada. Advertí, por el otro coche que había en el sendero de entrada, que mi padre estaba en casa. Y allí estaba, detrás de la contrapuerta, a la espera de que llegara yo con mis cosas.

—Te esperábamos más temprano —dijo a modo de saludo—. Aseguraste que vendrías para el almuerzo.

Entonces supe que era cierto, que había otra persona en la casa, una persona que permitía a mi padre decir sin vacilar «esperábamos» en vez de «esperaba». Yo no expliqué nada de mi desvío a casa de Jessica y las dos horas que había pasado allí. En cambio, aduje que el tráfico estaba mal. Me pregunté si mi padre habría salido de trabajar antes por mí, o si tal vez no habría ido ese día a la oficina. No habría sabido decirlo por su aspecto. Había dejado de llevar traje e iba vestido como si fuera fin de semana, con pantalones azul oscuro y un suéter de color crema. Tenía el pelo más canoso de lo que recordaba, y aunque seguía siendo vigorosamente atractivo, la vejez empezaba a infiltrarse en su rostro, la piel se le descolgaba a ambos lados de la nariz, sus ojos, de un tono verdoso pálido —un rasgo que hacía a mi madre insistir en que había sangre irlandesa en su familia—, parecían poseer una mirada menos vivida que antaño. Intenté imaginármelo, apenas unas semanas atrás, con una *kurta* de seda y un *topor* de novio en la cabeza. Me pregunté quién habría sacado fotografías en la boda, y si mi padre me las enseñaría.

Me sorprendió, al entrar en la casa, el intenso olor a cocina en el ambiente. Por lo demás, todo parecía inalterado: las fotografías en blanco y negro que había tomado yo de los bosques circundantes, y que mi madre había insistido en enmarcar, cubrían aún una de las paredes de la entrada. La casa siempre había conservado un aire impersonal, llena de armarios empotrados que ocultaban los rastros de nuestra vida cotidiana. Ahora que ya no vivía allí, me pasmó lo enorme que era, el altísimo techo de doble altura del salón y el inmenso tabique de vidrio que daba a los árboles, más propio de alguna institución que de una casa particular. A lo largo del tabique de vidrio había un asiento de repisa con espacio suficiente para acomodar a veinte personas una al lado de otra, como habla ocurrido durante el funeral de mi madre.

En cuanto me quité el abrigo, mi padre lo colgó en un armario, y luego me condujo hasta el comedor. Mi madre había insistido en amueblar la casa con piezas fieles a su arquitectura moderna: un sofá negro en forma de u, una lámpara de pie de cromo arqueada, una mesa de cóctel con tablero de vidrio en forma de riñón y una mesa de fibra de vidrio blanca rodeada por sillas a juego. Nunca había permitido que estuviese cubierta con un mantel, pero ahora sí que lo estaba. Se trataba de un mantel estampado con motivos indios que igualmente podría haber sido una colcha y que no acababa de cubrir la mesa por completo. En medio, en lugar del generoso centro de fruta fresca o flores que habría puesto mi madre, había una bandeja de acero inoxidable con un salero corriente y dos tarros de pepinillos, mango especiado y lima dulce, sin tapas, con las etiquetas manchadas y cucharillas metidas en su aceitoso contenido. Había un solo servicio de mesa para mí, en un extremo, con *luchis* traslúcidos apilados en un plato, y varios cuencos más pequeños con *dal* y verdura dispuestos en un semicírculo.

—Siéntate —dijo mi padre—. Debes de tener hambre. —Estaba nervioso, igual que yo. No tenía una copa en la mano, ni había una botella de Johnnie Walker a la vista, como solía haber para esa hora, en la mesa de cóctel.

Seguí de pie, sin el menor interés en la comida, contemplando la mesa. Ya no estaba acostumbrado a la comida india. En la universidad comía en la cafetería, y, durante el tiempo que pasé en casa tras la muerte de mi madre, mi padre y yo comíamos fuera o íbamos a buscar pizzas, de modo que la impresionante cocina de gas que tanto había entusiasmado a mi madre cuando nos mudamos, en cuya parrilla incorporada aseguró que prepararía kebabs, sólo se utilizaba para hervir el agua para el té. Miré hacia un rincón del techo por encima de la mesa y vi que estaba manchado por un escape de agua.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

—Hace una temporada.

—¿No vas a arreglarlo?

Mi padre, muy puntilloso con respecto a la construcción de los edificios, siempre se había mostrado exigente en esa clase de asuntos.

—Es un proyecto importante —dijo—. Si en esta parte del mundo los tejados son inclinados, por alguna razón será.

No oía voces ni pasos, ningún sonido de alguien cocinando o un grifo abierto en la cocina. Era como si Chitra y sus hijas estuvieran discretamente ocultas en alguno de los numerosos armarios de la casa, engullidas como tantas otras cosas.

—¿Dónde están? —pregunté por fin.

Entonces apareció ella, abriendo las puertas de vaivén que daban a la cocina. Estaba más cerca de mi edad que de la de mi padre. Eso ya lo sabía, pero verla me conmocionó. Tenía el pelo largo y moreno y una nariz ancha en un rostro por lo demás agraciado, aunque demasiado redondo para que me pareciese hermoso. Era más alta de lo que había esperado, un poco más que mi madre, de hecho. Llevaba bermellón en el pelo, una costumbre tradicional que mi madre desdeñaba; aquella mancha roja de polvo era, sin embargo, el elemento más llamativo de su aspecto.

—Me gustaría mucho que me llamas Mameni —dijo en bengalí. Su voz era un tono más grave que la de mi madre, y poseía cierta ronquera que resultaba curiosamente tranquilizadora—. ¿Tienes alguna objeción al respecto? —preguntó con amabilidad, sonriendo, temerosa de mi reacción, y yo negué con la cabeza, sin devolver la sonrisa—. Por favor —añadió al cabo, esta vez en inglés, al tiempo que me indicaba una silla.

Me volví hacia mi padre y le pregunté:

—¿No vamos a comer todos?

—Nosotros ya hemos comido —terció Chitra, de nuevo en bengalí—. Has conducido desde muy lejos. Hay más porvenir.

Volvió de súbito a la cocina y yo tomé asiento. Se me hizo la boca agua a pesar de mi reticencia a comer, y de pronto sentí gratitud por la enorme cantidad de comida que había delante de mí. Lo último que había comido era una ración de pastel de frutas preparado por la madre de Jessica, a la que había conocido al dejar a ésta en su casa. Era un pastel delicioso y su madre cortó unas porciones más y las envolvió en papel de plata para el camino, pero me las había olvidado en la mesita de centro del salón, distraído después de que Jessica me besara en la cama con dosel de su habitación de niña.

—Empieza, Kaushik—dijo mi padre, que se sentó en una silla a mi lado—. Se está enfriando.

La disposición de los cuencos, pequeños y de vidrio, en los que por lo general yo comía helado, me resultaba muy formal. Era la manera ceremoniosa a la vieja usanza, como recordaba que comían mis abuelos en Calcuta, agasajándose como reyes después de su baño matutino. Me pregunté cuál sería el mejor modo de servirme, si coger una cucharada de cada plato conforme iba

terminando o ponerlo todo en el plato a la vez. Mientras tanto, di cuenta de los *luchis*, todavía calientes e impresionantemente hinchados, sin acompañamiento. Me vinieron a la cabeza los domingos por la mañana en Bombay, cuando comía *luchis* preparados por nuestra cocinera parsi, Zareen. Me pareció oír a mi madre quejarse alegremente en la cocina, decirle a Zareen que probara con otra tanda, que estaba friéndolos antes de que el aceite estuviera lo bastante caliente.

Cuando regresó Chitra lo hizo seguida de sus hijas, dos niñas que a simple vista, salvo por su diferencia de estatura, de unos centímetros, resultaban indistinguibles. Iban más abrigadas de la cuenta, dado lo agradablemente caldeada que estaba la casa, con gruesos jerséis y calcetines, prendas indias incongruentes que pronto serían desechadas, bien lo sabía, y reemplazadas por ropa comprada en el centro comercial. Los jerséis estaban hechos del mismo tono de lana rosa repugnantemente intenso. Las chicas no se parecían mucho a Chitra. Eran más oscuras y de aspecto más dulce, con cara en forma de corazón y dos coletas negras, adornadas con lazos rojos.

—¿Queréis uno? —les pregunté señalando los *luchis* que quedaban en el plato, y para mi sorpresa se adelantaron y tendieron una mano, al tiempo que con la otra sofocaban una risilla. Vi que a una de las ellas, la más baja, le faltaba uno de los dientes delanteros.

—Dejad a Dada comer tranquilo —dijo Chitra. Se había andado con cautela acerca de cómo debía llamarme, pero ahora se refería a mí sin vacilar como el hermano mayor de las niñas.

—Podéis llamarme Kaushik—dije dirigiéndome a las niñas, lo que hizo que se llevaran de nuevo una mano a la boca y lanzaran unas risas más fuertes.

—¿Y por qué no KD? —sugirió mi padre.

Todos nos volvimos perplejos hacia él, el hombre por el que en ese momento estábamos reunidos.

—Las iniciales de Kaushik Dada —explicó.

Me pregunté si se le acababa de ocurrir o si lo habría meditado de antemano. Siempre había tenido una veta inventiva en lo tocante a las palabras: escribía poemas en bengalí los fines de semana y se los leía en voz alta a mi madre. A partir de los comentarios de ella deduje que los poemas eran ingeniosos. Lo de que mi padre, ingeniero civil, también fuese poeta había sido uno de nuestros secretos de familia. Aunque nunca le pregunté al respecto, di por sentado que tras la muerte de mi madre había dejado de escribir, como de hacer tantas cosas.

—Qué ingenioso —dijo Chitra, dirigiéndose directamente a mi padre por primera vez desde mi llegada. Su tono era de aprobación, el de alguien acostumbrado a elogiar los pequeños logros, y fue entonces cuando recordé que en su vida anterior había sido maestra—. Sí, KD es mejor.

Yo lo encontraba un apodo estúpido, pero mi padre parecía orgulloso de él, y era preferible a la alternativa de Chitra.

—¿Y cómo os llamo yo? —pregunté a mis hermanastras.

—Yo soy Rupa —respondió la más alta, que tenía un a voz tan ronca como la de su madre.

—Y yo soy Piu —dijo la niña a la que le faltaba un diente.

—Estamos muy contentas en tu habitación —añadió Rupa, un poco envarada, distante, como si recitara algo que le habían obligado a memorizar—. Nos sentimos muy agradecidas.

Me hablaban en inglés, con un acento y una entonación tan severos como debieron de sonar los míos a tus oídos plenamente americanos cuando llegamos como refugiados a casa de tu familia. Sabía que los acentos mermarían y luego desaparecerían, igual que sus jerséis tan poco elegantes y sus estúpidos peinados.

—Rupa y Piu tienen muchas ganas de ver el Acuario y el Museo de la Ciencia —intervino mi padre—. Igual podrías llevarlas algún día, Kaushik.

No respondí.

—Muy rico —dije en vez de ello en bengalí, refiriéndome a la comida, como me había enseñado mi madre a hacer cuando comía en casa de otras personas. Me levanté para llevar el plato a la cocina.

—No has comido —señaló Chitra, interponiéndose en mi camino. Intentó cogerme el plato de las manos, pero se lo impedí y me fui a la cocina para servirme una copa de la botella de Johnnie Walker que mi padre guardaba en el armario que había encima del lavavajillas.

—¿Qué necesitas? Ya te lo traigo yo —se ofreció Chitra, siguiéndome.

De pronto, la mera visión de ella de pie en nuestra cocina me asqueó. No tenía recuerdos de mi madre cocinando allí, pero el espacio aún retenía su presencia más que cualquier otra parte de la casa. Las plantas de jade y las arañuelas que había regado seguían vivas en la repisa de la ventana, el reloj en forma de rayos de sol cuyo diseño tanto le había gustado, con su temblorosa aguja larga, continuaba en la pared, dando la hora. Aunque mi madre rara vez lavaba los platos, aunque de hecho era yo quien se había encargado de ello la mayor parte de las veces en aquellos tiempos, imaginé sus manos bajo los grifos de la cocina, su cuerpo esbelto apoyado en la encimera. Hice caso omiso de Chitra y abrí un armario para coger un vaso y otro para sacar el whisky, pero lo único que encontré fueron cajas de cereales y paquetes de *chanachur* traídos de Calcuta.

Mi padre también entró en la cocina.

—¿Dónde está el whisky? —le pregunté.

Miró a Chitra de soslayo y, tras una breve comunicación muda entre ambos, ella salió.

—Lo he guardado —respondió una vez estuvimos a solas.

—¿Por qué?

—He dejado de beber. He visto que duermo mejor por las noches.

—¿Desde cuándo?

—Hace un tiempo ya. Además, no quería asustar a Chitra.

—¿Asustarla?

—Es un tanto anticuada.

Sacó el taburete plegable con peldaños que estaba junto a la nevera y lo abrió. Se subió a él, abrió un armario que resultaba difícil alcanzar, incluso con la escalera, y sacó una botella medio vacía.

Sentí deseos de preguntarle qué demonios se había apoderado de él para casarse a su edad con una joven chapada a la antigua. En cambio, dije, al tiempo que cogía la botella:

—Espero que no pase nada si soy yo quien la asusta.

—Sólo sé discreto al respecto, sobre todo cuando estén presentes las niñas.

Mis padres nunca habían sido discretos en lo referente a su afición al Johnnie Walker, ni en mi presencia ni en la de nadie. Tras la muerte de mi madre, justo después de cumplir los dieciocho años, fui yo quien ocupó su lugar, bebiendo una copa rebajada con agua, y luego otra, por las noches haciendo compañía a mi padre antes de que ambos encontrásemos una justificación para acostarnos. Casi nunca bebía whisky en la universidad, sino que me decantaba por la cerveza, pero cuando regresaba a casa, me moría de ganas de degustarlo, y era incapaz de evitar acordarme de mi madre cuando veía algún anuncio de esa marca en una valla publicitaria o una revista.

—He pensado que mañana, mientras esté en el trabajo, podrías ir a recoger un árbol —dijo mi padre—. Hay un sitio, no muy lejos de aquí, por la Ciento Veintiocho. Quizá las niñas quieran ir contigo. Están tremendamente entusiasmadas

Lo miré, confuso. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que mi padre estaría trabajando durante esas fechas, que yo me encontraría a solas con Chitra y sus hijas.

—¿Te refieres a un árbol de Navidad? —Durante los tres años anteriores, desde la muerte de mi madre, no habíamos celebrado las fiestas en nuestra casa. En vez de eso, nos habíamos acostumbrado a aceptar invitaciones a casas de amigos, y nos presentábamos por la mañana mientras la otra familia aún estaba en pijama. Yo recibía una única caja con un jersey o una camisa y veía a los niños de la familia abrir docenas de regalos. En Bombay mi madre siempre había celebrado una fiesta el día de Navidad: colgaba ristas de luces en nuestro piso y ponía regalos bajo un hibisco en una jardinera. Era la época del año en que hablaba con cariño de Cambridge, de tu familia y las demás que habíamos dejado atrás, decía que las fiestas no eran lo mismo sin el frío, las tiendas decoradas, las tarjetas que llegaban por correo.

—Supongo que tendremos que comprar regalos —añadió mi padre—. Aún nos quedan unos días. No hace falta que sea nada extraordinario.

Yo sabía que Chitra y sus hijas debían de estar acurrucadas en el comedor escuchando todas y cada una de las palabras que cruzábamos mi padre y yo, pero eso no me impidió decir:

—Esas crías apenas tienen la mitad de años que yo. ¿Esperas que juegue con ellas?

—No espero que hagas nada —respondió mi padre en tono neutro. Mi comentario no parecía afectarle. De hecho, tal vez incluso lo alivió comprobar que ahora estábamos oficialmente enfrentados, que ya no había necesidad de fingir.

Era como si en su imaginación la escena ya se hubiera representado varias veces y se hubiese cansado de ella—. Sólo te estoy preguntando si te importa ir a recoger un árbol.

Aún tenía que servirme el whisky. Había estado de espaldas a la encimera de la cocina, sosteniendo el vaso con una mano y con la otra la botella que mi padre me había sacado del lugar donde la ocultaba. Me lo serví, tal como hacía mi madre, con un solo cubito de hielo, sin añadir agua. Vací el vaso de un trago y luego me serví otro.

—Con calma —me advirtió mi padre.

Lo miré. Tras la muerte de mi madre había adquirido una expresión que fijaba sus rasgos permanentemente de una manera distinta. No era tanto una expresión de tristeza como de irritada resignación, semejante a la que adoptaba cuando yo era niño si se me resbalaba un vaso de las manos y se rompía, o si el día resultaba estar nublado cuando había planeado un picnic. Esa era la expresión que se había adueñado de su rostro la mañana que entramos por última vez en la habitación del hospital donde estaba mi madre, la misma que a partir de entonces me dirigía siempre que regresaba a casa de la universidad, y que parecía destinada a mi madre por dejarlo en la estacada. Pero esa expresión se había ausentado ahora.

—De calma, nada —repliqué al tiempo que sacudía la cabeza hacia mi propio reflejo suspendido contra el negro telón de fondo de la noche—. A mí no me resulta nada fácil.

Cuando desperté a la mañana siguiente mi padre ya se había ido a trabajar. Durante un rato me quedé en la cama, sin saber qué hora era, sin tener muy claro, al menos al principio, por qué estaba en la habitación de invitados y por qué oía aquellas sofocadas risas infantiles filtrándose desde el techo. La habitación de invitados estaba situada en la planta baja de la casa, en un pasillo que había detrás de la cocina. Yo ocupaba una cama de matrimonio, en realidad una plataforma

donde se ponía el colchón a escasa distancia del suelo. En la pared opuesta había una puerta corredera de cristal con vistas al jardín trasero y la piscina, cubierta por una lona negra. Cuando nos mudamos a esa casa mi madre había dedicado un tiempo desproporcionado a acondicionar la habitación de invitados: compró la colcha verde saltamontes para la cama, cortinas para la puerta corredera, un reloj despertador para la mesilla de noche, una bandeja para el jabón en el cuarto de baño anexo, y me pidió que colgara un cuadro rosa y morado de estilo Madhubani encima de la cómoda. Yo no sabía quién esperaba que viniera a quedarse con nosotros, pero por entonces hacíamos cualquier cosa que la animara. Ahora estaba agradecido por ello, contento de no ocupar mi antiguo dormitorio, separado por un tabique de la habitación de mis padres. Bastante horrible había sido oír la trabajosa respiración de mi madre por la noche, sus gemidos. Ahora habría sido a Chitra y a mi padre a quienes hubiera oído conversar antes de acostarse, sus cuerpos los que hubiese tenido que imaginar el uno junto al otro bajo una manta.

Que yo supiera, la única persona que había ocupado nuestra habitación de invitados era la señora Gharibian, una enfermera que vino a atender a mi madre cuando sus necesidades empezaron a ser excesivas para mi padre y para mí y antes de que mi madre decidiera que no quería morir en casa sino en el hospital. La señora Gharibian era una mujer de edad mediana, con el pelo corto y castaño y un suave acento sureño. Se había casado con un armenio y aprendido a hacer toda clase de aperitivos para su suegra. Llegaba con fiambreras llenas de empanadillas de cordeiro y hojas de parra rellenas, platos que ahora me recuerdan la agonía de mi madre; las metía en la nevera para que comiéramos mi padre y yo, y también surtía la casa de leche y pan sin que se lo pidiésemos. Por lo general se iba al anochecer, pero durante dos semanas pasó las noches con nosotros, aplicando inyecciones de morfina y vaciando las cuñas, tomando notas en una libretita encuadrada en tela que hubiera sido más apropiada para recetas de cocina. Algo en su actitud discretamente optimista me hacía creer que la señora Gharibian tenía el poder de sustentar a mi madre, no de curarla pero sí de mantenerla con vida indefinidamente. «Ésta es la peor parte —me dijo en cierta ocasión—. Contenéis la respiración, pensando que aún está por llegar, pero en realidad esto es lo peor, para ti y para tu padre.» A la sazón sus palabras no me aliviaron; no alcanzaba a imaginar nada peor que el momento en que mi madre ya no llenara los pulmones de aire y lo expulsara, ya no nos mirase con aquella expresión de hastío. No alcanzaba a imaginar nada peor que ser incapaz de mirarla a la cara todos los días, de contemplar su belleza, que aunque horriblemente distorsionada, no la había abandonado por completo. Pero en los días que siguieron a su muerte comprendí que la señora Gharibian estaba en lo cierto, que no había habido nada peor que esperar a que se produjese, que el vacío que se abrió a continuación era más fácil de sobrellevar que el constante peso de aquellos días.

Me puse un jersey, abrí una ranura la puerta corredera y encendí un cigarrillo. Las hojas que cubrían el suelo no habían sido rastrilladas y estaban dispersas por todas partes, a merced del viento. Gracias a la piscina, mis vacaciones de verano habían sido tolerables, pero el verano anterior, que yo había pasado cuidando una casa de Brooklyn con un amigo cuyos padres se habían ido a Europa, mi padre no se había molestado en llenarla, y la noche antes, durante la cena, había comentado que había que sustituir el filtro. Nuestro primer verano en la casa mi madre había utilizado la piscina religiosamente: cuarenta largos ida y vuelta antes de desayunar. Para el verano siguiente, debilitada por la quimioterapia, sólo caminaba por la parte menos profunda o metía los pies los días de calor, y al cabo de ese verano murió.

Dentro, se oía la televisión: en cuanto saliera de la habitación de invitados, tendría que verlas. Me puse los vaqueros, molesto por no poder pasearme por la casa en calzoncillos. En el cuarto de baño me lavé los dientes y me tomé un rato para afeitarme. Me moría por un café, pero no tenía ganas de comer. La cena había sido otro bochorno de abundancia. Chitra revoloteaba en torno a mi padre y de mí y de las niñas, y no comió hasta que todos hubimos acabado, en priva-

do, tal como hacían nuestras criadas en Bombay. Imaginé otro plato lleno a rebosar esperándome en la mesa del comedor, pero no había desayuno preparado, ni me ofrecieron nada cuando un acerqué a Chitra y sus hijas, que estaban en el salón, sentadas con los pies encima del sofá, viendo el concurso *Disputa familiar*. Parecían empequeñecidas por el altísimo techo, desvaídas por el sol matinal que entraba en la estancia. Las chicas iban vestidas, pero Chitra llevaba una bata acolchada de algodón con un triste estampado en rojo y amarillo. Sin maquillaje ni joyas parecía más joven incluso. Tomaba una taza de té, y abierta a su lado vi la caja de estaño de galletas que había pertenecido a mi madre.

—Buenos días —dije.

—Bueno días —respondieron Piu y Rupa al unísono cual campanillas, y de inmediato volvieron a posar la mirada en la tele.

—Voy a servirte un té —se ofreció Chitra, que dejó la taza en la mesa de cóctel e hizo ademán de levantarse—. No te he preparado nada. Tu padre me ha dicho que te gusta dormir hasta tarde cuando vienes de visita.

—No pasa nada —repuse—. No te levantes. No hace falta.

Ella me hablaba en bengalí y yo a ella en inglés, como había ocurrido la víspera. Supuse que no acabaría de entender mi laxa pronunciación americanizada, pero al parecer entendía lo que le decía.

—¿No tomas té por la mañana? —preguntó frunciendo el entrecejo, confusa.

Las niñas también apartaron la mirada del televisor, a la espera de mi respuesta.

—Necesito café. Es lo que tomo en la universidad. Me he acostumbrado.

—Pero no hay café en la cocina. Al menos que yo sepa.

—No te preocupes. Iré a tomarme uno al Dunkin' Donuts. —Antes de que tuviera ocasión de preguntar, continué—: Es un sitio donde venden donuts. Los donuts son una especie de bollo con un agujero en el centro.

—¿Está lejos la tienda?

—A unos minutos de aquí.

—Pero tienes que coger el coche, ¿no?

Asentí, y ella se mostró decepcionada.

—¿No se puede ir a ningún sitio sin coche?

—La verdad es que no. ¿Sabes conducir?

Ella negó con la cabeza.

—No es difícil. Seguro que puedes sacarte el carnet.

—Ah, no —dijo, no como si fuera incapaz, sino como si estuviera por encima del hecho de conducir—. No me gustaría aprender.

—Volveré dentro de un rato —dije. Vi que las niñas me miraban, y vacilé—. ¿Os gustaría venir conmigo?

—Sí, por favor —respondieron Rupa y Piu al mismo tiempo. Miraron a Chitra, que asintió.

Regresé a la habitación de invitados para coger la cartera y las llaves, y cuando volví las chicas ya tenían el abrigo puesto, parkas rojas a juego que mi padre debía de haberles comprado después de su llegada. Las gruesas cremalleras y los brillantes caparazones de nailon de aquellas prendas transformaban su aspecto, otorgándoles de pronto un aire legítimamente americano. Se sentaron juntas en el asiento trasero de mi coche entre periódicos, latas de refresco vacías, libros de texto, casetes.

—Lamento que esté tan desordenado —dije, y arrastré hasta el suelo todo lo que había en el asiento.

Se abrocharon el cinturón de seguridad con cuidado, liberando uno de los cierres, Piu con la ayuda de Rupa. Chitra miraba a través de la contrapuerta. Confiaba en mí para que llevara a sus hijas a un lugar del que nunca había oído hablar y que habría sido incapaz de encontrar. Aun así, saludó con la mano e hizo el esfuerzo de esbozar una sonrisa. Pisé el embrague, y estaba a punto de salir marcha atrás cuando Chitra abrió la contrapuerta y asomó la cabeza.

—Y yo, ¿estará bien?

—¿A qué te refieres?

—¿Estaré a salvo sola, en esta casa?

—Claro —contesté, pasmado porque fuera la primera vez, casi riéndome de ella—. Disfrútalo.

—Nunca nos deja salir sin ella —explicó Piu.

—Está asustada porque no se ve a los vecinos —intervino Rupa.

—Y le da miedo que nos caigamos en la piscina.

Yo no sabía cómo responder a lo que me decían, de modo que guardé silencio mientras salía marcha atrás por el largo sendero de entrada y me dirigía hacia el pueblo. El Dunkin' Donuts más cercano estaba a menos de quince minutos, y cuando lo tuve a la vista me pareció demasiado pronto. Quería seguir conduciendo, así que seguí adelante, camino del siguiente pueblo, donde había una playa que a mi madre le gustaba visitar para cambiar de aires de vez en cuando. Había que tomar la autopista, y me resultó agradable acelerar un ratito por la carretera desierta e impersonal. Las niñas no preguntaron a dónde íbamos, cada una miraba fijamente por la ventanilla de atrás; el trayecto aún era lo bastante breve para que la falta de conversación no resultase extraña. Entré en el siguiente pueblo y enfilé una carretera desde la que era visible la línea gris del océano. Se la señalé a Rupa y a Piu, pero no dijeron nada.

—Podemos pasar por la ventanilla para coches o entrar —dije una vez que hubimos llegado al Dunkin' Donuts—. ¿Qué preferís?

—¿Qué es mejor? —preguntó Rupa.

—Si pasamos por la ventanilla, me dan el café y me lo tomo en el camino de regreso a casa. De la otra manera, nos sentamos dentro.

Rupa votó por la ventanilla; Piu, por entrar.

—A ver qué os parece —propuse—: entramos, y a la salida pasamos por la ventanilla por otro café.

Pareció gustarles que no se les negara ninguna de las dos opciones. Se apearon y cruzaron el aparcamiento cogidas de la mano. El Dunkin' Donuts formaba parte de un pequeño centro comercial dispuesto en torno a una plaza, y en él había una licorería, un establecimiento de accesorios para baños y dormitorios y una tienda de artículos para fiestas. El aparcamiento estaba lleno de coches de gente que hacía las compras navideñas en el último momento, pero el Dunkin' Donuts estaba vacío. Sonaban villancicos en el hilo musical, unas melodías trilladas ajenas por completo a los oídos de Rupa y de Piu. Pedí el café y les pregunté a las niñas qué querían. Se quedaron mirando las bandejas, Piu de puntillas, esforzándose por verlas, Rupa con la boca un poquito abierta y la lengua en una comisura de los labios. Lo más lógico era levantar a Piu para que pudiese ver mejor, y cuando me ofrecí a hacerlo, alzó las manos y se encaramó a mis brazos. Pesaba más de lo que esperaba, así que la senté en el mostrador, donde siguió mirando fijamente.

—¿Cuál es tu preferido, KD?

—Boston Cream.

—Entonces, yo quiero ése.

—Yo también —dijo Rupa.

—Que sean tres —le dije al dependiente.

Nos sentamos en un reservado, yo a un lado de la mesa de fórmica, mis hermanastras al otro. Se pusieron a comer con entusiasmo, sin parar hasta que hubieron acabado, cruzando miradas y un comentario entre hermanas que no me confiaron. Yo también me comí el donut, sorprendido de lo pequeñas que eran sus bocas, en lo mucho que tardaban en terminar en comparación conmigo. Me sentía distante de ellas en todos los sentidos, pero al mismo tiempo no podía negar las cosas que nos unían. Una era mi padre, claro, pero él parecía ser lo menos importante en cierto sentido. Al igual que ellas, yo había hecho aquel viaje de la India a Massachusetts, demasiado mayor para no notar el impacto, demasiado pequeño para tener voz en el asunto. Ellas recordarían todo eso, quizá no con la misma claridad con que yo recordaba aquellos primeros meses en casa de tus padres, pero aun así lo recordarían. Al igual que ellas había perdido a uno de mis padres y ahora me pedían que aceptara a un sustituto. Me pregunté hasta qué punto recordarían a su padre; Piu sólo debía de tener cinco años cuando él murió. Incluso la memoria de mi madre había empezado desmoronarse en los tres años y medio transcurridos desde su muerte; los miles de días que había pasado con ella quedarían reducidos a un puñado de escenas típicas. Yo fui afortunado, en comparación con Rupa y Piu, de tener aun madre tanto tiempo. La consciencia de la muerte parecía presente en ambas hermanas; era algo en su manera de comportarse, algo que se había quebrado demasiado pronto y no se había enmendado, marcándolas a pesar de su aire alegre.

—¿Os ha gustado? —pregunté.

Las dos asintieron, y Piu dijo:

—Se me mueve otro diente. —Abrió la boca y empujó hacia delante con la lengua un diminuto diente inferior manchado de chocolate.

El café estaba demasiado caliente para beberlo, así que retiré la tapa y lo dejé en la mesa. Piu miraba por la ventana los coches que entraban y salían del aparcamiento. Rupa observaba los donuts expuestos, las cafeteras, los tanques de ponche rojo burbujeante.

—¿Quieres otro?

Ella negó con la cabeza, evitando mi mirada. Era más reservada que Piu y, a veces, no parecía muy impresionada por todas las cosas nuevas que la rodeaban.

—Me gustaría llevarle uno a casa a Ma.

—El que tiene colorines por encima —apuntó Piu, que se puso de rodillas en el asiento del reservado y señaló—. Es el más bonito.

Rupa se mostró en desacuerdo.

—A mí me gusta el que está recubierto de nieve.

—Tomad un dólar —dije al tiempo que sacaba el billete—. ¿Queréis comprar un par más?

—No se nos permite tocar dinero —dijo Rupa.

—No es más que un dólar. Aunque lo perdierais de aquí a allí —señalé, volviendo la mirada hacia la caja registradora—, no sería gran cosa.

—¿Gran cosa? —preguntó, y frunció las cejas oscuras.

—No sería importante.

Salieron del reservado y fueron hacia el mostrador; cada una de ellas sujetaba un extremo del billete de un dólar como si se tratara de una pancarta en miniatura en una manifestación. Yo estaba de espaldas al mostrador, de modo que me volví un poco para mirarlas. Vi a Rupa señalar, una

vez y luego otra, y a continuación ambas le entregaron el dólar al dependiente. Este plegó la parte superior de la bolsa y la movió de aquí para allá, sin saber muy bien a cuál de las dos niñas dársela. Finalmente optó por dejarla sobre el mostrador, para Rupa.

—¿Por qué no habéis dicho nada? —pregunté cuando hubieron regresado.

Rupa me entregó el cambio, como a la defensiva.

—¿Hemos hecho algo mal?

—No, pero podrías haber dicho la clase de donuts que queríais en vez de señalarlos, podríais haberle dado las gracias al dependiente cuando os los ha entregado. Y siempre hay que empezar por decir hola.

Rupa bajó la mirada hacia la mesa.

—Lo siento.

—No te disculpes. Lo único que digo es que no tenéis por qué ser tímidas. Cuanto más uséis el inglés en estas situaciones, mejor será. Ya lo habláis muy bien.

—No tan bien como tú —dijo Rupa—. Seguro que se ríen de nosotras en el colegio.

—Me da miedo ir al colegio —confesó Piu, sacudiendo la cabeza y tapándose los ojos con las manos.

No era mi intención tranquilizarlas, pero me pareció cruel no hacerlo.

—Mirad, ya sé cómo os sentís. Es posible que algún niño se ría al principio, pero eso da igual. También se rieron de mí. Yo vine de Bombay a los dieciséis años y tuve que aprenderlo todo de nuevo a partir de cero. Nací aquí, pero aun así fue duro irme y después regresar.

—¿Eso fue antes de que muriera tu madre? —quiso saber Piu. Lo preguntó con respeto y cierta tristeza en la voz, como si en realidad hubiera conocido a mi madre, o tal vez porque le recordó a su padre, no habría sabido decirlo.

Asentí.

—¿Cómo era?

—Era... era mi madre —contesté. La pregunta me había cogido con la guardia baja. De pronto me sentí vulnerable delante de dos niñas a quienes hacía menos de un día que conocía y que, sin embargo, en muchos aspectos me conocían mejor que amigos con quienes tenía relación desde hacía años. Cuatro años antes habría sido mi madre quien estaba sentada delante de mí, tomando un té, quejándose de lo insípido que era, después de uno de nuestros paseos por la playa azotada por el viento.

—¿Tienes una foto suya? —preguntó Rupa. Por un instante me sostuvo la mirada.

—No —mentí, porque no quería enseñarles la que llevaba oculta detrás de las tarjetas de identificación en el billetero. Se la habían sacado en nuestro piso de Bombay, durante una fiesta, mucho antes de su enfermedad, y desde tan lejos que no permitía hacerse una impresión clara de su rostro. Después de su muerte había puesto aquella fotografía en el billetero, recortada para que cupiera, pero desde entonces no la había sacado ni la había mirado.

—¿Por qué no hay ninguna foto suya en nuestra casa? —preguntó Rupa.

—Mi padre no quería.

—Ma ha estado buscando —dijo Piu—. Ha mirado en todas las habitaciones. Pero no encuentra ninguna.

Cuando regresamos Chitra estaba sentada junto al ventanal, buscando mi coche con la mirada. La ansiedad en su rostro era evidente, pero no preguntó por qué habíamos tardado tanto. Piu y Rupa no le dieron oportunidad: corrieron hacia ella como si llevaran días sin verla, le dieron los donuts y le contaron lo divertido que había sido el viaje, lo generoso que me había mostrado yo; Piu le informó que habían pagado los donuts ellas mismas. Era evidente que yo les caía bien a sus hijas y que, debido al visto bueno de éstas, Chitra también estaba dispuesta a apreciarme. Pero yo necesitaba estar a solas. El trazado diáfano de la casa impedía ver la tele o escuchar música sin estar con ellas. Opté por sentarme en la cama de la habitación de invitados, contemplando el jardín y hojeando el *Globe*. Luego salí a correr, ocho fríos kilómetros por caminos sinuosos. A mi regreso, estaban comiendo un abundante almuerzo bengalí, inclinadas sobre los platos de arroz y *dal* y las sobras de la víspera. Rehusé la invitación de Chitra a sumarme a ellas y, en vez de eso, después de ducharme, me llevé el teléfono a la habitación de invitados y llamé a Jessica.

«¿Por qué no te vienes aquí, sin más?», sugirió ella. Ojalá hubiera podido, ojalá hubiera podido, sencillamente, subirme al coche e ir a casa de sus padres. Pero todavía no era capaz de largarme. Cuando fui a dejar el teléfono en su lugar en el pasillo, caí en la cuenta de que estaban todas arriba, echando una siesta, tal como hacían mis parientes en la India. Por primera vez desde mi llegada me repantigué en el sofá a ver la tele, y me quedé dormido sin que fuera mi intención. Cuando desperté estaban abajo, al alcance de la mano pero comportándose como si yo no me encontrara allí. Fuera ya oscurecía, y la lámpara arqueada proyectaba su luz sobre la mesa de cóctel. Habían cambiado de canal y puesto un programa de entrevistas. Chitra peinaba y volvía a recoger en dos coletas el cabello de las niñas, y luego procedió a peinarse ella misma. Se iba abriendo paso con los dedos entre una asombrosamente abundante cabellera que hasta ese instante había estado contenida en una trenza; las tersas hebras le caían en cascada casi hasta la cintura. Verlo me repugnó; no pude por menos de pensar en el pelo que se le había caído a mechones a mi madre, en la horrenda peluca que llevaba incluso en el hospital, hasta el mismo día de su muerte, y que aquella cosa artificial era lo más saludable de ella.

Rupa estaba sentada detrás de su madre, haciéndole masaje en el cráneo y arrancándole alguna que otra cana mientras Chitra se recostaba y cerraba los ojos. Deduje que se trataba de una rutina habitual, algo que tenía lugar sin necesidad de comentarios ni instrucciones. Me incorporé y observé, imaginé el cabello de Chitra encanecido algún día, la imaginé convirtiéndose en una anciana junto a mi padre, tal como debería haber hecho mi madre. Como si se hubiera apercebido de mis pensamientos, Chitra abrió los ojos y me miró, avergonzada, y se recogió rápidamente el cabello en torno a la mano. Se levantó y se fue a la cocina, para regresar al cabo de unos minutos con una tetera y tazas de chocolate caliente en una bandeja. Había dos clases de *chanachur* en cuencos para cereales en un platito, un donut cortado en cuatro trozos.

—¿Quieres té ahora? —me preguntó.

Acepté y cogí de la bandeja la taza que ya había preparado, con leche calentada por separado y más azúcar de la cuenta.

—Esto es de Haldiram —dijo al tiempo que me tendía uno de los cuencos—. Lo mejor de todo Calcuta.

—No, gracias.

—Hace frío en esta habitación —continuó—. El viento atraviesa el cristal. ¿Cómo es que no hay cortinas?

—Darían al traste con la vista.

—Además, las escaleras resbalan. —Señaló la escalera flotante que conducía a la planta superior—. Y no hay barandilla. Me da miedo que Rupa y Piu se caigan.

Me volví para mirar los gruesos tablones dispuestos como estantes vacíos que ascendían por las paredes blancas. Mi madre había subido y bajado por allí sin protestar hasta cuando estaba más débil.

—¿Cómo es que no hay barandilla? —inquirió Chitra.

—Porque nos gustaba así —respondí, consciente de que sonaba pedante—. Porque eso es lo que las hace bonitas.

No teníamos nada más que decirnos. Nos quedamos sentados y vimos un programa y luego otro mientras Chitra hacía calceta con una aguja de ganchillo y yo me preguntaba cómo iba a sobrevivir las siguientes cuatro semanas en su compañía. Estábamos todos a la espera de mi padre, a la espera de que regresara y explicase, aunque sólo fuera con su presencia, por qué estábamos juntos tomando el té. Cuando volvió, me pidió que le echara una mano fuera; había un árbol de Navidad atado al techo de su coche. «Habría ido mañana», dije mientras lo ayudaba a desatar la cuerda que lo mantenía sujeto. Yo iba sin guantes, lo que hacía la tarea, en el gélido aire del anochecer, fácil y al mismo tiempo dolorosa. Arrastramos el árbol hasta el interior de la casa y lo apoyamos en un rincón del salón, junto a la alta chimenea de piedra. Chitra y las niñas se reunieron en torno a él.

—Pero si es como todos los demás árboles de ahí fuera... —comentó Chitra, y señaló a través de la cristalera.

—En realidad es distinto —dije—. Lo que hay ahí fuera son pinos. Esto es un abeto.

En alguna parte del sótano había una caja, dijo mi padre, con la plataforma, las luces y los adornos para colgar de las ramas del árbol. Eran de nuestro primer invierno en la casa, las últimas Navidades que celebramos con mi madre, y me sorprendió que mi padre no los hubiera tirado. Me pidió que bajara por la caja. Nuestro sótano carecía del desorden sedimentado de la mayoría, teniendo en cuenta que sólo habíamos vivido allí un puñado de años y que durante la mayor parte de ese tiempo mi madre había estado muerta y yo en la universidad. No había habido período de acumulación aleatoria, sólo acontecimientos que habían dado pie a que se sacaran cosas de allí. Aun así, había unas cuantas cajas apiladas contra las paredes, algunas vacías que antaño habían contenido el televisor y los altavoces, otras todavía selladas con cinta adhesiva, llenas de objetos prescindibles que mis padres habían traído de Bombay y nunca se molestaron en desembalar.

Rasgué la cinta con las llaves del coche y levanté las solapas de unas cuantas cajas. Una contenía los viejos libros de ingeniería de mi padre. Otra, un servicio de mesa envuelto en páginas de *The Times of India*. Yo había comido en aquellos platos durante años, pero me había olvidado de ellos hasta ese momento; tenían un dibujo de pequeños diamantes anaranjados en el borde. Encontré mi ampliadora, pinzas, un juego de bandejas y viejos frascos de fijador para el cuarto oscuro que había improvisado en vistas a mi último año de secundaria. A veces mi madre bajaba y me hacía compañía, sentada en silencio en la oscuridad mientras yo me esforzaba por colocar el carrete en el contenedor de revelado. Aspirábamos juntos los olores químicos, su causticidad, tan distinta de la que corroía su cuerpo, y de la que me protegía con unos guantes de goma. Ella cronometraba el tiempo con su reloj, familiarizándose lo suficiente con el proceso para ser capaz de decirme cuándo verter y retirar los sucesivos fluidos del depósito de procesado, ambos conscientes de que, más tarde o más temprano, tendría que comprarme un temporizador. «Debe de ser algo así», comentó un día en aquel espacio perfectamente oscuro, silencioso, sellado, y entendí, sin decirlo, que estaba imaginando lo que debía de ser estar muerto. «Así es como quiero pensar en ello.»

La caja que buscaba tenía una etiqueta con la palabra «Navidad» escrita de puño y letra de mi madre, no a un lado para que fuera fácilmente identificable, sino en una esquina en la parte supe-

rior. Yo no estaba sentimentalmente unido a los objetos que contenía, y sin embargo no quería verlos. La mera idea de que Chitra hurgase en aquella caja, de verla cribarlo todo, me disgustó tal como me había disgustado, durante el día entero, verla manipular los cubiertos, la tetera, sostener el auricular en un momento dado y hablar con mi padre para averiguar que venía de camino a casa. Cuando mi padre había intentado deshacerse de las señales de mi madre en la casa, le reproché que se pasara de la raya, pero ahora le reprochaba no haberse aplicado lo suficiente.

«No la encuentro», dije, de nuevo en el salón. Mi padre no insistió en bajar y mirar personalmente. Se comportaba de una manera distinta en compañía de Chitra, se mostraba más dispuesto a aceptar las pequeñas derrotas de la vida. Me ofrecí a ir a una tienda y comprar lo que necesitábamos, contento de tener otra razón para salir de casa. Cuando regresé, mi padre y yo podamos juntos el árbol mientras Chitra y las niñas nos miraban desde el sofá. Lo ubicamos sobre la plataforma, ajustamos los tornillos y decoramos las ramas con luces. No había nada personal ni especial que colocar, sólo una caja de bolas azul zafiro, de manera que no tenía tanto el aspecto de un árbol de Navidad de un hogar como el de uno de esos que se ven en los bancos o los vestíbulos de los edificios de oficinas, puestos en un rincón. Pero Rupa y Piu estaban encantadas y exclamaron que nunca habían visto nada tan bonito. Mi padre subió y regresó con una bolsa llena de regalos. Los habían envuelto todos en la tienda donde los compró, con el mismo papel verde y dorado profesionalmente fijado con cinta adhesiva y lazos. Los distribuyó en torno a la base del árbol, eran ocho cajas en total. «Dos para cada uno», comentó a nadie en particular. Rupa y Piu se levantaron y fueron a mirar, entusiasmadas de ver sus nombres escritos en las etiquetas.

—¿Los podemos abrir? —le preguntó Piu a Chitra; a Chitra, que ignoraba la respuesta.

—Hasta la mañana de Navidad, no —dije—. Hasta entonces sólo podéis mirar. Y tal vez agitarlos un poco.

—Qué bonito —comentó Chitra, impresionada ahora que el árbol estaba podado.

—Kaushik, ¿por qué no haces una foto? —sugirió mi padre.

Negué con la cabeza. Me había dejado la cámara, la antigua Yashica de mi padre, en la universidad.

—Pero si siempre la llevas contigo... —Aquella mirada de irritada decepción, la misma que afloró el día que murió mi madre y estaba ausente ahora que se había casado con Chitra, asomó brevemente al rostro de mi padre.

—La he olvidado —respondí. Era cierto, siempre llevaba la cámara conmigo. Incluso los fines de semana tranquilos en que regresaba a casa y mi padre y yo no veíamos a nadie, la llevaba conmigo y salía con ella a todas partes. Estaba vez me la había dejado, consciente de que no querría documentar nada.

—No lo entiendo —dijo mi padre.

—Yo tampoco —contesté—. Hace años que no quieres una foto de nada.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

Estábamos exponiendo hechos y, al mismo tiempo, manteniendo una discusión cuya magnitud sólo él y yo podíamos comprender plenamente. Fui a la cocina a servirme una copa, y me la llevé a la mesa del comedor cuando Chitra anunció, unos minutos después, que la cena estaba servida. Nadie dijo nada durante la comida. Cuando acabamos, Chitra retiró los platos y los llevó a la cocina, tal como había hecho la víspera, dándonos a mi padre y a mí la oportunidad de relajarnos después de comer como nunca habíamos podido hacerlo durante los últimos años de la vida de mi madre. Ya no teníamos que asumir la responsabilidad de limpiar los platos y llenar el lavavajillas para que mi madre pudiera descansar. Permanecí sentado, terminándome la copa, y Rupa y

Piu se bajaron discretamente de sus sillas y volvieron al sofá para ver la tele un poco más. Mi padre se levantó, las siguió y se acomodó en su sillón reclinable con el periódico. Lo abrió por un anuncio de grandes dimensiones de cámaras Lachmere a la venta, y empezó a trazar círculos con un bolígrafo en torno a algunas imágenes.

Dos días después era Nochebuena, y mi padre no fue a trabajar, sino que sugirió que fuéramos todos, los cinco, a Boston para enseñarles la ciudad a Chitra y las niñas. Yo no tenía ninguna excusa, así que los acompañé, sentado en el asiento trasero del coche de mi padre, entre Rupa y Piu. Aunque sólo íbamos a dar una vuelta, el viaje parecía curiosamente trascendental. Durante los dos últimos años de vida de mi madre, cuando no paraba de entrar y salir del hospital, no habíamos ido a ninguna parte, no habíamos hecho ningún viaje de placer, a excepción de los paseos por la playa de vez en cuando. Lo último en mi vida parecido a unas vacaciones había sido la escala en Roma con mis padres, a nuestro regreso de Bombay. Lo único que había visto de Nueva Inglaterra era la región que rodeaba nuestra casa, y el camino hasta el Mass General, trayecto que hacíamos de ida y vuelta hasta que dejó de ser necesario.

Mi padre nos llevó primero a Cambridge para ver Harvard y el MIT. Chitra me preguntó por qué había escogido una universidad tan lejana cuando podría haber ido a una de esas. No hice caso de su pregunta, como de tantas cosas que me decía. «Quería largarse de Massachusetts», le explicó mi padre.

Yo había pensado que nos apearíamos en distintos lugares y pasearíamos, pero Chitra dijo que hacía mucho frío y mi padre se mostró de acuerdo. Tras rodear Kendall Square, cruzó el puente de Mass Avenue y giró hacia Commonwealth Avenue, que estaba decorada con luces y coronas, y luego condujo alrededor de los Jardines Públicos y el parque. Señaló la cúpula dorada del Ayuntamiento y las bellas casas que flanqueaban las empinadas calles de Beacon Hill. Detrás de esas casas estaba el Mass General, adonde tantas veces habíamos ido mi padre y yo. Una llamada de teléfono nos despertó una mañana temprano, y nos fuimos a Boston cuando las primeras luces empezaban a entreverse con vetas de un naranja chillón en el cielo. Ella tenía el mismo aspecto que la noche anterior, allí tumbada en la cama con los ojos cerrados, sólo que todos los aparatos estaban desconectados, lo que hacía que la habitación en la que tantas horas de quietud habíamos pasado resultase más silenciosa aún. La toqué y noté que tenía la piel fría, como si acabara de regresar de un paseo rápido en pleno invierno. Miré ahora las ventanas del hospital, pero mi padre se volvió hacia Chitra. «Aquí es donde viven los brahmanes americanos», comentó, riéndose de su propia broma, y en el asiento delantero Chitra sonrió de una manera tal que me permitió adivinar que estaba enamorándose.

Por Navidad mi padre me compró un jersey y una camisa, pero luego me dio un sobre con diez billetes de cien dólares. «Seguro que lo necesitas para una cosa u otra», contestó cuando le dije que era demasiado dinero. Mi padre también había hecho los preparativos para pasar cinco días en Disney World; eso, junto con los juguetes que aguardaban al pie del árbol, era su regalo a las niñas. «Puedes venir con nosotros», me propuso la mañana de Navidad al anunciar el viaje, pero rehusé, inventándome algo acerca de que había una evaluación de invierno en Swarthmore. Mi padre no intentó persuadirme, pero Rupa y Piu se mostraron desoladas. «¿Por qué no quieres venir?», me preguntaban una y otra vez, tanto más desconcertadas cuando descubrieron que nunca había estado en Disney World. Tuve la sensación de que me necesitaban, tal como las necesitaba yo a ellas, para que las protegiera del hecho incontrovertible, y cada vez más evidente, de que Chitra y mi padre formaban una pareja. Mi presencia constituía la prueba de que mi madre había existido, igual que ellas representaban el legado físico de su padre. «¿No te sentirás solo si te quedas aquí sin nadie?», me preguntó Chitra en más de una ocasión. Al mismo tiempo, deduje

que a ella, al igual que a mi padre, se le había quitado un peso de encima al conocer mis planes. Lo cierto era que no tenía plan alguno, claro, salvo quedarme solo en casa.

Una vez supe que se marchaban, me mostré más generoso con las niñas y, en un esfuerzo por compensar que no fuese a Disney World, un día las llevé al Museo de la Ciencia y otro al Acuario. Se comportaron de manera impecable, sin quejarse ni plantear exigencias, y se mostraron eufóricas cuando les compré una langosta de plástico barata. Estaban conmigo, tomando un helado en Herrell's, en Harvard Square, adonde había ido a comprar un disco, cuando a Piu se le cayó el diente flojo al morder el cucurucho. Enjuagué la sangre que le salía de la boca con servilletas y me guardé el diente pegajoso en el bolsillo, para contarles lo del ratoncito cuando regresáramos a casa. Aunque sólo tenía veintiún años, recuerdo haberme preguntado, en ese preciso instante, lo que significaría tener un hijo. No les reprochaba que hubieran empezado a llamar «papi» a mi padre. Nunca hablaban de su propio padre, pero una noche me desperté al oír los gritos de Piu que, atrapada en una pesadilla, no paraba de llamar a su Baba una y otra vez.

Unos días antes de Año Nuevo, unos amigos de mis padres invitaron a mi padre y a Chitra a una fiesta navideña. Qué extraño fue ver a Chitra descender con cautela las escaleras flotantes, vestida con un sari verde oscuro y luciendo un collar granate, y luego a mi padre tras ella, después a su lado, siempre a su lado a esas alturas, pulcramente peinado, con un blazer de mezclilla que no le había visto ponerse desde la muerte de mi madre. Yo no tenía por qué asistir a la fiesta, pero Rupa y Piu sí irían: se habían puesto vestidos a juego con faldas a cuadros rojos y negros, y cintas de terciopelo negro en la cabeza. En el último momento, cuando mi padre sacaba los abrigos de un armario, Rupa se volvió hacia Chitra y preguntó:

—¿Podemos quedarnos en casa?

—Claro que no —respondió Chitra—. Sería de mala educación.

—Pero KD no va a ir.

—En realidad, lo más probable es que se aburran —cedió mi padre—. Me parece que no va a haber ningún otro niño de su edad.

—No les he preparado nada de cenar —dijo Chitra—. Están sin comer.

—Puedo pedir una pizza —sugerí, levantando la mirada desde el sofá. Dirigí un guiño a Rupa y Piu y añadí—: Podemos celebrar nuestra propia fiesta.

Las niñas aplaudieron, y Piu sonrió dejando ver el reciente hueco entre los dientes. Chitra me advirtió que las acostara a las nueve, y a continuación ella y mi padre se abrocharon el abrigo y se fueron a la fiesta. Era la primera vez que salían solos, y se me pasó por la cabeza, después de que se hubieran ido, que no les había hecho un favor únicamente a Rupa y a Piu, sino también a ellos. Las niñas se quitaron los zapatos pero se dejaron puestos los leotardos y los vestidos de fiesta, y se sentaron a ver la tele conmigo. Nos fuimos pasando una bolsa de patatas fritas y, cuando se acabó, encargué unas pizzas por teléfono. Me puse el abrigo para ir al restaurante. Rupa y Piu se quedaron mirándome.

—¿Adónde vas? —preguntó Piu.

—A buscar la cena.

—¿Vas a dejarnos solas?

—Está a diez minutos de aquí. Habré regresado antes de que os deis cuenta.

No dijeron nada, pero parecían muy asustadas. Me molestó que Chitra les hubiera imbuido semejante miedo.

—Bueno, venid si queréis.

Fuimos al restaurante y acabamos comiendo la pizza allí. Me bebí una cerveza y fumé unos cigarrillos durante la cena, y Rupa y Piu tomaron Coca—cola a pequeños sorbos en altos vasos de cartón. Me preguntaron de nuevo si iría con ellas a Disney World. Respondí que lo pensaría, y la mentira fue suficiente para colmarlas de nuevas esperanzas.

El teléfono estaba sonando cuando volvimos a casa. Era Jessica, de manera que me serví una copa y me fui con el teléfono a la habitación de invitados. Cuando le conté que mi padre se llevaba a Chitra y a las niñas a Disney World, Jessica sugirió visitarme mientras ellos estaban fuera. La echaba de menos, pensaba en ella y por las noches, en la cama, la deseaba, y aun así no quería verla en la casa de mis padres. No se lo dije, pero ella percibió mi renuencia y empezamos a discutir por primera vez. Fue una conversación incómoda, llena de largas pausas, agotadora, aunque en ningún momento llegó a convertirse en una auténtica pelea. Me sentía culpable por evitarla, del mismo modo que me sentía culpable por negarme a ir a Disney World, pero sabía que, de acceder a cualquiera de las dos propuestas, me sentiría peor. Le conté a Jessica la misma mentira que a las niñas, que lo pensaría, y acto seguido colgué.

Cuando abrí la puerta del cuarto para servirme otra copa, vi que Rupa y Piu ya no estaban viendo la tele, que era lo que había supuesto que estaban haciendo todo ese rato. Las llamé, miré en la cocina y el cuarto de baño, luego subí a la planta superior y me dirigí a mi antigua habitación. No las oí hablar y, al ver en el reloj que ya eran las diez, pensé que quizá estuviesen dormidas. Abrí la puerta y miré en la habitación por primera vez desde mi regreso a casa. Las luces estaban encendidas y vi mi antigua cama y otra, plegable, pegada a ella. En las paredes seguían el póster de Jimi Hendrix y una reproducción de *Mujer ciega*, de Paul Strand, que había arrancado de una revista. La puerta del armario estaba abierta, y había una silla delante, como si la hubieran colocado para bajar algo del estante. Creía que la habitación estaría transformada con las cosas de Rupa y Piu, pero no había indicio de ellas salvo por la cama adicional y los juguetes que habían recibido como regalo acumulados en un rincón. Cerca de ese montón estaban los vestidos de fiesta de Rupa y Piu. Se encontraban de espaldas a mí, inclinadas sobre algo que yo no alcanzaba a distinguir.

—En ésta parece triste —oí susurrar a Piu en bengalí.

—Ella y KD sonríen de la misma manera —dijo Rupa.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

Se apartaron de un brinco, pasmadas al darse cuenta de mi presencia. Sobre la moqueta gris, dispuestas como si de un solitario se tratara, había una docena de fotografías de mi madre, de la caja que mi padre había sellado y escondido después de su muerte. Las imágenes desterradas me asaltaron de pronto: mi madre con un bañador al borde de la piscina en nuestro antiguo club en Bombay. Yo sentado en el regazo de mi madre en los peldaños de madera parda de nuestra casa de Cambridge. Mi madre y mi padre delante de un seto cubierto de nieve antes de que naciera yo.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? —dije entonces.

Rupa levantó la mirada hacia mí con un destello en sus ojos oscuros y Piu se echó a llorar. Entré en la habitación y recogí las fotografías para ponerlas boca abajo en mi antigua cómoda. Luego agarré a Rupa por los hombros e hice que se pusiese en pie mientras la sacudía con fuerza. El cuerpo se le había quedado lánguido, sus piernecillas oscilaban en los leotardos negros de algodón. Sentí deseos de arrojarla contra la pared, pero en lugar de eso la conduje hasta la cama plegable y la obligué a sentarse, consciente de que estaba apretando demasiado.

—Dime, ¿dónde las habéis encontrado? —exigí saber, a escasos centímetros de su cara.

Entonces Rupa también se echó a llorar, y señaló hacia el armario. Me dirigí hacia allí, pero Piu, que seguía sollozando sobre la moqueta y negando con la cabeza, dijo:

—Ya no está allí.

Se llegó a gatas hasta la cama plegable donde estaba sentada su hermana y sacó una caja de zapatos negra, con los bordes blancos y restos de la cinta aislante que la había mantenido cerrada. Esta vez fue a Piu a quien agarré y alejé a rastras de la caja de zapatos, como si su proximidad fuera a contaminarla, para empujarla a un lado.

—No tenéis derecho a mirarlas —dije—. No os pertenecen, ¿lo entendéis?

Asintieron, Rupa temblorosa como si tuviese frío, Piu con los labios firmemente apretados. Les resbalaban lágrimas por el rostro, pero de mi boca no paraban de brotar palabras que no debería haber pronunciado ni deberían haber oído.

—Bueno, ahora ya habéis visto lo hermosa que era mi madre. Mucho más guapa y refinada que la vuestra. Vuestra madre no es nada en comparación. Sólo una criada para lavarle la ropa a mi padre y hacerle la comida. Esa es la única razón de que esté aquí, la única razón de vuestra presencia en esta casa.

Las niñas ya no lloraban, sino que permanecían con la cabeza gacha, mirando fijamente la moqueta, sin moverse, sin responder. Cogí la caja de zapatos y el resto de las fotografías de mi madre y me marché de la habitación. Quería alejar las fotos de la casa tanto como fuera posible. Volví al cuarto de invitados, hice el equipaje a toda prisa y luego me monté en el coche, diciéndome que mi padre y Chitra regresarían pronto de su fiesta. Tuve la sensación de que mis actos eran espontáneos, casi involuntarios, que estaban provocados por la adrenalina propia de un estado de emergencia, pero ahora sé que a cierto nivel llevaba días pensando en huir de allí. Rupa y Piu no salieron de su habitación, no abrieron la puerta para ver o cuestionar lo que estaba haciendo, y cuando puse en marcha el coche no abandonaron corriendo la casa para rogarme que me quedara.

No tenía idea de adonde ir, pero tomé la autopista y me dirigí hacia el norte. Dejé atrás Massachusetts enseguida, atravesé un breve trecho de Nueva Hampshire y crucé el puente hasta Maine. Cuando me acercaba a Portland, me desvié por una carretera más pequeña de dos carriles que de vez en cuando discurría pegada al mar. Conduje por tramos oscuros y desiertos, puntuados de tanto en tanto por un racimo de iglesias, restaurantes y casas. Aunque no veía el océano, percibí su aroma salado y el sonido de las sacudidas del viento, un ruido como el de un fuego al arder, que penetraba por las puertas y ventanillas cerradas de mi coche. Al principio pensé que seguiría adelante toda la noche, pero, al cabo, empecé a sentirme cansado y busqué un lugar donde dormir. La mayor parte de los hoteles y moteles estaban cerrados, y los que parecían abiertos habían echado el cierre debido a la hora. Estaba planteándome parar en el arcén para descabezar un sueño cuando vi un motel con un anuncio de abierto las veinticuatro horas iluminado en el aparcamiento.

Al día siguiente me despertaron los chillidos de las aves marinas. Me incorporé en una cama de latón con el colchón hundido y vi el agua por primera vez, delante mismo de la ventana. Recuerdo que ésta era desproporcionadamente pequeña para la habitación, como si el motel fuese un barco. El mar estaba agitado y era uno o dos tonos de gris más oscuro que el cielo; dormido, había sido por completo ajeno a su cercanía y su actividad. La habitación era fría y húmeda, estaba empapelada con un diseño de pequeñas anclas azules sobre un fondo blanco, y el armarito del cuarto de baño estaba bordeado de óxido. El recepcionista me dijo que había un restaurante unos kilómetros más adelante, por la misma carretera, y que me encontraba en alguna parte de Penobscot Bay.

Después de desayunar di un paseo por el pueblo y el puerto, pasé por delante de negocios con las ventanas cegadas con tablones y casas cuyos propietarios las ocuparían en verano. Pero estuve la mayor parte del día en el motel, bien contemplando el océano desde el sillón de mi habitación, bien abajo, en el bar, bebiendo, asqueado a más no poder con lo que había ocurrido la víspera, asustado de mí mismo y avergonzado. Veía una y otra vez a Rupa y Piu con la cabeza gacha, el cuerpo preparado para que volviera a sacudirlas, absorbiendo todo aquello que yo no me atrevía a decir a mi padre y a Chitra. Y pensé en ellas en la casa, después de que las dejara allí aun sabiendo lo mucho que les asustaba quedarse solas. Me pregunté qué habría ocurrido cuando regresaron mi padre y Chitra de la fiesta, qué les habrían contado Rupa y Piu. Supuse que les habrían dicho todo, que habrían hecho la tarea sucia de expresar lo que yo era incapaz de decir. Era consciente de que al desaparecer estaba preocupando a mi padre, aunque me sentía peor por haber tratado a las niñas de aquel modo. Era a Rupa y Piu a quienes debía mayores disculpas, pero al mismo tiempo sabía que lo hecho, hecho estaba, y que nada que pudiera llegar a decir enmendaría la situación.

Por la tarde fui a una cabina y llamé a mi padre al trabajo.

—Ya sé que no estás contento, que esto te resulta difícil —me dijo, como si mi desaparición fuera algo para lo que ya estaba preparado—. Pero podrías haber hecho lo más adecuado y esperar hasta el día siguiente. Podrías haberte despedido.

No le ofrecí ninguna explicación. No la tenía. En cambio, le pregunté cómo habían encontrado a las niñas al regresar de la fiesta.

—Estaban dormidas —contestó mi padre—. Aun así, no deberías haberlas abandonado en la casa, Kaushik, tan tarde por la noche. Podría haber ocurrido cualquier cosa. Chitra estaba muy disgustada. Le preocupa ser la culpable de tu huida, que haya dicho o hecho algo que te disgustara. Se está esforzando todo lo que puede, ¿sabes?

Entonces lo entendí: las niñas no habían dicho nada. Chitra no tenía idea de que había reñido a sus hijas, de que les había hecho daño y las había aterrorizado.

—Nos vamos a Florida pasado mañana —anunció mi padre a continuación—. ¿Tienes previsto regresar para entonces?

—No lo sé.

—¿Volverás a la universidad a tiempo?

—Sí.

—Hablabamos dentro de unas semanas, entonces.

Colgó el auricular. No se había molestado en preguntarme adónde había ido.

A la mañana siguiente volví a subir al coche y durante días hice lo mismo: conducir por la costa, comer en restaurantes cuando tenía hambre, buscar moteles cuando estaba cansado, pagarlo todo con el dinero que me había dado mi padre por

Navidad. No me molesté en comprar un mapa. El empleado de una gasolinera me dijo que por allí llegaría a Canadá. De vez en cuando veía el agua, islitas y faros pintados a rayas, diminutos salientes de tierra. Hacía demasiado frío como para salir del coche, pero esporádicamente lo hacía, para contemplar el océano o explorar algún sendero. No se parecía a nada que hubiera visto hasta entonces, a nada que recordase la costa norte de Massachusetts. El cielo era distinto, incoloro, tenso e implacable. Pero el agua era lo más implacable, casi negra en ocasiones, lo bastante fría, era consciente, para matarme y lo bastante violenta para hacerme pedazos. Las enormes olas arremetían contra playas rocosas sin vestigios de arena. Cuanto más me alejaba, más desolado era el paisaje, más que cualquier otro lugar donde hubiera estado. Sin embargo, por esa misma razón me atraía, me llamaba como nada me había llamado en mucho tiempo.

La mayor parte de los pueblos pesqueros estaban desiertos, los barcos langosteros fuera del agua, como siempre en invierno, las jaulas de madera apiladas y vacías. A veces pensaba que ojalá hubiese llevado la cámara conmigo, de modo que no hay documentación de aquellos días. La comida era, por lo general, horrible, aunque cuando la recuerdo aún saboreo el café de los restaurantes de carretera, que era al mismo tiempo acre e insípido, los gofres empapados en jara-be, la sopa de pescado gomosa y los huevos grasientos, como si antes de aquello no me hubiese nutrido comida alguna. Los bares eran el único indicio constante de vida, garitos pequeños y extraños que más parecían el salón de alguien, con conchas por ceniceros y redes colgadas en las paredes. No tenía nada que decirles a los pescadores y las demás personas que bebían allí y llevaban toda la vida en esos pueblos, con la cara oculta tras una barba manchada de tabaco, las manos curtidas y agrietadas, el acento insondable. No se mostraban amistosos ni antipáticos, y yo, consciente de que llamaba la atención, me andaba con cuidado, veía lo que pusieran en la tele, observaba la partida de billar que estuvieran jugando. No deseaba la compañía de nadie. Nunca había viajado solo, y descubrí que me gustaba. Nadie en el mundo sabía dónde me encontraba, nadie podía dar conmigo. Era como estar muerto, mi huida me permitía saborear el gran poder que mi madre poseía por siempre jamás.

Tardé cinco días en llegar a la frontera de Canadá, otros cuatro en regresar, y me gasté casi hasta el último centavo del dinero de mi padre. En algún momento durante el trayecto terminó el año; yo me percaté porque una noche, en un bar, me invitaron a una copa de whisky. Estaba convencido de que, si mi madre hubiera vivido lo suficiente para visitar esa parte del mundo, habría convencido a mi padre de que le comprase una de los cientos de casas por delante de las que pasé, con vistas al mar, muchas de ellas en islas por lo demás deshabitadas. En los bares y restaurantes de carretera siempre había montones de panfletos con listados de propiedades en primera línea de mar, cualquier cosa, desde multipropiedades hasta mansiones con torrecillas, y a veces, a falta de nada mejor que leer, los hojeaba. Me recordaba a cuando mis padres buscaban casa después de marcharnos de Bombay. Y fue entonces, mientras merodeaba a solas aquel invierno por la costa de Maine, cuando pensé en ti y en las semanas que pasamos en tu casa durante otro invierno, cinco años antes.

Tú debías de estar en la universidad, en vacaciones de Navidad, igual que yo. Pero te recordaba no mucho mayor que Rupa, y me vino a la memoria un día, tras una nevada, en que algo que dije hizo, como les había ocurrido a Rupa y a Piu, que te echaras a llorar. Había detestado todos y cada uno de los días que pasé bajo el techo de tus padres, pero ahora me remontaba a aquella época con nostalgia. Aunque no era el lugar que nos correspondía, fue el último donde me sentí como en casa. Al fingir que mi madre no estaba enferma y verme rodeado de gente que no lo sabía, una pequeña parte de mí había sido capaz de creer que era cierto, que ella seguiría viviendo tal como había seguido viviendo la tuya. La segunda casa fue diferente. Las llamadas a los médicos se hacían sin disimular, los frascos de medicinas estaban por todas partes, la parafernalia de su enfermedad ocupaba hasta el último rincón de la última estancia. A pesar de todo el esfuerzo y el dinero que invirtió mi madre en esa casa, nunca habíamos sido capaces de habitarla como era debido, y, a causa de lo que le estaba ocurriendo, nunca fuimos felices. Fue allí donde mi madre se preparó para partir hacia un lugar por completo distinto, un lugar donde no podríamos reunimos con ella y del que no regresaría.

Un día, cerca de la frontera canadiense, mientras caminaba por unos acantilados que daban a la bahía de Fundy, di con un lugar que resultaba especialmente llamativo. Un cartel me informó que era el parque estatal que se hallaba más al este del país. El sendero no era fácil, pues atravesaba bosques de pinos de intenso aroma. Las copas de los árboles se veían altas y endeblés, las ramas inferiores estaban espolvoreadas de nieve. El viento lo desgarraba y mascaba todo, y las paredes del acantilado estaban cortadas a pico hasta el agua. No me crucé con nadie. Duran-

te un buen rato contemplé cómo se acercaban y se retiraban las olas; sus gruesas cimas se estrellaban contra las rocas, pero ese movimiento eternamente azogado tuvo en mí un efecto inversamente tranquilizador. Al día siguiente regresé a ese mismo lugar, esta vez llevando conmigo la caja de zapatos con las fotografías de mi madre. Me senté en el suelo, abrí la caja y empecé a revisar las fotos una por una, como si fueran cartas recibidas por correo que estuviese comprobando rápidamente y fuera a leer más tarde. Pero había demasiadas fotos y, tras unas pocas, al igual que mi padre, no pude soportar seguir viéndolas. Una leve disminución de la presión en las yemas de los dedos, y las que sostenía habrían salido volando hacia el mar furioso, dispersándose hacia donde ya residían las cenizas de mi madre. Sin embargo, eso tampoco podía soportarlo, de modo que volví a meterlas en la caja y empecé a escarbar en la tierra endurecida. Aunque sólo disponía de un palo y una piedra de borde afilado, conseguí abrir un agujero lo bastante hondo para contener la caja. La cubrí con tierra y piedras. Para cuando acabé, la luna empezaba a brillar en el cielo, y regresé, ayudado por su luz, a mi coche.

Unas semanas antes de que me licenciara en la universidad mi padre llamó para decirme que iba a vender nuestra casa, que él, Chitra y las niñas se mudaban a otra más tradicional en un barrio menos aislado de Boston. En el vecindario vivían otros bengalíes y había una tienda de comestibles india, cosas más importantes para Chitra de lo que lo había sido la cercanía del océano y una casa de estilo moderno para mi madre. Yo no seguiría a mi padre a esa nueva casa; había hecho planes para viajar a Sudamérica después de licenciarme. Nunca se habló de lo ocurrido en Navidad, nunca se mencionó siquiera. Junto con mi padre, Chitra, Rupa y Piu asistieron a mi ceremonia de graduación sentadas en sillas plegables en la hierba, aplaudieron cuando me llegó el turno de acercarme al estrado, posaron a mi lado para las fotografías con la toga y el birrete. Las niñas se mostraron amables conmigo, respetuosas por tratarse de mi día, pero al mismo tiempo fue como si no nos conociéramos. Yo sabía que nunca le habían contado nada a Chitra ni a mi padre acerca de lo que dije e hice aquella noche, que eso quedaría para siempre entre nosotros tres, que con su silencio seguían protegiéndome y, al mismo tiempo, castigándome. El recuerdo de aquella noche era ahora el único vínculo entre nosotros, y eclipsaba todo lo demás. A su modo amable me lo dejaron claro. Sólo hablaban entre sí, y aunque su acento se había vuelto estadounidense, mis hermanastras —lo más cercano que tendría nunca a un hermano— me resultaban más impenetrables ahora de lo que lo habían sido a su llegada. «Juntaos más», nos indicó mi padre desde detrás de su nueva cámara, y Rupa y Piu se irguieron, envaradas, mientras les pasaba los brazos por los hombros. «Los dos vamos hacia delante, Kaushik —me dijo mi padre después de la ceremonia—. Nuevos caminos que explorar.» Y, sin que tuviéramos necesidad de expresarlo en palabras, supo que ambos le estábamos agradecidos a Chitra por desmoronarse bajo el peso de lo que quedaba del espíritu de mi madre en el último lugar que ella había considerado su hogar y por obligarnos a cerrar sus puertas.

Hacia la orilla

Una vez más había mentido acerca de sus motivos para ir a Roma. Una beca la había liberado, ese otoño, de dar clases en Wellesley. Pero Hema no estaba en Italia en una misión oficial, sino para aprovechar el apartamento vacío de una colega en el Ghetto. Se había inventado algo que sonaba impresionante, un puesto de profesora invitada en un instituto de estudios clásicos, y ni Navin ni sus padres habían dudado ni por un instante que fuese cierto. La vida académica de Hema constituía un misterio para ellos, algo a un tiempo admirable e irrelevante. Le había proporcionado un doctorado y un contrato de duración indefinida, eso era lo que importaba. La colega, Giovanna, lo había arreglado todo para que Hema accediese a la biblioteca de la Academia Americana y le había facilitado los números de unas cuantas personas a las que llamar en Roma. Así pues, en octubre Hema metió el portátil y la ropa en la maleta y cruzó el océano para tomarse una excedencia improvisada. Justo antes de Navidad iría a Calcuta, adonde habían regresado sus padres tras toda una vida en Massachusetts y donde, en enero, se casaría con Navin.

Corría el mes de noviembre, la semana anterior al día de Acción de Gracias. Cuando Hema pensaba en la existencia de la que se había evadido ese semestre, veía los árboles del campus de Wellesley despojados de sus hojas, retazos del lago Waban ya congelados, la oscuridad descendiendo a través de los ventanales del aula mientras sus alumnos se las veían con frases del latín en la edición de Wheelock: *Id factum esse tum non negavit*. En Roma también estaban cayendo las hojas, y a los lados del Tíber se acumulaban montones cobrizos a los que nadie hacía caso. Pero los días producían una sensación lánguida, eran lo bastante cálidos como para pasear por las calles con una rebeca, y las mesas de la terraza del restaurante donde Hema almorzaba todos los días continuaban llenas.

El restaurante, a cinco minutos del apartamento de Giovanna, estaba cerca del Pórtico de Octavia. Había, naturalmente, cientos de restaurantes más que podría haber probado, cientos de versiones de *cacio e pepe* y *carbonara* y alcachofas rebozadas que podría haber comido. Pero, las pocas veces que entraba en lugares distintos, o bien la decepcionaba la comida o bien se ponía nerviosa por su rudimentario italiano, de manera que seguía fiel al que conocía, ese donde ya no le hacían preguntas y sabían ya que debían llevarle una botella de *acqua gassata*, medio litro de vino *bianco* y retirar enseguida el segundo servicio de mesa. La dejaban tranquila con el libro que estuviese leyendo, aunque la mayor parte de las veces se quedaba mirando las ruinas del Pórtico, sus roídas columnas rodeadas de andamios, su enorme frontispicio, al que le faltaban trozos considerables. Romanos locuaces y bien vestidos pasaban por delante sin desviar la mirada, mientras que los turistas se detenían y contemplaban las excavaciones antes de seguir hacia el Teatro de Marcelo. Delante del Pórtico había una pequeña *piazza* donde, según la placa que Hema se las había ingeniado para traducir, más de un millar de judíos habían sido deportados en octubre de 1943.

No podía arrogarse el mérito de haber descubierto el restaurante sola. Ya había comido allí en una ocasión muchos años antes, con Julián, cuando viajó a Roma de manera clandestina. Y aunque no tenía intención de volver a comer allí, lo encontró durante su primer paseo cuando, presa del desfase horario, recorría el barrio de Giovanna en busca de comida. Había acompañado a Julián en secreto, todavía convencida de que su divorcio era cuestión de tiempo. Corría el mes de mayo, la ciudad estaba llena a reborar de gente, y hacía demasiado calor para la ropa que había llevado. Julián y ella se alojaron juntos en un hotel que había detrás del Coliseo, y él dio una conferencia en un congreso, un capítulo reciclado de su investigación sobre Petronio. En circunstan-

cias normales, Hema habría dado su propia conferencia. Eso era lo que había dicho a sus padres que iba a hacer, y ellos no lo pusieron en duda. Pero acababa de presentar su tesis doctoral y estaba decidida a tomarse unos meses libres.

Antes de aquello, Hema sólo había estado en Roma una vez, acompañada de una amiga tras licenciarse en Bryn Mawr. Aquella primera visita, cuando su amiga y ella, las dos especializadas en clásicas, pasearon con gran seriedad de monumento en monumento, traduciendo inscripciones y subsistiendo a base de *panini* y *gelato*, había dejado en Hema una impresión perdurable. Pero el viaje con Julián era un montón de ruinas que no tenía ningún sentido. Recordaba desayunos con él en la azotea del hotel, sentados entre pajarillos pardos que brincaban a sus pies, comiendo *ricotta* fresca, mortadela y salami bajo un deslumbrante cielo azul. Aquellos embutidos salados y carnosos a horas tan tempranas la desconcertaban, pero nunca había logrado resistirse. Recordaba la habitación del hotel, el papel pintado de damasco rosa, la amplia cama. Cada pocos días Julián hablaba con su esposa y sus hijas, les preguntaba qué tal iba todo por Vermont, en el lago Dunmore, donde Julián y su familia pasaban los veranos. Buena parte de su aventura había tenido lugar en habitaciones de hoteles y moteles, lugares discretos que Julián buscaba por la costa noratlántica; él los prefería a los apartamentos que compartía Hema con otros estudiantes mientras cursaba un posgrado en CUNY. Verse en la casa de Julián en Amherst resultaba imposible. Incluso su primera cita tuvo lugar en un hotel, cuando Julián la invitó a The Mark a tomarse una copa después de que los encargados del departamento de ella lo hubieran invitado a cenar tras una conferencia.

Ni se planteó siquiera la posibilidad de que Navin fuese a Roma. Antes de prometerse sólo habían pasado tres semanas juntos, espaciadas a lo largo de otros tantos meses, en las que Navin se desplazó desde Michigan para ver a Hema. Caminaron castamente por Boston, fueron a museos y cines, conciertos y cenas, y luego, al principio del segundo fin de semana, él se despidió de Hema con un beso a la puerta de su casa y durmió en la de un amigo. Reconoció ante ella que había tenido amantes en el pasado, pero que estaba chapado a la anti gua en lo tocante a una futura esposa. Y a ella la conmovió comprobar que la trataban, a sus treinta y siete años, como a una adolescente. No había tenido novio hasta después de licenciarse, y para entonces ya era demasiado mayor para que los hombres se anduvieran con tantos remilgos.

En Roma, se comunicaba con Navin por correo electrónico y hablaban de vez en cuando por teléfono; eran conversaciones lastradas con el peso de lo que se avecinaba pero carentes del fundamento de una historia vivida entre ambos. Hablaban de su luna de miel en Goa, viaje que estaba planificando Navin, y decidían juntos qué centros turísticos preferían. Ella no lo echaba de menos, pero le hacía ilusión ir a Calcuta, casarse con él y volver con él en el avión a tiempo para retomar las clases en Wellesley. Navin era lo que sus padres denominaban un «no bengalí», es decir, alguien de cualquier provincia de la India que no fuese Bengala Occidental. Sus padres eran hindupunjabíes que vivían en Calcuta, y Navin había ido a Estados Unidos para obtener el doctorado. Navin también era profesor, de física, en Michigan State. Pero el MIT le había prometido un empleo en otoño, de modo que iba a mudarse a Massachusetts para estar con Hema.

Ella se negaba a considerarlo un matrimonio concertado, y aun así, en lo más hondo sabía que lo era. Aunque había conocido a Navin antes que sus padres, éstos se ocuparon de localizarlo y preguntarle si podía telefonarla, y al cabo, tras años de rechazar propuestas similares, Hema accedió. Sus padres daban por sentado que estaba soltera porque era tímida y estaba demasiado entregada a sus estudios para preocuparse por los hombres. Su madre llegó incluso a preguntarle, cuando Hema cumplió los treinta y cinco, si prefería a las mujeres. No tenían ni idea, durante todos aquellos años, de que estuviera saliendo con nadie, y mucho menos con un hombre casado. Incluso mientras buscaba la casa que sus padres le habían ayudado a comprar en Newton, in-

cluso mientras firmaba los documentos para cerrar la transacción en el despacho del abogado, poniendo su solitaria firma donde siempre había espacio para otra, estaba convencida de que, con el tiempo, tendría que añadir el nombre de Julián. Fue su incapacidad, en última instancia, para encarar la edad mediana sin un marido, sin hijos, con sus padres en el extremo opuesto del mundo y, sin embargo, ser propietaria de una casa y despejar el sendero de entrada cuando nevaba y pagar la hipoteca cuando llegaba la factura —aunque se había demostrado a sí misma, a sus padres, a todo el mundo, que era capaz de todo ello—, fue su nula disposición a tolerar esa vida indefinidamente lo que la llevó hasta Navin.

Desde el primer momento se dio por sentado que siempre y cuando ella y Navin se sintieran atraídos, siempre y cuando se llevaran bien, se casarían. Y tras años de incertidumbre con Julián, Hema comprobó que esa misma certidumbre (una actitud hacia el amor de la que se había mofado en otros tiempos) le resultaba liberadora, y que poseía el mismo poder seductor que había tenido Julián en el pasado. Le permitió encontrar a Navin atractivo desde el punto de vista físico, permitió que le gustasen sus ojos pardos de expresión serena, su rostro largo, su piel atezada, la línea negra del bigote sobre el labio superior. Después de Navin cesaron las visitas por sorpresa de Julián, los timbres que sonaban a media tarde y demolían el resto de su jornada. Ya no había que seguir esperando a que cambiara la situación. Tras casi una década, una única conversación telefónica había acabado con ella. «Estoy prometida», le dijo a Julián la última vez que éste quiso organizar un fin de semana fuera, y él la acusó de engañarlo, la tildó de despiadada, y no volvió a llamar.

Ahora se encontraba libre de ambos, libre de su pasado y libre de su futuro en el lugar donde tantas épocas diferentes estaban codo con codo cual invitados a una fiesta concurrida. Se encontraba sola con su trabajo, sola en el extranjero por primera vez en su vida, y era consciente de que su existencia solitaria estaba a punto de tocar a su fin. En Roma saboreaba su aislamiento, inmersa sin el menor esfuerzo en la silenciosa rutina de sus días. Por la noche, después de un baño, dormía a pierna suelta en la cama de Giovanna, en una habitación de escasos metros cuadrados pero con una altura pasmosa, con enormes contraventanas que la protegían del sol pero dejaban entrar todos y cada uno de los ruidos: los coches y motocicletas de la Vía Arenula, las persianas de las tiendas al abrir, la perpetua cantinela de las sirenas de ambulancia que le resultaba curiosamente tranquilizadora. Ciertas cosas de Roma le recordaban a Calcuta: los enormes edificios erosionados, las palmeras, la imposibilidad de cruzar las calles principales. Al igual que Calcuta, adonde había ido de niña, Roma era una ciudad que por una parte conocía íntimamente y por otra le resultaba absolutamente desconocida, un lugar que la absorbía por completo al tiempo que la mantenía a raya. Conocía la lengua ancestral de Roma, los nombres de sus dirigentes y escritores, su historia desde su fundación hasta su caída. Pero era una turista de la Italia cotidiana y, aparte de Giovanna, que estaba pasando un año sabático en Berlín, no tenía ni un solo amigo romano.

Por las mañanas se preparaba un *espresso*, calentaba leche y untaba mermelada en pan de molde empaquetado, y para las ocho ya estaba sentada a la mesa de Giovanna, invadida ahora por los libros de Hema, sus cuadernos, el portátil, la gramática y el diccionario de latín. A pesar de los cientos de cosas que podría estar haciendo o viendo en la ciudad, mantenía esa rutina todos los días hasta la una. Constituía su anclaje desde hacía años. Ahora era profesora, y su tesis sobre Lucrecio había sido encuadrada, publicada y discretamente alabada. Y sin embargo, nada la satisfacía más que permanecer sentada a una mesa durante horas trabajando. Desde segundo curso de secundaria, leer latín se había convertido en una adicción: todas y cada una de las frases constituían un enigma al que encontrar significado. Los conocimientos que había ido acumulando poco a poco, las antiguas palabras y declinaciones y la sintaxis que moraban en su cerebro poseían una cualidad sagrada que le permitía resucitar todo un mundo.

En ese momento estaba concentrada en los etruscos. Unos meses atrás había asistido en Boston a una conferencia sobre las referencias etruscas en Virgilio, lo que la había llevado a lanzarse de cabeza al estudio de esa misteriosa civilización anterior a Roma, a ese pueblo que posiblemente había vagado desde Asia Menor hasta la Italia central y prosperado durante cuatro siglos, que había dominado Roma antes de desaparecer. Su literatura era inexistente, su lengua, críptica. Su principal legado lo constituían las tumbas y los objetos que en ellas se colocaban: joyas, cerámica, armas para acompañar a los muertos. Hema estaba investigando sobre los arúspices, augures que interpretaban la voluntad de los dioses estudiando las entrañas de los animales, los relámpagos, los sueños de las embarazadas, el vuelo de los pájaros. A su regreso a Wellesley quería organizar un seminario acerca de la influencia etrusca en la antigüedad romana y, posiblemente, sobre la base de sus investigaciones, presentar una propuesta para otro libro. Había ido al Vaticano para ver la colección etrusca del Museo Gregoriano, y también a la Villa Giulia. Estaba revisando con detenimiento la obra de Cicerón, Séneca, Livio y Plinio, leía fragmentos del senador ocultista Nigidio Fígulo, tomaba notas en su portátil y subrayaba los numerosos libros que iba leyendo.

Así que Hema aún no había llamado a nadie, no se había puesto en contacto con ninguno de los amigos de Giovanna con los que podría haber quedado para tomar un café o llevarla a Tivoli o a Ostia, tal como le aseguró Giovanna que harían. Se daba por satisfecha con pasar los días sola, inmersa en el trabajo, leyendo, y con almorzar luego junto al Pórtico. Por las tardes deambulaba por las iglesias, recorría calles oscuras y abarrotadas que desembocaban en enormes plazas llenas de luz. Iba andando a todas partes, rara vez recurría al autobús o el metro. Por las noches se retiraba, preparaba la cena en casa, platos sencillos que comía mientras veía la televisión italiana. Le resultaba raro salir por la noche, y se sentía más incómoda sentada sin compañía a la hora de cenar que a la de comer. Durante sus años con Julián, incluso cuando se encontraba sola, los hombres percibían que su corazón estaba ocupado, que no se molestaría en tenerlos en cuenta, que era como un taxi que pasa con la luz apagada. Pero ahora, aunque estaba prometida, era consciente de los hombres romanos que la miraban y a veces le dirigían la palabra. Y, aunque se sentía halagada, le recordaba que su corazón no pertenecía a Navin de la misma manera.

Los sábados por la mañana, en vez de trabajar se iba al Campo de Fiori, a ver a las elegantes madres con tacones altos, joyas y abrigos acolchados empujar sillitas y comprar verduras por kilos. Esas mujeres, con sus melenas abundantes y sueltas, sus gafas de sol tras las que no ocultaban arrugas, eran más jóvenes que Hema, pero ésta se sentía inexperta en comparación, ajena a la responsabilidad que suponía criar hijos, llevar una casa y regatear, medio flirteando, con los verduleros. Tras largos años con Julián se había acostumbrado a esa sensación: su condición de «la otra mujer», que tan sofisticada le había parecido al principio de la relación, era en realidad un redil que le impedía crecer. Se había negado a sí misma el placer de compartir abiertamente su vida con la persona a quien amaba, se había negado incluso la posibilidad de pensar en tener hijos. Pero Navin también había cambiado eso. Ambos eran conscientes de la edad de Hema, y él le dijo que estaba ansioso por formar una familia cuando se casaran.

Un día, después de almorzar, se sintió llena de energía y se fue caminando hasta la Piazza del Popolo, y de ahí a la Villa Giulia para visitarla de nuevo. En el museo volvieron a conmoverla los antiquísimos cuencos y cucharas, todavía intactos, que antaño tocaron los labios de gente; las fíbulas que sujetaron sus prendas, las finas varitas con que se habían aplicado perfume en la piel. Pero esta vez, mientras contemplaba el enorme sarcófago de la novia y el novio dentro de una urna de vidrio, se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo evitar pensar en Navin. Al igual que la joven pareja colocada en ademán afectuoso en un ataúd compartido, había algo muerto en el matrimonio en el que estaba a punto de embarcarse. Y aunque sabía que, con el paso de los años,

tenía todas las probabilidades de cobrar vida, de camino a casa, a la luz amarillenta del atardecer, sólo era consciente de su esterilidad. Hizo la compra para la cena en un *alimentari* de Via dei Giubbonari, y ahora llevaba una bolsa con lechuga, una caja de espaguetis, y champiñones y nata para preparar una salsa. Entró en el portal del edificio de Giovanna, pasó por delante de una ventanilla semejante a la taquilla de un cine, donde uno de los dos porteros que había la saludó, como siempre que salía del edificio o regresaba. En el patio un león de piedra arrojaba agua constantemente por las fauces. Y a continuación subió por las escaleras de piedra, sin iluminar, inflexibles bajo sus pies cansados, tres generosos tramos que le parecieron diez.

En el largo pasillo del apartamento de Giovanna vio el parpadeo del contestador automático. Puso en marcha la grabación. No era la voz de Navin sino la de un amigo de aquélla. Por lo general esos amigos dejaban mensajes en italiano que Giovanna recuperaba desde Berlín. Pero este mensaje, en inglés, estaba dirigido a Hema. Era alguien llamado Edo, un nombre que reconoció de la lista de gente a la que llamar que Giovanna le había dado. Edo decía en su mensaje que había estado esperando durante semanas a que Hema se pusiera en contacto con él. ¿Iba todo bien? Sonaba amable, y verdaderamente preocupado, o al menos lo suficiente para que Hema le devolviese la llamada. Le aseguró a Edo que todo iba bien, y puesto que no tenía otra excusa, aceptó su invitación a almorzar con él y su esposa el domingo siguiente.

La esposa de Edo, Paola, era editora fotográfica en *L'Espresso*, pero Kaushik la había conocido en Netanya, un centro turístico de la costa israelí, adonde ambos habían ido a cubrir el bombardeo del comedor de un hotel cuando los invitados estaban a punto de comenzar el banquete de la Pascua judía. Sólo trabajaba en Italia muy de vez en cuando: algún que otro reportaje fotográfico sobre inmigrantes senegaleses en Brescia, o instantáneas de los diecinueve ataúdes que contenían los cadáveres de los soldados destinados a Irak a su paso por delante del Coliseo. Durante la mayor parte de los último cinco años, Roma sólo había sido un lugar desde el que llegar a donde tenía que ir, y si consultaba sus agendas de bolsillo cada una de ellas con sus trescientas sesenta y cinco páginas de color azul cielo, y contaba los días, podría haber confirmado que la mayoría los había pasado sacando fotos en Gaza y Cisjordania.

Su vida como reportero gráfico había empezado casi veinte años atrás. En 1987 viajó por Latinoamérica, subsistiendo con el dinero que su padre le había dado después de que se graduara en la universidad. Había ido con su amigo Douglas, y empezaron en Tijuana decididos a acabar en la Patagonia. Pasaron unos meses en México y luego emprendieron camino hacia el sur a través de Guatemala y, a continuación, El Salvador. Y fue allí donde Douglas resolvió que ya se había hartado de Centroamérica y de que lo hostigaran por tener un aspecto tan evidentemente norteamericano, y se compró un billete de avión para Madrid. Al igual que los mexicanos y los guatemaltecos, los salvadoreños no sabían muy bien dónde ubicar a Kaushik, y tampoco los soldados que patrullaban las calles con armas casi tan grandes como su cuerpo, ni los niños que se apresuraban a posar para que les sacara una foto cuando lo veían con su cámara. Se lanzó, solo, a explorar el país, un país más pequeño, según leyó en su guía de viaje, que Massachusetts. Sacó fotografías del volcán que se alzaba amenazante al oeste de la capital, de edificios respunteados de balazos y agrietados por la mitad debido al terremoto del año anterior.

Nunca se había visto en un lugar tan evidentemente en guerra consigo mismo. Tenía entendido que en Guatemala las guerrillas seguían en activo, y había averiguado por otros viajeros que convenía evitar según qué zonas del país. Un autobús nocturno que tomaron Douglas y él rumbo a Tikal fue detenido, y tanto ellos como el resto de los pasajeros se vieron obligados a apearse en un control y mostrar su pasaporte mientras un grupo de guardias borrachos les enfocaban a la cara con linternas. Uno de los guardias le pidió a Douglas que le diese la cartera, se quedó el di-

nero y se la arrojó a la cara. En Guatemala, eso había sido lo peor. Pero en El Salvador las cosas eran más violentas, más horrendas, y había menos turistas. En Santa Ana, Kaushik trabó amistad con un periodista holandés llamado Espen y empezó a viajar por el país, asimilando la historia del conflicto, los relatos que Espen le contaba acerca de escuadrones de la muerte, cadáveres decapitados desparramados por las autopistas, adolescentes colgados de árboles con las uñas arrancadas y los pulgares atados a la espalda. Con Espen vio aviones de las fuerzas aéreas bombardeando por la noche los territorios del FMLN y visitó un campo de refugiados al otro lado de la frontera con Honduras. Asimiló el miedo del lugar y de sus gentes, se acostumbró al sonido de los disparos de ametralladora, aceptó igual que todos los demás el hecho de que en cualquier momento, en cualquier parte, mientras cruzaba una carretera o dormía por la noche, podían asesinarlo. Pero nunca sintió miedo, en aquella época, por sí mismo.

Una tarde, mientras estaba sentado con Espen almorzando en un pueblo a las afueras de Morazán, la mesa empezó a temblar y el oscuro estofado se derramó de los cuencos. Para entonces ya se había acostumbrado a los seísmos ocasionales en los que la violencia de la tierra experimentaba una pausa momentánea. Recogieron las cucharas y siguieron comiendo, pero al cabo de un instante la gente comenzó a proferir exclamaciones, a cruzar corriendo la placita que tenían delante. Espen y él se levantaron de un brinco y siguieron al gentío, pensando que tal vez se había desplomado un edificio, pero la conmoción no tenía nada que ver con temblores de tierra. Doblaron una esquina y vieron a un joven caído en medio de la acera. Le habían disparado en la cabeza y la sangre le brotaba como un río que creciera poco a poco a partir del cráneo, aunque, como todavía recordaba Kaushik, ni una gota de sangre ni una mota de suciedad manchaban su camisa o sus pantalones de color canela. Estaba hecho un ovillo, como si durmiese la siesta, mientras un levísimo sonido escapaba de su garganta; un reloj de oro barato marcaba el tiempo en su muñeca.

Un grupo de gente se arracimaba en torno al cuerpo, pidiendo a gritos un médico, mientras una joven, una esposa o novia con blusa rosa sin mangas, estaba sentada en el suelo llorando, con el puño en la boca. Kaushik llevaba la cámara al cuello, como siempre, y Espen lo instó a que sacara una foto. No había llevado teleobjetivo consigo, y tuvo que acercarse, esperando a cada paso que alguien del grupo se lo impidiera, lo maldijese, lo ahuyentara de allí. Pero nadie le prestaba atención, de modo que avanzó discretamente y enfocó. Cuando pensaba en aquella tarde, recordaba que las manos le temblaban pero, por lo demás, detrás de la cámara se sentía ajeno a la situación, impasible, y se puso a sacar instantáneas. Para cuando acabó el rollo, los gritos pidiendo un médico habían cesado; el hombre estaba muerto.

Kaushik era la única persona en situación de documentar lo que había ocurrido, y aunque no le había salvado la vida a aquel joven, se sintió útil, consciente de que había hecho algo que podía mitigar el crimen. Aun así, en ningún momento creyó que las fotografías fueran a publicarse, hasta que Espen lo envió a la gente adecuada. Una semana después, una apareció en un periódico católico editado en Ámsterdam. Recibió un modesto cheque, y después, cuando la fotografía fue recuperada por una revista europea de actualidad, uno más abultado. Al principio sencillamente despertaba y seguía las noticias, no se alejaba de Espen, y permaneció en El Salvador durante las elecciones, la huelga de transporte y el asesinato de seis sacerdotes jesuitas y sus amas de llaves. Fotografió cadáveres con la cara machacada, el gáznate rebanado y el pene arrancado, para luego entregar las imágenes a una organización de derechos humanos de manera que los parientes pudieran hacer el intento de identificar a los desaparecidos. Gracias a un contacto de Espen, Associated Press lo contrató como colaborador, así que siguió en Latinoamérica, primero en México, después en Buenos Aires, trabajando para agencias de noticias y periódicos de habla inglesa. A los treinta lo contrató el *New York Times*, y lo enviaron a África y luego a Oriente Próximo. Ya no era capaz de recordar todos los cadáveres que había fotografiado, sus caras abotarga-

das, las bocas llenas de tierra, los ojos vacíos en los que se reflejaban las nubes que pasaban por encima de sus cabezas.

Las exigencias del trabajo le permitían evitar Estados Unidos. Viajes ocasionales a Nueva York para encontrarse con algún editor o recoger material fotográfico: hasta ahí llegaba el tiempo que pasaba en Norteamérica, y hubo viajes en los que no se había molestado en decirle a su padre que estaba en el país, en los que se había ahorrado el deprimente desplazamiento de un día a Massachusetts para ver la nueva vida de su padre, aunque a esas alturas esa vida ya había superado, en años, a la anterior. Su padre ya tenía setenta y tantos, vivía con una generosa pensión y dedicaba la mayor parte del tiempo al golf. Gracias a esporádicos correos electrónicos Kaushik se enteró de que Rupa, la mayor de las chicas, se había casado con un norteamericano llamado Peter y enseñaba arte a alumnos de primaria en Colorado. Recibió una invitación a su boda, pero gracias a su trabajo, su excusa para tantas cosas, no había asistido. La pequeña, Piu, estudiaba medicina en Tufts. Y sin embargo, también gracias a su trabajo, Kaushik seguía llegando hasta el umbral de su padre a través del *copyright* que figuraba al pie de las fotografías en una de las revistas que aquél leía, anunciando así que seguía vivo, dónde había estado y qué había visto.

Manténía un piso en el Trastevere, un diminuto apartamento a la salida de la Piazza di San Cosimato con una generosa terraza donde, entre un encargo y el siguiente, se recuperaba. Una mujer había llevado a Kaushik a Italia. Hasta Franca, había preferido Latinoamérica a Europa, e incluso ahora el español que había aprendido durante todos aquellos años se interponía en su italiano práctico. Franca lo había convencido de que la siguiera hasta Milán. Era de una familia de la baja nobleza, y su cara en forma de corazón y sus profundos ojos grises hablaban de un refinamiento que no había sido capaz de disimular cuando la conoció trabajando para un organismo de auxilio en Camerún. Durante años Kaushik había vagado por el mundo sin establecer vínculos de importancia, y de pronto compartía un apartamento con Franca, iba en coche a Bérgamo los domingos para comer polenta y conejo asado en casa de su *nonna*, consciente de que su abuela, que había pasado años cosiendo a mano y bordando todo un ajuar de camisones y mañanitas para Franca, aprobaba su relación. Había tenido un final amargo; aunque nunca hubiera sabido aducir una razón para no hacerlo, no consiguió proponerle matrimonio. Franca no había logrado apoderarse de él; ahora entendía que ése era el problema. Así que dejó las lágrimas y la furia en Milán y cogió un tren a Roma. Al principio creyó que se quedaría una semana, a ver la ciudad un poco, y luego regresaría a Buenos Aires. Pero la segunda Intifada lo llevó de nuevo a Oriente Próximo, y se quedó en Europa, sin decirle a Franca que vivía en su país, sin cruzarse con ella ni una sola vez.

Recordaba Roma, claro, de la única vez que había estado allí, de regreso de Bombay a Massachusetts con sus padres. Su madre estaba muriéndose, pero por entonces no había otro indicio de ello que su delgadez. Acababa de cumplir los cuarenta, la edad que tendría Kaushik en su siguiente cumpleaños. Recordaba el aspecto del hotel donde se alojaron, las escaleras de mármol que subían para ir al comedor a desayunar, el intenso haz de luz que se derramaba por la cúpula del Panteón, y las miradas de admiración que los camareros no conseguían disimular mientras su madre leía con detenimiento el menú. Recordaba pasear por el Janículo y ver bandadas de golondrinas que semejabán gigantescas huellas dactilares surcando el cielo. Y había regresado como un peregrino a esos lugares; recordaba que el hotel estaba cerca de la escalinata de la plaza de España y se las arregló para encontrarlo.

El año anterior su padre y Chitra lo habían visitado en Roma, y pasaron cuatro días juntos de camino a Calcuta. Él se había esforzado por hacerles grata la estancia, les reservó una habitación en el Hotel d'Inghilterra y los llevó a todas partes. Hizo cola con ellos para ver el Coliseo y paseó con ellos por el Foro. Sacó fotografías de su estancia y antes de que partiesen le entregó a su pa-

dre los rollos como si se tratara de un trabajo más. Le pidió a Chitra té con leche en todos los restaurantes y cafeterías, porque a ella no le gustaba el sabor del café italiano. Pero no habían dejado su impronta en la ciudad, y él nunca pensaba en su presencia en las calles de Roma como seguía acordándose, de vez en cuando, de la de su madre.

Fue en el transcurso de aquellos días con su padre y Chitra cuando una tenue mota gris, más pequeña que la cabeza de un alfiler, empezó a flotar por delante de su ojo izquierdo. Reparó por primera vez en ello la tarde que fueron a Testaccio, donde su padre quería ver la tumba de Keats. En los exuberantes terrenos del Cementerio Protestante, Kaushik tuvo la sensación de que un mosquito revoloteaba en torno a su cabeza y se lanzaba una y otra vez contra él, que intentaba ahuyentarlo con la mano. Pero la mota siguió acompañándolo allí adonde fuera, atormentándolo en silencio, y Kaushik comprendió que estaba dentro de él, que no era posible alejarla ni detenerla. Un oftalmólogo le explicó que la causaba la acumulación y el desprendimiento de humor vítreo del ojo, que era un síntoma inocuo de envejecimiento. Le dijo que se acostumbraría, y así había sido, más o menos, y desde hacía un tiempo no le molestaba a menos que estuviera en una habitación luminosa con paredes blancas o al aire libre sin gafas de sol. No le afectaba a la hora de conducir ni de tomar fotografías. Y sin embargo, la sentía como una invasión de su sentido máspreciado, algo que lo traicionaba y, al mismo tiempo, se negaba a abandonarlo.

El domingo se puso al volante de su Fiat para ir a casa de Edo y Paula, en un barrio al sur de la ciudad. La mera idea de alejarse de las calles por las que ya se movía con soltura le produjo cierta melancolía. Porque iba a marcharse; a principios de año ya se habría ido. Una revista de actualidad internacional le había ofrecido el puesto de editor fotográfico en Hong Kong, y había aceptado. Aparte de sus escasas visitas a Tokio, no sabía mucho de Asia Occidental. Iba a ser la primera vez en su vida que un trabajo supondría levantarse e ir al mismo lugar todos los días, la primera vez que tendría un despacho, una mesa, un ayudante que le planificara las citas y contestara las llamadas por él. La primera vez que no despertaría sin saber qué le depararía la jornada. En ese sentido probaría una versión de la vida profesional que su padre había mantenido durante décadas. Imaginaba que lo encontraría detestable. Paola le dijo que cometía un error, le advirtió que para un fotógrafo representaba la muerte, que desde que trabajaba como editora no había sacado ni una foto decente. El sueldo sería mejor, pero no fue eso lo que atrajo a Kaushik. Era su necesidad de una vida diferente lo que lo llevaba a Asia. La promesa de que permanecería en el mismo sitio, al menos durante los siguientes años.

La revista le pagaba la mudanza, pero salvo por el Fiat, que ya había acordado vender a un amigo, no poseía gran cosa. No era nada parecido a las veces que se había mudado con sus padres, aquellos dos colosales revuelos que había experimentado de niño, primero al marcharse de América, luego al regresar al cabo de siete años, con todos aquellos muebles y cuadros y juegos de té sin los que su madre no podía vivir siguiéndolos lentamente, en la bodega de un barco, en ambas ocasiones. Su madre había habilitado y equipado hogares una y otra vez a lo largo de su vida. No importaba en qué parte del mundo se encontrase, ni si estaba muñéndose o no: siempre lo había dado todo para que sus casas fueran hermosas, siempre había sacado partido de sus habitaciones, sus paredes. Pero Kaushik nunca había confiado plenamente en los lugares donde había vivido, nunca volvía a ellos en busca de refugio. Desde la infancia, ahora se daba cuenta, siempre se sentía más feliz fuera, lejos de los residuos privados de la vida. Eso era lo primero que le había encantado de hacer fotografías: le permitía salir de casa. Sus primeros recuerdos, de Cambridge, Massachusetts, donde nació, eran, en todos los casos, al aire libre. Una verja de tela metálica enmarañada de forsitia. El dibujo en forma de espiga de las baldosas de una acera. La voz de su madre llamándolo por su nombre mientras él corría por el parque.

Cada vez que iba a un campo de refugiados, cada vez que veía a una familia hurgar entre los escombros en busca de sus posesiones, se acordaba de los traslados de él y de sus padres. Al cabo, la vida era eso: unos cuantos platos, un peine preferido, un par de zapatillas, la sarta de cuentas de una niña. Quería creer que él era diferente, que en diez minutos podía estar de camino hacia cualquier lugar del mundo. Pero sabía que era imposible no establecer vínculos allí donde aterrizara. Echaría de menos las copitas de cristal coloreado en sus armarios del Trastevere, el trapezoide menguante de sol que se proyectaba sobre su cama por las tardes. Y sabía que a su manera, con su cámara, dependía del mundo material, se apropiaba de él, lo acaparaba, era incapaz de desprenderse de él. El traslado a Asia se hizo oficial. Su casero, el propietario de la *gelateria* de la esquina, había encontrado un nuevo inquilino. Y justo la víspera había comprado el billete, con escala en Tailandia, donde tenía previsto pasar la última semana de diciembre antes de seguir hacia Hong Kong.

A Edo le gustaba cocinar, sobre todo las especialidades de su Cremona natal. Kaushik imaginaba una reunión como las que solían organizar Paola y Edo, a las que asistía un grupo internacional de periodistas, fotógrafos y académicos y en las que siempre se hablaban, en torno a la mesa, tres o cuatro idiomas. En esa ocasión, le había comentado Paola, iría un novelista americano nostálgico del día de Acción de Gracias y pertrechado de una tarta de manzana. También estaría presente una mujer india, añadió Paola, una investigadora, amiga de una amiga de Edo. Kaushik se imaginó a alguien de mediana edad con gafas y sari, una arqueóloga como Edo. Él tenía muy poco que ver con la India. No había regresado desde el año de la muerte de su madre, y nunca había ido allí por trabajo. En tanto que fotógrafo, sus orígenes carecían de importancia. Y sin embargo, en Roma, en toda Europa, siempre lo consideraban, antes que nada, indio.

Aparcó el coche a unas manzanas de la casa de Edo y Paola y se apeó. El barrio era espectacular a su manera: amplias avenidas flanqueadas de cipreses, edificios de hormigón de la posguerra con portales de cristal y balcones saledizos apilados cada uno encima del siguiente. Cayó en la cuenta de que probablemente no volvería allí antes de marcharse de Italia, y tuvo ganas de sacar una foto, pero no llevaba la cámara encima. Paola y Edo vivían en un piso alto, en un apartamento espacioso y aireado con vistas a un parque. Al enfilar su calle, Kaushik reparó en una mujer de pie en la acera. Estaba consultando un mapa, la larga cabellera le ocultaba el rostro. «*Signorina, dove deve andare?*», le preguntó.

La mujer levantó la vista, confusa, y él observó que, pese al cabello moreno y el ceñido abrigo de cuero, no era italiana. Que en realidad era india. Que no tenía por qué haberse dirigido a ella con tanta formalidad, que aquella cara le resultaba conocida.

Desde el momento que llegaron juntos a casa de Paola y Edo, los demás invitados dieron por sentado que eran viejos amigos. Uno de ellos incluso dio por supuesto que eran amantes, y les preguntó cuánto llevaban juntos, cómo se habían conocido. «Nuestros padres», respondió Kaushik con despreocupación, pero Hema se remontó en el tiempo, entristecida por aquellas simples palabras. Ella era consciente de que Kaushik no había corregido la suposición del invitado. Y también era consciente del modo en que la miraba desde el otro lado de la mesa mientras comían, sorprendido del atractivo que había aflorado en ella de un tiempo a esa parte. En cuanto a Hema, lo asombroso para ella era que Kaushik tuviese el mismo aspecto. Semejaba el mismo muchacho de rostro afilado que había accedido a regañadientes a vivir en la casa de los padres de ella. Sólo los ojos parecían cansados; la piel que los rodeaba era más oscura, como si estuviese levemente magullada. Iba vestido como un italiano, con téjanos y un ligero jersey negro, zapatillas blancas y marrones con tiras de velero. Aún recordaba su primera impresión de él, un adolescente callado

con americana y corbata que se negaba a comer lo que cocinaba su madre. Recordaba la ridícula atracción que había sentido aquella noche, cuando tenía trece años, y que había alimentado en secreto durante las semanas que vivieron juntos. Era como si no hubiese pasado el tiempo.

Después del almuerzo la llevó de regreso en coche y la invitó a su piso, en un barrio tranquilo donde la ropa limpia estaba tendida entre casas de color albaricoque y los ancianos se sentaban en la calle en sillas plegables. Los hombres los miraron en silencio mientras Kaushik abría las cerraduras y Hema esperaba a su lado. Estaba fuera de toda duda que aún no iban a separarse, que, aunque no se habían visto ni pensado el uno en el otro ni se habían buscado en décadas, acababan de topar con algo precioso, una conexión revivida que no podían pasar por alto, que exigía hasta la última partícula de su atención. El edificio no era en absoluto como el de Giovanna: la puerta no llamaba la atención, y había una caja de escalera muy angosta que llevaba directamente a su pequeño mundo. El apartamento consistía en una habitación, un cuarto de baño y una cocina con dos hornillos. La llevó a la terraza para ver las azoteas de los vecinos, la torre de la iglesia románica en la *piazza*. «Tú estás por ahí», le explicó al tiempo que le ponía las manos suavemente sobre los hombros y la orientaba. Le contó que había regresado a Roma recientemente, que una semana antes había estado en Ramala, cubriendo el funeral de Arafat, al que asistieron veinte mil personas, añadió, escalando muros y derribando alambradas para atisbar, aunque fuese de pasada, el ataúd.

Se quedaron en la terraza, conversando hasta el anochecer. Ella le habló de la universidad y los estudios de posgrado, y averiguó que durante su primer curso en Bryn Mawr él había estado cerca, en Swarthmore. Le habló de sus años en Nueva York, de sus estudios de doctorado, de su puesto en Wellesley. Y mientras que no le contó nada de Julián —aquella larga relación que a veces la hacía sentir como una divorciada resultaba carente de sentido en la crónica oficial de su pasado—, acabó por decirle que iba a casarse con Navin.

Kaushik se inclinó hacia ella por encima de la mesita de metal a la que estaban sentados. Hacía rato ya que habían digerido los *tortelli* de calabaza de Edo y el *bollito misto* con *mostarda*, y tenían la cabeza despejada de nuevo tras las muchas copas de vino, pero no había comida en la nevera de Kaushik, sólo una caja de biscotes salados que había puesto entre ambos junto con dos vasos y una botella de agua mineral. Él fumó unos cigarrillos. Hema tenía las palmas de las manos sobre la mesa, como para calentarse con su superficie, y Kaushik engarzó un dedo, suave pero posesivamente, en torno al brazalete de oro que ella llevaba en la muñeca, haciendo que su mano se deslizara levemente hacia él.

—Ya lo llevabas cuando eras una niña.

Se trataba de un regalo de su abuela, y lo tenía desde los diez años. Era la única joya que nunca se quitaba. Siempre le había encantado su diseño, florecillas de cuatro pétalos enhebradas a lo largo de una parra, y cuando fue ensanchándose la muñeca, hizo que cortaran el brazalete y lo agrandaran.

—Lo recuerdas.

—Pero no llevas alianza.

—No tengo.

Él observó la pulsera mientras la hacía girar lentamente.

—¿Qué clase de hombre se declara sin una alianza?

Ella le explicó que no se había producido declaración alguna, que de hecho apenas conocía a Navin. Apartó la mirada hacia una planta reseca en la terraza, pero notó que Kaushik la miraba, intrigado y a la vez impertérrito.

—Entonces, ¿por qué vas a casarte con él?

Ella le contó la verdad, una verdad que no le había contado a nadie.

—Porque tal vez lo arregle todo.

Él no hizo más preguntas. A diferencia de sus amigos de Estados Unidos, quienes pensaban que estaba haciendo algo escandalosamente estúpido o bien apasionadamente audaz, Kaushik no la juzgó ni la elogió, y la presentación formal de los hechos, la declaración de que estaba comprometida, consiguió abrir la puerta. Sólo los besos de Kaushik, besos agrestes y violentos que no se parecían en nada al comportamiento de colegial de Navin ante su puerta, provocaron que Hema se sintiera culpable. Pero el resto de lo que hicieron esa noche le resultó fresco, nuevo, porque ella y Navin jamás lo habían hecho, y no existía nada con lo que compararlo. Navin nunca había visto su cuerpo desnudo, nunca la había explorado con las manos, nunca le había dicho que era hermosa. Hema recordó que había sido la madre de Kaushik quien primero la había halagado de ese modo, en un probador mientras compraban sostenes, y se lo contó. Era la primera vez desde su reencuentro que mencionaban a la madre de él, y sin embargo no se sintieron incómodos. En todo caso, reafirmó su vínculo, y Hema supo, sin que tuvieran que decírselo, que era la primera persona con la que Kaushik se acostaba que había conocido a su madre, que era capaz de recordarla como él la recordaba. Mientras más tarde yacían el uno junto al otro, Hema notó en las plantas de los pies que los de él eran tibios y sorprendentemente suaves. Kaushik se durmió boca arriba y en un momento dado lo despertó de súbito una pesadilla, que lo hizo incorporarse bruscamente por un instante antes de volver a conciliar el sueño. Hema permaneció despierta, escuchándolo respirar, deseosa de que volviera a tocarla a medida que la luz regresaba al cielo. Por la mañana, al mirarse en el pequeño espejo que había encima del lavabo del cuarto de baño de Kaushik, descubrió unos bultitos rojos en torno a los labios y en las comisuras de la boca. Y le agradó esa prueba desfavorecedora, le agradó que ya la hubiese marcado.

Al principio Hema intentó ceñirse a su rutina matinal frente a la mesa de Giovanna. Pero para las once sonaba el teléfono, y veinte minutos después ya estaba cruzando el Ponte Garibaldi para salir a su encuentro, o él aparcaba delante del edificio de Giovanna en su Fiat y se iban a pasar el día fuera. De modo que dejaba de lado sus libros y apagaba el portátil, a sabiendas de que no volvería a tocarlo hasta que regresara a Wellesley. Por la noche la llevaba a restaurantes y bares fuera de los circuitos habituales, a fuentes en plazas abandonadas donde se sentaban como una pareja de adolescentes, besándose. Salían de las murallas de la ciudad, a lugares en los que ella nunca había estado y él quería ver por última vez. Fue Kaushik quien la llevó a Ostia y a Tivoli, y a Cerveteri a visitar los túmulos de la necrópolis etrusca.

Hema le habló de la historia de esos lugares, quién los había levantado y por qué. Le contó que estaba investigando acerca de los etruscos, que fueron ellos quienes enseñaron a los romanos a construir sus casas e irrigar los campos. Le habló del amor de los etruscos por el mundo natural, su creencia en señales y portentos, su obsesión con el viaje después de la vida. No hablaron de su propio futuro, de hacia dónde conducirían sus días juntos. Ni tampoco charlaron del pasado, de los meses durante los que él había vivido en casa de ella, mientras la amistad entre sus padres estaba a punto de extinguirse. A éstos sólo los habían unido sus orígenes, un tiempo y un lugar a los que ya no podían acceder. Hema nunca se había sentido atraída hacia nadie por esa razón, hasta entonces.

Casi siempre, un canal internacional de noticias estaba puesto sin sonido en el pequeño televisor de Kaushik. El trabajo de éste dependía por completo del presente y de hechos todavía en ciernes. No era la repetida resurrección de textos ya compuestos, de un tiempo y unas gentes extintos, y eso hizo comprender a Hema lo protegida que estaban tanto su vida como su mente. Un

día, a petición de ella, Kaushik le enseñó su página web. La dejó a solas para que la viera y se fue a hacer la compra para la cena. Hema se acomodó en su cama, arropada con una sábana, mientras el portátil zumbaba sobre sus piernas.

Había innumerables imágenes, cosas horribles sobre las que había leído en la prensa y en las que nunca había vuelto a pensar. Autobuses reventados por bombas, cadáveres en camillas, jóvenes que lanzaban piedras. Kaushik había sido testigo de esos acontecimientos, sin que advirtiesen su presencia y sin implicarse, y aun así transmitiendo una inmediatez que ella nunca había experimentado. Puesto que se había convertido en su amante, esas imágenes la alarmaron. Kaushik le había hablado de fotógrafos asesinados mientras hacían su trabajo, de la ocasión en que un policía israelí le golpeó la cara con su propia cámara. Y secretamente se alegró, como se habría alegrado su madre, de que su trabajo estuviese a punto de cambiar, de que pronto fuera a hallarse detrás de una mesa en Hong Kong presidiendo reuniones. De que ya no estuviera constantemente donde pudiera resultar herido.

También había instantáneas de calles polvorientas y pueblos, mercados y casas y escaparates, paisajes áridos, estériles, fotografías de personas. Un anciano pelaba una naranja sentado al pie de un árbol, con un perro pulgoso dormitando junto a él. Un grupo de mujeres tocadas con pañuelos reían con la cabeza echada hacia atrás. Una niña asomada a una puerta de metal tachonada, sonriendo. Mientras miraba aquellas fotografías empezó a apreciar la capacidad de Kaushik, tal vez su necesidad, de establecer un vínculo con desconocidos, y la buena disposición de éstos a establecerlo con él. Empezó a entender su buena disposición —y pensó que quizá se tratase también de una necesidad— a desaparecer en cualquier momento. Vivía en un apartamento alquilado con muebles alquilados y sábanas y toallas alquiladas. Sus cámaras y trípodes siempre estaban preparados en un rincón, el pasaporte siempre en el bolsillo. Las paredes estaban desnudas a excepción de un mapa detallado de Cisjordania. Hema sospechaba que, por mucho que hubiera sido posible dar marcha atrás, no haber conocido nunca a Navin y esperado a topar con Kaushik en Roma, las cosas no habrían sido distintas. Supuso que él había tenido relaciones esporádicas con muchas mujeres, que ella no tenía por qué considerarse diferente. Y se negaba a regresar a ese lugar tan horrible al que tantas veces la había arrastrado Julián, a esperar algo que era inmutable.

La llave giró en la cerradura y Kaushik ya estaba otra vez a su lado. Dejó dos bolsas en una mesita cuadrada junto a la que había dos sillas, el único mobiliario, además de la cama, del apartamento. Por primera vez pareció vacilar en presencia de ella, y no la besó antes que nada. Colgó el abrigo en un gancho y se aflojó la fina bufanda de lana que llevaba al cuello.

—Son asombrosas —dijo Hema.

—No todas me sirven para pagar las facturas.

—¿Te afecta ver todas esas cosas?

Kaushik se encogió de hombros, abrió el armario y sacó dos copas.

—A nadie le hace ningún bien si me afectan.

Esa noche se quedaron en casa, comiendo el pan y el queso, los embutidos y el vino que él había comprado. Kaushik dedicó un rato a descargar imágenes de su cámara en la página web y escribir pies de foto. Hema lo ayudó a guardar montones de hojas de negativos en cajas para los de la mudanza y a amontonar viejas revistas de fotografía para la basura. Él le enseñó una carpeta de fotos que confiaba en que algún día tomaran forma de libro. Por primera vez se durmieron sin hacer el amor, no porque flaquease el deseo sino porque la familiaridad era mayor. Pero al cabo de un rato ella lo notó apretado contra su cuerpo, sintió su aliento y sus labios en la nuca, y se volvió hacia él para ofrecerle la boca. Kaushik era capaz de mostrarse distante en la cama

igual que podía serlo en general, centrándose en alguna parte de su cuerpo hasta el punto de que parecía olvidarse de ella. Pero a ella esa distancia ya no le parecía amenazadora. Kaushik sólo pronunciaba su nombre en la cama, una palabra cálida que colmaba los oídos de Hema. Era sábado por la noche, y las voces que se demoraban en la *piazza* fueron dejando paso al silencio y, en ocasiones, los lejanos ladridos de los perros.

—Sí que me afecta —confesó después Kaushik, mientras yacían en la oscuridad, despiertos.

—¿El qué?

—Sacar fotos. No siempre, pero a veces sí, y de una manera que no me gusta.

Kaushik encendió un cigarrillo y a continuación le habló de un día, el verano anterior, en que, regresando en coche de Fregene, pasó por delante de un accidente: dos coches habían chocado en un cruce. Se había reunido mucha gente, pero la policía aún no había llegado. Dentro de uno de los coches lloraba un niño. Resultó que los pasajeros no se habían hecho demasiado daño. Kaushik aparcó y se acercó a la carrera, pero lo primero que hizo fue tomar una foto.

—Lo primero —le dijo a Hema—. Antes incluso de preguntar si se encontraban bien.

Habían transcurrido tres semanas. Una tarde de diciembre, cuando regresaban al piso de Giovanna, llamó Navin. Sonó el teléfono y Navin dejó un mensaje en el contestador, saludando mientras Kaushik empujaba a Hema contra la puerta y empezaba a desabrocharle la chaqueta, los botones superiores de la blusa hasta dejar sus pechos al descubierto, y hacía que las llaves se le cayeran de las manos al suelo de terracota. Desde el principio ella había sido consciente de que en cuestión de semanas el asunto tocaría a su fin. En otras dos semanas todo quedaría anulado: estarían en países distintos, las llaves de los pisos de Kaushik y Giovanna, en manos de otras personas. Y saberlo le permitió quitarse de nuevo los téjanos mientras la voz de Navin resonaba en la habitación. Incluso el que Kaushik tuviera que ponerse condón contribuía a mantenerlo en su lugar, le recordaba que, a pesar de lo que estaban a punto de hacer, continuarían separados. Semejante manera de pensar era consecuencia, lo sabía, de su relación con Julián. Suponía que tantos años de amar a un embustero le habían enseñado unas cuantas cosas.

Le contó a Navin que su última semana en Italia la pasaría viajando, otra mentira para impedir que volviera a ponerse en contacto con ella, y eso dio a Hema y Kaushik la idea de emprender un viaje juntos. Decidieron ir al norte, a Volterra, una ciudad fundada por los etruscos, y fue en ese lugar austero, amenazador, solitario, donde pasaron los días que les quedaban en común. Fueron en el coche de Kaushik, bordeando la costa hasta la Toscana, luego a través del Maremma azul y neblinoso y las colinas de creta blanca del valle de Cecina, venga a subir y bajar por una estrecha franja de carretera. Volterra asomó a lo lejos, encaramada a unos peñascos que descollaban bien altos sobre el paisaje despejado como una isla rodeada de tierra. La arquitectura tosca y sobria, los escudos de armas y los muros duros y oscuros constituían una novedad para Hema. Los edificios medievales eran más recientes que el Foro, y sin embargo Volterra semejaba más remota, impermeable a los turistas y el tiempo. Roma los había ocultado, había hecho posible su aventura, una entre miles, pero allí se sentía señalada, expuesta. También percibía cierta indiferencia: se encontraban entre un puñado de gente que parecía no pertenecer a Volterra, y tenía la sensación de que quienes vivían allí estaban esperando, con amabilidad pero también con firmeza, a que siguieran su camino.

Era un lugar casi por completo silencioso, salvo por el marcado sonido de sus pasos, las insistentes notas de las campanas, el aullido del viento, que a gran altura era constante, les azotaba la cara y les agitaba el pelo. Faltaba una semana para la Navidad, la ciudad estaba discretamente

decorada y en los restaurantes el acebo colgaba sobre las mesas de *antipasti*. Entraron en talleres donde se cortaba y pulía el alabastro, el material traslúcido extraído de las canteras de Volterra durante miles de años.

Hacía más frío que en Roma, un frío que emanaba de la piedra, y en vez de su chaqueta de cuero Hema llevaba una cazadora de piloto de Kaushik, cuyo peso sobre los hombros le recordaba aquel otro abrigo de él que tanto detestaba llevar cuando era niña, en aquellos tiempos en que no eran nada el uno para el otro pero ya eran algo.

Se alojaron en un hotel que había sido convento, durmieron en los antiguos aposentos de las monjas. La comida era más sencilla, cuencos de *ribollita*, pan sin sal, chocolate caliente agrisado por las tardes. Mientras comían y descansaban los pies de tanto caminar, se sentían fortalecidos, tranquilos, en buena medida como la ciudad. Kaushik hizo unas cuantas fotografías, no muchas, nunca de Hema, no tanto de la población en sí como de las espectaculares vistas que ofrecía, las montañas de Carrara al norte y el lejano relumbre del mar de Liguria, una tarde sin nubes, cuarenta y tantos kilómetros al oeste. Contemplaron las ruinas de un anfiteatro romano y, por encima de los muros de Balze, un precipicio a cuyos pies en cierta ocasión se había desprendido la tierra, cobrándose una iglesia y amenazando siempre con llevarse algo más de la ciudad. Debajo de la Porta all'Arco, la puerta etrusca, tres cabezas ennegrecidas y sin rasgos los observaron igual que centinelas, tanto a ellos como el mundo que habían dejado atrás.

Hacía mucho frío, y a menudo buscaban refugio en iglesias y museos. Dejaron el Museo Etrusco Guarnacci para el final, y allí vieron, alineadas en estantes, cientos de urnas en las que los antiguos pobladores de Volterra habían almacenado las cenizas de sus muertos. Se denominaban urnas pero eran más parecidas a pequeños ataúdes, hechos de alabastro o terracota y con las tapas coronadas con figuras de cabeza grande y cuerpo desproporcionadamente pequeño, grotescas pero indiscutiblemente vivas. Las mujeres llevaban velo, sostenían abanicos o granadas en las manos. Los costados estaban cubiertos de tallas que representaban infinidad de migraciones por la tierra y carros cubiertos que partían hacia el Averno, infinidad de bestias fantásticas y dioses marinos con cola de pez. Hema y Kaushik eran los únicos visitantes en el museo ese día, a excepción de los radiadores que soltaban calor con un siseo y de los guardias pacientemente sentados en sus sillas plegables. En el museo había otro sarcófago de unos esposos. No se parecían en nada a la lánguida y amorosa pareja que Hema había visto en Roma, sino que eran más viejos, más burdos, todavía encrespados tras tantos años de matrimonio, incómodos.

Tras salir del museo se fueron a almorzar a un restaurante de Piazza dei Priori que ya conocían y que les gustaba. Después de comer regresarían en coche a Roma, y al día siguiente Hema tomaría un vuelo a la India. Habían dejado el hotel esa mañana, y sus maletas ya estaban en el coche. El *padrone* los sentó a la mesa en el rincón donde ya habían estado. Pidieron *bruschetta* con col negra y unos *pappardelle* muy tiernos aderezados con carne de jabalí. Hema miró las postales que había comprado en el museo, alineándolas encima de la mesa mientras se tomaban la primera copa de vino. Habían visto algo que no se parecía a ninguna otra cosa: una escultura en bronce de un muchacho extremadamente alargado, un esqueleto más que un cuerpo, de pie con los brazos a los lados. En el centro del restaurante, en una mesa rectangular y desordenada, había un grupo bastante escandaloso formado en su mayor parte por hombres de treinta y tantos años vestidos de traje.

—Una fiesta de trabajo —explicó Kaushik tras escuchar un rato su conversación—. Trabajan en el banco. —Siguió escuchando y añadió—: Llevan toda la vida en este lugar. Morirán aquí.

—Los envidio por ello —comentó Hema.

—¿De verdad?

—Yo nunca he pertenecido a un lugar de esa manera.

Kaushik se echó a reír.

—Te lamentas ante la persona equivocada.

—¿Y si aborreces Hong Kong? ¿Adónde irás?

—No lo sé.

—¿Volverás a Italia?

—No.

—¿Por qué?

Kaushik le puso más vino en la copa, luego se sirvió en la suya. Se inclinó hacia ella levemente, mirándola, y después dio la impresión de cambiar de parecer acerca de lo que estaba a punto de decir.

—Aquí he llegado a un final, eso es todo.

La comida acabó sin conversación, con *vin santo* y una ración de tarta de castaña. Salieron para encontrarse con las primeras luces del atardecer y dar un último paseo por la ciudad. Era la hora de la *passeggiata*, y los mayores callejeaban codo con codo. Los hombres iban con los hombres, las mujeres con las mujeres, segregados como en otro tiempo solían estar en las fiestas los padres de Hema y Kaushik. Se observaba una uniformidad en su aspecto, en sus rostros y su ropa, las boinas de lana de los hombres, las faldas rectas y los zapatos de tacón bajo, negros y azul marino, de las mujeres. Junto a ellos había hijos y nietos, las generaciones entremezcladas con cariño y despreocupación.

—Ven conmigo —dijo Kaushik.

—¿Adonde?

—A Hong Kong —respondió él, y añadió—: No te cases con ese hombre, Hema.

Ella se detuvo. Estaban descendiendo por una calle de peldaños flanqueada de cipreses. Los que iban detrás en la procesión colectiva murmuraron *Permesso* y pasaron por su lado. Hema notó una sacudida, como si las palabras que acababa de oír se le hubieran subido a la cabeza. El chico que no le había prestado atención; el hombre que se había embarcado en una aventura a sabiendas de que nunca podría ser suya; en el último momento pedía más. Una parte de ella se sintió eufórica. Pero también la dejó pasmada su egoísmo, que estuviera diciéndole qué hacer. A diferencia de Navin, Kaushik no se ofrecía a acudir a ella.

—No contestes ahora —le dijo al tiempo que la atraía hacia sí, obligándola a descender unos peldaños más, con el brazo en torno a su cintura—. Vete primero a la India, arregla las cosas. Puedo esperar.

Ella se apartó, molesta por primera vez por su contacto.

—Es demasiado tarde, Kaushik.

El tendió un dedo hacia su barbilla y le hizo volver la cara suavemente para mirarla, para mirar con esos ojos cansados que Hema había empezado a querer. Su rostro estaba radiante de afecto hacia ella, de esperanza, y Hema supo entonces que no hablaba solamente por efecto del vino, que lo decía de corazón.

—Lo será dentro de unas semanas. Todavía no lo es.

Kaushik volvió a tomarla de la mano y siguieron caminando. Entraron en una pequeña *piazza* donde ella cobró conciencia de que había niños por todas partes, chicos y chicas de cinco, siete, ocho y diez años, arremolinados en torno a ellos como si acabaran de salir del colegio. Había conocido a Kaushik a la edad de esos niños, había llevado su abrigo, le había cedido su cama, había soñado con besarlos, y todos esos hechos de su pasado la perseguían y al mismo tiempo la tranquilizaban. Los niños italianos, ansiosos de que llegara la Navidad, se saludaban gritándose

Buon Natale, se abrazaban en el aire frío. Su entusiasmo infantil resultaba contagioso y puro, hasta el punto de que a Hema le dio un vuelco el corazón. Al cabo de diez años, imaginó, esos niños y niñas empezarían a enamorarse los unos de los otros; en cinco años más tendrían a sus pies a sus propios hijos.

En el trayecto de regreso de Volterra, conforme el paisaje iba desapareciendo y viajaban a través de la noche, Hema se lo dijo. Le explicó sus razones, las cuales no tenían nada que ver con Navin. Le dijo que era incapaz de renunciar a su vida, de seguirlo de esa manera. Y que no esperaba que él lo hiciera. Añadió que no quería intentar que cambiase, que no quería que algún día la acusara de intentar retenerlo.

—Eso no significa que no podamos seguir viéndonos —continuó, temerosa de sugerirlo, pero más temerosa aún de no hacerlo.

—No estoy interesado en ninguna clase de arreglo —replicó Kaushik en ese tono gélido que ella no le había oído desde que eran adolescentes. Fue lo único que dijo durante el viaje, hasta que aparcó en plena noche delante del edificio de Giovanna. Entonces añadió—: Eres una cobarde.

Hema se echó a llorar, incapaz de controlarse, consciente de que nunca la perdonaría por rechazarlo, de que, aun cuando cambiara de parecer, él ya se había retractado de su propuesta. Le había dicho que no se casase con Navin, pero no le había pedido que lo hiciera con él, y Hema sabía que no era un trueque justo. Mientras lloraba, Kaushik permaneció impertérrito, como debía de estarlo cuando hacía sus fotos, como lo había estado aquella mañana cuando ella tenía trece años y él había descubierto las tumbas en la nieve. Cayó en la cuenta de que Kaushik no tenía nada más que decir, de que sólo estaba esperando a que se bajara del coche. Pasaron la noche separados, y Hema no esperaba volver a verlo. Pero a la mañana siguiente llamó para asegurarse de que tuviera hecho el equipaje y le dijo que pasaría por allí al cabo de una hora.

La llevó a Fiumicino y la acompañó a facturar las maletas, hablando italiano en su nombre. Fue con ella hasta Seguridad y la besó suavemente en los labios. Y a continuación se marchó, dejándola para que se enjugara las lágrimas, se quitara los zapatos y vaciase los bolsillos de las bonitas monedas que pronto no le servirían para comprar nada. Cuando Hema llegó a la puerta de embarque, se sentó junto a un ventanal, con una vista de los reactores de Alitalia cruzándose lentamente por la pista, viendo cómo los otros pasajeros, en su mayoría indios, ocupaban los asientos. Permaneció sola, hojeando una revista italiana de moda hasta que anunciaron su vuelo.

No fue hasta que estaba en la rampa que conducía al avión cuando cayó en la cuenta de lo que se dejaba. Su pulsera, la que nunca se quitaba, esa en la Kaushik había engarzado un dedo la primera noche, atrayéndola hacia él. Ahora se la imaginó en la bandeja de plástico gris donde la había depositado antes de pasar por el arco detector de metales. Se volvió y echó a andar en dirección contraria, de regreso hacia la mujer que le había cogido la tarjeta de embarque.

—Todo el mundo está tomando asiento —le advirtió la mujer en inglés—. El avión está a punto de despegar.

—Me he dejado una cosa —respondió Hema—. Una joya.

La mujer la miró, vagamente interesada, y preguntó:

—¿Qué clase de joya?

—Una pulsera —contestó Hema, llevándose una mano a la muñeca desnuda.

—¿Quiere que miremos donde ha estado sentada?

—No. —Recordó el trayecto hasta la puerta de embarque, las tiendas que había visto por el camino—. Está en Seguridad. He pasado esta mañana.

La mujer negó con la cabeza mientras seguía controlando las tarjetas de embarque de los pasajeros.

—Ahora es imposible llegar hasta Seguridad. Si quiere, podemos enviar un mensaje.

Hema regresó por la rampa hasta el avión y dio con su asiento. Se abrochó el cinturón de seguridad; sentía el brazo extraño, echaba de menos el tintineo que habría hecho el brazalete al chocar contra la hebilla de metal. En ocasión de su boda le sería devuelto multiplicado por diez. Y sin embargo tenía la sensación de haberse dejado un trozo de su propio cuerpo. Había crecido oyendo decir a su madre que perder un objeto de oro era de mal agüero, y cuando el avión empezó a tomar altura, en esos momentos en que aún era consciente del movimiento del aparato, se apoderó de ella una sensación de catástrofe, el presentimiento de que se estrellaría o se haría pedazos en pleno vuelo. Luego el miedo fue entumeciéndose. En la pantalla que había en el centro del avión apareció un mapa con una línea blanca que emergía de Roma y avanzaba hacia la India. Y ese sencillo gráfico la serenó al dejarle claro el único camino que ahora tenía a su alcance.

Estaba en un lugar donde nadie lo conocía. Se alojaba en un pequeño centro turístico un poco al norte de Khao Lak, en un bungalow de una sola habitación con tejado de paja encaramado a unos postes de madera. Era su tercer día en la playa y ya se sentía drogado por la rutina: levantarse por la mañana, desayunar fruta y unos rollitos pringosos, permanecer tumbado en bañador sobre la arena caliente. Hojeaba números atrasados de la revista para la que estaba a punto de trabajar, pero la mayor parte del tiempo la pasaba amodorrado. Había dejado de afeitarse y una barba desigual empezaba a aflorar a su cara. La comida le recordaba en cierto modo a su infancia: arroz hervido, currys densos, amarillos y marrones, guindillas rojas y verdes enteras flotando en la salsa. Por lo general no sentía nostalgia de hechos particulares de su niñez, en especial tras adaptarse a tantas cocinas a lo largo de su vida adulta. Pero esa comida hacía que se sintiese curiosamente sentimental. Su ojo lo distraía, la mota itinerante se tornaba visible cada vez que se quitaba las gafas de sol y se enfrentaba a la luminosidad sin atenuar del día.

La playa estaba orientada hacia el oeste, y todas las tardes Kaushik pedía una cerveza y contemplaba la puesta del sol sobre el mar. El agua era tranquila y poco profunda, pero prefería nadar en la piscina. En una ocasión, en la costa de Venezuela, muchos años atrás, la resaca le hizo pasar auténticos apuros: tragó tanta agua que temió que no conseguiría salir. Un bañista que estaba cerca le echó una mano, pero desde entonces no había nadado en el mar, ya no confiaba en él, aun sabiendo que su madre, que adoraba el agua hasta tal punto que hubiera nadado en una charca, se habría burlado. En algún lugar al otro lado del agua, más allá del mar de Andaman, estaba Bengala, y Calcuta, donde se encontraba Hema.

En el vuelo desde Italia su ira se había desvanecido, y ahora, en Tailandia, sólo le quedaba un sentimiento de añoranza hacia ella. Se preguntó si debería haberle planteado el asunto antes, si no habría mostrado el entusiasmo suficiente. Lamentó su hosquedad cuando ella rehusó. Era la única persona que había conocido de adulto que entendía, al menos hasta cierto punto, su pasado, la única mujer a la que deseaba seguir vinculado. No quería dejar librada al azar la posibilidad de encontrarla de nuevo, no quería compartirla con otro hombre. El último día en Volterra había ahondado en busca de una manera de decirle todo eso. Hema no le echó en cara, como Franca, su cobardía, su incapacidad para establecer lazos, pero que se negara a acusarlo de ello hacía que se sintiese peor. Sin ella estaba perdido.

Había una familia sueca en el bungalow de al lado, con un niño y una niña que se bañaban y tomaban el sol en ropa interior, como si hubieran olvidado llevar el bañador. Los niños eran altos para su edad, y a Kaushik le asombró enterarse, al oír a la madre comentarlo a una de las mujeres que servían copas en el centro turístico, de que sólo tenían cinco y siete años. La madre era atractiva, tenía el rostro delgado y pecoso y el cabello muy corto, y parecía llevar un bañador nuevo cada pocas horas. Por la mañana se sentaba a su mesita redonda delante del bungalow, pelaba fruta y ofrecía rajas de coco y papaya a los niños, vestida con un fino albornoz del color de la pulpa de la sandía. Mientras los pequeños jugaban y se perseguían por la arena, ella permanecía sentada en una silla y leía, les lanzaba afectuosos azotes con una revista cuando intentaban involucrarla en sus juegos. La mujer y su marido formaban una pareja incongruente. Él era un hombre corpulento, con la piel quemada, el pelo rubio pajizo hasta los hombros, el rostro como un jamón. Pasaba la mayor parte del día durmiendo en una hamaca colgada entre dos árboles, poniendo a prueba los nudos que la sostenían. Que Kaushik supiera, los únicos huéspedes eran esa familia sueca y él; el tercer bungalow, a un buen trecho del edificio principal del hotel, se encontraba vacío.

Había pensado en moverse un poco, llegarse a Phuket después de Navidades, pero por el momento no tenía ganas de ir a ningún sitio. Había sacado alguna que otra fotografía: de la vista desde el bungalow, las largas barcazas en el agua, la pareja de niños suecos jugando en la playa. No le apetecía fotografiar los templos que había en la ladera de la colina ni tomar un barco hasta las islas Similan. En tres días sólo salió del centro turístico en una ocasión, para visitar unas tiendas de recuerdos y material de submarinismo que encontró muy aburridas. Al pasar por delante de un cibercafé se le ocurrió entrar a ver si Hema le había escrito. Entonces recordó que no le había dado su dirección de correo electrónico. De modo que procedió a descargar las fotografías más recientes en su página web: de Volterra, donde Hema había permanecido pegada a él, con su cabello ondeando al viento, mientras alguna que otra hebra se inmiscuía a veces delante del objetivo, y unas pocas instantáneas del mar de Andaman.

Pasó la Navidad en la playa, igual que el resto de los días. En el restaurante del centro turístico habían puesto un arbolito artificial. Cenó en el patio mientras la luz de una luna llena rielaba sobre las aguas. La familia sueca ocupaba la mesa contigua; conversaban, reían, comían. Las largas extremidades de los niños estaban bronceadas por el sol. La familia había pedido todo un surtido de platos y picaban desordenadamente de un pescado entero al curry. Kaushik se acordó de Hema y se sintió atravesado por la ira al imaginársela a punto de acceder al mundo del matrimonio, de los hijos, del viajar y dormir durante el resto de su vida con alguien a quien no amaba.

Una vez que la familia hubo acabado, la mujer se levantó, besó al marido en la frente y se llevó a los niños.

—¿Tomamos una copa juntos? —le propuso el hombre a Kaushik después de que se hubieran marchado.

Entraron en el bar, provisto de aire acondicionado, y pidieron whisky. Un grupo se disponía a tocar. El sueco, Henrik, trabajaba de editor en una cadena de televisión en Estocolmo. Hablaron de la prensa en Suecia e Italia, de la guerra en Irak.

—Nuestros trabajos son similares —comentó Henrik—. Nuestros nombres también.

Kaushik asintió.

Era la cuarta vez que la familia pasaba las Navidades en ese centro turístico, le contó Henrik.

—El primer año, Lars no era más que una criatura.

—¿A vuestras familias no les importa?

—¿El qué?

—Que vengáis a Tailandia a pasar la Navidad.

—Los padres de mi mujer se quejan, pero venimos de todas maneras. Están en Estocolmo, viven justo enfrente de nosotros. Mis padres están divorciados, los dos se han vuelto a casar. — Henrik meneó la cabezota—. Hay demasiada gente a la que ver. Y tú, ¿dónde está tu familia?

—Mi madre murió. Mi padre vive en Estados Unidos.

—Pero eres indio, ¿no? —Sí.

—¿Vives en la India?

—En estos momentos no vivo en ninguna parte. Estoy a punto de trasladarme a Hong Kong.

—¿Casado? —preguntó Henrik.

Kaushik negó con la cabeza.

—Pero estás pensando en alguien —añadió Henrik—. Eso dice mi mujer. La echas de menos.

No había creído que fuera tan evidente, que la familia de suecos hubiera estado prestándole atención. Se planteó la posibilidad de negarlo.

—De vez en cuando —dijo.

—¿La verás pronto?

—No.

Henrik se encogió de hombros.

—Estar solo también está bien. —Se terminó el whisky.

A Kaushik se le nubló el ánimo. Pese a lo mucho que deseaba que Hema estuviera a su lado en esos momentos, sabía que sería más fácil empezar a vivir en Hong Kong solo. Era consciente de que ella no tenía nada que hacer allí, de que el traslado la habría despojado de su trabajo, de su mundo. El grupo empezó a tocar; las versiones sonaban rancias, crispantes. Kaushik tenía ganas de estar a solas, de tumbarse y pensar.

—Me voy a la cama —dijo a modo de despedida.

—Buenas noches —repuso Henrik, y pidió otro whisky—. Yo me tomaré la última.

Una vez más el día era magnífico. Kaushik se levantó y fue al restaurante a desayunar. Henrik estaba sentado en el bar, donde lo había dejado la noche anterior, pero recién duchado, vestido con un bañador y una camisa hawaiana, tomando café mientras abría unos panecillos.

—¿Has notado moverse la cama esta mañana?

Kaushik negó con la cabeza.

—Lo han dicho en el hotel, un pequeño seísmo —le informó Henrik—. Ya ha pasado.

Fuera lo que fuese, Kaushik había seguido durmiendo. Recordó el día en El Salvador en que sacó su primera foto que podía considerarse de verdad, y el seísmo que se había producido justo antes: el estofado derramado de los cuencos, y por supuesto el joven de impecables pantalones color canela que yacía tendido en un charco de sangre en medio de la acera.

—Hay un arrecife de coral no muy lejos de aquí, a escasa profundidad. ¿Quieres venir? Mi mujer y los niños quieren ir al pueblo de compras.

Kaushik miró hacia el agua.

—No se me da muy bien nadar.

Henrik se echó a reír.

—Alguien se encargará de nadar por nosotros. —Señaló una barca de pesca que reposaba en la orilla—. He conseguido un buen precio. Cuando lleguemos, puedes relajarte un rato mientras yo me dedico a curiosear.

Después de desayunar se fueron hasta la barca. El propietario, un muchacho tailandés con bermudas rojas y el torso desnudo, lo limpiaba de hojas y pétalos marchitos de frangipani. Dos rani-tas de color lima salieron de un brinco y fueron a parar a la arena. Henrik las atrapó y se las llevó a sus hijos, que empezaron a perseguirlas en círculos, con la cabeza gacha. El chico tailandés comenzó a tirar de la barca hacia el agua, y Kaushik lo siguió; la espuma, blanca como si se trata-ra de jabón, siseaba en torno a sus tobillos. Colgada del cuello llevaba una de sus cámaras. Hen-rik tenía otro equipo de submarinista, por si Kaushik cambiaba de parecer.

Se subieron a la barca y el muchacho ocupó su lugar en la proa. En la playa la mujer de Henrik tendió un esbelto brazo, sin levantarse de su asiento, y les ofreció un saludo perezoso. Los niños levantaron la mirada brevemente mientras Henrik y Kaushik se acomodaban en la embarcación. Había espacio de sobra a bordo, y cuando Henrik le dijo algo a su esposa en sueco al tiempo que señalaba los asientos vacíos, Kaushik supuso que le preguntaba si ella y los niños querían su-marse. Pero la mujer negó con la cabeza y se refugió detrás de una de sus revistas.

Experimentó un momento de nerviosismo debido a la corpulencia de Henrik, pero la barca so-portó su peso. El muchacho tailandés levantó el remo y empezaron a avanzar. Kaushik notó el vaivén del mar bajo el casco, cerca de su cuerpo, y sintió que su energía lo penetraba. El centro turístico fue alejándose de su vista, los búngalos, las palmeras y las siluetas en continuo movi-miento de los hijos de Henrik fueron convirtiéndose en motas, mientras la línea de la costa se cur-vaba a lo lejos como una sonriente bestia agazapada. El muchacho sabía algo de inglés y le ha-bló a Henrik de un banco de peces loro que había visto la víspera. El sol matinal ya era intenso, y al cabo de un rato Henrik se quitó la camisa. Kaushik miró la espalda ancha y rosada de Henrik, lustrosa de sudor. Estaban bordeando una caleta abandonada. «Cada vez hace más calor —co-mentó Henrik. Tocó al muchacho en el hombro con la mano—. Voy a darme un chapuzón aquí para refrescarme.»

El chico asintió y dejó el remo en reposo. Henrik se arrojó por la borda y comenzó a nadar; su desgarrado cuerpo adquirió cierta elegancia conforme surcaba el agua con brazadas diestras y rápidas. Y junto a Henrik, por un instante, Kaushik vio a su madre nadando también, vio su cuerpo aún lleno de vitalidad. Fue una imagen breve y borrosa que pasó con la misma fluidez que los pe-ces iridiscentes que circulaban raudos por debajo de la barca. Su propio torso proyectaba una sombra en el agua. Pensó en la esbelta escultura de bronce del muchacho que había visto con Hema en Volterra, en el Museo Etrusco. Se llamaba *L'ombra della sera*: la sombra de la tarde. Pero en Khao Lak era por la mañana, el sol caía a plomo sobre Kaushik, su sombra guardaba la proporción con su cuerpo.

Cuando levantó la mirada, vio que estaban cerca de la orilla. Henrik emergió del agua y fue an-dando con paso inestable hacia la caleta desierta. La arena era blanca e inmaculada. Unos pe-ñascos de caliza asomaban más allá. Kaushik hizo una fotografía y dejó la cámara a sus pies. Metió las manos en el agua y se refrescó el cuello y la cara, sin estar preparado para su sabor sa-lado. Luego se desabrochó la camisa y dejó que el sol le cayera sobre la piel. Quería nadar hasta la caleta tal como había hecho Henrik para demostrarle a su madre que no tenía miedo. Se quitó las gafas de sol y las dejó en la barca, al lado de la cámara. La mota en su visión subía y bajaba, borrando su estela aleatoria. Se agarró al borde de la barca, pasó las piernas por encima de la borda y fue sumergiéndose. El mar era tan cálido y acogedor como un baño. Sus pies tocaron el fondo, y se dejó llevar.

El día entero lo pasé ajena a cuanto me rodeaba. Había salido con mi madre y dos tías, a probarme blusas, escoger joyas. Habíamos pasado horas en un fino futón, bebiendo Coca—cola y comiendo rollos de cordero, mientras en una tienda de saris los hombres despleaban la mayor parte de su inventario. Yo les seguí la corriente y escogí un benarasi rojo, pero en todo momento pensaba en ti, temerosa del error que estaba cometiendo. Aún notaba los efectos del desfase horario y me sentía hambrienta de los alimentos que solíamos comer juntos, del sabor del buen vino y el buen café. En la calle atestada, de regreso al piso de mis padres, cerca de Triangular Park, busqué como una tonta tu cara. «Ha ocurrido algo terrible», nos dijo el portero cuando llegamos.

En la televisión, en una sala de estar rosa con una descarnada luz fluorescente, vi imágenes de la costa india y srilanquesa, retazos extraídos de cámaras de turistas que no tenían la menor intención de captar nada semejante. Vi una inmensa oleada de agua desplazándose a tal velocidad que la cinta parecía avanzar más rápido de lo que habría sido normal. Al principio sólo me apercí de los daños en el sur de la India y Sri Lanka, los pueblos de pescadores que habían sido arrasados por completo, los turistas varados en Vivekananda's Rock. Y más tarde me enteré de que Tailandia también se había visto gravemente afectada.

No sabía en qué parte de Tailandia estabas, sólo que tenías previsto ir a una playa. No te había pedido detalles pues pensaba, mientras me preparaba para dejarte, que eso habría empeorado la situación. A la mañana siguiente fui al quiosco y compré la prensa para estudiar cada fotografía, buscar tu nombre en alguno de los pies de foto, con la esperanza de que hubieras sido afortunado y siguieras haciendo tu trabajo. Entré en un cibercafé y busqué tu página web. Vi las últimas imágenes que habías colgado. Una tenue cenefa de la costa que habíamos visto desde Volterra. Tres rostros ennegrecidos, supuestas divinidades etruscas, amenazadores sobre nuestras cabezas. Y después, escenas de otra costa. Dos niños jugando, un tranquilo mar turquesa.

Al final de esa semana, Navin llegó para casarse conmigo. Me repugnó verlo, no porque lo hubiera traicionado sino porque todavía respiraba, porque aún estaba allí para mí y tenía incontables días más que vivir. Y aun así, sin darse cuenta, con firmeza pero sin fuerza, Navin me apartó de ti, como la racha final de viento otoñal arranca las últimas hojas de los árboles. Estábamos casados, fuimos bendecidos, mi mano quedó colocada sobre la suya y se anudaron los extremos de nuestras ropas. Sentí el peso de cada ritual, sentí la tierra una vez más bajo los pies. Nuestra luna de miel en Goa se canceló. Navin dijo que no le parecía bien nadar en las aguas contaminadas que rodeaban la India en esos momentos.

Regresé a mi existencia, la existencia que había escogido en vez de a ti. Era otro invierno en Massachusetts, treinta años después de que tú y tus padres os hubierais ido por primera vez. En febrero, Giovanna se puso en contacto conmigo para decirme que le había llegado la noticia a través de Paola. Apareció una pequeña necrológica en el *New York Times*. Para entonces ya no necesitaba una prueba de tu ausencia del mundo; la notaba tan evidente e implacable como las células que se arracimaban y tomaban forma en mi cuerpo. Aquellos días fríos y oscuros que pasé en cama, incapaz de hablar, ardiendo de vida nueva pero de luto por tu muerte, no fueron puestos en tela de juicio por Navin, que ya había empezado a enorgullecerse de mi estado. Mi madre, que llamaba a menudo desde la India para ver qué tal estaba, también se había enterado. «¿Te acuerdas de los Choudhuri, la familia que una vez se alojó en nuestra casa?», empezó. Podría haber sido hijo tuyo, pero no era el caso. Habíamos tenido cuidado, y no dejaste nada tras de ti.

CONTRAPORTADA

Designado Mejor Libro del Año 2008 por el periódico *The New York Times*, *Tierra desacostumbrada* fue objeto de un torrente de admiración por parte de la crítica estadounidense. Además, algo inaudito para una obra literaria, logró colocarse en el primer lugar de las listas de ventas y suma hasta la fecha más de 680 mil ejemplares vendidos en ese país. Se trata, sin duda, de un caso único en el panorama editorial reciente. Quizás el secreto esté en que los relatos de Lahiri —que suelen girar en torno a las vivencias de las familias de ascendencia bengalí en Estados Unidos— no se detienen meramente en plasmar la experiencia de la inmigración, sino que retratan con gran fidelidad y sin cortapisas las vivencias y emociones que ocupan y preocupan a un amplio sector de la sociedad moderna. Son historias acerca de una variada galería de personajes caracterizados con singular delicadeza y simpatía: hermanos y hermanas, padres e hijos, maridos y mujeres, amigos y amantes que se ven obligados a afrontar momentos fundamentales en sus relaciones y navegar como pueden en aguas desconocidas, entre la inocencia y la experiencia, entre los dictados de la remota tradición familiar y la emancipación personal, entre el impulso de reinventarse a sí mismos y definir su identidad en un mundo fragmentado. Así pues, no cabe duda de que estamos ante una verdadera muestra de gran literatura. *Tierra desacostumbrada* es un libro que deslumbra y conmueve, y que reafirma, si cabe, la extraordinaria maestría de Jhumpa Lahiri, una autora en la plenitud de sus facultades artísticas.

«*Tierra desacostumbrada* contiene muestras de la mejor y más hermosa ficción de la última década.» *New Statesman*

«Deslumbrante [...] Sus relatos de exilio, identidad, desilusión y maduración dan prueba de una sobria y sutil maestría.» *Publishers Weekly*

«Una escritora en la cumbre de su talento.» *Los Angeles Times*